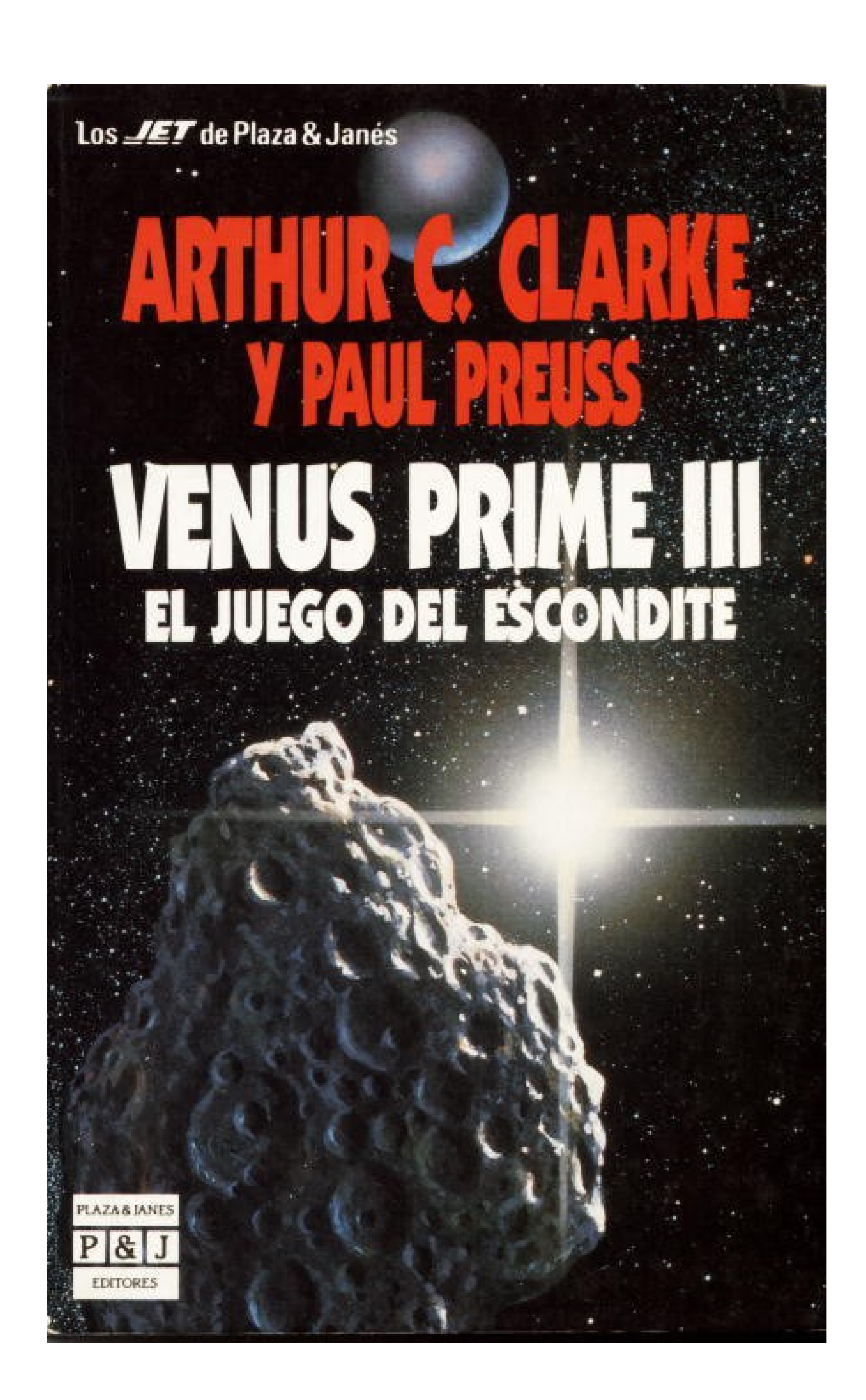

Los JET de Plaza & Janés
ARTHUR C. CLARKE
Y PAUL PREUSS
VENUS PRIME III
EL JUEGO DEL ESCONDITE
PLAZA & JANES
P & J
EDITORES

Los *JET* de Plaza & Janés

BIBLIOTECA DE

ARTHUR C CLARKE

Título original:

VENUS PRIME III: HIDE AND SEEK

Traducción de

CARMEN CAMPS

Portada de

GS—GRAFICS, S. A.

Foto de la portada:

INDEX

Segunda edición en esta colección: Junio, 1992

Enric Granados, 86—88. 08008 Barcelona

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84—01—49171—1 (Col. Jet)
ISBN: 84—01—49343—9 (Vol. 171/3)
Depósito Legal: B. 24.194 – 1992

Impreso en Litografía Rosés, S. A. — Cobalto, 7—9 — Barcelona

PRÓLOGO

Dare Chin no era un hombre nervioso, pero esa noche estaba irritable. La causa principal era aquella maldita placa, la infame placa marciana. Había sido descubierta diez años atrás, en algún lugar cerca del borde del casquete polar norte; nadie sabía exactamente en qué lugar, porque el tipo que la había encontrado quiso mantenerlo en secreto. Y lo había logrado, hasta que voló por los aires en un accidente que sufrió al perforar.

La placa era un fragmento de aleación, pulido como un espejo, del tamaño de un plato, con una serie de líneas con símbolos indescifrables grabadas en ella. Su descubrimiento y autenticación habían mostrado que unos seres que sabían escribir —todo el mundo suponía que las inscripciones eran escritura, aunque nadie lo había demostrado— rondaban por Marte desde mil millones de años antes de que los humanos evolucionaran en la Tierra.

En este momento, la placa se encontraba en el piso de abajo del Ayuntamiento, lugar donde había permanecido la mayor parte de los últimos diez años. No era una copia, como habría sido lo sensato, sino el objeto real, único en el universo, que se supiera, y por tanto de un valor verdaderamente incalculable. La explicación que se daba para exponer el objeto original en lugar de una copia, era que se trataba de una de las atracciones que llevaba turistas a Marte, y, de todos modos, ¿quién iba a robarlo?

Esa noche, Chin se quedó hasta tarde para custodiar la placa. Tenía cosas mejores que hacer, o, al menos, otras cosas que hacer. Chin era el ayudante del alcalde de Labyrinth City, la colonia más grande de Marte, una ciudad que necesitaba agua, en un planeta donde la poca que había pasaba directamente del hielo al vapor en una atmósfera seca y enrarecida, una ciudad cuyos habitantes necesitaban respirar oxígeno en un planeta donde la presión atmosférica era menos del uno por ciento de la de la Tierra, y necesitaban estar calientes en un planeta en el cual, durante las olas de calor, la temperatura ascendía a cinco grados centígrados bajo cero, una ciudad que necesitaba deshacerse de las aguas fecales en un planeta donde no existían microorganismos naturales para digerirlas.

Además de enfrentarse con estos problemas diarios de la infraestructura de la

ciudad, sus administradores tenían que gobernar a un ingobernable grupo de residentes que no podían mezclarse, de los cuales una tercera parte la constituían ciudadanos permanentes, los gamberros de la clase trabajadora; otra tercera parte estaba de paso y la formaban, principalmente, turistas; y una última tercera parte era flotante y consistía en tipos como torres de marfil, científicos, y agresivos miembros del Consejo de los Mundos.

El montón de copias duras, amarillas, que había sobre el escritorio de Dare Chin, habría conducido a cualquier administrador que creyera en la perfectibilidad de la humanidad —como se suponía que creía él, ya que era miembro con carné del Partido Interplanetario de los Trabajadores Socialistas— a la ira, las lágrimas, la depresión suicida o a las tres cosas. Los gamberros locales, en una proporción de dos hombres por cada mujer, se emborrachaban y se herían unos a otros cada fin de semana. Los turistas eran engañados cada día, robados o mortalmente insultados. Los científicos y burócratas, que se suponía que poseían la mejor de las educaciones, tenían la moral de los gatos salvajes y pasaban sus horas libres intercambiando esposas, compañeras e hijos.

Tomemos el caso de la ficha de espera que tiene, ahora, un matrimonio de tres entre una geóloga, una hidróloga y un hidrólogo: rompían porque la estancia de la geóloga para el Proyecto de Formación de Tierra en Marte había concluido, su contrato no había sido renovado y quería embarcar hacia la Tierra llevándose a su hija consigo... Ella había dado a luz a la niña que era producto de la fusión de gametos entre ella y la otra mujer; el esposo y «padre» legal no había aportado nada genéticamente, pero apoyaba a su colega hidróloga en la lucha por la custodia; a ellos dos aún les quedaban dos años de contrato de trabajo. Chin deseaba que todos pudieran regresar a Estrasburgo, de donde procedían, y se pelearan allí.

Pero como había contratos de por medio, tenía que tomar una decisión administrativa antes de que el caso pasara al tribunal civil de la Estación de Marte. Entretanto, cuatro personas infelices pasaban otra noche juntos en la maraña de cristal verde de Labyrinth City. Chin esperaba que todos salieran vivos de allí. En este momento tenía que pensar en otras cosas más urgentes.

La rubia alta que le estaba mirando con furia desde el otro lado de su escritorio, no lo hacía más fácil. Tenía la complexión delgada y vigorosa de los que llevaban mucho tiempo en Marte, y una red de finas arrugas alrededor de los ojos que indicaba que pasaba mucho tiempo aguzando la vista para ver a lo lejos. Llevaba el traje presurizado de polilona marrón estándar, con el casco colgado informalmente del cinturón.

—Esta noche no puedes ponerme excusas, Dare —decía la mujer, a un volumen cercano al grito.

—Cualquier noche menos hoy.

Él y Lydia Zeromski habían sido amantes durante casi los tres últimos años; eso, según su experiencia, era todo el tiempo que duraba la paciencia de una mujer.

—Esta noche —dijo ella—. Mañana me marcho de viaje. ¿Voy a tu casa cuando regrese? ¿O me despido de ti antes de marcharme?

El se levantó y se acercó a ella, con las manos abiertas en ademán de súplica.

—Lydia, entre nosotros no ha cambiado nada. Pero no intentes presionarme en este

momento. Tengo una tonelada de trabajo. Además de tener que preocuparme del tipo de abajo.

—¿Ese gordo?

—Ha sacado del estuche nuestro pedazo de metal más venerado...

—Y tienes miedo de que se le caiga y le haga una abolladura.

—Sí, claro. —Chin suspiró exasperado. La placa marciana era más dura que el diamante, más dura que cualquier material que los humanos supieran fabricar, como todo el mundo bien sabía; abollarlo no era un problema—. Vete de aquí. Hablaré contigo antes de que te marches.

—Olvídalo.

Se puso el casco, un movimiento tan practicado como ponerse unas gafas de sol. Se detuvo en el umbral de la puerta y le lanzó una última mirada furiosa, pero no dijo nada. Mientras se daba la vuelta y se alejaba rápidamente, cerró la placa frontal del casco.

Chin oyó sus pasos en el corredor mientras descendía la escalera hasta la planta baja. Se quedó mirando el oscuro pasillo al que daba su despacho, intentando ordenar sus pensamientos.

El rostro pequeño de Chin era atractivo; tenía el cabello negro y los ojos oscuros, y una boca grande y firme, ahora con el gesto torcido. Era un hombre alto, con una complexión esbelta por naturaleza, que se mantenía delgada —igual que la de Lydia— por veinte años de vida a un tercio de G. Era la complexión típica de los marcianos porque, si bien era fácil llevar masa de sobra a pocas G, era innecesario e incluso podía ser peligroso acarrear mucha grasa y músculo de más.

A través de la pared exterior de cristal, Chin observó una linterna en la calle barrida por el viento; el resplandor amarillo de la linterna de un patrullero osciló a través del cristal verde, como los órganos fosforescentes de algún pez del fondo del mar. Mientras la observaba, la luz reanudó su lento movimiento. Chin consultó su reloj: las veinte cero ocho. La vieja Nutting era regular como un reloj de cesio.

Volvió a su escritorio y se sentó. Se recostó en la silla, levantando la vista para mirar a través del techo de cristal, hacia la vasta sombra de la bóveda de piedra arenisca que se arqueaba en lo alto. Más allá del techo de piedra natural brillaban diez mil estrellas, inmóviles: puntos brillantes y duros en la noche marciana.

¿Qué tenía que hacer con Lydia? Esta pregunta le había atormentado la mayor parte de los tres años en que habían sido íntimos. Ella era más joven que él, y era una mujer apasionada y exigente. Él era un hombre que se sentía más viejo de lo que aparentaba —la gente envejece despacio en Marte, debido a la baja gravedad, siempre que permanezcan fuera del alcance de los ultravioleta— pero a pesar de su aparente madurez, era un hombre aún inseguro de sus deseos y necesidades...

Mentalmente se pellizcó. Esta noche tenía que apartar de su mente sus asuntos personales. Tenía que decidir qué hacer con la información que acababa de obtener.

Sacó las hojas amarillas del fax de debajo del montón de papeles donde las había escondido cuando oyó entrar a Lydia, inesperadamente. Los datos le saltaron a la vista. Los hechos eran interesantes, pero faltaban las conexiones cruciales; Chin sabía lo suficiente acerca de pruebas, para saber lo que se necesitaba ante un tribunal y lo que se necesitaba para tomar una decisión administrativa, y los documentos que tenía

ante sí no eran suficientes para ninguna de las dos cosas. Pero existían otras vías de acceso a la justicia.

Poco después de haber llegado a Marte, años atrás, Chin, igual que otros muchos novatos, había conseguido ser engañado con un contrato de trabajo. Lab City, a la sazón, era un lugar más pequeño y más tosco, poco más que un campamento de construcción —no es que ahora no se diera aún el mismo tipo de situación— y un abogado barato le había dado algunos consejos.

—No te molestes en convencerme de que tienes derecho. Eso te lo acepto sin discusión —dijo el abogado—, pero cobrar una liquidación es otra cosa. ¿Hasta dónde estas dispuesto a llegar?

—¿A qué se refiere?

—¿A hacerles creer que estás loco?

—¡Loco!

—Tan loco como para pegar a alguien. O como para incendiar algo. O como para destruir algún equipo costoso. ¿Me captas?

Para diversión de Chin, resultó innecesario litigar o llevar a cabo sus amenazas, así que pareció estar dispuesto a ir lo bastante lejos. Como administrador, había aprendido a considerar esta especie de estrategia paralegal como el «método personal».

Había llegado la hora de utilizar el método personal con Dewdney Morland. Chin salió de su despacho y bajó la escalera hasta la planta baja.

Morland se encontraba de pie, bajo la bóveda, inclinado sobre sus instrumentos. Estaba de espaldas a Chin; las luces de trabajo, colocadas sobre trípodes, se unían a los focos elevados para envolver a la placa marciana y al propio Morland en un círculo de brillante luz blanca. Dewdney Morland, doctor en filosofía, había llegado a Marte una semana antes, precedido de certificados de la Comisión Cultural del Consejo de los Mundos. Las dos últimas noches, cuando el Ayuntamiento cerraba, Morland había instalado su equipo y trabajado hasta el amanecer. Tenia que trabajar de noche debido a que sus instrumentos ópticos eran sensibles a las mínimas vibraciones, como por ejemplo las pisadas...

—¿Qué demonios pasa?

...cuyo temblor ahora hizo que Morland levantara la vista y se girara con enfado.

—¡Usted! ¡Mire lo que ha hecho, Chin! Veinte minutos de grabación estropeados.

La única respuesta de Chin fue una mirada de disgusto rayana en el desprecio.

Morland era un hombre desaliñado, de aspecto pálido y poco saludable, barba irregular y cabello rubio pegajoso que hacia meses no se cortaba; unos mechones se rizaban sobre el cuello de su costosa chaqueta de tweed, la cual hacía tiempo que había perdido su forma. Aquellos bolsillos abultados, Chin lo sabía, contenían una pipa y una bolsa de tabaco desmenuzado, la parafernalia de un hábito que la gente que vivía en ambientes controlados consideraba no sólo ofensivo, sino extraordinariamente arcaico.

—Primero aquella mujer que entra aquí como una tromba, y ahora usted —chilló Morland—. ¿Qué se necesita para que lo entiendan sus cerebros provincianos? Necesito silencio absoluto.

En el suelo, al lado de la silla de Morland, Chin vio una cartera abierta; por lo que

podía ver, contenía unas cuantas copias en fax y restos de comida.

—¿Quiere hacer el favor de apartarse, doctor Morland?

—¿Qué ha dicho usted?

—Por favor, hágase a un lado.

—Oiga, ¿quiere que consiga una orden prohibiéndole venir a este recinto mientras estoy trabajando? Puedo arreglarlo rápidamente, se lo aseguro. El edificio ejecutivo del Consejo de los Mundos está a pocos pasos de aquí.

Chin se inclinó hacia delante y su expresión se endureció.

—¡Muévase, gordo —bramó—, antes de que le parta su estúpida cara!

Era una convincente exhibición de furia homicida; Morland retrocedió.

—Esto... eh... mañana informaré de esto a la comisión —dijo de modo entrecortado, mientras se apartaba con rapidez de la vitrina—. Lo lamentará, Chin...

Chin le hizo caso omiso y avanzó para examinar la placa. Ésta descansaba sobre un cojín de terciopelo rojo, reluciendo bajo los rayos de luz que convergían en ella. El fragmento plateado había sido separado de una pieza más grande por un golpe de fuerza inimaginable, pero nada que le hubiera ocurrido en los mil millones de años transcurridos había dejado en ella el más mínimo arañazo. La perfecta superficie en la que Chin observaba ahora su propio rostro, demostraba que no se trataba de una copia de metal o de plástico, y cuando respiró encima de ella y vio que su aliento turbio oscurecía su reflejo, supo sin tocarla que no era *un* holograma. Era el objeto real.

Morland seguía gritándole.

—Seguro que sabe, claro —dijo con todo el veneno que pudo reunir—, que incluso la condensación de su inmundo aliento sobre esa superficie hace completamente inútil todo el trabajo que he realizado esta noche. Tendré que esperar horas hasta que...

Chin se irguió.

—Cierre la boca.

—No pienso cerrar...

—He estado hablando de usted con algunas personas, Morland. Ayer, con el Musée de l'Homme —dijo Chin interrumpiendo a Morland—. Con la Universidad de Arizona esta mañana. Hace una hora, con el Museo de Antigüedades Supervivientes de Nuevo Beirut.

Chin sostenía los faxgramas amarillos ante la cara de Morland.

Morland, por primera vez desde que Chin había entrado en la sala, dejó de hablar y miró las hojas con cautela. No pidió leerlas.

—Está bien, Chin. Detesto su conducta primitiva pero ahora, al menos comprendo su patética excusa —dijo con más calma—. Me gustaría recordarle que las penas por libelo están bastante especificadas en el Código Uniforme de...

—No voy a molestarme en decirle nada a nadie respecto a usted, Morland —dijo Chin con frialdad—. Está usted en Marte. —Señaló con la cabeza hacia la pared de cristal más próxima—. Detrás de esa pared no hay suficiente oxígeno. La temperatura de esta noche es de cincuenta grados centígrados bajo cero. Nuestros tubos de presión requieren mantenimiento constante, y de vez en cuando tienen fallos. Si eso sucediera cerca de usted, tendría que coger su traje presurizado..., lo ha traído, ¿verdad? —Chin ya se había fijado en que no lo había hecho—. ¿No? Muchos visitantes cometen ese

error; a veces es el último que cometen. Y aunque lleve consigo su traje, no siempre se puede estar seguro de que no tenga algún punto de fuga. Cuando vuelva a ponérselo, tal vez quiera examinarlo con cuidado. —Chin empujó con el pie la cartera abierta de Morland, sin molestarse en mirarla. La cartera era suficientemente grande para contener la placa, para ocultar una copia, para esconder un proyector de hologramas miniatura, y quién sabía qué otros hábiles dispositivos submicroscópicos—. Espero que me haga caso. No tengo ningún interés en difamarle. Sólo quiero darle unos consejos expertos.

Chin dio la espalda a Morland y salió de la sala. Esperaba que Morland le gritaría, amenazándole o protestando. Pero Morland no dijo nada. Quizás el hombre realmente había captado el mensaje.

Lydia Zeromsky necesitaba estar sola para lo que iba a afrontar, así que selló su casco y salió directamente a la noche helada.

Labyrinth City se extendía a su alrededor, una confusión de cristal. Pero en el Hotel Interplanetario de Marte, a su derecha, que se erguía en el borde del acantilado, la única iluminación procedía de las débiles lámparas de los tubos de presión y las luces nocturnas de los edificios a oscuras, cientos de pequeñas esferas de luz que relucían tras el cristal verde.

Lydia se detuvo y se giró. Vio a Morland claramente, dentro de la cúpula central del Ayuntamiento, iluminado como un paciente en un quirófano. Estaba inclinado sobre la placa, absorto, al parecer, en su estudio. Muy por encima de la cúpula, el resplandor de sus luces se reflejaba en la piedra arenisca arqueada que cobijaba la ciudad de arriba. Intentó ver a Dare en su despacho; la luz estaba encendida, pero ella no vio movimiento en el segundo piso.

Lydia se alejó, y caminó hasta llegar al borde del acantilado. Allí esperó, atisbando en la oscuridad. La ciudad de abajo descendía como un puñado de cristales por la ladera del acantilado. Entre sus empinadas escaleras y casas apiñadas, y el resplandor rojo de las tabernas que cerraban a altas horas de la noche, una única linterna amarilla se movía con ligeras sacudidas: la vieja Nutting se apresuraba a efectuar su ronda.

La mente de Lydia estaba tan ocupada, que apenas vio el conocido panorama, iluminado por las estrellas, que se extendía frente a ella: los enormes acantilados de Noctis Labyrinthus, el Laberinto de la Noche. A la media luz, las franjas de estratos de piedra arenisca roja y amarilla quedaban reducidas a tiras negras y grises, con alguna ocasional capa delgada de blanco brillante. Lo blanco era hielo, hielo permanente, el agua enterrada que llenaba el Laberinto con ligeras nubes sublimadas en las mañanas más cálidas, el agua que hacía que Marte fuera habitable, y de la que dependían toda su vida y su comercio.

Espectaculares agujas y arcos de roca se delineaban contra un cielo lleno de duras estrellas azules; cientos de agujas, ordenadas como un ejército en filas desiguales, marchando con los hombros erguidos hacia un horizonte que debería estar cerca pero se perdía en una suave bruma como una pintura en tinta china, una bruma de polvo microscópico suspendido. Lydia permaneció en silencio, sin moverse apenas, mientras

el viento agitaba la fina arena que la rodeaba.

Gradualmente se fue dando cuenta de que había otra figura de pie, observando el cielo, recortada sobre el resplandor del Interplanetario.

Lydia conocía a aquel hombre; incluso desfigurado bajo un traje presurizado, la figura alta y airosa de Khalid Sayeed era fácilmente reconocible. Estaba contemplando el horizonte lejano donde, entre las estrellas, brillaban dos luces más potentes. Una de ellas se movía hacia el horizonte del este y avanzaba poco a poco sobre el fondo fijo; era la Estación de Marte que giraba bastante arriba sobre el planeta y captaba la luz del Sol. La otra también giraba, pero se movía demasiado despacio para que su movimiento fuera evidente en una sola noche: era el planeta Júpiter.

Lydia creyó saber qué miraba Khalid; no Júpiter, sino algo que se encontraba más lejos de ese planeta, lejos y oscuro e invisible, pero que se iba acercando a Marte cada día.

Un movimiento le llamó la atención. La compuerta principal de la entrada del hotel se abrió y, por un momento, un grupo de turistas quedó dibujado sobre el fondo del vestíbulo, riendo sin que se oyera su risa dentro del tubo de presión. Se apiñaron unos instantes, confusos por el alcohol, y luego encontraron una intersección que conducía a la ciudad de abajo. Lydia se marchó de allí, pero no antes de ver que el director del hotel seguía al grupo.

Wolfgang Prott era un hombre al que Lydia odiaba, un seductor untuoso que tenía la sensatez de permanecer alejado de las mujeres del lugar, pero raramente estaba sin una turista colgada de su brazo. Sus romances duraban lo mismo que un viaje organizado de duración media.

Labyrinth City era una ciudad pequeña, y la gente que vivía en ella se conocía entre si demasiado bien. Intentaban reírse de ello, pero a veces era difícil hacer lo que uno quería o tenía que hacer, pues todo el planeta estaba mirando por encima del hombro.

Dare Chin regresó a su despacho y llamó por el intercomunicador a las oficinas de la patrulla. No quería correr ningún riesgo. Su primera prioridad había sido hacer saber a Morland que se hallaba vigilado, pero eso sólo era cierto en parte; ahora Chin iba a intentar engatusar a los patrulleros locales, para que proporcionaran una protección decente a la placa hasta que Morland se encontrara fuera del planeta.

Había marcado dos dígitos del código de tres cuando oyó algo abajo.

Chin dejó de teclear el código de la patrulla, salió rápidamente al pasillo y se dirigió hacia la escalera. Bajó muy despacio, sin hacer ruido, esperando pillar desprevenido a Morland.

Al bajar el último escalón, se detuvo en seco, sorprendido por lo que vio. Abrió la boca para hablar...

...pero Dare Chin ya había pronunciado sus últimas palabras.

Transcurrió una hora. La ciudad soñolienta quedó en silencio. Júpiter seguía brillando, pero la Estación de Marte se había puesto en el horizonte oriental. Nadie miraba hacia el Laberinto, donde la luna Fobos se arrastraba sobre el borde del arco que protegía la ciudad, siguiendo a la Estación de Marte en su recorrido por el firmamento. No había nadie allí para ver el haz de fuego blanco que salió con ímpetu de lo alto del acantilado.

Primera parte

PENETRAR EN EL LABERINTO

1

En el país de la noche no existen identidades, ni coordenadas en las que se pueda confiar, ni códigos que se puedan quebrantar...

El sueño de la mujer era el mismo sueño de vorágine que la había agobiado tan a menudo anteriormente, pero nunca se le había presentado de esta forma. Unas alas negras batían sin cesar, a pocos centímetros de su cabeza; giraban como los rayos de una rueda; bajaban hacia ella y, al mismo tiempo, amenazaban con arrastrarla al punto central de los giros.

En la oscuridad de ese centro giratorio, unos ojos miraban fijamente, unas manos se extendían al frente, unas bocas gritaban:

—Linda, Linda...

Ella se batió y golpeó en el aire, pero se encontraba atascada en un fluido viscoso invisible; algún estiércol etéreo que debilitaba los más grandes esfuerzos de la mujer, hacía lentos sus más rápidos movimientos.

—¡Linda!

Sabía que estaba perdiendo la pelea, que se hundía... y gritó.

El sonido de su grito la despertó.

Se encontró desnuda en la total oscuridad, envuelta en una sábana que se le pegaba al cuerpo. Un hombre se apretaba contra ella, inmovilizándole los brazos contra la cama, aplastándola, tumbándose sobre ella, desnudo él también. Ella se resistió, se retorció y volvió a gritar.

—Linda, despierta. Por favor, despierta. —Sus palabras la golpearon—. Es un sueño. No es más que un sueño.

De repente, ella se quedó quieta y callada. Lo conocía. Y un momento más tarde recordó, aproximadamente, dónde se encontraba: en la nave que aún estaba acelerando.

—¿Estás bien? —le preguntó el hombre.

—Sí —susurró ella con voz ronca. Él le soltó las muñecas, se incorporó y se tumbó al lado de ella en la cama.

—¿Puedes decirme lo que...?

—No me llames Linda. —Su voz era vacía, carecía de fuerza y emoción.

—Lo siento. Estaba dormido. Has comenzado a golpearme...

—Linda está muerta.

En el silencio de él, en su negativa a responder, ella leyó la contradicción: no, Linda no estaba muerta...

...pero estaba perdida, y hasta que la hallaran de nuevo, era mejor considerarla

muerta.

La mujer escudriñó el rostro del hombre en la oscuridad, viéndole mejor de lo que él podía verla a ella. Para él, en la negrura, ella era un recuerdo inmediato, una forma familiar, un olor cálido, dulces texturas bajo sus manos; pero para ella, la luz diminuta de la pared de la cabina, que brillaba en rojo al lado del intercomunicador, era suficiente para teñir la piel lisa de él de un tono rojizo. Le veía brillar los ojos en la oscuridad. Su olor era como el pan de especias, rico y reconfortante...

...y excitante. Con el regreso involuntario del calor a su cuerpo, le vino, de repente, el recuerdo completo de la noche.

Hacía dos días que habían salido de la Tierra en la veloz nave, en ruta hacia Marte. Al principio habían actuado como simples amigos, pero después de conocer la nave y a su tripulación, ya no sintieron vergüenza de hallarse solos —aunque a ella le costó más tiempo que a él relajar su timidez innata—, o de buscar tiempo para estar juntos a solas. Aquella noche, después de cenar en la sala de oficiales, después de que el reloj de la nave redujera la intensidad de las luces del pasillo, ambos desaparecieron en la pequeña cabina de ella. La tripulación había tenido cuidado de no prestar atención.

Habían empezado a retomar los hilos de su amistad renovada, en el punto en que se habían visto obligados a dejarlos, más de una semana atrás. Aquí se hallaban solos, inaccesibles, sin prisas, sin obligaciones, y con todos los acontecimientos importantes que se cernían sobre ellos suspendidos hasta el día en que, casi dos semanas después, la nave llegara a su destino.

Ella pensó que tal vez le amaba. Él ya le había dicho que la amaba. Ella amaba esta clase de amor: sensible, comprensivo incluso sin conocer los hechos —al fin y al cabo, la conocía desde que eran niños—, inteligente y compasivo. Pero su amor, su deseo de amor, también era insistente, y físico.

Al principio, había parecido que hacer el amor sería fácil y natural, ya que nunca habían dejado de estar el uno con el otro, como si siempre hubieran vivido juntos. Unos minutos después de cerrar la puerta de la cabina detrás de ellos, toda la ropa de ella estaba en el suelo, y toda la de él estaba encima de la de ella, y habían estirado sus cuerpos delgados y duros uno junto al otro, en la estrecha litera, sin que les importara estar apretados.

Algo que ella no podía definir iba mal. Vaciló. Él, en respuesta, se detuvo. Ella percibió el esfuerzo que eso requería de él, con tanta intensidad como si fuera él mismo, el esfuerzo por contener la urgencia que tan fácilmente cae en la necesidad negligente. Su amor estaba antes que su necesidad, pero ésta existía, fuerte. Y ella también le deseaba; su cuerpo había deseado el de él en especial, y sólo el suyo.

Cuando intentó moverse hacia él otra vez, fue presa de un dolor repentino. Su causa aparentemente no era física; no tenía nada que ver con él. Pero se había manifestado debajo de la boca del estómago: una abnegación opresora, atenazadora.

—No..., no puedo.

—¿No puedes?

—Lo siento.

—Si no es... quiero decir, dime...

—Me pasa algo.

—¿Estás bien? ¿Quieres que llame a alguien?
—No. No, quédate aquí. Quédate conmigo. Estoy mejor ahora.
Él se había quedado con ella, y al final había curvado sus brazos y piernas y todo su cuerpo en tomo a ella, mientras ella permanecía de espaldas a él, descansando en su abrazo...
...y lloraba en silencio. Y cuando finalmente se durmió, él se quedó despierto, rodeándola en su sueño.
Durante una hora o más, la negra inconsciencia se apoderó de ella. Él también durmió, relajando su abrazo. Luego, comenzó el sueño...
Ahora ella volvía a estar despierta, despierta y llena de temor y de deseo.
—Me parece que no quiero que estés aquí —le dijo—. No puedo ser yo misma si estás aquí.
Él permaneció inmóvil durante un momento. Después, bajó las piernas por el costado de la litera de lona y se puso de pie.
—Como quieras, Ellen.
Se agachó para recoger su camisa y sus pantalones del suelo.
—No, yo... —la cabeza le daba vueltas—. No quería decir...
—¿Qué querías decir?
—Algo... en mí... —De sus labios salieron frases entrecortadas, inconexas. Se obligó a decir lo que se resistía a reconocer, incluso ante sí misma—. Tengo miedo...
—¿De ellos?
—No. Sí, claro. —Vaciló—. Sí, tengo miedo de ellos, pero no me refería a eso. Me refería a que... —Se esforzó para decir la verdad—. No soy humana. Tengo miedo de no ser humana ya. Eso es lo que pienso.
Él se sentó en la cama y alargó la mano para ponerla sobre el hombro de ella. Al notar su roce, ella se echó a llorar. Se apoyó en el pecho del hombre y dejó que sus brazos le rodearan los hombros, y lloró con repentino miedo de la profundidad de su pérdida: la pérdida de sus padres, tantos años atrás, la pérdida de sí misma, la pérdida de todos los que habían intentado amarla.
Lloró mucho rato antes de quedarse dormida por segunda vez. Él la tumbó suavemente en la cama, levantó y alisó la sábana enredada, y la tapó con ella. Se sentó a su lado en la oscuridad, reteniéndole la mano.

Después de ese incidente no durmieron juntos. Ella hablaba poco con él cuando se encontraban en los pequeños confines de la nave, y pasaba el tiempo leyendo obsesivamente, leyendo las fichas del caso que les ocupaba, escuchando, visionando y leyendo lo que la biblioteca de la nave tenía que decirle acerca de su destino y, al acabar todo lo referente a su misión, leyendo todas las demás fichas que había en la nave.
No le preguntó qué había encontrado él para divertirse. Era difícil soportar sus miradas decepcionadas, heridas y defensivas.
Tres noches más tarde, el sueño se repitió. A pesar de estar inmersa en él, lo contemplaba como si fuera otra persona, una persona nueva, más endurecida, y le pareció que lo que veía no era un sueño, sino un recuerdo nítido y auténtico...

Hubo un golpe en la puerta del dormitorio. Su dormitorio estaba en la casa de la mujer gris, una casa baja de ladrillo, con bonitos muebles, un gran patio y árboles viejos, pero a pesar de todo su encanto suburbano, se encontraba dentro de las múltiples vallas del recinto de Maryland; y el golpe en la puerta le causó sorpresa, porque la mujer gris y el hombre gris nunca llamaban, simplemente entraban cuando querían, sin importarles lo que ella vistiera o hiciera, asegurándose de que carecía de intimidad. Ella sabía lo que significaba el lavado de cerebro, y sabía que era parte de lo que ellos habían estado haciendo, o intentando hacer, desde que la separaron de sus padres.

Pero ahora llamaron a la puerta.

—Linda.

Era la voz de su padre, y percibió su calidez a través de la puerta.

—¡Papá!

Ella saltó y probó el pomo de la puerta —normalmente estaba cerrada con llave— y la abrió, y le vio a él de pie en el estrecho pasillo, pequeño y cansado, su traje de tweed marrón arrugado como si no se lo hubiera quitado en días, su pelo negro más veteado de gris de lo que ella recordaba.

Él no se movió, sólo la miraba fijamente.

—Linda, gracias a Dios que estás bien —susurró él.

Ella se arrojó a sus brazos.

—Oh, papá.

Se echó a llorar, lo que le sorprendió. Él la abrazó con fuerza un momento, en silencio, antes de murmurar:

—Tenemos que irnos ahora mismo, cariño.

—¿Puedo llevarme...?

—No. Déjalo todo y ven conmigo.

Ella se apoyó en sus brazos y volvió a él su cara llena de lágrimas. El tacto y el olor de su padre le indicaron que tenía miedo. Asintió con la cabeza en silencio y se marchó, cogida aún de su mano.

El la guió a través de la casa a oscuras. Ella vio a los hombres en las sombras —en la puerta delantera, en la cocina, al lado de las puertas de cristal del patio trasero—, de pie con los pies bien afianzados en el suelo y la pistola en alto. Mientras su padre la llevaba a través de la sala de estar y hacia las puertas de cristal abiertas, les hizo una seña y ellos se dispusieron a seguirles, cubriéndoles la retirada con miradas nerviosas.

En el césped esperaba un Snark negro; sus rotores gemelos giraban en silencio formando arcos sibilantes, y las turbinas gemelas susurraban a través de los tubos de escape silenciados.

Su padre vaciló al llegar a la puerta de cristal; luego, salió de la protección que le ofrecía la casa, y corrió hacia el helicóptero arrastrando a Linda tras de sí. Los hombres les siguieron, separándose para flanquearles.

Con su pavorosa vista, Linda podía ver en la noche, y vio el rostro pálido de su madre que miraba fijamente, esperando tras la puerta lateral abierta del aparato. Abrió la boca. Algo iba mal...

Una mano apartó a un lado a la madre de Linda. Un hombre subió al helicóptero. Linda oyó la tos de la boca del arma y el simultáneo ulular del fuego de enfilada desde

arriba y desde detrás de ella, y vio las fieras líneas de los trazadores sobre su cabeza.

Ella y su padre habían recorrido la mitad de la distancia que separaba la casa del helicóptero. El hombre que se encontraba en la puerta del aparato, dirigía sus disparos no a Linda ni a su padre, sino a los hombres que les protegían. Había al menos un atacante en el tejado de la casa, y al menos otro en los árboles. Atrapados en el fuego cruzado, pillados por sorpresa, los guardaespaldas estaban cayendo.

El padre de Linda la había agarrado del brazo y la tiró al suelo, cayendo él después y rodando tras ella.

Pero ella se había levantando de nuevo antes de detenerse (a la sazón no sabía que poseía el tejido denso unido a la frente, pero su persona separada, su nueva persona, que contemplaba este sueño vívido, sabía que lo poseía; ese pedazo de cerebro añadido efectuaba los cálculos y las deducciones; su ojo derecho con zoom miró al hombre del helicóptero y vio hacia dónde apuntaba, siguió las trayectorias de su arma automática, y vio que apuntaba cuidadosamente alrededor de ella, incluso a riesgo de quedar expuesto él mismo) y cruzó los últimos metros de césped, bajo las hélices del rotor, con una rapidez asombrosa. Dentro del aparato, su madre gritaba con la boca abierta, pero las palabras brotaban tan lentamente, que Linda no podía oírlas. El hombre armado se apartó de su trabajo con movimientos que parecían en cámara lenta, cómicamente sorprendido de ver que Linda se precipitaba hacia él.

Su vacilación le supuso la muerte. Ella le agarró por las rodillas y le hizo saltar el arma con un golpe en la muñeca, y mientras él se retorcía en un vano intento por evitarla, puso su cabeza en la trayectoria de una bala de uno de los guardias heridos y cayó sin vida fuera del helicóptero. Linda ya había memorizado su aspecto; ahora podía olvidarlo.

Linda se arrojó sobre la persona que retenía a su madre, sin dudar cuando reconoció a la mujer gris que había sido su captora; lanzó el puño como un pistón al ojo de la mujer, lo que le hizo retroceder vacilando, aturdida, hasta chocar con la pared del fuselaje.

—¡Linda, detrás de ti! —gritó su madre.

Linda se giró y se dirigió a la cabina del aparato. Era como si estuviera flotando en la luna: la escena era como una imagen congelada. El hombre del asiento de la izquierda estaba medio fuera de éste, torcido hacia ella, girando el arma hacia ella a la velocidad de un milímetro por siglo; el cuerpo que sobresalía del otro asiento era, presumiblemente, el del piloto legítimo. Linda —por si alguna vez volvía a encontrarse con él— grabó desapasionadamente el aspecto del piloto usurpador y su extraño olor, mitad a colonia, mitad a adrenalina, advirtiendo con calma que ya le había visto al menos otra vez. Luego, arrancó la pistola —una 38 Colt Aetherweight con supresor del aro de fuego— de la mano renuente del hombre.

El tiempo se descongeló. Linda bajó la pistola con fuerza controlada y con precisión, contra el costado de la cabeza del hombre, debajo de su oreja. El hombre se desplomó, y Linda le arrancó de su asiento y le arrastró a la parte de atrás.

Linda se movía con la agilidad y la seguridad de un acróbata; saltó al asiento y se hizo cargo de los controles. Empujó el acelerador; las turbinas aumentaron el paso y los rotores aceleraron. Hizo girar el regulador de paso, y el aparato blindado se estremeció y se elevó medio metro del suelo. Expertamente, ella lo dejó girar donde

estaba, sólo un cuarto de vuelta, hasta que estuvo de frente a los atacantes del tejado de la casa, presentando a aquellos tiradores invisibles un blanco escaso. Lo detuvo allí y oprimió los gatillos de las ametralladoras Gatling.

El ruido era un penetrante bramido. Fuego azul; cien disparos en medio segundo destruyeron el tejado de la casa.

Bajo los haces blancos de los faros del helicóptero vio el cuerpo de su padre tendido boca abajo en la hierba. Sobre la hierba había otros cuerpos, inmóviles: los de los guardias. Linda descendió la proa del helicóptero y el pesado aparato avanzó a trompicones, rugiendo y levantando viento hasta que estuvo suspendido casi sobre el padre de Linda.

Linda le habló en voz alta al helicóptero:

—Snark, aquí L.N. 30851005, ¿me recibes?

—Te recibo —respondió el helicóptero, confirmando su voz.

—Mantén esta posición en tres—D —ordenó—. Gira para cubrirme, si es necesario. Devuelve el fuego si te disparan.

Un puñado de balas salpicó el hocico del helicóptero, agrietando el cristal de la cabina blindada; en algún lugar, en las sombras, a la derecha, había otro tirador. El Snark se giró hacia la derecha y su Gatling de estribor rugió; el árbol desde el cual habían disparado explotó.

No se reanudó el fuego desde detrás del árbol desintegrado.

—Orden confirmada —dijo el helicóptero, con la satisfacción de una máquina.

—Mantén el fuego —oyó que un hombre gritaba en la oscuridad.

Linda reconoció aquella voz: era la voz del hombre gris, Laird.

Bajó de un salto del asiento de mando y fue a la cabina.

—Madre, ayúdame.

Juntas, ella y su madre —una mujer delgada y fuerte, con el cabello negro como el de su esposo—, arrastraron los cuerpos inertes del piloto secuestrador y la mujer gris y los tiraron por la puerta abierta. La mujer gris rodó tras el hombre y rebotó en el patín para ir a yacer, inmóvil, a su lado, en la hierba.

—Quédate dentro —dijo Linda a su madre, mientras bajaba de un salto y aterrizaba ágilmente sobre ambos pies, flexionándose, tumbándose y rodando bajo el helicóptero, en una serie continua de acciones precisas. El ruido y el viento le golpeaban los oídos, pero pudo separar el estruendo del helicóptero de las voces que gritaban cerca de allí.

El negro cabello de su padre brillaba a causa de la sangre que brotaba de una herida en el cráneo, pero estaba consciente.

—¿Puedes moverte? —gritó ella.

—Me he roto la pierna.

—Te arrastraré.

De repente, el helicóptero se desplazó de donde estaba suspendido en el aire, y Linda vio unas formas que corrían por el margen del césped. Pero de la oscuridad no salieron balas, y el Snark, siguiendo sus órdenes al pie de la letra, no disparó. Arrodillada, Linda arrastró a su padre por los hombros; él hizo lo que pudo para ayudar, empujándose sobre el fangoso césped con la pierna buena, la derecha; ella vio que había perdido el zapato. Durante quince segundos, mientras le arrastraba bajo el

patín, Linda quedó expuesta.

Levantó a su padre por los hombros y él saltó, inestable, sobre el patín. Su madre le cogió las manos y tiró de él mientras él se inclinaba y hacía fuerza con la pierna derecha. Aterrizó pesadamente sobre el suelo del helicóptero.

Cuando Linda se preparaba para saltar detrás de él, sintió el golpe en la cadera. No le dolió, pero fue como si alguien la hubiera golpeado y tirado a1 suelo, y cuando intentó saltar de nuevo, no ocurrió nada. No sentía nada en la pierna y no podía moverse.

El Snark giró, pero su ametralladora Gatling permaneció callada. Al igual que Linda, no había oído la bala.

Linda permaneció tumbada de espaldas, mirando las hélices engranadas, viendo las caras pálidas de sus padres que la miraban a sólo un metro de distancia, con las manos extendidas.

—*¡Linda, Linda!*

Su madre se asomó por el borde de la puerta.

—Snark —gritó Linda—. Acción evasiva inmediata. Toma todas las medidas necesarias para proteger a tus pasajeros.

El Snark la oyó. Sus faros se apagaron; sus turbinas adquirieron paso supersónico y el aparato se elevó ruidosamente en el cielo, balanceándose de lado.

Laird gritó:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Detenedles!

Los proyectiles con trazadores arañaban el helicóptero, rebotaban en su piel y silbaban entre los rotores en movimiento. Con su vista artificial, Linda vio que su madre caía hacia atrás a través de la puerta abierta y que la puerta blindada se cerraba detrás de ella, al tomar medidas el Snark para proteger a su carga humana. En cuestión de segundos el helicóptero desapareció en el brumoso cielo nocturno;

Linda permaneció tumbada de espaldas, alerta e indefensa, percibiendo el olor de la hierba húmeda y cálida y del combustible quemado y del H.E. y la sangre, mientras unas figuras se acercaban corriendo en la oscuridad, y se quedaban junto a ella, observándola.

—¿La mato, señor?

—No seas estúpido. No lo haremos hasta que estemos seguros de que sus padres han muerto.

—Será mejor que afrontemos los hechos, Bill —dijo otro—. No podemos fingir que nada...

—No me digas lo que tengo que hacer. Cúrala y hazlo bien. Puede que haya investigaciones.

—Bill...

—No ha terminado. Esto puede frenarse.

—William...

El hombre gris vaciló, y Linda miró con desprecio el rostro que se abrió paso en el círculo de su consciencia: el rostro de la mujer gris. Ésta se encontraba al lado de Laird, suelto su largo cabello gris, una pistola con silenciador en la mano. Ella era quien había disparado, comprendió Linda; lo había hecho después de que Laird dijera a los otros que cesaran el fuego. Le había disparado porque Linda no había tenido

tiempo, ni había querido, matarla a ella primero.

—¿Por qué ella? —preguntó a gritos Laird a la mujer gris—. A quien deberías haber matado es a Nagy, a él y a su esposa.

—No tenía intención de matarla, William. Quería retenerla aquí.

El sucio piloto de helicóptero entró tambaleándose en el círculo de caras, crispado de rabia el rostro.

—¡Le has dejado una brecha! Ella...

—Cierra la boca —le interrumpió el hombre gris, haciéndole caso omiso. Lanzó una mirada furiosa a la mujer—. Nagy ha estado a punto de vencer, y no ha terminado aún. ¿Cómo has podido ser tan descuidada?

—No podemos descartarla sin más, William. Ella podría ser la más grande de nosotros.

—¡Ya no! Se resiste a nuestra autoridad. Siempre se ha resistido. Mira esta..., esta debacle.

—Es una niña. Cuando se dé cuenta de la verdad, cuando realmente lo comprenda todo...

—Resistirse a nosotros es resistirse al Conocimiento.

—William...

—No digáis ni una palabra más. —Miró a Linda con la mirada más dura que ella jamás había visto, incluso en el duro rostro de él—. Esto es carne muy ignorante. La esconderemos en algún lugar donde nadie pueda encontrarla. Después, comenzaremos de nuevo.

Al verse yacer paralizada en la hierba, la nueva persona de Linda supo que si podía liberarse de este horrible sueño de realidad, estaría a salvo. Linda abrió la boca.

—Blake —susurró—. *Blake.*

Laird la miró e hizo una mueca de desprecio.

Esta vez, cuando despertó, no había nadie con ella. Y acostada sola en la oscura cabina, con el corazón latiéndole de prisa, luchó con todas sus fuerzas para recordar lo que acababa de soñar.

2

La reluciente nave blanca, un bruñido cúter blasonado con la banda azul y la estrella dorada de la Junta de Control Espacial, descendía veloz hacia Marte. Caía de cola hacia la Estación de Marte; su antorcha de fusión se había apagado en el perímetro de radiación, y la nave iba frenándose, en la órbita de aparcamiento, sólo

con los cohetes químicos, manteniendo una aceleración constante de una G.

Para proteger de la fuerte radiación en todas las longitudes de onda, el casco de la nave no tenía ventanas al universo. La mujer joven estaba de pie ante la pantalla de vídeo de tamaño pared de la sala de oficiales, contemplando el panorama desde popa, donde el negro Fobos se deslizaba por el disco naranja pálido de Marte; un satélite de sólo veintisiete kilómetros de largo, visto sobre un planeta a sólo seis mil kilómetros de distancia. «Con forma de patata» era como la gente solía describir a Fobos desde hacía más de un siglo, puesto que ninguna otra frase captaba la esencia de su forma, de una manera tan sucinta: lleno de hoyos, aterronado, negro, Fobos podía haber sido una tosca patata recién arrancada del fango volcánico de Idaho.

La mujer que contemplaba este espectáculo íntimo, se llamaba a sí misma Sparta. Éste no era su nombre auténtico. Era su persona, la máscara que sólo se mostraba a sí misma, y Sparta era un nombre secreto, secreto para todos salvo para sí misma. La mayoría de la gente la conocía como Ellen Troy, inspectora Ellen Troy de la Junta de Control Espacial. Y éste tampoco era su nombre auténtico. La gente que conocía su nombre auténtico tenía su vida en sus manos, y casi todos ellos querían matarla.

Para los que no la conocían, Sparta era joven, hermosa, inteligente, misteriosamente dotada y extrañamente afortunada. De hecho, sus poderes iban más allá de la simple comprensión. Pero a ella le parecía que era frágil, que su humanidad estaba mutilada, su psique constantemente al borde de la disolución.

Ahora la había arrancado de nuevo del curso normal de su vida —si su vida podía considerarse normal—, para ser lanzada, sin preparación alguna, a una situación que requeriría su vigilancia completa y su total concentración, una actuación culminante que iba ser necesaria después de dos semanas de asfixiante encierro a bordo de este cúter. Dada la alineación actual de los planetas, una travesía de la Tierra a Marte en dos semanas era lo más instantáneo que incluso un cúter de la Junta Espacial, la clase de nave más rápida en el sistema solar, podía lograr..., dos semanas durante las cuales Sparta no tenía nada que hacer más que estudiar la escasa información del caso sin resolver que la esperaba.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por el hombre joven que entró en la sala de oficiales detrás de ella.

—Fobos y Deimos —dijo alegre—. Miedo y Terror. Magníficos nombres para unos satélites.

—Encajan muy bien —dijo ella—. Eran los caballos del carro de Marte, ¿no?

Él alzó una negra ceja sobre un ojo verde.

—Ellen, ¿hay algo que tu cerebro enciclopédico no haya almacenado? Si te interesa, el dios en cuestión era Ares, el dios griego de la guerra, no el romano. Fobos y Deimos eran dos de los tres hijos que tuvo con Afrodita, no sus caballos.

—Leí que eran sus caballos y que comían carne humana.

—Mitología mutilada. Los caballos que comían hombres (eran cuatro, uno de ellos llamado también Deimos, pero ninguno llamado Fobos) pertenecían a Diomedes. Le recordarás de *La Ilíada.*

Ella sonrió.

—¿Cómo guardas todas esas cosas en tu cabeza?

—Porque me gustan estas cosas. Me gusta tanto *La Ilíada,* que he leído incluso la

horrible traducción de Alexander Pope. —Él también sonrió—. Una mujer que se hace llamar Ellen Troy —susurró—, debería leerla al menos una vez.

Blake Redfield —su nombre auténtico y conocido— era uno de los pocos que sabían que ella no se llamaba Ellen Troy. Era uno de los pocos —quizás el único de los que conocían la verdad— que no quería matarla. Aunque a veces Sparta creía que amaba a Blake, en otras ocasiones tenía miedo incluso de él. O quizá de su amor por él.

El amor era un tema que últimamente ella había evitado.

—Mira, se ve la Base de Fobos.

Unos puntos brillantes resplandecían en el borde del cráter más grande de Fobos, el Stickney, de altas paredes y ocho kilómetros de ancho. Iluminado vivamente en las latitudes medias de Marte, el Stickney era como un cáliz de hierro negro sobre un espejo dorado. Ochenta años atrás, la primera expedición humana a Marte había aterrizado en Fobos, y durante varias décadas el satélite había servido de base para la exploración y colonización de la superficie marciana.

—Parece que fue construido ayer —dijo Blake—. Cuesta creer que haya estado desierto durante medio siglo.

En el borde más alejado de Stickney, aún se erguían cabañas y cúpulas de aluminio, incólumes, inoxidadas, una cápsula de tiempo de la exploración planetaria.

En la pantalla de vídeo, Fobos ya se retiraba. En el rincón más alejado de la pantalla, la Estación de Marte emergió del apretado campo de estrellas; ésta era la razón de que la Base de Fobos estuviera desierta, que no tuviera un uso práctico. La estación era una gran botella de aire que giraba a velocidad suficiente para proporcionar una considerable gravedad artificial en su superficie interna.

Observaron en silencio, hasta que la Estación de Marte resplandeció brillante como el sol y el negro satélite se hubo convertido en un puntito en el campo de estrellas. Sparta se volvió a Blake.

—Respecto a lo que hablábamos antes..., he pensado un poco más en ello. Quiero que te quedes en la Estación de Marte hasta que haya completado la investigación.

—Lo siento. No lo haré.

—Ellos saben quiénes somos nosotros. Pero nosotros no sabemos quiénes son ellos.

—Pero sabemos cómo operan. Yo, mejor que tú.

—A mí me entrenaron para este trabajo —dijo ella, endureciendo la voz.

—Creo que mi entrenamiento fue tan bueno como el tuyo —replicó él al instante —, aunque fuera muy poco ortodoxo.

—Blake...

—Te lo demostraré.

—¿Me lo demostrarás?

—Ahora mismo, en el gimnasio. Mano a mano.

—¿Qué demostraría eso?

—Tú misma lo has dicho: no sabemos quiénes son ellos. Así que no estarás más prevenida que yo. Si puedo derrotarte mano a mano, ¿qué lógica tiene enjaularme?

Ella dudó sólo un instante.

—Nos veremos en el gimnasio.

Quizá Blake le había dado ventaja. La parte de ella que le amaba tenía su propia motivación, pues deseaba que él sobreviviera aunque ella no lo hiciese. La parte de ella que quería separarle de su vida, que quería separar de su vida todas las cosas humanas, podía deshacerse de él fácilmente. Pero cuando se anudaba el cinturón negro alrededor del áspero algodón de su traje, supo que tendría que luchar con él en desventaja.

¿Realmente él le daba ventaja? ¿O era ella quien se la daba a él?

Entraron en el pequeño gimnasio circular de la nave, desde lados opuestos. Sparta era delgada pero musculosa, el cabello rubio le caía recto hasta la mandíbula, sin ninguna concesión a la moda; el flequillo que le llegaba hasta las espesas cejas era lo bastante corto para dejar al descubierto sus ojos azul oscuro. Blake era unos centímetros más alto, y tenía hombros más anchos y músculos más fuertes. Su cabello castaño oscuro era lacio como el de ella, y sus ojos verdes tan firmes como los de la mujer; su rostro chino—irlandés habría podido ser inquietantemente hermoso, pero una boca demasiado ancha y un montón de pecas en la nariz recta, le salvaban de la perfección.

Se saludaron con una inclinación, y se irguieron.

Un latido de corazón... Flexionaron las rodillas, alzaron las manos como palas, empezaron a acercarse con cautela. A diferencia de la mayoría de luchadores humanos, que tienden a girar en círculo, ellos avanzaron directamente como animales. En el combate, ninguno de los dos prefería la izquierda o la derecha; cualquiera de semejantes asimetrías que no hubieran logrado quitarse de encima, se dejaría ver sólo en caso de necesidad.

A dos metros de distancia llegaron a un límite imaginario, el borde de la zona letal. Aquí, cada uno todavía podía ver al otro de una mirada, de la cabeza a los pies, de los ojos a la mano. Aquí, ninguno de los dos podía alcanzar al otro sin que la preparación no fuera evidente.

Pero Blake era el que tenía que demostrar algo; él tendría que dar el primer paso. Fue rápido, un salto y una patada alta con las piernas abiertas que le dejó vulnerable. Por una fracción de segundo ella se inhibió..., como él había calculado y esperado.

Pero la patada no le había llegado a la mandíbula.

Ella no volvería a ser reticente. Tan rápidamente saltó ella sobre él cuando aterrizó, que apenas pudo escapar rodando. Recuperó su equilibrio y le lanzó un fuerte golpe al estómago, pero ella giró y le golpeó en el cuello, dando sólo en el aire.

La batalla había comenzado de verdad. Transcurrieron dos minutos, luego cinco, luego...

Rodando por el áspero suelo de polilona del gimnasio, Sparta se puso de pie a

tiempo para el contraataque de Blake; a pesar de una finta al diafragma de ella con el puño izquierdo, Sparta vio su intención y le apartó la mano derecha cuando se dirigía hacia su nariz, cogiéndole la muñeca. Mientras ella giraba para bajarle el brazo, se permitió una reconsideración, durante una fracción de segundo, y se dio cuenta de que aquel movimiento había sido hecho adrede. El verdadero asalto venía ahora. Justo cuando los dedos de la mano izquierda de él rozaban la solapa del traje de Sparta, ésta retrocedió dando un salto y se arrojó con una rodilla contra la cadera de él; los dedos del hombre se cerraron sin aferrar nada.

Nuevamente se apartaron rodando hacia lados opuestos del pequeño gimnasio. Nuevamente se pusieron en pie de un salto, jadeando. Ambos estaban bañados en sudor, casi exhaustos. Durante diez minutos habían estado atacándose con toda la fuerza y las estratagemas posibles. Él había puesto una mano ofensiva sobre ella, una sola vez. Ella lo había hecho poco mejor. La zona enrojecida del pómulo donde él la había golpeado con el duro borde de la mano, se estaba amoratando; las magulladuras de él, en las costillas y la parte externa del muslo izquierdo, resultaban invisibles bajo el traje, pero le harían cojear cuando se enfriaran. .

Ninguno de los dos decía nada, pero nadie que viera el brillo encarnado de los ojos de Sparta o los músculos tensos de la mandíbula de Blake, podría confundir este combate con la práctica de unos ejercicios amistosos.

Se hizo inopinadamente poco amistoso cuando Blake sacó un cuchillo.

En medio segundo se había levantado el grueso cinturón negro y liberado el cuchillo de donde estaba sujeto. Su hoja de carbono—carbono con película de diamante, era suficientemente larga para resultar letal; objeto militar estándar de la Alianza del Tratado Continental del Norte, era una herramienta útil para cortar o clavar o, en un apuro, arrojar.

Él avanzó hacia ella, el cuchillo bien aferrado con la mano derecha, la afilada hoja dirigida a su pecho.

—¿No estás llevando esto..., demasiado lejos? —pregunto ella con voz ronca.

—¿Te rindes?

—No me obligues a hacerte daño —advirtió ella.

—Palabras. Estamos empatados.

Se movió en círculos, cauteloso, hizo una finta, se recupero antes de que la mano veloz de ella pudiera agarrarle la muñeca, hizo otra finta y entró en su terreno, se encontró atrapado por la pierna de ella, y tuvo que salir rodando, y vio que ella se lanzaba al ataque. Él fingió una retirada y luego rodó hacia ella; Sparta se excedió.

La punta del cuchillo le rasgó el tejido del traje a la altura de la cintura. Él también tenía sus inhibiciones.

Antes de que Blake pudiera ponerse de rodillas, ella se puso de nuevo de pie y se acercó a él. El hombre midió la patada dirigida a su cabeza y la esquivó, pero en cambio el talón desnudo de ella le golpeó la muñeca. El cuchillo salió volando, pero el hombre puso la otra mano en la parte posterior del cinturón negro de ella y dejó que el impulso de la mujer le lanzara sobre la espalda de ésta cuando ella cayó. Su mano derecha estaba inutilizada, pero pasó el brazo alrededor del cuello de la mujer y le echó la mandíbula hacia atrás con la curva del codo.

No lo bastante pronto. Una de las piernas de la mujer y uno de sus brazos habían

escapado a la inmovilización, y ella estaba torcida oblicuamente bajo él. Él sintió la punta de su propio cuchillo en el riñón; el largo salto que había dado ella le había permitido cogerlo.

Por un momento permanecieron tumbados de ese modo, paralizados, dos carnívoros en lucha, atrapados en el hielo.

—Podías haberme roto el cuello —dijo ella en un susurro.

—Antes de que yo muriera, tal vez —dijo él.

Poco a poco aflojó su presa y se apartó de Sparta rodando.

Sparta se incorporó. No dijo nada, pero cogió el cuchillo por la punta y se lo entregó.

—Está bien, no te he vencido. —Al coger el cuchillo, Blake soltó el aliento vigorosamente, hinchando las mejillas—. Pero tú tampoco me has vencido a mí. Y ninguna de las personas con las que es probable que nos tropecemos podría ser mejor que tú.

—¿Eso crees? —Se puso las manos detrás del cuello y se cogió éste con los dedos entrelazados, haciendo girar la cabeza para aliviar la tortícolis—. ¿Y si resulta que Khalid es nuestro hombre? Dijiste que había recibido el mismo entrenamiento que tú.

—Hasta cierto punto.

—Quizá más. No sabemos quiénes son, Blake...

—Sí, sí. Pero has de cumplir tu promesa. —Le dio la mano y se ayudaron el uno al otro a ponerse de pie—. He demostrado que sé defenderme.

—A una G constante. La gravedad de Marte es una tercera parte de la de la Tierra.

Él no hizo caso del sofisma; no era necesario que le recordara que tampoco ella había estado nunca en Marte.

—No vine hasta aquí sólo para quedarme en un hotel de turistas en Labyrinth City.

—Eres un asesor civil, no un oficial de la Junta Espacial.

—Entonces, trabajaré en el caso por cuenta propia. —Metió el cuchillo en su funda y lo cubrió con el cinturón—. Con tu cooperación o sin ella.

—Podría arrestarte por interferir.

—Olvidas lo ruin que eso sería —dijo él con vehemencia—, ya que fuiste tú quien me hizo venir. Piensa sólo en cuánto tiempo perderás intentando encontrarme cuando desaparezca.

Sparta no dijo nada. Él no tenía idea de lo fácil que le resultaría encontrarle, por muy bien que se disfrazara, por muchas cosas que hiciera para no dejar rastro. Ella podía seguirle el tacto y el olor, sus cálidas pisadas, en cualquier lugar al que él intentara huir. Que hubiera peleado con ella y quedaran empatados, la había impresionado, ya que ella había peleado con toda la fuerza que le era humanamente posible. Pero no quería que él supiera hasta qué punto no era simplemente humana, ni que no había utilizado contra él las habilidades que la hacían diferente.

No es que fuera más fuerte o tuviera más coordinación que él. Sus músculos eran más pequeños y sus impulsos nerviosos ordinarios no eran más rápidos que los de él, pero esto quedaba compensado con su menor tamaño y masa, su capacidad de mover las partes del cuerpo con más rapidez a través del espacio, en la simple obediencia de las leyes de la física. Los levantadores de peso no son buenos gimnastas; los

luchadores de *sumo* no son buenos karatecas. Pero el combate entre ellos dos había estado muy igualado, más de lo que habría podido estar.

A ella le habían hecho cosas en el cerebro, entre otros órganos. El cerebro humano natural había evolucionado hasta su estado específico de la especie, en las praderas y los bosques. Los antepasados de los humanos realizaban, sin esfuerzo, ecuaciones diferenciales parciales simultáneas, equiparando y revisando trayectorias mientras corrían junto a veloces cebras y bestias salvajes al mismo tiempo que les arrojaban piedras, o balanceándose de rama en rama, arrancando de paso alguna fruta; y nuestros parientes aún pueden hacerlo, en los grandes parques de África y la Amazonia. Los humanos conservamos parte de esta habilidad, aunque sólo sea una sombra.

Somos muy buenos arrojando cosas, mucho mejores que nuestros parientes más próximos, los chimpancés; somos buenos arrojando lanzas, disparando flechas, apuntando con armas de fuego, y así sucesivamente. Somos igualmente buenos recogiendo cosas. Quizá la más extraordinaria demostración de la capacidad del cerebro humano para calcular y efectuar trayectorias se produjo a mediados del siglo xx, cuando un atleta llamado Mays, jugando el tradicional juego americano llamado béisbol, se situó —mientras corría lo más de prisa posible— debajo de una pequeña esfera blanca recubierta de piel de caballo que, golpeada con un mazo de madera, había sido lanzada al aire a más de treinta metros, formando una parábola impredecible. Mays, sin dejar de correr, sin dar la vuelta, y poco antes de chocar con una pared que señalaba el límite del campo de juego, atrapó la bola con su guante cuando descendía sobre su hombro izquierdo.

Probablemente, ningún ser humano antes de Mays, o desde entonces, había podido hacerlo. Pero Sparta, si surgía la necesidad, podía hacer lo mismo. El diminuto grupo denso de células, albergadas en su cerebro, un poquito al costado de donde los hindúes sitúan el ojo del alma, era un procesador que integraba las trayectorias y efectuaba otros muchos tipos de cálculos más rápidamente, mucho más rápidamente que el propio cerebro. Si hubiera utilizado este grupo de células, si lo hubiera conectado con sus circuitos mentales, Sparta habría podido leer cada movimiento que Blake hiciera antes de que él lo hubiera iniciado; habría podido ponerle de cara al suelo diez segundos después de haber comenzado el combate.

Había permanecido humana voluntariamente, y había hecho lo que había podido. Esto estaba bien. Y Blake había hecho lo que había podido, lo cual también estaba bien.

—De acuerdo —dijo—. Puedes trabajar por tu cuenta. Si me prometes mantenerte en contacto.

No le dijo que tenía razón, que probablemente él era tan formidable como cualquier cosa que el enemigo pudiera enviar contra él. Y si iban armados, cosa probable..., bueno, él también lo iría.

La mirada en el rostro del hombre era extraña.

—Eso ya te lo he prometido.

—Te conozco, Blake —dijo ella.

Él se inclinó hacia ella, y cuando sus labios se abrieron, sus ojos y su boca mostraron una expresión suave, casi de añoranza. Pero entonces, una sombra de

incertidumbre le cruzó el rostro. Éste se endureció. Cuando habló, dijo:

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

Sudando todavía, subieron en el estrecho ascensor hasta la cubierta de mando.

—Todo esto es inútil si alguien te hace —dijo ella.

—¿Me hace qué?

—Disculpa la jerga. Si alguien te reconoce en la Estación de Marte, quiero decir.

—Ya hemos hablado de esto.

—Igualmente inútil si no lo consigues en el trayecto regular de la lanzadera. Yo podría comandar una lanzadera si tuviera que hacerlo, pero tienes que efectuar el trayecto programado o quedas fuera de la lucha.

—Acepta que tengo un poco de cerebro.

—Te lo acepto. No quiero que nada salga mal.

—Deja de preocuparte por mí.

Ella le miró de arriba abajo.

—Antes de conocerte, no me preocupaba por nadie más que por mí misma.

—Te preocupabas por encontrar a tus padres —dijo él bruscamente.

—Sí.

—Sí, Blake, y los otros. Los que intentaron matarme y que probablemente les mataron a ellos.

—Porque por eso estoy aquí... —Se interrumpió. Cuando sus emociones la vencían, a veces olvidaba que siempre debía llamarla Ellen, si es que la llamaba de alguna manera. Cuando la conoció, de niños, y durante los ocho años en que crecieron juntos, su nombre había sido Linda—. De eso se trata.

—No, es más sencillo. Estamos aquí para resolver dos asesinatos. Estamos aquí para recuperar la placa marciana. Eso es lo que los demás necesitan saber.

—Creo que el comandante de la Junta Espacial, con sus ojos vivos, abundante cabello y ojos azules, sabe más. Mucho más.

Ella se ahorró responderle porque la puerta del ascensor se abrió bruscamente.

—Hablemos con el capitán.

—A través de los tubos de descarga —dijo el capitán. Se llamaba Walsh y era una mujer de unos treinta años, y piloto veterano de cúter; tenía edad suficiente para haber adquirido experiencia, y era lo bastante joven para haber retenido la sinapsis—. Le metemos en una bolsa de bolo, le descargamos en el tanque de mantenimiento de la estación; más o menos media hora más tarde, alguien le sacará de allí.

Blake palideció.

—¿Quiere descargarme en un tanque de hidrógeno líquido?

—Pasta de deuterio, en términos técnicos.

—¿Qué impedirá que me congele? ¿Qué voy a respirar?

—Todo está previsto. Dicen que estas bolsas de bolo están muy bien —dijo el capitán—. Nunca he tenido ocasión de probarlas personalmente.

—¿Hay algún método un poco más tradicional? —preguntó Sparta con voz suave.

Walsh meneó la cabeza.

—Sabemos que habrá espías. Todos los puertos están llenos de ellos; principalmente, tipos que trabajan por su cuenta. Conocemos a algunos de los espías de la Estación de Marte, y sabemos que van tras los métodos tradicionales, inspectora, suponiendo que se refiera usted a bolsas de colada y ese tipo de cosas. —Se encogió de hombros—. De habérmelo dicho antes, habríamos podido dejarle en Fobos y recogerle en la siguiente órbita.

—¿Eso es corriente? —preguntó Sparta.

El capitán le sonrió.

—Se me acaba de ocurrir. Fobos parecía estar bastante bien en esta aproximación. Tal vez valiera la pena probarlo, ¿no les parece?

—Tiene usted muchos recursos, capitán —dijo Sparta.

Walsh se ablandó.

—Sé que produce miedo, señor Redfield, pero funciona. No puedo garantizar que los espías locales no lo hayan descubierto ya, pero al menos no morirá allí dentro.

Blake soltó el aliento lentamente.

—Gracias por tranquilizarme.

—No se olvide de vaciar su vejiga antes de meterse en la bolsa. Podría tardar un buen rato en salir.

—Lo recordaré.

La Estación de Marte dominaba el firmamento, con su grueso cilindro romo que giraba contra las estrellas, su eje señalando recto hacia abajo; desde el ángulo de aproximación del cúter, la estación espacial parecía una cima que rodaba lentamente, en equilibrio sobre el pronunciado arco del horizonte del planeta.

Más nueva y más confortable que L—5, la primera colonia espacial gigantesca que orbitaba la Tierra, pero más antigua y más sencilla que Puerto Hesperus, de Venus, la joya de la corona de las colonias, la Estación de Marte era un lugar pragmático construido con metal y cristal fundidos a partir de un asteroide capturado; su diseño debía mucho a los ingenieros soviéticos que habían supervisado su construcción. La estación se encontraba demasiado cerca de las pantallas de vídeo del cúter como para que los que se hallaban a bordo vieran algo más que la extensión vidriosa del extremo del cilindro del lado de las estrellas: sus espejos angulados, sus mástiles de comunicaciones, los muelles que sobresalían del eje fijo, como los rayos de una rueda.

Una serie de naves colocadas en círculo flotaban «ancladas» en el espacio cercano, pues los lugares de atraque estaban limitados. Pero la Junta de Control Espacial mantenía sus propios sistemas de alta seguridad, y tenía sus propias maneras de trasladar a los pasajeros y la carga, dentro y fuera de las naves. El número de espías pagados, y de observadores casuales que continuamente acechaban el sector Q, aumentaba siempre que llegaba una nave de la Junta Espacial.

Esta vez, después de que el tubo de desembarque se hubo cerrado sobre la cámara de aire principal del cúter, los observadores sólo vieron salir a un pasajero: una mujer menuda y rubia con el uniforme de la Junta Espacial, la inspectora Ellen Troy.

3

Blake pasó dos horas encogido en posición fetal, dentro de una bolsa de plástico sobrecalentada, con una máscara de oxígeno pegada a la cara. Cuando empezaba a sentir las primeras punzadas de ansiedad *—¿se acuerdan de que estoy aquí?—,* algo golpeó el costado de la bolsa; un brazo teledirigido había cogido la bolsa, y la arrastraba lentamente por la pasta de deuterio en la que estaba sumergida.

Una vez pasadas las válvulas de cierre del tanque, Blake tardó varios minutos en librarse de la bolsa de triple aislamiento. Recibía ayuda invisible desde el exterior. Finalmente consiguió salir, empapado de sudor, y la dejó balanceándose como un globo desinflado en la microgravedad. Blake se encontró suspendido en el aire, dentro de la estación de bombeo del sector Q, rodeado de enormes tanques esféricos de deuterio y litio, los apreciados combustibles que impulsaban las naves con antorcha de fusión, de la Junta Espacial.

—Usted es el señor Redfield, ¿verdad? —dijo una mujer menuda, con el cabello negro y vestida con el uniforme de la Junta Espacial, que le estaba examinando con evidente disgusto—. Soy la inspectora L. Sharansky.

Blake hizo un gesto afirmativo con la cabeza, tratando de mostrarse educado mientras miraba con curiosidad las paredes de acero en bruto que le rodeaban. La cámara cavernosa estaba festoneada con gruesas guirnaldas de tubería y cable. Nubes de vapor blanco se movían en el aire, condensándose de los tanques y tuberías que contenían hidrógeno líquido. Las luces de aviso, rojas y amarillas, hacían brillar las nubes y convertían la chorreante cámara de acero en una antesala del infierno.

Posó su mirada en la inspectora. Ésta se hallaba descontenta por algo: sus gruesas cejas negras se juntaban en un temible gesto ceñudo.

—Me alegro mucho de conocerla, inspectora Sharansky —dijo él.

—*Da* —dijo ella—. Esto es para usted. —Le arrojó un montón de apestosa ropa —. Por favor, póngasela ahora.

Celebró hacerlo, ya que no llevaba nada puesto y, si se encontraba en el infierno, éste parecía que se estaba helando.

Se le ocurrió que la desaprobación de Sharansky tenía algo que ver con el hecho de estar frente a un hombre desnudo; a pesar de todo el avance político realizado en el siglo pasado, los soviéticos nunca habían perdido cierta veta puritana. Cuando por fin acabó de ponerse los pantalones negros, endurecidos con grasa, el grueso jersey de algodón negro y las botas negras —tarea nada sencilla en la ingravidez—, se orientó hacia ella y probó a sonreír de nuevo.

—Nunca me verán llegar en una noche sin luna.

—En Marte no hay noches sin luna —dijo Sharansky.

—Es broma, ¿no?
—No es ninguna broma —respondió ella, meneando la cabeza vigorosamente.
—Bien —dijo él, aclarándose la garganta—. Y tampoco es divertido.
—Más ropa —dijo ella, arrastrando en dirección a él una bolsa de viaje.
Él la cogió sin hacer ningún comentario, y esperó a que ella diera el siguiente paso. La mujer consultó su agenda; luego, le entregó una pequeña tarjeta.
—Aquí tiene la tarjeta de identificación. Es usted canadiense. Se llama Michael Mycroft.
—Seguro que me conocen como Mike —dijo él animado.
—Exacto —dijo ella, asintiendo vivamente con la cabeza. Volvió a consultar la agenda—. Le despidieron de la Oficina de Administración Central de Trabajos Comunitarios de la Estación de Marte. Era fontanero de clase seis punto tres tres...
—¿Por qué?
Ella alzó la mirada.
—¿Por qué, qué?
—¿Por qué me despidieron?
Ella le miró fijamente durante un momento antes de responder:
—Insubordinación.
Él sonrió.
—Apuesto a que acaba de decidirlo.
Ella enrojeció levemente, e inclinó la cabeza para acercarla a la agenda, como si fuera corta de vista.
—Quiere irse a casa pero no posee suficientes méritos. En la Estación de Marte nadie le contratará. Sólo tiene méritos suficientes para ir a la superficie de Marte. Si allí no consigue empleo..., al refugio de trabajo. —Entonces levantó la vista, y Blake sospechó que le satisfacía perversamente la posibilidad de que él fuera a parar a un refugio de trabajo—. Su pasaje para Labyrinth City está reservado y pagado.
—No tengo la más mínima idea de fontanería —dijo Blake—. ¿Tiene algo que ver con tuberías?
Sharansky le entregó otra tarjeta.
—Apréndase esto. Aquí están todos los detalles de su historia falsa. Auricular en el bolsillo de la camisa. Aprenda rápido, los datos se autodestruyen en una hora; la tarjeta se convierte en biblioteca de música popular, los últimos éxitos. ¿Alguna pregunta?
—Humm..., no sirve de nada preguntar; sáqueme usted de aquí.

Vestido con el grasiento mono de trabajo que parecía ser el sino de los trabajadores de la parte inferior de la pirámide, incluso en las utopías socialistas, Blake siguió las instrucciones de Sharansky, y salió del sector Q sin que nadie le dijera nada ni, eso esperaba, le observara. Tenía dieciséis horas para coger la lanzadera en el extremo de la estación; Sharansky le había sugerido, con firmeza, que se presentara directamente en el puerto de lanzaderas, en el área que encaraba el planeta, pero él pensó que sería buena idea familiarizarse con la Estación de Marte lo mejor posible, sin llamar la atención.

No perdió tiempo en la zona de los muelles del lado de las estrellas, donde un fontanero de clase seis tendría poco que hacer; en cambio, se encaminó a las zonas habitadas. Subió a una de las tres anchas y lentas escaleras mecánicas que había en el centro de actividad del lado de las estrellas, la que llevaba la indicación *270 GRADOS* en ruso, inglés, japonés y árabe. Subió al aparato, ingrávido, se agarró a un pasamanos móvil, pisó con suavidad al cabo de unas docenas de descenso, y se alejó de los escalones telescopizantes en la parte inferior, pesando lo que habría pesado en la Tierra.

El paseo le había hecho bajar la larga pendiente de anillos-ventana de cristal facetado que reconcentraban los rayos del distante sol como la lente Fresnel de un faro del siglo XIX, vuelta del revés. Pasó por terrazas construidas por la mano del hombre, donde los pasajeros recién llegados de otros ambientes gravitacionales —la luna de la Tierra, los asteroides, la superficie de Marte, o cualquier viaje largo a través del espacio—, podían pasar algún tiempo, adaptándose a fuerzas G mayores. Blake ya se había adaptado; la mayor parte del viaje en el cúter, desde la órbita de la Tierra, había sido a una G, la primera mitad acelerando, y la segunda mitad desacelerando.

La Estación de Marte era de diseño sencillo, pero su tamaño era impresionante; una ciudad entera construida dentro de un cilindro de un kilómetro de largo, de manera que las casas y los edificios públicos ascendían por los costados y colgaban de la pared opuesta, en lo alto. Cada estrecha calle estaba formada por casitas modestas, construidas una junto a otra, cada una con su porción de césped, árboles y arbustos bien cuidados; el conjunto parecía un próspero barrio periférico siberiano, bajo el largo sol de la medianoche estival, pero enrollado como un mapa. La luz del sol penetraba en la estación desde los reflectores angulados en ambos extremos del cilindro, y a algunos visitantes les gustaba el efecto de vivir en un planeta con dos soles pequeños, pero que giraban rápidamente.

La Estación de Marte carecía de los contrastes de L-5; carecía de las enormes granjas de aquella estación, o su industria del acero en bruto, o las diferentes zonas habitadas, desde las primitivas a las opulentas; tampoco era la Estación de Marte tan lujosa o elegante como Port Hesperus, con su gran esfera ajardinada. Pero era el hogar de cincuenta mil almas activas, la mitad de las que vivían en la superficie de Marte.

Blake examinó el panorama durante unos minutos, comparando la realidad con los mapas que le habían proporcionado. El mítico Mike Mycroft había estado empleado en el mantenimiento de las tuberías maestras de agua y el alcantarillado; la tarjeta de datos que le había entregado Sharansky, incluía no sólo instrucciones para reparar tuberías, sino también un plano del sistema de reciclado de agua, de la Estación de Marte.

Los principios de la fontanería municipal eran bastante simples, y Blake creyó que podría arreglárselas si surgía la necesidad; le interesaba más la sensación de la vida cotidiana en la estación. Se dispuso a dar un paseo.

Su primera parada fue en la cercana plaza Nevski, en la base de la escalera automática, en el hotel residencial que supuestamente había sido la última dirección de Mycroft. Al igual que muchos de los edificios más grandes de la estación, el hotel de dos pisos estaba cubierto por los cuatro costados y el techo, con acero corrugado pintado con rayas negras; desde lejos, el efecto era sorprendentemente delicado, casi

como de bambú trenzado.

Blake pasó con gran atrevimiento por delante de la puerta principal, y luego regresó para atisbar en el pequeño vestíbulo. Al pasar la primera vez, había visto a una anciana vestida de negro durmiendo detrás del mostrador y roncando profundamente. Con pasos rápidos y silenciosos, fue hasta la estrecha escalera. Subió al segundo piso y rápidamente localizó la que se suponía que había sido la habitación de Mycroft, que daba a la fachada del edificio. Pegó una oreja a la puerta de hierro pintado, y no oyó nada.

No le costó forzar el cerrojo, utilizando como palanca la dura placa de datos que Sharansky le había dado. Eso arruinó la tarjeta, pero ya había memorizado todo lo que tenía que aprender, y no le interesaba el álbum de «últimos éxitos» en que pronto iba a convertirse.

Recorrió con la mirada la pequeña habitación, en la que había una litera, una pantalla de vídeo montada en la pared, un escritorio de hierro y una silla, también de hierro. Se le ocurrió pensar que la madera es necesariamente un artículo raro cuando la mejor fuente de materias primas es un asteroide. En los colgadores de la pared no había nada. Era evidente que la oficina local de la Junta Espacial había cumplido con su cometido; era la clase de lugar en el que se alojaría un hombre solo, como Mycroft, y al parecer había quedado vacío hacía poco.

La habitación tenía una sola ventana abierta. De pie junto a ella, Blake vio la atestada plaza. La gran escalera mecánica estaba llena de gente que descendía y ascendía, como ángeles en la escalera de Jacob. Blake nunca había estado en Rusia; la miscelánea de la base de la escalera, le recordaba la terminal de tranvías del extremo del puente de la Calle 59 que daba a Manhattan, aunque aquí, en una esquina de la plaza, una mujer con una chaqueta de terciopelo rojo hacía bailar a un oso y, cerca de ella, un hombre vendía *piroshkis* calientes en un carromato.

Blake se inclinó hacia delante y miró por la ventana. Desde el ángulo donde él se encontraba —o para alguien acostado en la cama inferior de la litera—, la ventana ofrecía a la vista los enormes anillos de cristal del extremo del cilindro del lado de las estrellas. El ángulo de los prismas que llenaban el «cielo» circular se había ajustado gradualmente, de modo que ahora la luz del sol quedaba partida en dos; las luces azules de la calle que rodeaban la plaza habían empezado a brillar, y un crepúsculo dirigido estaba a punto de cerrarse sobre la estación.

El tiempo, en la estación, se había ajustado para que se correspondiera con el tiempo en el primer meridiano de Marte; como el día marciano normal, o sol, tenía veinticuatro horas, treinta y nueve minutos y treinta y cinco coma doscientos ocho segundos de duración, los humanos se ajustaban bien a los ritmos diurnos de Marte.

En la plaza Nevski, frente a la ventana del hotel, había un restaurante; en los árboles ornamentales cargados de hojas, en el patio «exterior», había ristras de alegres bombillas de colores que deletreaban su nombre en varios idiomas: Jardín Nevski. El aroma de salchichas asadas llegó hasta Blake, y éste se dio cuenta, no sólo de que era la hora local del almuerzo, sino de que él no había comido nada, desde que había engullido, en el cúter, un tentempié precocinado de alto contenido en hidratos de carbono, hacía más de cinco horas. Seguramente Mike Mycroft había sido cliente frecuente de ese atractivo lugar.

Entonces Blake se fijó en otra cosa. Dos hombres y una mujer se habían detenido entre la multitud que se arremolinaba frente al Jardín Nevski y le estaban mirando fijamente. Uno de los hombres señaló hacia él, y su grito atravesó fácilmente el bullicio de la multitud para llegar hasta los oídos de Blake.

—¡Es él!

Los hombres y la mujer empezaron a abrirse paso a través de la multitud hacia el hotel, apartando a la gente de su camino, echando a correr cuando un espacio se abría ante ellos.

Blake se apartó bruscamente de la ventana. ¿Qué sucedía? Tres personas iban tras él, y parecían furiosas.

Sólo había dos salidas, que él hubiera observado: la escalera principal por la que había subido y la salida de incendios al final del pasillo. Desde una distancia de media manzana es difícil efectuar juicios sutiles acerca de personas a las que jamás se había visto, pero Blake dudaba que sus perseguidores fueran estúpidos, aunque estuvieran cometiendo un gran error. Seguramente se dividirían para cubrir ambas vías de escape.

No tenía tiempo para pensar más. Miró por la ventana otra vez. Ninguno de los tres se encontraba a la vista. Un par de ellos, probablemente ya estaba dentro y subía la escalera.

Abrió la ventana y se subió al antepecho. Permaneció un momento allí mirando hacia arriba —los aleros eran anchos—, y luego hacia abajo. Sobreviviría si saltaba a la plaza, pero fácilmente podría romperse un tobillo. Dio media vuelta y se quedó de cara al interior de la habitación. Con cuidado se equilibró, extendiendo los brazos y doblando las rodillas como un saltador en el borde de una alta plataforma, preparándose para lanzarse de espaldas. Se dejó caer hacia atrás...

...y una fracción de segundo más tarde saltó con todas sus fuerzas.

Alcanzó con las manos el borde de los aleros. El hierro corrugado se le clavó en las palmas, pero apenas lo notó. Osciló una vez, dos veces, su cuerpo recto como un péndulo; luego se impulsó hacia arriba, colocando el torso plano sobre el tejado —la pendiente era suave, apropiada para las lluvias programadas— y consiguió subir la rodilla derecha, luego la izquierda, y se encontró sobre el tejado, corriendo.

Corrió hasta el extremo opuesto del edificio, esperando encontrar otra salida de incendios. No tuvo suerte. No había callejones en toda la Estación de Marte; la clase de negocios que en la Tierra se desarrollaban en las puertas traseras de los edificios —entregas, reciclado y cosas por el estilo— aquí se efectuaban en los subniveles de la estación, y la mayoría de edificios estaban muy separados entre sí. Blake no vio ningún tejado vecino al que pudiera saltar.

En el jardín de detrás del hotel —una zona de hierba en forma de L, definida por la parte posterior del hotel y dos edificios de apartamentos— el tubo de una chimenea emergía desde los subniveles. Con suerte, podría saltar hasta los peldaños de la escalera que había a un lado de la chimenea. Se lanzó a través de tres metros de simple aire y dio contra la chimenea, resbaló en un peldaño, se dislocó un hombro y se golpeó una oreja contra la chimenea...

...pero aún podía moverse para descender.

Tocó de pies al suelo en el momento en que los dos hombres cruzaban la puerta trasera del hotel. Por un segundo todos permanecieron quietos, mirándose los unos a

los otros. Luego, los hombres se precipitaron hacia él.

Blake estaba acorralado en el pequeño jardín, rodeado de paredes de hierro corrugado. Los hombres —jóvenes, delgados, duros, curiosamente esbeltos— le atacaron con los puños. Tenían más entusiasmo que estilo.

—Sucio esquirol —susurró uno, antes de que Blake apagara su ardor con una salvaje patada en la entrepierna.

Ése quedó derribado, retorciéndose de dolor en el suelo; pero el otro hombre era un poco más rápido, un poco más cauto. Blake esquivó fácilmente un par de golpes fuertes, pero, a causa del hombro que se había dislocado al resbalar en la escalera, contraatacaba con torpeza. Aun así, Blake consiguió escapar de sus puños. Se precipitó hacia la esquina del hotel, esperando llegar a la abarrotada plaza.

Desde arriba, dos pies calzados con botas le golpearon el hombro herido —la mujer, el tercer miembro del trío, había subido por la escalera de incendios, pero había dado la vuelta al darse cuenta de que él se le había adelantado, retrocediendo a tiempo para saltarle encima— y Blake cayó bajo el peso de los doscientos cincuenta kilos de la mujer. El mal aterrizaje de Blake le hizo perder tiempo, y estaba de rodillas cuando la mujer le dio otra patada, golpeándole la bota las costillas de la derecha, debajo del brazo que tenía levantado. ¡Era fuerte, para ser una chica delgada! Blake captó la sombra de los dos hombres por el rabillo del ojo e intentó alejarse, pero ya era tarde; le golpearon por detrás con algún objeto romo y pesado.

Durante un segundo —o tal vez un minuto, o tal vez más— todo fue negro con un remolino de manchas color púrpura. Cuando Blake abrió los ojos, la mujer se alejaba mirándole con odio no disimulado, su pálida tez enrojecida y su cabello castaño bañado en sudor, pero sin mostrar inclinación a proseguir la pelea. Detrás de ella iban los dos hombres, igualmente enojados pero extrañamente vencidos. El que había recibido la patada de Blake, intentaba disimular la cojera; escupió en el suelo al pasar frente a Blake, pero no dijo nada.

—¿Estás bien?

El hombre que le ayudaba a incorporarse tenía el rostro grande y cuadrado, como esculpido en madera, con profundas arrugas alrededor de la boca y la nariz. Vestía un ancho mono azul de trabajo que, igual que el de Blake, tal vez lo hubieran lavado una vez en el último año.

—¿Qué? ¡Ay!

Un dolor punzante le atravesó el costado a Blake, cuando se volvió para mirar al adusto trío, que ahora discutían entre sí en voz alta, mientras desaparecían entre la multitud.

—¿Estás seguro de que no estás herido?

—En realidad, no; sólo estoy magullado —dijo Blake, palpándose con cuidado las costillas. Las magulladuras también eran psicológicas. Después de sus bravatas en el gimnasio contra Ellen, había suspendido su primer examen real y había necesitado ser rescatado por un extraño—. Gracias por ayudarme.

Despacio, se levantó.

—Yevgeny Rostov —dijo el hombre, ofreciéndole una mano callosa y negra de grasa—. Les he convencido de que cometían un gran error.

—Mike... Mycroft —dijo Blake, ofreciéndole a su vez la mano derecha,

consciente, de pronto, de lo mal que ésta encajaba con su historia falsa.

No es que fuera una mano blanda —Blake se ejercitaba escalando rocas, entre otras proezas—, pero tampoco era una mano de fontanero. El trabajo habitual de Blake, al que últimamente no había prestado mucha atención, tenía que ver con libros raros y manuscritos. Trabajaba con polvo, no con grasa.

—¿Por quién me han tomado? ¿Quiénes son?

—Son de Marte, como yo. Creen que eres el hombre que vivía en esa habitación del hotel la semana pasada, pero yo vivo en ese hotel y les he dicho *nyet,* que esa habitación hace dos días que está vacía, tú no eres él.

—Me pregunto qué les haría ese hombre, que les molestara.

—Algo malo, ¿quién sabe? —Yevgeny se encogió de hombros—. Ven conmigo, Mike. Quizá no necesitas un médico, pero sí recuperar fuerzas.

Unos minutos más tarde, Blake y su salvador se encontraban sentados bajo un nudoso olivo ruso, en una de las mesas exteriores del Jardín Nevski, anticipando la llegada de la fuente de salchichas. El camarero dejó un par de espumosas jarras de cerveza negra sobre la mesa de cinc, y Yevgeny le hizo una seña afirmativa con la cabeza; al parecer, fue suficiente para saldar la cuenta.

—Gracias. La próxima ronda la pago yo —dijo Blake.

Yevgeny levantó su jarra.

—*Tovarich* —exclamó.

—Camarada.

Blake alzó la suya. Bebió un sorbo a modo de prueba, y el sabor de la mezcla opaca le pareció fuerte, pero no desagradable.

En la bulliciosa plaza próxima, la mayoría de la gente se apresuraba a ir a casa. Unas pocas almas, incluido algún fontanero de clase seis, se arrastraban a su trabajo nocturno. Los habitantes de la Estación de Marte eran menos flamantes que la multitud de Port Hesperus, en Venus, y sus ropas y peinados tendían a ser bastante apagados —más monos de trabajo que pantalones cortos y minifaldas—, pero la mezcla racial y social era lo que Blake estaba empezando a considerar como típico del espacio; había principalmente euroamericanos, japoneses y chinos, con algunos árabes. La mayor parte de la gente eran jóvenes o de mediana edad; había pocos niños y ancianos de primera generación, a la vista. Pero Blake sabía que no debía generalizar a partir de su breve experiencia. Además de Port Hesperus, sólo había visitado la Base Farside, en la Luna, y brevemente, además, y existían otras muchas colonias en el espacio, más alejadas del Sol, donde el olor a curry vegetal destacaba más que el olor a carne asada.

—Eres nuevo en la Estación de Marte, ¿no? —dijo Yevgeny.

—Estoy de paso. Voy a Lab City en la lanzadera de mañana —dijo Blake, pensando que quizá debiera haber seguido el consejo de la inspectora Sharansky e ido directamente al muelle de lanzaderas—. Pensé que podría pasar la noche en un hotel, pero aquí piden mucho. Por lo que te dan, quiero decir.

Yevgeny alzó sus espesas cejas sobre sus profundos ojos negros.

—No eres un turista, me parece.

—No, busco trabajo.
—¿Qué clase de trabajo?
—¿De qué clase lo tienes? —dijo Blake encogiéndose de hombros. No quería mostrarse demasiado misterioso, pero esperaba poder frenar la atrevida curiosidad de Yevgeny.
Llegó el camarero con las cenas. Blake empezó a cortar, con entusiasmo, una tostada salchicha, mientras Yevgeny pinchaba la suya y se le acercaba entera a la boca. Al cabo de unos minutos de silencio relativo, Yevgeny emitió un eructo de satisfacción. Blake dijo:
—Buena comida.
—El cerdo con que están hechas fue criado aquí, en la Estación de Marte. Los cerdos son provechosos. Se les da basura, y dan proteínas.
—¿Tan provechosos como los moldes de comida fabricada?
Yevgeny se encogió de hombros.
—No me parece que seas vegetariano.
Mike sonrió y se secó la última gota de grasa de la barbilla, pensando que tal vez la vida de un fontanero en la Estación de Marte no era tan mala. Sus músculos en tensión empezaban a relajarse.
Una mujer salió del restaurante y se sentó ante una mesa en las sombras de debajo de los anchos aleros. Era Ellen, delgada y segura de sí misma y —Blake no pudo evitar pensarlo— guapa, que examinaba una pantalla plana portátil. Vestía el uniforme azul de la Junta Espacial. Él la miró fijamente un segundo más de lo que habría debido, pero ella no evidenció nada.
Yevgeny le estaba observando. Ahora, el sol fracturado había desaparecido del cielo de cristal, y las facciones atezadas del corpulento hombre estaban iluminadas sólo por el coloreado brillo de las ristras de bombillas decorativas.
—La historia personal no es importante, sólo lo es la historia social —dijo Yevgeny con afabilidad, dirigiendo la mirada hacia Sparta, el policía en las sombras.
—¿Ella? No huyo de la Policía, si te refieres a eso.
—Hay una gran labor socialista que realizar en Marte.
—¿La formación de tierra?
—*Da.* Dentro de dos siglos, quizás antes, la gente caminará por el exterior sin trajes presurizados, respirarán buen aire. Entonces el agua fluirá a la superficie. Además de canales, habrá campos verdes como en las fantasías del siglo veinte.
—Una gran tarea —dijo Blake.
—Hay mucho que hacer. Encontrarás trabajo sin problema, Mike.
—¿Has dicho que vives aquí?
—Hago trabajo de enlace aquí, para el Gremio de Trabajadores de Fontanería. Los trabajadores del gremio empleados por la corporación capitalista, «Abastecimiento de Agua Noble, Inc.», empleada por el Gobierno socialista de Marte, primer agente del consorcio de la Alianza del Tratado Continental del Norte y la «Empresa para la Prosperidad Mutua Azure Dragón», bajo contrata del Consejo de los Mundos —gruñó Yevgeny—. En mi tiempo libre soy estudiante de historia. Es necesario.
—Supongo que estarás aquí bastante tiempo —dijo Blake esperanzado.
—Mañana regreso en la *Mars Cricket,* la misma lanzadera que tú.

Yevgeny levantó su jarra y se bebió la última mitad del contenido a grandes tragos. Cuando dejó la jarra sobre la mesa otra vez, dijo:

—Quédate conmigo, te presentaré en Lab City. Procura encontrar trabajo sin problemas.

—Magnífico —dijo Blake, maldiciéndose a sí mismo.

Blake, que no era un gran bebedor, tomó un sorbo de su jarra y trató de demostrar entusiasmo. Ahora sabía que debía haber seguido el consejo de Sharansky, y haberse mantenido fuera de la vista. A menos que pudiera encontrar una manera elegante de deshacerse de este personaje insistentemente amistoso, cuando llegara a Marte ya se habría descubierto su tapadera.

—¿Conoces a alguna mujer aquí, *tovarich*? —preguntó Yevgeny.

Una ceja poblada se arqueó con lascivia, mientras giraba despacio su gran cabeza para contemplar a las mujeres que pasaban por la plaza. Volvió la mirada hacia Blake, y su expresión se ensombreció.

—Qué pregunta tan tonta. Te presentaré en la Estación de Marte. Tal vez conozcas a alguien que te guste, y no necesitarás hotel esta noche. Ahora bébete la cerveza, es buena para la salud, tiene muchas proteínas. —Yevgeny soltó un fuerte eructo—. Hay que mantenerse en forma. Es fácil ablandarse en Marte.

Entre las naves apiñadas en el centro de atraque de la estación, en el lado que encaraba al planeta, se encontraba un bruñido aeroplano espacial ejecutivo, llamado *Krestel,* capitana de la empresa «Abastecimiento de Agua Noble, Inc.». En el pequeño extremo delantero de la diminuta cabina de cuatro asientos, el piloto del *Krestel* observaba atentamente su propio reflejo en el espejo, utilizando unas pinzas para arrancarse los finos pelos de las pálidas cejas. Era un hombre de aspecto agradable, cuyo rostro redondo estaba cubierto de pecas del tamaño del confetti; su brillante cabello color naranja se apiñaba en apretados rizos sobre su cabeza.

Sonó una campana de aviso. El piloto volvió a meter las pinzas en una ranura de la empuñadura de su navaja, se apretó el nudo de la corbata de lana naranja, se apartó del espejo.

Se arrastró sin esfuerzo por la cabina hasta la cámara de aire posterior, y comprobó las luces del tablero.

—La presión está bien, señor Noble. Voy a abrir.

—Ya era hora —dijo una voz a través del intercomunicador—. ¿He vuelto a pillarte en proa?

—Hay cosas que hacer delante, señor.

El piloto hizo girar la rueda y abrió la escotilla. Flotó nuevamente hacia la parte delantera del aeroplano cuando Noble emergió de la cámara de aire. Noble selló la cámara de aire y siguió al piloto hacia la cabina.

Noble se quitó la chaqueta del traje de mil rayas, y la metió en el armario que había frente a la cabeza de la nave. Como el piloto se acomodó en el asiento de la izquierda. Noble se instaló en el de la derecha. Noble era un hombre de complexión robusta, con el cabello rubio muy corto y un hermoso rostro lleno de arrugas adquiridas en el transcurso de dos décadas de perforación y construcción en Marte.

—¿Ha ido bien la reunión, señor?

El piloto, sin aviso, ya estaba efectuando la comprobación de prelanzamiento.

—Sí, los taladros de láser y las piezas de camión serán descargados hoy, y nos los enviarán mañana en la lanzadera de carga. Los textiles y las materias orgánicas tendrán que pasar por la Aduana. Tardarán unos tres o cuatro días.

—¿Eso no retrasará el lanzamiento?

—No. Habrá tiempo. Rupert me asegura que el *Doradus* se cargará y preparará para el lanzamiento según está programado.

—Bien, señor, entonces no hay ningún problema.

—No, ninguno. —Noble se arregló la corbata de seda bajo el arnés—. Por cierto, la investigadora de la Junta Espacial está aquí. Viaje rápido.

—Al llegar vi el cúter.

—¿No sientes curiosidad?

—¿Debería sentirla?

—Es famosa. Se está convirtiendo en una estrella. Veamos. —Fue contando con los dedos los ejemplos—: Solucionó el caso del *Star Queen.* Sacó a Forster y a Merck de Venus. Salvó la Base Farside. —Noble alzó una ceja—. Quizá la placa marciana sea lo siguiente.

La expresión del piloto mostraba una curiosa mezcla: mitad placer, mitad algo más.

—¿Ellen Troy?

—Acertado.

El piloto hizo un gesto de asentimiento y siguió con sus comprobaciones de vuelo.

—Si está preparado para el lanzamiento, señor, lo notificaré a control de tráfico.

4

La fina atmósfera marciana se extiende mucho más en el espacio que el aire próximo a la grávida Tierra. El viento empezó a silbar sobre las alas del *Mars Cricket* poco después de que la lanzadera abandonara la Estación de Marte, descendiendo en dirección al planeta. No cesaría, ni siquiera cuando la lanzadera rodara hasta detenerse sobre el suelo, pues en Marte el viento es eterno.

Después de lo que pareció un viaje demasiado corto, los neumáticos de la lanzadera golpearon la arena y la nave se deslizó sin dificultad por el suelo del desierto. Sparta inclinó la cabeza para mirar por la pequeña ventanilla oval, y obtener una primera visión de cerca del panorama de Marte.

Tras la ventanilla, todo estaba asombrosamente confuso.

Las aeronaves y lanzaderas aterrizan calientes en Marte. Los aparatos

supersónicos deben tener forma de cuña, e incluso con las alas de balanceo hacia delante se paran fácilmente en la atmósfera ligera, a pesar de la poca gravedad. Por eso las pistas son estrechas líneas a través de las arenas rojas, de treinta kilómetros de largo y alineadas con los vientos reinantes, con barreras de red al final.

Un poco más lejos de la turbia pista, Sparta distinguió una planicie de dunas cambiantes que llegaban hasta la base de los distantes riscos. Éstos eran escarpados y elevados, y estaban en sombra en todas partes salvo al Este, donde sólo sus cimas estaban iluminadas por el sol; se extendían por todo el horizonte, y sus desiguales cumbres brillaban con un vibrante tono dorado que se iba oscureciendo hasta convertirse en púrpura en las grandes sombras de abajo. En esta longitud se acercaba el atardecer, y el cielo crepuscular tenía un extraño matiz naranja tostado en el que ya brillaban unas pálidas estrellas.

Transcurrieron unos minutos, hasta que, por fin, la lanzadera redujo de modo perceptible su embestida, frenó finalmente con suavidad mucho antes de necesitar una barrera, y dejó caer hacia el suelo su hocico puntiagudo. Sus alas, negras como el carbón cuando estaban frías, aún resplandecían incandescentes.

Un tractor de tierra fue a recoger la lanzadera en la pista, y la remolcó hacia un distante grupo de edificios bajos. La brisa refrescante levantaba ráfagas de arena rosada en la pista de rodadura. Salvo por las luces azules de la pista y el distante resplandor verde de la terminal de pasajeros, no había señales de vida en la polvorienta extensión. Entonces, Sparta vislumbró unas figuras que se movían en la arena, gente que vestía trajes presurizados de color marrón, encorvados bajo el viento. No tenía idea de a qué se dedicaban, pero por sus posturas comprendió que hacía mucho frío, y se estremeció.

Dentro de la terminal, el aire era cálido. Salió ligera del tubo de desembarque; no pesaba más de ochenta y ocho kilos, y tenía fuerza suficiente para levantar un escritorio o atravesar de un salto el pequeño edificio de la terminal, que no era mayor que una estación de magneplanos de la Tierra.

El edificio era extrañamente encantador; era una larga bóveda en forma de barril de cristal verde, increíblemente arqueada, con intrincados diseños en su superficie interior, y la exterior pulida por el viento. El cristal verde, rico en hierro, era un material de construcción muy utilizado en Marte, y la poca gravedad permitía grandes hazañas de la arquitectura. A diferencia del ladrillo, que requiere agua para su fabricación (y mucho menos el cemento, que necesita asimismo cantidades de criaturas marinas fósiles), el cristal sólo necesita arena y energía solar. Incluso el cristal de poco espesor, tamizaba la ubicua radiación ultravioleta que chocaba contra la superficie de Marte. Así había surgido un estilo marciano propio, un estilo extrañamente ligero y delicado para una cultura fronteriza.

Sparta no se entretuvo en admirar la catedral de vidrio en miniatura del edificio de la terminal. Se quedó sólo el tiempo suficiente para ver a Blake y a su nuevo amigo, Rostov, corpulento y ruidoso, alejarse en dirección al refugio del puerto de lanzaderas. Habían subido a bordo de la *Mars Cricket* con evidentes signos de embriaguez; mientras el ruso cantaba con voz potente una dramática canción militar de taberna,

Blake imitaba una balalaika, o al menos eso pretendían los ruidos que emitía, según había anunciado, en voz alta, a los pasajeros.

Muy poco característico de Blake. Él no bebía.

Poco después de verles en el Jardín Nevski, el ordenador había identificado a Rostov y había proporcionado a Sparta un resumen. Yevgeny Rostov era un trabajador de alto nivel, del Partido Interplanetario de los Trabajadores Socialistas, actualmente director comercial del Gremio de Trabajadores de Fontanería, Marte local 776. Sparta se preguntó cómo había logrado Blake efectuar un contacto tan interesante en tan poco tiempo.

A menos que lo hubiera efectuado Rostov, no Blake...

Dado que la tapadera de Blake le hacía prácticamente indigente, el refugio del puerto de lanzaderas era el único lugar para él. Sparta, como viajaba con los gastos pagados, tenía una reserva en el «Hotel Interplanetario de Marte». Sonrió. Lo sentía por Blake, pero era él quien había querido trabajar de incógnito.

Entre las dos docenas de pasajeros se encontraban algunos hombres de negocios e ingenieros, pero la mayoría eran turistas con vistosos peinados y atuendos, que podían disponer del dinero y el tiempo necesarios para efectuar una gran gira por los planetas. Sparta siguió al grupo, después de pasar por el mostrador de cambio, hasta la recogida de equipajes.

«¡Transporte directo al "Hotel Interplanetario de Marte"! ¡Alojamientos de primera en Marte! ¡Visite el "Salón Phoenix"! ¡Vean las espectaculares grandes maravillas naturales! ¡Diversiones cada noche!»

Una vagoneta robot se hallaba en la boca del corredor principal, con una alegre luz rosa girando en el mástil, sobre los asientos descubiertos, diciendo:

—*¡Visiten el «Salón Ophir»! ¡Comida de* gourmet*! ¡Diviértanse nadando en la mayor extensión de agua al aire libre en todo Marte! Sólo tres mil dólares la noche, por persona, habitación doble! ¡Se aceptan tarjetas «World Express», y de los principales Bancos! ¡Número de habitaciones limitado!*

Con esto, la vagoneta indicaba que el hotel no estaba lleno.

La vagoneta repitió su retahíla en ruso, japonés y árabe, mientras los desorientados turistas subían a bordo. Sparta no tenía prisa por llegar al hotel. Se quedó contemplando el vehículo robot cargado arrastrarse por el corredor oblicuo sobre sus neumáticos de goma. Se echó al hombro su bolsa de viaje y echó a andar despacio por el corredor subterráneo.

Atravesó dos compuertas de presión, tras las que encontró una pared curva, de cristal oscuro. Arriba, la pista del puerto de lanzaderas terminaba en un risco. El corredor por el que Sparta caminaba, la había llevado a través de un corto túnel hasta el borde de ese risco; la perspectiva que vio a través del cristal del mirador era tan hermosa, que las lágrimas acudieron a sus ojos.

Lo que veía era la imagen holográfica tipo, de Labyrinth City, situada en una pequeña esquina del Laberinto. Igual que cualquier vista famosa, los residentes locales no le daban importancia y, en justicia, cualquiera, por muy sensible a la estética que fuera, tarde o temprano la habría archivado con las ya conocidas; así es la naturaleza humana. Pero en ese momento era nueva para Sparta.

Sparta se secó los ojos, enojada por esa muestra de emoción que dejaba

vulnerables sus sentimientos. ¿Por qué una persona llora cuando se encuentra ante la belleza inesperada? Porque la belleza repentina nos recuerda lo que creemos que hemos perdido, tanto si realmente lo hemos poseído como si no. Al menos, antes de que nuestra vida llegara demasiado lejos, existía la posibilidad. Aquí, Sparta se hallaba frente a un destello del paraíso, un mundo perfecto que en otro tiempo fue o pudo haber sido, pero que ahora jamás sería.

En lo alto, Fobos se movía sobre las estrellas, despacio, como en una procesión. La anchura de aquel satélite no era más que una cuarta parte de la de la Luna a la Tierra vista desde ésta, pero, a pesar de todo, su negrura inherente era un faro en el firmamento marciano. E incluso con su lento paso, Fobos era rápido: orbitaba Marte una vez cada siete horas y media, y cada día se levantaba dos veces en el Oeste y se ponía en el Este.

Bajo Fobos, las agujas de las grandes mesas del Laberinto se alzaban sobre cañones tan profundos que sus fondos se perdían en la sombra. En el lejano borde occidental, tras mil agujas barrocas, rugía una tormenta de polvo; de sus negras nubes rodantes surgían potentes rayos.

El espectáculo natural no era lo único que había detenido a Sparta. En la parte saliente de la mesa más próxima, un torrente congelado de cristal verde que brillaba suavemente, se derramaba hacia las crecientes sombras del cañón: la propia Labyrinth City. En la cabeza de la cascada de cristal se encontraban los edificios principales —el Ayuntamiento, el edificio ejecutivo del Consejo de los Mundos local, el Hotel Interplanetario de Marte— protegidos del viento por un arco de piedra arenisca que se habría tragado todas las casas del risco Anasazi de la Mesa Verde. Bajo el gran arco de piedra, distribuidas en terrazas escarpadas, estaban las tiendas y casas de la ciudad, que a medida que descendían se convertían en granjas hidropónicas y cobertizos para ganado. En la parte más baja, y brillando más que la ciudad que quedaba por encima, se hallaba la planta procesadora de las aguas residuales.

Sparta se quedó el tiempo suficiente para comparar la vista del Laberinto y la ciudad, con los mapas que había guardado en la memoria, y después se alejó del mirador e inició el curvado camino hasta el centro de la ciudad.

Noctis Labyrinthus, el Laberinto de la Noche, era un enorme y caótico terreno abrupto, del cual sólo una fracción era visible desde cualquier mirador, cincelado millones de años atrás por la fusión catastrófica del hielo permanente del subsuelo. Antes de que los exploradores aterrizaran en la superficie de Marte, no se sabía si el calor necesario para formar el Laberinto había sido generado por el impacto de un meteorito gigante, por una gran explosión volcánica o por algún otro mecanismo. Fuera lo que fuese lo que había derretido el hielo, el resultado fue que los torrentes creados fluyeron hacia el Norte y hacia el Este en las inundaciones repentinas más grandes de la historia del sistema solar, hasta el valle hendido de Valle Marineris, donde había contribuido a esculpir los fantásticos riscos y valles colgantes del mayor cañón de todos los mundos conocidos, cuatro veces más profundo que el Gran Cañón de Norteamérica, más largo que la anchura de Norteamérica.

Cuando los primeros exploradores llegaron al Laberinto, confirmaron que éste había sido formado, no como consecuencia de un suceso instantáneo, sino en el transcurso de miles de años; instantáneo quizá según los patrones geológicos, pero no

en términos de vida humana. Marte todavía era activo geológicamente; en sus profundidades, y de vez en cuando en su superficie, aún ardían los fuegos volcánicos del planeta. El vulcanismo era más común en Marte de lo que los planetólogos del siglo XX habían sospechado. El primer volcán activo de Marte fue visto al cabo de un año de establecerse una base de observación permanente en Fobos.

El apogeo volcánico del Laberinto había terminado y, a la sazón, era más estable que otras regiones del planeta. Los riscos seguían en hielo de agua, que en algunos puntos quedaba expuesto, en capas. El lugar incluía algunos de los escenarios más espectaculares de Marte, y sólo se hallaba a cinco grados al sur de su ecuador, lo que hacía que los aterrizajes y despegues de las lanzaderas fueran cómodos y se ahorrara combustible. Incluso la temperatura era templada..., para Marte. En toda su corta historia, Labyrinth City, Ciudad Laberinto, había crecido simultáneamente como base científica y administrativa, y como atracción turística.

Un paseo de quince minutos llevó a Sparta a través de los tubos municipales, hasta el grandioso vestíbulo del Hotel Interplanetario de Marte.

El único equipaje de Sparta era la bolsa de viaje, preparada con gran esmero, que descansaba ligera sobre su hombro. Su instinto fue resistirse a la chica botones que fue a cogérsela cuando se acercó al mostrador, pero la conducta social que le habían enseñado le recordó que el Interplanetario de Marte no era exactamente un refugio juvenil. Entregó la bolsa sin resistencia.

No llevaba medio minuto ante el mostrador, cuando se le acercó un hombre; disimulando su cautela, Sparta se volvió con calma hacia él cuando éste se le aproximó demasiado y penetró en su espacio personal. El hombre tenía el cabello rubio y muy corto, y la piel de color naranja tostado, producto de la adicción a la máquina bronceadora. Sus cejas transparentes estaban levantadas en un gesto sonriente sobre sus ojos azules, y mostraba toda su dentadura. Sparta se fijó en la ancha separación entre los incisivos superiores. Necesitaba ir al dentista.

Él se acercó aún más.

—¿Es la inspectora Troy?

Ella asintió con la cabeza. Sparta no necesitó su percepción aumentada para notar el fuerte olor a rademas en su aliento. Era un estimulante aditivo común.

—Por favor, permítame presentarme. Soy Wolfgang Prott, el director de nuestro Hotel Interplanetario de Marte.

Prott era un hombre alto, que vestía un brillante traje de algún tejido similar a la seda —no auténtica, lo cual habría costado una fortuna—, un traje lo bastante caro como para lindar con lo chabacano.

—Llámeme Wolfy, como todo el mundo; resultaría extraño que no lo hiciera.

Le tendió la mano derecha.

Pronunciaba la W como si fuera V, y cuando le cogió la húmeda mano, Sparta le preguntó, imitando su fuerte acento suizo—alemán:

—¿Ha dicho *Volfy,* o *Wolfy*?

—Me da lo mismo —respondió él, animado.

Sparta se preguntó por qué se había mostrado ruda. Ella no solía ser sarcástica, por lo menos no para desagradar a la gente al primer contacto.

—Estoy aquí para darle mi más cordial bienvenida personal —prosiguió Prott,

avanzando—. Le ruego que acepte, como huésped distinguido, este folleto que explica las lujosas ventajas particulares de nuestro establecimiento.

Le soltó la mano y, en el mismo momento, puso en ella una carpeta con notas de Prensa y hologramas publicitarios.

—Y espero que ahora me acompañará a nuestro encantador «Salón Phoenix» para tomar una copa a cuenta de la casa, y escuchar a la encantadora Kathy a los teclados.

—Gracias, señor Prott, pero no —dijo ella con firmeza.

¿La encantadora Kathy? Ese hombre hablaba como un anuncio grabado, como la vagoneta del hotel. Sparta se dio cuenta de que había más de una capa de falsedad en Prott; algunas eran deliberadas; otras, parecían compulsivas, quizá psicóticas.

—Me pondré en contacto con usted, más tarde, para concertar una cita.

Él pareció imperturbable ante esta negativa.

—Lo comprendo, está usted cansada del viaje, tiene muchos asuntos importantes que atender —dando todas las excusas educadas que ella no se había molestado en dar — y no es el momento más adecuado, sino *pronto,* y, entretanto, puede estar segura de que todo nuestro personal, eficiente y amistoso, se encuentra a su disposición. Y ahora, si me disculpa, lamento que mis propios asuntos urgentes me reclamen. —Con este torrente de palabras se retiró, sonriendo y gritando una frase final—: ¡Ha sido un placer conocerla! —mientras desaparecía en las resonantes profundidades del vestíbulo del hotel.

Sparta se volvió al encargado de recepción. El encargado —quien sin duda había anunciado a su jefe la llegada de ella— le devolvió la mirada sin la más mínima muestra de humor.

Su habitación estaba discretamente iluminada y fría, hecha de cristal pulido y losas de piedra arenisca con imágenes, cristal, lava, polvo petrificado: la generosidad de Marte...

Sparta rebuscó en un montón de billetes locales, y puso algunos en la mano discretamente vuelta hacia arriba de la botones, quien se marchó en seguida.

El diodo de mensajes del fonoenlace que estaba sobre la mesita de noche, parpadeaba en rojo. Sparta se dirigió al aparato verbalmente, mientras se quitaba la chaqueta del uniforme.

—Mensajería, aquí Ellen Troy. ¿Hay algún mensaje para mí?

—Un momento... —Era una voz humana, no de robot—. Sí, inspectora Troy. ¿Prefiere que se lo pase directamente?

—No. Léalo, por favor.

¿Por qué no? El personal, y quién sabe quién, sin duda ya lo habían leído.

—El doctor Khalid Sayeed, del Proyecto de Formación de Tierra en Marte, ha llamado para preguntar si le permitiría invitarla a almorzar, mañana, en el «Salón Ophir». Se reunirá con usted a mediodía, si le va bien esa hora. Si no, su acceso al intercomunicador es...

—No importa —interrumpió Sparta. Sabía el número del intercomunicador de Sayeed—. Gracias —dijo, y desconectó.

Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. No vio la salvaje y austera belleza

del Laberinto, sino un atrio de piedra, un bosque de palmeras en macetas, y grandes ficus y, como se anunciaba, la mayor extensión de agua libre, de todo Marte, la piscina olímpica del hotel. La «comida de *gourmet*» del «Salón Ophir» se servía, evidentemente, junto a la piscina.

Sparta examinó su propio reflejo en la ventana de la habitación. Interesante. Primero, Wolfgang Prott, y ahora Khalid Sayeed. Ninguno de ellos sabía, o debería saber, quién era Ellen Troy, aparte de saber que era inspectora de la Junta Espacial.

Como director del hotel, Prott al menos tenía una excusa: pero, ¿por qué Khalid iba a presentarse a ella? ¿Acaso tendría el atrevimiento de ir a ofrecer sus saludos al detective que había sido enviado desde la Tierra, para determinar el papel que había tenido él, si es que había tenido alguno, en la desaparición de la placa marciana y el asesinato de dos hombres?

¿O Khalid sabía que el nombre de Ellen Troy, en otro tiempo, había sido Linda? Nadie vivo lo sabía, excepto Blake... y algunos otros entre los *prophetae* del Espíritu Libre.

El refugio del puerto espacial era como una colmena: un montón de compartimentos de acero, cada uno de ellos provisto de una cama dura, estantes para dejar la ropa doblada, y una pantalla de vídeo en el techo, para poder verla tumbado en la cama. Blake no tenía intención de pasar mucho tiempo allí. Después de despedirse de Yevgeny, se dispuso a pasear.

El puerto de lanzaderas resultó un lugar más animado de lo que él había esperado. Allí se encontraban las estaciones de clasificación y los depósitos de motores para los grandes camiones que circulaban por la carretera de Tharsis. Aquí era adonde trasladaban las mercancías de fuera del planeta, desde las lanzaderas de carga hasta los camiones caravana: herramientas y maquinaria, metal en láminas y tuberías de plástico, zapatos, ropa, comida, medicinas y todos los demás artículos que no se producían en Marte. Aquí estaban los almacenes, las comisarías, las tiendas y los depósitos de combustible, y barracones para los trabajadores e investigadores y, en realidad, la mitad de los habitantes de Labyrinth City, quienes denominaban «vitrinas» a las casas de cristal de las laderas de los acantilados.

Si los viajeros que estaban de paso en el refugio tenían pocas distracciones, aparte de las películas de vídeo, las gentes del lugar disponían de un sitio adonde ir, del cual no hablaban mucho con los extraños. Yevgeny le había dicho a Blake dónde encontrarlo. Avanzando con la cabeza baja, a través de la arena que un viento de cuarenta nudos levantaba, y entre hangares y almacenes medio escondidos, Blake estuvo a punto de pasar por alto el estrecho cobertizo adosado a la parte trasera del hangar de un aeroplano espacial.

Un foco amarillo iluminaba un fragmento de aluminiuro de titanio que colgaba sobre la puerta con sistema de seguridad a presión, un pedazo de metal que sólo un experto podía reconocer como parte del estabilizador vertical de un cohete, con un nombre incrustado sobre el metal, en letras negras: «Mi dolor.»

El nombre oficial del lugar era «Aparca tu dolor», pero Yevgeny dijo que todo el mundo lo llamaba el «Aparca».

Blake cruzó la puerta de seguridad, esperó a que se encendiera la luz verde, y abrió las puertas interiores. Se echó el casco hacia atrás. La atmósfera única del lugar le golpeó en la cabeza; era un hedor realmente especial, compuesto por rademas, humo de tabaco, perfume, cerveza derramada, sudor, desinfectante. El ruido estaba a nivel de plataforma de pruebas de cohetes, y todavía era principios de semana; el sintecordio estaba programado con una melodía que era como el aullido angustioso de una lanzadera desintegrándose en la atmósfera superior, apoyada por un complejo bajo que pretendía sugerir el sonido de los primeros momentos después del «Big Bang». Pero sin letra. Pura introspección.

Luces azules de pista de despegue iluminaban el lugar, ayudadas por una docena de pantallas de vídeo sintonizadas con barras de color en movimiento; habría sido mucho más oscuro si las paredes no hubieran estado forradas con acero inoxidable y desechos de vidrio.

Ir desde la puerta hasta la barra también fue divertido, del modo en que es divertido el rugby. Blake deseaba ser invisible, pero todos los ojos presentes estaban fijos en él. Avanzó con cautela, despacio, hacia la barra. No quería golpear la botella de cerveza de nadie, ni quería rozar a ninguna de las mujeres locales en partes anatómicas que no debía..., aunque le miraran de la manera que lo hacían. Un montón de problemas a la vez.

Llegó a la barra.

—Póngame una «Pilsner» —dijo al barman, cuya cabeza calva y con cicatrices había sufrido, al menos, tanto daño como la aleta del cohete que estaba fuera, ¿quizás en el mismo accidente? Bueno, si el accidente tenía algo que ver con el nombre del lugar y el hecho de que el propietario se suponía que era un piloto retirado, este tipo de detrás de la barra tenía tal mirada de loco, que Blake no se atrevió a preguntar nada.

Cuando tuvo su cerveza servida, intentó encontrar un rincón alejado de la multitud. Mantuvo los codos apretados contra el cuerpo, y la cerveza a la altura del pecho.

Yevgeny tenía que reunirse con él, pues le había prometido buscarle trabajo. Blake, en realidad, no tenía tantas ganas de conseguir un empleo, pero reconoció tres caras, los dos hombres y la mujer de la Plaza Nevski que le habían atacado, y deseó que Yevgeny se diera prisa en llegar. No quería tener que repetir su endeble historia. Había ido contando algunas cosas, aunque se había visto obligado a improvisar, cambiando sus antecedentes de trabajo de la Estación de Marte a Port Hesperus.

Se movió a lo largo de la barra, esperando a que sucediera algo. Los hombres que se encontraban más cerca de él, se hablaban a gritos por encima de la música.

—...fracasar el GTF. Creen que pueden poner las cosas tan mal como para hacernos ir a la huelga.

—¿En qué les beneficia eso a ellos?

—Cuando tenemos hambre hacen venir a los TTE. Tenemos que firmar o morirnos de hambre.

El rostro arrugado y ennegrecido por el sol, del que hablaba, parecía pertenecer a un hombre mucho más corpulento, pero éste era un residente veterano de Marte, con la complexión ligera de los que llevaban mucho tiempo allí.

Su pálido oponente aún acarreaba mucha grasa de sobra, de una G.

—Noble nunca hablará con esos truhanes del GTF. Es demasiado escrupuloso.

—Noble no es el santo que tú imaginas —intervino un tercer tipo.

—No he dicho que sea un santo, he dicho...

—Noble es el mayor capitalista del planeta. Le importa un bledo el GTF o los TTE. Quiere hacer fracasar el PFTM.

—Es la teoría más estúpida que he oído jamás...

Los participantes en la polémica confirmaron lo que Blake ya había recogido en un par de horas de deambular por el puerto de lanzaderas. El Gremio de Trabajadores de Fontanería local se hallaba bajo asedio; el enorme sindicato de los Trabajadores del Transporte Espacial, uno de los primeros consorcios de trabajadores que extendieron su influencia más allá de la Tierra, estaba intentando tragárselo. Según algunos analistas de barra de bar, a los empresarios que dirigían los negocios privados en Marte no les importaría ver al GTF, matizado como estaba por el sindicalismo al viejo estilo, deshecho de una vez por todas, aun cuando eso significara hacer un trato con el corrupto sindicato de los TTE. Otros afirmaban que el objetivo real de los capitalistas benevolentes, como Noble, era socavar el Proyecto de Formación de Tierra en Marte, de cuya junta el propio Noble era miembro.

—¿Para qué sirve una instalación de abastecimiento de agua? —El pálido defendía su postura—. Es para la gente. Para las casas, la industria, el desarrollo. ¿Y quién está frenando el desarrollo? El PFTM...

—Amigo, lo entiendes al revés. El proyecto está desarrollando al planeta entero..., ¡el proyecto tiene un contrato con Noble para las conducciones! Así, pues, ¿qué iba a ganar él?

—Esa clase de desarrollo es demasiado real. El PFTM mide el desarrollo en siglos; y, entretanto, no molesten a los fósiles, a toda esa basura. Mira, amigo, ellos dicen que el capital se acumula a largo plazo. Tal vez, pero de donde procede en un principio es de trabajos a corto plazo. Lo que Noble y los demás pícaros pretenden es una irrupción de tierra...

Demasiada teoría política, sin ningún hecho, hacía que a Blake le diera vueltas la cabeza. Avanzó un poco a lo largo de la barra, y sintonizó otra conversación que se desarrollaba a gran volumen.

—...hace un par de meses tuvieron un caso de ciclinas. El mes pasado, media tonelada métrica de alambre de cobre...

—Merde...!

—No es broma. Y una semana antes, una caja de cohetes de inspección.

—¿Penetradores?

Lo preguntó una morena menuda, cuyo cabello castaño le caía en mechones rectos sobre las pobladas cejas.

—Tres cajas.

Su amiga era una rubia alta que desvió la mirada hacia Blake.

—Eso está en mi departamento. ¿Cómo es que no me enteré? —preguntó la morena.

—Nadie informó de ello. Yo lo vi claramente, y mi supervisor me dijo que mantuviera la boca cerrada. Creo que la compañía quiere silenciarlo.

—¿Por qué?
—Para que otros no cojan ideas, supongo.
La rubia examinó a Blake mientras bebía su cerveza y, con un gesto crudo y extrañamente delicado al mismo tiempo, se secó la boca con el pulgar.
—¿Quién lo hace? —La morena era insistente—. Quiero decir, ¿qué podrías querer hacer con una caja de penetradores?
—Depende de lo desesperada que estuviera —dijo la rubia, sin dejar de mirar a Blake...
...quien decidió que sería buena idea retirarse tal como había venido.
—¡Mike! ¡Mike Mycroft! *Tovarich!*
La voz de barítono de Yevgeny traspasó el griterío y los silbidos y ruidos del sintecordio, y por un instante Blake vio que todos los ojos presentes en la casa se volvían hacia él otra vez.
Suficiente para establecer una identidad.
Sonrió mientras Yevgeny se acercaba a él. No había imaginado qué hacía exactamente Yevgeny por el sindicato, pero era algo importante: los cuerpos apiñados se separaban para abrirle camino. El corpulento hombre rodeaba con el brazo derecho los hombros de una mujer esbelta y la apretaba afectuosamente contra sí.
—Mira a quién traigo a verte —rugió Yevgeny, con un guiño digno de Long John Silver—. Lydia, éste es mi buen amigo del que te he hablado tanto...
Grandes ojos castaños, cejas espesas, pómulos altos y una boca generosa, pelo rubio largo, atado con un práctico nudo en la nuca..., ¿otra vez ese nombre?
—Mike, ésta es Lydia Zeromski, de quien me has oído tantas alabanzas. Tenemos suerte de que esté con nosotros. Tenía que irse mañana, pero ha habido demora. Aunque se marchará pronto.
En realidad, Yevgeny había mencionado a Lydia Zeromski una vez, mientras soltaba una lista de mujeres actualmente sin compromiso, a las que podría echar el ojo, pero Blake sabía muy bien quién era ella.
Siguió el juego.
—Encantado de conocerte.
Ofreció a Lydia su más encantadora sonrisa y, a cambio, recibió una mirada fija que le atravesó la cabeza.
—Encantada —dijo ella, desviando su penetrante mirada para ver más allá, hacia la pared.
Por los archivos de Ellen, Blake sabía que el hombre del que supuestamente Lydia estaba enamorada era una de las víctimas asesinadas dos semanas antes. Era un poco pronto para esperar que hubiera recuperado su alegre disposición..., incluso en el caso de que lo hubiera matado ella misma.
—Mike, tengo excelentes noticias —dijo Yevgeny, tras coger de la barra dos botellas de cerveza helada, con sus enormes manos. Entregó una a Lydia—. Humm... —dijo a Blake, indicándole que esperara, y se echó al coleto la mitad del contenido de la otra botella—. ¡Ah..., noticias! ¡Tienes empleo, amigo mío!
—¿Tengo..., tengo empleo?
—Mecánico de clase ocho, en la cabeza de la cañería. Aunque no seas de nuestro sindicato, he podido conseguir que entres en el nivel apropiado.

¡Yevgeny, no es que no te lo agradezca, pero ya soy fontanero de clase seis. Un mecánico de clase ocho es uno que limpia...

—Alégrate de no tener que empezar como aprendiz, *tovarich,* de acuerdo con la interpretación estricta de los estatutos. Además, debido a que he tocado algunas teclas, no te harán ningún examen escrito. Empiezas pasado mañana.

—¿Pasado mañana?

—Preséntate a las ocho de la mañana en la piscina de agua de la instalación de abastecimiento. El vehículo sale para Tharsis a las ocho y media en punto.

Blake se quedó mirando al sonriente ruso durante unos segundos, antes de poder hablar.

—¿Qué vehículo? —preguntó.

—Un transportador de personal —respondió Yevgeny—. Diez, uno detrás de otro. Serán cuatro días en la carretera. La comida es la normal del espacio..., bueno, casi. No te preocupes, *tovarich,* es un empleo, ¿no? ¡Y un buen empleo! Se ahorra mucho dinero..., ¡no hay ningún sitio donde gastarlo! —La carcajada de Yevgeny fue como un ladrido—. Tómate otra cerveza, yo invito.

Blake miró a Lydia, quien parecía estar profundamente absorta en una de las brillantes pantallas sin sentido de la pared de acero inoxidable.

—¿Cuánto tardas en llegar a la cabeza de la cañería? —le preguntó.

—Tres días —respondió ella, sin mirarle.

—¿Tú sola?

—Normalmente, vamos en convoy. Este viaje lo hago sola.

—¿Nunca va nadie contigo?

—Nunca. —Se volvió hacia él—. Casi nunca. Sólo cuando me obligan a llevar a alguien.

Segunda parte

GENTE QUE MUERE EN CASAS DE CRISTAL

5

—Se presenta la inspectora Troy, teniente.

Sparta lanzó un cuidado saludo al hombre que estaba detrás del escritorio de acero, en el diminuto cubículo.

Polanyi, el jefe local, era un tipo gordinflón de piel pálida y actitud solícita, recién llegado a su cargo, y a lo sumo cinco años mayor que ella.

—Siéntese, inspectora Troy.

En realidad ella no quería sentarse, pero tenía que dejarle interpretar su papel. Cogió la silla de acero que entraba frente al escritorio.

El hombre miró la pantalla plana de encima de su escritorio.

—Tenemos todo lo que solicitó, creo. Nuestra gente ha dedicado a ello todo su tiempo.

—Usted sabe lo que realmente quiero, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

Él levantó la mirada.

Ella sonrió, tratando de tranquilizarle.

—Quiero que me diga que no me necesita. Entonces podré irme a casa.

Él sonrió débilmente.

—Me parece que la necesitamos. Se ha ganado buena fama en los pocos...

—Teniente, discúlpeme, pero me molesta que la gente me lea en voz alta mi currículum.

Él pareció relajarse un poco.

—Mi duda es si tal vez parte de su famosa suerte desaparecerá. —Le acercó la pantalla plana de sobremesa—. Mientras estaba usted en camino, hemos efectuado unas doscientas entrevistas, a todo el que podía haber estado cerca en el momento del robo y los asesinatos. Incluso hemos conseguido interrogar a la mayoría de los turistas. —Él y su gente habían trabajado según el manual, y quería que ella lo supiera —. Los tres de aquí que mencionamos al principio, siguen en la lista. Tuvieron oportunidad. Motivo...

—De momento, no nos centremos en el motivo.

—Supongo que se refiere a la conexión con el sabotaje de los demás materiales de la Cultura X.

—Me refiero a que si desarrollamos los medios, el motivo saldrá solo —dijo ella, citando el manual.

El teniente Polanyi asintió. Le gustaban las cosas según el manual; lo que no sabía era que Sparta conocía el motivo que había tras el motivo, y no tenía intención de

compartir ese conocimiento con funcionarios de la Junta Espacial como él.

—¿Cuál es la relación de su unidad, teniente, con la fuerza patrullera local?

—La fuerza patrullera hace lo que puede para mantener la paz, y nosotros nos ocupamos de todo lo que se complica.

—¿Como por ejemplo?

—Mercado negro, que se lleva gran parte de nuestro tiempo. El contrabando de drogas es un problema. En ocasiones hay casos de contrabando de objetos de valor artístico, histórico o cultural. También hay cuestiones laborales (el llamado Gobierno socialista parece tener dificultades en ajustarse a la noción de los sindicatos), pero, si no se trata de sabotaje o de estafas, dejamos que los patrulleros se ocupen de las pendencias entre los trabajadores y el Estado. O las Corporaciones. Cualquiera de los dos.

El Estado y la Corporación eran conceptos diferentes, al parecer, para el teniente Polanyi; en eso, era un típico euroamericano, un típico buen soldado de la Junta Espacial, dispuesto a hacer lo que se le ordenara dondequiera que le enviaran.

Sparta echó un vistazo a los gráficos que exhibía la pantalla plana y pasó rápidamente varias pantallas de datos. Se la acercó de nuevo a Polanyi.

—Lo estudiaré más tarde. —Cuando dispusiera de intimidad, podría conectar la memoria sistemática, y absorber lo que necesitaba en unos segundos, en lugar de pasar cientos de páginas de prosa policial—. En estos momentos aún no conozco bien la geografía.

—Tengo aquí un modelo del escenario del crimen. Sacó un equipo de hologramas del estante que tenía detrás, y lo colocó sobre el escritorio.

—Bien, cójalo. Veamos primero el lugar real.

Se puso en pie bruscamente.

Ese gesto pilló por sorpresa a Polanyi, pero el hombre se levantó con rapidez.

—Me parece una buena idea —dijo él, como si él mismo hubiera estado a punto de sugerirlo.

Atravesaron los bulliciosos pasillos del edificio ejecutivo del Consejo de los Mundos, donde estaban concentradas todas las funciones administrativas marcianas que no podían ser tratadas desde la Estación de Marte.

Pasaron a continuación por una sala del tribunal y una biblioteca. Carteles brillantes señalaban el centro de detención, la clínica, la cafetería. A través de las paredes de cristal, Sparta veía a la gente moviéndose, hablando, comunicándose con sus ordenadores; a través de los delgados suelos y techos verdes, veía más gente.

Sparta recordó un juguete con el que había jugado una vez, un laberinto hecho de láminas apiladas de plástico transparente; el objetivo era hacer rodar una bola de acero por todas las láminas, a través de cada uno de los agujeros, del tamaño de la bola, que había en cada piso de la estructura. Se preguntó si le resultaría muy fácil encontrar el camino para descender de este laberinto vertical, por la noche, a menos que ya lo conociera bien.

Unos pasos a través de un tubo de conexión, lleno y resonante, les llevó al Ayuntamiento. Todo Marte no era tan grande como para requerir dos cárceles, dos

clínicas bien equipadas, dos bibliotecas, así que el Ayuntamiento de Labyrinth City sólo tenia oficinas.

Con una excepción.

Sparta se detuvo bajo una bóveda de cristal verde claro. La gente pasaba, rozándole, a ambos lados, resonando sus tacones sobre el suelo de cristal; algunos vestían trajes presurizados, y otros, ropa de interiores, pero llevaban la bolsa con el traje presurizado colgada del hombro.

Sparta miró a su alrededor, intrigada. La arquitectura era de inspiración palatina, pero extendida en dimensión vertical; también aquí, el material de construcción que más abundaba era el vidrio. La bóveda de cristal tendría unos trece metros de alto por seis metros de ancho, y formaba una sola paraboloide en forma de campana; unos arcos en los cuatro lados de la cúpula central, conducía a otros tantos corredores abovedados, también de cristal, uno de los cuales acababan de atravesar ellos. Las otras alas apenas se veían a través de las paredes de vidrio, aunque debido al mayor grosor y la distorsión, era como mirar en agua verde. Pero en lo alto, donde el grosor era mínimo, el techo era transparente. El cielo raso de piedra arenisca, improbablemente elevado, de la cueva en la que se encontraba la ciudad de arriba, era visible con toda claridad.

—El cristal es muy transparente —dijo Sparta, examinando la bóveda—. Había pensado que las infames tormentas de arena que se producen aquí lo habían esmerilado.

—El polvo marciano no es como la arena de la Tierra —dijo Polanyi—. Los granos son más bien como partículas de arcilla, sólo que del tamaño de una milésima de la arena terrestre típica. Tienden a pulir el cristal, más que a grabarlo.

Sparta seguía mirando hacia arriba.

—El polvo ha tallado ese arco, me da la impresión.

—Tal vez. El agua que se fundió y congeló, hizo el trabajo bruto..., y piense cuántos años hace de eso. No olvide que casi todos estos edificios sólo tienen unos diez o veinte años; a la larga se puede agujerear, por fricción, cualquier cosa.

Sparta bajó la mirada al suelo.

—Eso no —dijo—. No ha sido rascado.

Debajo de la bóveda, en el centro, se exhibía una vitrina con una cubierta hemisférica de cristal xantiano que imitaba la cúpula de arriba. Dentro de la vitrina no había nada, salvo un cojín de terciopelo y un cartel escrito a mano que decía: «Exhibición suspendida temporalmente.»

Temporalmente, ¿eh? Alguien era optimista.

Sparta paseó la mirada por la multitud de personas que cruzaban por allí, y escuchó el eco de las voces y pisadas.

—Si no le importa, teniente, espere un momento aquí.

—Bien, si usted...

—Sólo un minuto —dijo ella con aspereza; los sentimientos heridos del teniente, se curarían.

Sparta se alejó con paso rápido por el corredor, iluminado por la luz del día, donde se había cometido el otro asesinato; miró la puerta con sistema de seguridad a presión que había al final, y comprobó la orientación de los edificios de fuera.

Al regresar, subió con rapidez una escalera, cruzó otro pasillo, metió la cabeza en un despacho al que alguien estaba trasladando nuevos muebles. No hizo caso de las miradas curiosas de los que la rodeaban. Sentidos que ellos ni siquiera podían imaginar, exploraban y almacenaban en la memoria todo aquello en lo que Sparta ponía los ojos.

Apenas había pasado un minuto cuando regresó junto a Polanyi, bajo la bóveda central.

—Ahora, veamos la maqueta.

—Está bien, inspectora. Si me permite un momento... —Polanyi colocó nerviosamente el trípode del proyector de hologramas, y luego ajustó los rayos—. Ya está.

Conectó el proyector. La luz del día se desvaneció, y con ella la gente que les rodeaba. Sparta y Polanyi quedaron invisibles el uno para el otro.

A su alrededor se había formado una reconstrucción visualmente perfecta del Ayuntamiento, poco después de que los patrulleros locales llegaron al escenario del crimen.

—La noche del diecisiete Boreal, veinte horas, dieciocho minutos; es la hora local en soles —dijo Polanyi desde la oscuridad—, que correspondería al 15 de setiembre en la Tierra, hacia las dos de la madrugada. UT.

La vitrina estaba abierta, su hemisferio de cristal inclinado hacia atrás exponía, bajo los rayos cruzados de los focos elevados, el cojín vacío donde la famosa placa marciana había descansado durante casi diez años. Alrededor de la vitrina se encontraban varios trípodes, algunos con luces adicionales, otros con instrumentos cuyos morros apuntaban hacia el cojín vacío.

Cerca de allí, en el suelo, había una silla volcada..., y un cuerpo.

—Dewdney Morland —dijo Polanyi.

Sparta avanzó. Prácticamente el edificio entero respondió a sus movimientos; se acercó al cuerpo del hombre que yacía en el suelo, hasta que aquél se encontró a sus pies.

—Calibre veintidós, bala de uranio de gran velocidad, en la base del cráneo, salida por la parte superior de la frente —dijo la voz de Polanyi—. Heridas limpias de entrada y salida; las quemaduras indican que el disparo fue efectuado a menos de un metro. Una ejecución.

—¿Por qué una bala de uranio?

—No sabría decirlo, pero es común en Marte. Los patrulleros afirman que la masa extra proporciona poder de detención a distancia en pocas ges. Leyendas locales.

—No han encontrado la bala.

—No, y tampoco la que mató a Chin. Ni la pistola.

—El asesino debió de recogerlas —dijo Sparta.

Las balas de uranio se hacían con combustible de reactor gastado; llevaban poca radiactividad residual.

Sparta volvió su atención a la víctima, y examinó el cuerpo holográfico del suelo. Morland era un xenoarqueólogo de treinta y cinco años, que había estado estudiando la placa marciana bajo ampliación visual y en otras diversas longitudes de onda. Tenía exceso de peso, una barba rubia desaseada que le subía por las mejillas, con clapas, y

el pelo le llegaba más abajo del cuello de la camisa. Su ropa era de costosa materia orgánica, ancho traje de tweed que al parecer no había sido lavado recientemente. Una bolsa de tabaco había caído al suelo, a su lado, y en la mano derecha asía una pistola.

—Hágalo girar, por favor —pidió Sparta.

El invisible Polanyi manipuló invisiblemente los controles del proyector de hologramas. La proyección giró lentamente, y pareció que el edificio giraba con él, de manera que el cuerpo pudo verse desde todos los ángulos. Las masas aparentemente sólidas del pedestal de exhibición y los instrumentos, se deslizaron a través de Sparta sin impresión táctil.

—Por debajo también, por favor.

La escena se ladeó de un modo extraño, y Sparta contempló el cuerpo de Morland desde debajo del suelo, donde yacía de bruces.

—No está completamente relajado, pero no hay señales de miedo —dijo—. La postura indica que no sospechaba lo que iba a suceder.

—¿Qué deduce de ello?

La voz de Polanyi era distante y hueca.

—No sé qué deducir de ello. Quizás estaba tenso debido a lo que veía a través de sus instrumentos. —Hizo una pausa—. ¿Qué sabemos realmente de Morland?

Sparta raras veces hacía preguntas retóricas, pero esperaba que Polanyi empezara a pensar en direcciones menos convencionales que las que había tomado hasta ese momento.

Lo que la propia Sparta sabía de Morland, aunque detallado, no estaba centrado. La reputación arqueológica del hombre, que no tenía gran importancia, se basaba sólo en tres ensayos —aunque había publicado docenas de ellos—, que intentaban deducir la naturaleza de las herramientas prehistóricas, a partir de las señales que habían dejado en los artefactos que habían sido modelados con ellas. Morland había hablado de líneas de calendario rascadas por los hombres de Cromagnon en huesos de reno, de mazorcas de maíz arañadas, halladas en los fosos de basura de Anasazi, y de marcas de albañil en urnas neolíticas sirias. No se habían encontrado ejemplos precisos de las herramientas y los métodos que él postulaba, pero sus argumentos eran persuasivos y nadie se los había discutido. Erudición menor.

Marte había sido un territorio nuevo para él, un salto del estudio de las tecnologías en la Tierra, al estudio de una tecnología extraña, tan avanzada, que no era comprendida. Aunque se conocía la composición elemental de la placa marciana —titanio, molibdeno, aluminio, carbono, hidrógeno, indicios de otros elementos— las técnicas mediante las cuales estos elementos habían sido aleados para formar un compuesto mucho más duro y más fuerte que el diamante, eran un misterio. Igualmente misteriosos eran los métodos mediante los que la placa había sido grabada con una inscripción; esto era lo que Morland había estado estudiando.

Era una cuestión que otros investigadores habían examinado sin éxito. Esto, la aleación más dura jamás descubierta, había sido modelado con herramientas aún más duras, si es que lo habían hecho herramientas. Morland había convencido a la Comisión Cultural del Consejo de los Mundos de que él no podría producirle ningún daño a la placa —ningún problema, ¿quién podría hacerlo?—, y les había persuadido de que tal vez pudiera añadir algunos detalles triviales al conocimiento que de ella

tenía la Humanidad.

—Hemos registrado sus bancos de datos —dijo Polanyi.

—Échenles otra mirada —dijo Sparta—. Y a ver qué más pueden averiguar. Basta de Morland por ahora.

El edificio se inclinó y fue deslizándose bajo los dedos controladores de Polanyi, hasta que estuvo en posición vertical. Sin moverse, se encontraron de pronto avanzando rápidamente por el corredor que Sparta había investigado antes.

—La otra víctima...

La escena se detuvo al instante —de haber tenido masa, las paredes ilusorias se habrían hecho pedazos a causa de la inercia— y se vio el segundo cuerpo, tumbado de espaldas con los brazos y las piernas abiertos, en un charco de sangre.

—Dare Chin —dijo el teniente—. Dartius Seneca Chin. Uno de los colonizadores primitivos más estimados de Labyrinth City.

—El ayudante del alcalde, que trabajaba hasta tarde porque Morland no podía hacer su trabajo durante las horas laborales, y alguien tenía que vigilarle —dijo Sparta sin inflexión en la voz.

—Exacto.

—¿Y dónde estaba el alcalde aquella noche?

—El alcalde ha estado dos meses en la Tierra. Conferencia de gobernantes, creo.

Chin era un hombre alto, delgado, de cabello negro y rostro agraciado, con más arrugas de las que sus treinta y cinco años sugerirían. Sus ojos color castaño oscuro estaban abiertos; su expresión era de sorpresa e interés, no de miedo. Iba vestido con el grueso y práctico tejido marrón de politrama, como lona, preferido por los que llevaban tiempo viviendo en Marte.

—¿También una bala de uranio? —preguntó Sparta.

—Le atravesó el corazón. Esta vez a distancia. Le lanzó a ocho metros.

—Entonces, no era un simple ejecutor sino un tirador experto.

—Un profesional, creemos —dijo el teniente.

—Tal vez. Quizás un aficionado entusiasta, un amante de las armas, alguien con una causa. —El crimen había sido cometido por una causa, eso ella lo sabía—. ¿Bajó por las escaleras de allí atrás?

—Sí, ésa va al segundo piso, cerca de su oficina. Se encontraba trabajando en unos casos civiles. Tenemos su...

—Lo veré más tarde —interrumpió ella—. ¿Su despacho se ve desde la calle?

—Sí. La vieja Nutting, la patrullera que se encontraba en el exterior pocos minutos antes de la hora estimada de los asesinatos, dijo que todo el edificio estaba a oscuras excepto las luces de trabajo de Morland, bajo la cúpula, y las luces del despacho de Chin, en el segundo piso. Y algunas luces de pasillo. De todos modos, los vio claramente a los dos, vivos y en perfecto estado. Lydia Zeromski se hallaba con Chin. Estaban discutiendo.

—¿No les importaba quién les viera?

Él sonrió.

—Aquí tenemos un dicho, inspectora: a la gente que vive en casas de cristal, les importa un comino las piedras. Es decir, la intimidad.

—¿Nunca? —preguntó escéptica.

—Tienen cortinas metálicas para las ventanas, para cuando lo desean.

Sparta sabía, por los informes, que la patrullera, una veterana a punto de retirarse, había jurado que no había visto a nadie en el edificio salvo a esas tres personas. Después de haber visto el edificio real y su reconstrucción holográfica nocturna, Sparta sabía que la patrullera fácilmente podía estar equivocada: cabía la posibilidad de que alguien estuviera escondido inmóvil en las sombras; la distorsión del cristal era suficiente para disimular incluso una forma humana.

—Me gustaría hablar con ella esta tarde.

—La oficina de las patrullas está en el edificio ejecutivo. Puede concertar una reunión desde mi despacho.

Sparta seguiría todos los pasos, pero sabía lo que podría averiguar. En primer lugar, las rondas de Nutting eran regulares como un reloj, contra toda norma de seguridad aceptada; Nutting había caído en la pereza y la costumbre de toda una vida, y sus movimientos por los alrededores sin duda habían sido cronometrados de antemano por el asesino.

Era fácil simpatizar con la anciana. En comparación con una noche en Marte, la Antártida es Tahití, y la gente normal permanecía en el interior si podía. Sparta podía comprender por qué la patrullera —suficientemente mayor para sentir el frío en los huesos, incluso a través del traje caldeado—, retrasaría el momento de salir de la caliente oficina y dejaría para el último momento el cerrar su traje presurizado para salir a caminar por las frías calles llenas de arena de la ciudad. Probablemente, el asesino estuvo esperando en uno de los tubos presurizados que conectaban con el Ayuntamiento, hasta que ella pasó.

Tres minutos después de que la patrullera dejara atrás el edificio iluminado, las alarmas se dispararon en el despacho de aquélla, apenas a cien metros del escenario del crimen. La primera alarma sonó cuando la placa marciana fue retirada. La mayor parte de las otras alarmas —radares, detectores de movimiento, detectores de presión en el suelo, etcétera— ya estaban desarmadas en deferencia al trabajo de Morland, pero se dispararon alarmas adicionales cuando la puerta exterior de la cámara de aire de la entrada principal del edificio fue abierta, antes de que se cerrara la puerta interior, permitiendo una gota de presión temporal en su interior.

O sea, que el ladrón también llevaba traje presurizado; había huido del escenario del crimen, no a través de los cálidos corredores sino a través de las gélidas calles.

—Veamos la cámara de aire.

—No hay mucho que ver, inspectora.

Polanyi manipuló los controles del holoproyector, y los llevó espasmódicamente hasta las grandes puertas con cantos de bronce de la cámara de aire principal, y después a través de las puertas, hasta el exterior.

En la arena, frente a la cámara de aire, sólo había suaves arroyuelos formados por el viento, y unas leves depresiones, pero nada que sugiriera una huella clara. Unos metros más allá, toda la escena se convertía en un vacío negro en el borde del holograma.

—Al parecer soplaba viento.

—Una brisa ligera, para lo que suele soplar aquí.

Sparta contempló los surcos en la fina arena congelados holográficamente. Sus

capacidades visuales excedían en gran manera la resolución del grabador de hologramas, por lo que sus ojos, aquí, casi eran inútiles, igual que su nariz y la boca, que tenían capacidad para el análisis químico. El crimen había sucedido dos semanas atrás. Quizá si ella hubiera estado en la escena real, en el momento real...

—Tiene razón, teniente. No hay mucho que ver.

—Aquí se acaba nuestra reconstrucción. Nosotros imaginamos que el asesino salió afuera porque el camino de regreso a través de los corredores se encontraba bloqueado por los patrulleros que respondieron a la primera alarma. O tal vez había un cómplice fuera.

—Tal vez —dijo Sparta.

Sin pruebas, ella no elaboraba hipótesis.

—Los patrulleros locales efectuaron un buen trabajo —dijo Polanyi, fiel a las gentes del lugar con las que tenía que vivir—. Acudieron en cuestión de minutos. Lo que usted ha visto es lo que encontraron. No hay arma asesina. Ni testigos. Ni huellas inusuales, ni cualquier otra prueba física.

—Gracias, puede desconectarlo.

Eso hizo el hombre. Al instante, se encontraron de pie en el iluminado y bullicioso centro del Ayuntamiento.

Diez minutos más tarde estaban de nuevo en el despacho abarrotado y bien iluminado, de Polanyi.

—Bueno, ¿le hablo de los asesinos probables? ¿Los tres que tuvieron oportunidad?

—Se lo ruego.

Que hiciera su trabajo; ella sacaría sus propias conclusiones, más adelante.

Sparta ya sabía que la placa marciana había sido robada aquella noche en concreto, y no, por ejemplo, la noche anterior o la noche siguiente, porque el robo había sido programado para que coincidiera con la destrucción de los archivos de la Cultura X, en Venus y en todos los lugares de todo el sistema solar habitado. Simultáneamente, los *prophetae* habían soltado sus escuadrones de la muerte secretos para efectuar un ataque en masa, con la intención de asesinar a todos los que pudieran recordar los textos suficientemente bien como para reconstruirlos. Una docena de eruditos habían muerto en la Tierra. Aquí, en Marte, Dewdney Morland era la víctima a la que apuntaban, y Dare Chin sólo había sido un testigo inocente.

Un hombre, el más importante de todos, se había salvado de este asalto contra las joyas de la corona de la xenoarqueología. En Port Hesperus, el profesor J.Q.R. Forster había logrado sobrevivir a la bomba con que le atacaron, y ahora estaba fuertemente protegido por los servicios de la Junta Espacial.

Polanyi siguió hablando. Sparta se obligó a escucharle.

—...la población permanente de casi diez mil —decía—. En cualquier momento dado puede haber, a lo sumo, un par de miles de turistas en el planeta. Fuimos capaces de dar razón de los cuatrocientos treinta y ocho huéspedes registrados aquella noche en el «Hotel Interplanetario» de Marte, y en los otros seis alojamientos con licencia, de que dispone Labyrinth City. Si había otros extranjeros en la ciudad, nadie los vio, y

en una ciudad pequeña como ésta, eso es difícil. Así que nos concentramos en los de aquí.

En la pantalla plana de vídeo de sobremesa, apareció el rostro de una mujer joven. Ojos con mirada atrevida, boca grande, pelo rubio recogido en la nuca. A pesar de la apariencia delicada que caracterizaba a los antiguos residentes de la superficie marciana, aquella mujer parecía competente y dura.

—Es Lydia Zeromsky —dijo el teniente—. Una conductora de camión que trabaja en la canalización. Era la novia de Darius Chin (una de ellas, vaya), la que vieron en su despacho pocos minutos antes de los asesinatos. Nadie la vio salir.

—¿Ella? —preguntó Sparta con escepticismo—. Habría tenido que bajar la escalera, disparar a Morland, robar la placa, y después volver a disparar a Chin cuando éste bajara a investigar.

—No es imposible.

—Si iba tras la placa, ¿por qué armar alboroto antes?

—Bueno, si ella no fue el asesino, podría ser un cómplice —dijo Polanyi tenso.

—Teniente, no tiene antecedentes.

—Una vez golpeó a un tipo con una tubería, en un bar. Él no presentó denuncia.

—¿Armas?

—Bueno..., no registradas.

—¿Otras relaciones?

—Ninguna conocida.

Sparta gruñó.

—El siguiente.

—Este hombre.

Zeromski fue sustituida en la pantalla por un hombre barbilampiño que no llegaba a los cuarenta años. Su cabello rubio era fino y pálido, casi incoloro, y tan corto que a su través se veía el rosado cuero cabelludo. Sparta le reconoció sin dificultad.

—Wolfy Prott, es decir, Wolfgang Prott, el director del «Hotel Interplanetario» de Marte. Es un secreto público que el hotel ha sido escenario de comercio ilegal de «recuerdos» marcianos: muestras de minerales, fósiles, e incluso artefactos. La cadena «Interplanetaria» trasladó a Prott a Marte hace un año.

—Cuya sede está en Zurich...

—Exacto. Prott lleva unos diez años trabajando para ellos. Atenas, Kuwait, Caylet en la luna; primero en el departamento de relaciones públicas, después en ventas, y luego como ayudante del director. Éste es su primer cargo de director. Ha adquirido fama como artista del ligue en sus horas libres.

—¿Su estilo?

—Damas turistas en los bares, raramente en su propio local..., y casi siempre permanece lejos de las mujeres locales. Quizá tenga miedo de los hombres de aquí.

—Y no puede dar razón de dónde estuvo aquella noche.

—Dice que estaba dormido en su suite del hotel. Pero le vieron salir del vestíbulo pocos minutos antes de los asesinatos, vestido con traje presurizado. Una hora después de los asesinatos, tomaba una copa con el encargado del bar del hotel.

—Esa coartada es tan floja, que resulta ridícula.

—Estaba haciendo algo..., sea lo que sea.

—No un asesinato.
—Ah, pero hay otra cosa. —Polanyi no pudo ocultar cierta autosatisfacción—. Wolfy es conocido como experto tirador de pistola. Hay una sala de tiro en el piso inferior del hotel, y él es el mejor cliente.
—¿Falta alguna de sus pistolas?
—Bueno, no estoy seguro de cuántas...
—Bien —dijo ella con frialdad—. ¿A quién más tiene?
Éste era el rostro que Sparta había esperado no ver, un rostro oscuro y agraciado, alargado y delicado, el rostro de un joven con profundos ojos castaños y el cabello negro y rizado. Sus labios exhibían una sonrisa que dejaba al descubierto una dentadura blanca y regular. Vestía un traje presurizado corriente.
Polanyi no le había eliminado de la lista.
—El doctor Khalid Sayeed, planetólogo del Consejo de los Mundos. Menos de una hora antes de los asesinatos, Sayeed y Morland estaban gritándose mutuamente en el bar del «Interplanetario».
—¿Khal..., el doctor Sayeed gritaba?
—O, por lo menos, estaba en desacuerdo y lo demostraba con vigor. Algo relacionado con el proyecto de formación de tierra. Morland fue directamente del hotel al Ayuntamiento. Sayeed afirma que él se fue a su apartamento, cerca del puerto de lanzaderas, pero no hemos podido corroborarlo.
Sparta examinó con atención la imagen de Khalid. Era un año más joven que ella, de la edad de Blake, y no le había visto desde que tenía dieciséis años. Se había convertido en un adulto equilibrado y seguro de sí mismo.
Igual que Sparta y Blake, Khalid era miembro del proyecto «SPARTA», un proyecto para la evaluación y entrenamiento de los recursos de aptitud específicos, fundado por los padres de Sparta en un intento de demostrar que las múltiples inteligencias inherentes a cada niño, podían aumentarse a niveles que el mundo consideraba de genios. Khalid era uno de los grandes éxitos de ese proyecto, inteligente y sofisticado, poseedor de múltiples talentos, y que dedicó su carrera al mejoramiento del bienestar humano.
Pero según Blake, Khalid también era, muy posiblemente, uno de los *prophetae,* un miembro del Espíritu Libre, un miembro del culto mortal.
—Si no le importa, teniente, me las llevaré —dijo Sparta, retirando las tarjetas de datos de la pantalla de vídeo.
—Son todas suyas, inspectora. —Se recostó en la silla y abrió sus regordetas manos—. Tiene usted todo lo que tenemos nosotros. ¿Qué más puedo hacer por usted? ¿Mostrarle la vida nocturna?
—Gracias, lo dejaremos para otro día.

El techo de cristal del «Salón Ophir» estaba empañado de condensación; el aire era húmedo. El *maitre* acompañó a Sparta, haciéndole subir y bajar escaleras, y atravesar terrazas entre mesas que daban a la mayor extensión descubierta de agua —agua muy verde— de Marte. En la piscina rodeada de palmeras, media docena de hombres y mujeres se salpicaban y nadaban, todos ellos delgados, morenos y desnudos. Sparta pensó que parecían modelos, más que turistas; probablemente el hotel les pagaba para que se divirtieran durante la hora del almuerzo, a modo de espectáculo.

La mesa de Khalid Sayeed estaba en un balcón cercano a la piscina, oculta a la vista de ésta por las esbeltas palmeras. Khalid se levantó para saludar a Sparta. Era un hombre de porte erguido y airoso, con una sonrisa deslumbrante y unos ojos impresionantes, que parecía más alto de lo que en realidad era.

—Inspectora Troy, muchas gracias por acceder a verme.

Ella le cogió la mano y se la estrechó una vez, brevemente.

—Doctor Sayeed.

La nariz de Sparta saboreó el débil y agradable perfume del hombre. Su memoria, sin ayuda alguna, confirmó que se trataba de él, el muchacho al que había conocido mucho tiempo atrás.

Si él la reconoció como la chica que había sido compañera suya en «SPARTA», no lo demostró. Con las enseñanzas que habían compartido, ambos eran tan expertos en cuestiones sociales —ella sólo cuando tenía que serlo, aunque en él siempre había sido algo natural, o al menos eso le parecía a ella—, que ninguno de los dos habría dejado traslucir nada involuntariamente.

Cuando se sentó frente a él, los recuerdos reprimidos largo tiempo, afloraron...

Khalid, a los nueve años de edad, discutiendo teología con Nora Shannon en el patio de recreo de la azotea de la Nueva Escuela, manteniendo la calma frente a la negativa, cada vez más desesperada de la chiquilla, a aceptar su pretensión de que el Islam había hecho inaplicable la Cristiandad. Y finalmente obligó a Nora a abandonar la discusión, sólo porque él había memorizado mucho más del Corán —por no mencionar a Santo Tomás de Aquino—, que lo que ella había memorizado del Nuevo Testamento. Después de lo cual procedió a explicarle por qué la secta Shií, en la que él había nacido, era la única depositaria de las enseñanzas del Islam, que merecía confianza...

Khalid, a los doce años, en una excursión al Caribe, aterrorizando a sus padres al escapar por los pelos de las fauces de los tiburones: después de caer su aeroplano a pedales en el cálido mar, tuvo que mantener a raya a los tiburones durante veinte minutos, golpeándoles en el hocico con los zapatos...

Khalid, a los quince años, dirigiendo la Joven Orquesta Filarmónica de Manhattan, en una versión enérgica y viva de una sinfonía italiana de Mendelssohn, aclamada con grandes aplausos que pronto fueron seguidos de comentarios en las pantallas de todo el mundo, anunciando el nacimiento de un nuevo Bernstein...

—Mañana por la mañana tengo que efectuar un viaje de inspección, y quería darle

la oportunidad de ponerse en contacto conmigo antes de que se marche —dijo él.

El *maître* le entregó a cada uno un menú elegantemente impreso, de papel auténtico a juzgar por el tacto, e impresos con tinta auténtica.

—¿Ponerme en contacto con usted?

—El viaje sólo tendría que durar dos días. Sin embargo, volar en Marte es algo impredecible de por sí, y en caso de que me retrasara, no quisiera que pensase que estaba huyendo de usted.

—Si me disculpa —intervino el *maître*—, ¿desean tomar alguna cosa antes de la comida?

—¿Quiere beber algo? —preguntó Khalid a Sparta. Sparta vio que él bebía un vaso de té. De Sri Lanka, a juzgar por su aroma.

—Tomaré té —respondió—, lo mismo.

—Muy bien, señora; señor, su camarero vendrá en seguida.

Se marchó.

Khalid cogió la tetera y le sirvió un vaso de perfumado té. Durante unos momentos, Sparta se dedicó a beber su té, que era sabroso pero estaba un poco pasado —las tecnologías de los envíos habían mejorado en los últimos siglos, pero Sri Lanka estaba más lejos de Marte que de Inglaterra—, antes de volver su atención a Khalid.

—Lo único que necesito de usted, doctor Sayeed, es la prueba de que no es posible que matara a aquellos hombres y robara el objeto. Cuando la tenga, seré libre de concentrar mi atención en otra parte.

—¿La prueba? —Esta vez no sonrió, salvo con los ojos—. Se han desarrollado escuelas enteras de filosofía y matemáticas en torno a la proposición de que no existe tal cosa.

—Existe, sin embargo, una cosa que se llama verdad.

—También yo lo creo, al contrario de Poncio Pilato. Y la ley..., en la ley creo sin lugar a dudas. Supongo que ya ha leído usted mis declaraciones, inspectora. Y también la historia de mi vida.

Ella afirmó con la cabeza.

—Discutió usted con el doctor Morland en el hotel, poco antes de que le asesinaran. Se marchó poco después de que él lo hiciera, y no se le volvió a ver hasta la mañana siguiente.

—Eso es. No puedo demostrar que fui a mi apartamento y vi un infovídeo acerca del proyecto de rehabilitación del Sahara; luego, recé las oraciones de la noche y me acosté. Es la verdad.

—¿Vive solo, doctor Sayeed?

—Sí.

—Sin embargo, está casado.

—Mi esposa vive en París con sus padres, por no mencionar a sus numerosos tíos, tías, hermanos y primos, como seguramente usted ya sabe. —Arqueó las curvadas cejas en una expresión extraña, medio de broma y medio pensativa, que desapareció rápidamente—. Pero, ¿sabe que no conozco a mi esposa? Ella tiene catorce años.

Sparta lo sabía. Cuando le conoció, al principio, la familia de Khalid era pobre; él había podido acceder al proyecto «SPARTA» gracias a una beca de una sociedad de bienhechores adinerados que se hacían llamar *Tappers*. La brillante actuación de

Khalid en el proyecto «SPARTA» había llamado la atención de sus poderosos parientes actuales. Su posterior matrimonio concertado —sin una palabra de consulta previa con él— era un gran honor, una señal de que Khalid, algún día, podría ser nombrado imán de los Sayeedis por su tío abuelo, el kan.

Sparta dijo:

—Su apartamento está cerca del puerto espacial, ¿verdad?

—Sí, en la plaza Kirof, en el complejo del «PFTM».

—El edificio no está conectado directamente a ningún tubo de presión. Cuando está usted fuera de su casa, habitualmente lleva el traje presurizado, ¿no?

Sparta ladeó la cabeza para señalar la bolsa de lona marrón que había en la silla de al lado de Khalid.

—Todos los marcianos lo hacen, en realidad. ¿Dónde está el suyo?

—En mi habitación.

—Le aconsejaría que adoptara pronto nuestra costumbre —dijo él—. Todo esto —señaló los árboles, la piscina, el techo de cristal que goteaba condensación— es una ilusión, puede desvanecerse en un instante. La realidad es bióxido de carbono raro y congelante. Suponga que se cae una roca del arco que está sobre nuestras cabezas...

—Seguiré su consejo. —Y lo decía en serio; sólo de pensar en las posibilidades, lamentó su descuido. Pero no tenía que compartir ese pensamiento con él—. Su edificio..., tiene tres unidades, cada una de ellas con una entrada separada. Su apartamento está en el segundo piso, al que se llega por una escalera exterior.

—Vaya, esta mañana ha hecho los deberes. ¿Sabe por qué elegí ese apartamento?

—Por la vista, supongo.

—De hecho, ésa es buena parte de la razón. —Se recostó en la silla y bebió un sorbo de té—. Cuando los seguidores del Islam embarcaron por primera vez hacia el espacio, inspectora, surgió el problema de determinar la *gibla*, la dirección de la plegaria, la cual, como usted sabe, es hacia la Kaaba, en la Gran Mezquita de La Meca. Las horas para la oración pueden decidirse en cada lugar, pero la posición de La Meca (la cual, a una distancia suficiente coincide con la posición de la Tierra, por supuesto) está en constante movimiento relativo. Así que los ortodoxos llevamos esto. —Dejó el vaso de té y se sacó del bolsillo un objeto redondo y plano, del tamaño de un reloj de bolsillo pero mucho más delgado. Lo dejó sobre la mesa—. El mío es una copia, de una cuarta parte del tamaño original, un astrolabio del siglo catorce, bastante insólito, hecho por el astrónomo Ibn al-Sarraj, de Alepo.

El astrolabio consistía en una delgada pila de discos de bronce con incisiones, grabado en árabe. El de más arriba era una red de coordenadas esféricas, una redecilla. Pequeñísimos arañazos e irregularidades revelaban que la pieza había sido hecha a mano.

Sparta la miró con interés, examinándola más de cerca de lo que los ojos humanos permitían, aunque nadie habría sospechado que su mirada no era indiferente..., pues el cerebro es un órgano flexible: puede entrenarse para suprimir, o para no hacer caso de dobles exposiciones, como bien sabían los usuarios de los anticuados microscopios monoculares. Igual que esas antigüedades, Sparta podía enfocar de cerca cualquier objeto pequeño o distante, con el maceozoom del ojo derecho y manteniendo los dos ojos abiertos, sin traicionarse.

—Una copia costosa.

—Es práctica —dijo Khalid—. Puede utilizarse como astrolabio en las latitudes Norte de la Tierra, o, con las conversiones apropiadas, incluso en Marte, supongo. Pero sus principales operaciones se llevan a cabo mediante un sistema de guía inercial en microminiatura. —Hizo girar el diminuto astrolabio entre sus dedos, hasta que una punta de bronce unida al centro salió por encima del ecuador curvado de la redecilla —. Es mi brújula espiritual. Adondequiera que voy, o adonde me lleve la Tierra, la alidada señala hacia la Meca.

—Bonito artilugio —observó ella, inexpresiva—. ¿Qué tiene que ver con que eligiera un apartamento cerca del puerto de lanzaderas?

—Simplemente, que mi pequeña habitación mira al cielo a través de unos doscientos grados de arco. Así, la *gibla* raramente se encuentra en la dirección de una pared en blanco. —Levantó la vista—. Ah, aquí está...

Llegó el camarero, tan a tiempo que parecía que lo hubiera ensayado. Khalid sonrió. La presentación de su astrolabio, el cual ahora volvió a guardar en el bolsillo, había sido una fascinante distracción de la que Sparta no había aprendido nada relacionado con el caso.

Khalid le hizo recitar al camarero las especialidades: cabra asada rellena de ajo y ciruelas, todo cultivado en la Estación de Marte, y salmón escalfado, fresco gracias a la lanzadera de carga de la bodega del carguero *Doradus*, recién llegado a la órbita, y detalles de la preparación de varios de los artículos más elaborados del menú.

Cuando Sparta pidió una ensalada verde, Khalid reaccionó como si ello fuera no sólo normal, sino, de hecho, una elección extremadamente racional; pero para él, el salmón era demasiado tentador.

El camarero se marchó. Sparta dijo:

—Hábleme de su discusión con Morland, doctor Sayeed.

La sonrisa de Khalid se esfumó.

—Se lo contaré a grandes rasgos. Estoy seguro de que usted lo ampliará con sus propios datos.

—Tengo mucho tiempo.

—Entonces, le daré algunos antecedentes. —Bebió un sorbo de té y pensó lo que iba a decir, exagerando un poco—. Los xenoarqueólogos y xenopaleontólogos tienen una tarea difícil —dijo—. La atmósfera marciana, en otro tiempo, fue rica en vapor de agua; en el desierto marciano, en otro tiempo, discurrió agua líquida..., como de hecho sigue ocurriendo, varias veces al año, en unos cuantos lugares bajos donde el hielo expuesto no se ha sublimado, y la presión atmosférica es suficiente como para impedir que el agua se evapore instantáneamente. Pero esto son episodios aislados. Hace mil millones de años, o más, las cosas eran diferentes. La atmósfera era más densa, el clima de Marte era suave, las condiciones fueron estables durante el tiempo suficiente para la aparición y la rápida evolución de la vida. Así, hoy encontramos fósiles de seres vivos. Y con ello la prueba, mucho más rara, de que Marte fue visitado, quizá sólo brevemente, por una raza inteligente antigua. Ni un solo fragmento de estos preciados tesoros debe escapar a nuestra atención.

Hizo una pausa para reflexionar de nuevo.

—La tarea de los xenólogos no es sólo difícil, sino noble —prosiguió—: la tarea

de preservar el pasado. Por otra parte —los dedos de su mano derecha se abrieron como una flor—, en el futuro, Marte será de nuevo un paraíso vivo. Incluso sin la intervención humana, dado el transcurso de otros mil millones de años.

Al ver que ella no reaccionaba ante esta dramática afirmación, Khalid prosiguió:

—El período de precesión de la órbita de Marte alrededor del Sol y de sus polos, sugiere que cada dos mil millones de años, aproximadamente, Marte se calienta lo suficiente como para que los casquetes de hielo, y el hielo permanente, se funda, y para que el agua líquida se acumule en la superficie. Se ha acusado al Proyecto de Formación de Tierra en Marte de acelerar este ciclo natural. Para hacerlo, tenemos que incrementar la densidad de la atmósfera y enriquecerla con vapor de agua. En algún punto se producirá el efecto invernadero, y comenzarán a elevarse las temperaturas atmosféricas, una consecuencia de lo cual, será que aumentará aún más la presión atmosférica. Una vez establecido el ciclo de realimentación positiva, los abundantes recursos de agua ahora encerrados, se derretirán y fluirán libremente por el desierto, sin evaporarse al instante. Sobrevivirán plantas auténticas en el exterior. Las plantas producen oxígeno; entretanto, un suministro mucho mayor de oxígeno será liberado de las rocas, por las bacterias sembradas. Al final, los marcianos no tendremos que preocuparnos de tener a mano nuestro traje presurizado.

Sparta estaba segura de que había dado esta conferencia a menudo, y su oratoria era vehemente. Pero sólo dijo:

—Me iba a hablar de su discusión con Morland.

Él asintió.

—Marte está muerto y lo ha estado durante mil millones de años. Pero como aquí hubo vida en otro tiempo, a los xenoarqueólogos y los xenobiólogos (*xeno* es un prefijo que, al parecer, se refiere sólo a disciplinas previamente relacionadas con la Tierra; no existen xenofísicos o xenoquímicos), todos ellos xenooptimistas, les gustaría creer que la vida indígena ha sobrevivido hasta nuestros días. En algún lugar. De alguna manera. Comprendo su pasión. A mí también me gustaría creer —dijo, tamborileando sus expresivos dedos sobre el cristal verde—, pero no creo. Ése era el quid de mi discusión con el doctor Morland.

—No me parece usted la clase de hombre que se enzarza en discusiones a gritos, por una teoría —dijo Sparta.

—No había nada abstracto en nuestra discusión. El agua líquida es la clave de todo lo que he descrito. En el pasado había muchos esquemas: fundir el casquete de hielo del Polo Norte cubriéndolo con tierra negra para absorber la radiación solar, o fabricar algas o líquenes especialmente oscuros para conseguir lo mismo. O utilizando reactores nucleares, docenas de ellos, quizá cientos o miles. Otras ideas. Cualquiera de estos métodos podría funcionar, pero pasarían siglos antes de que la presión del vapor de agua atmosférica llegara a niveles importantes. Los esquemas para fundir el hielo permanente han sido aún más extraños, incluida la detonación subterránea de dispositivos nucleares a miles, idea motivada menos por interés hacia Marte, creo, que por la desesperación de los euroamericanos por deshacerse de las antiguas armas con las que se amenazaban unos a otros. Todos estos planes tienen serios inconvenientes.

—Todos ellos parecen duros con el planeta —observó Sparta.

—Duros con el planeta de un modo poco natural —dijo él—. Pero existe una

manera de acelerar el ciclo marciano natural de agua e inundación utilizando sólo medios naturales. Estos medios también serían duros con el planeta. Pero al menos serían coherentes con su historia ecológica.

Esta vez, cuando hizo una pausa ella cooperó, suministrándole la pregunta que él esperaba:

—¿Y cuáles serían?

—Bombardeo cometario —respondió él con ansia—. Los cometas son, en su mayor parte, hielo. Durante la historia reciente de Marte, y de los otros planetas internos, cayeron enjambres de cometas que aportaron agua y moléculas orgánicas y de carbono. Al final, la intensidad de los enjambres decreció, comenzando hace mil millones de años. Pero podemos producir un nuevo bombardeo. Podemos guiar los cometas. De hecho, inspectora, ahora proyectamos guiar uno.

—¿Un cometa que choque con Marte?

Él asintió con la cabeza.

—Una prueba, pero si funciona, el agua no se desperdiciará. Fluirá brevemente por la superficie de la llanura de Tharsis antes de evaporarse en la atmósfera; una inyección de vapor de agua mayor que la lenta fusión del casquete polar durante cincuenta años.

—¿Cuándo finalizará esta prueba?

—Dentro de varios años. Nuestro primer cometa candidato todavía se halla en la órbita de Júpiter. —Sonrió—. Tan lejos como está, y ya encuentra la resistencia del aire caliente.

Sparta estuvo a punto de reírse.

—Entiendo...

—De eso discutíamos Morland y yo, inspectora, no de la teoría abstracta, sino del asunto concreto del Proyecto Cascada. Él se oponía; incluso llegó a compararlo con ese odioso esquema de la bomba nuclear que le he mencionado. Por supuesto, se encontraba un poco bebido en aquellos momentos.

—¿Bebido?

—Había estado dos o tres horas en el «Salón Phoenix», según me han dicho. Yo ceno aquí con frecuencia, inspectora; es un capricho, pero me permito muy pocos caprichos. Cuando me marchaba, tropecé con Morland que salía del salón. Fue..., la única palabra adecuada es «ataque»... Me atacó con sus crudos sarcasmos.

—¿Por qué le atacó?

Khalid levantó un dedo y lo meneó ligeramente, parafraseando a su oponente.

—Los impactos cometarios puede que preserven los casquetes polares, pero hacen grandes agujeros; podría perderse algo, alguna bolsa de bacterias tenaces, algún artefacto precioso. —Levantó la mano con la palma hacia arriba—. Expresó estas objeciones en un lenguaje que no quiero repetir.

—¿Se habían visto antes? ¿Cómo le conoció?

—Nos habíamos visto, brevemente, en una recepción que Wolfy, el señor Prott, el director del hotel, había celebrado para él una semana antes. Después de aquello con gusto habría permanecido lejos de su camino. Morland era un personaje extravagante, pero en su oposición al proyecto no era distinto a los demás xenoprofesionales. Él me encontraba a mí tan ofensivo profesionalmente como yo a él personalmente.

—¿Qué papel tiene usted en el Proyecto Cascada?

—Para expresarlo de un modo conciso, fue idea mía.

Llegó el camarero, con una bandeja de hierro. Le colocó el plato delante.

Durante unos minutos, ni Khalid ni Sparta hablaron; ella estaba ocupada absorbiendo las extrañas texturas de la lechuga cultivada en la estación espacial. Él disfrutaba de su salmón.

Cuando terminaron de comer, se produjo un torpe silencio que ninguno de los dos parecía ansioso por romper. Para Sparta se trataba de un momento delicado, y se dio cuenta de que no sabía muy bien cómo manejarlo.

—Debería saber, doctor Sayeed, que es usted uno de los principales sospechosos de los asesinatos de Morland y de Chin.

—Me lo imaginaba, pero gracias por confirmarlo.

—No puede dirigir su propio interrogatorio. No puede marcharse tranquilamente. Hay demasiadas preguntas sin respuesta.

Él no discutió ni protestó su inocencia, ni trató de explicarse. Se limitó a mirar a Sparta, sopesando, a todas luces, sus opciones.

—Por mi propio bien, me gustaría que llegara hasta el fondo de esto. Si pudiera retrasar mi viaje, lo haría. Pero sería peligroso; en esta época del año el tiempo empeora de día en día.

—No se preocupe, doctor. Esperaré a que usted regrese. No importa cuánto tiempo esté fuera.

Él se inclinó hacia ella, los ojos oscuros serios y llenos de determinación.

—En interés de los dos, entonces: si quiere continuar nuestra conversación, venga conmigo. Le prometo que aprenderá más de lo que imagina.

Ahí estaba, el núcleo de la reunión, la meta auténtica de su actuación.

—Lo pensaré —dijo ella.

—Llame a la oficina del «PFTM» cuando lo haya decidido. Si la respuesta es que sí, me reuniré con usted en el vestíbulo a las cinco treinta de la madrugada —dijo Khalid—. Vista el traje presurizado. —De pronto se levantó—. Si me disculpa..., tengo que irme.

Se dio la vuelta y se marchó.

Sparta le observó alejarse. Su paso largo y pausado parecía más adecuado para el desierto que para un restaurante de hotel.

Con la pistola en automático, disparó un cargador completo a la diana de papel que se encontraba a veinte metros. El rugido del arma era continuo en la larga habitación de piedra, y el destello de la boca, una única llama parpadeante. Chorros de arena saltaban del recogebalas adosado a la pared trasera; fragmentos de papel se agitaban perezosamente colgando de la diana.

Sparta bajó el arma y limpió la recámara; luego, se alejó de la línea y se echó los cascos hacia atrás.

El director de tiro se quitó sus protectores de oídos y los dejó sobre el banco.

—Bueno, veamos las malas noticias.

Era un hombre fornido, vestido de blanco y con la insignia del hotel en la ajustada

camiseta. Apretó un botón y la diana se acercó lentamente a lo largo de una guía, hasta ellos.

El hombre cogió la diana de papel y la examinó en silencio; luego miró a Sparta con amarga sospecha, frunciendo sus espesas cejas negras.

—Buena puntería.

Le entregó la diana. El centro estaba perforado por un agujero del tamaño de una moneda de diez centavos.

—La suerte del principiante —dijo Sparta.

—Está tratando de engañarme, inspectora. Usted ya ha disparado en Marte. —Señaló la diana con la cabeza—. Claro que ha fallado una vez —había otro agujero en el papel, un agujero del diámetro de una sola bala, fuera del anillo exterior, en la esquina inferior derecha; el primer disparo de Sparta no había dado en el blanco—. Aun así, no me importaría clavar esto en la pared de mi despacho. Para inspirar a otros aficionados.

—Es usted muy amable, pero será mejor que no acepte el cumplido. —Le entregó la pistola cogiéndola por el cañón—. Gracias por dejarme probar.

—Adelante, utilice otro cargador. El hotel puede permitírselo.

—No, no quiero que me coja dolor en la muñeca..., estas balas de uranio pegan un buen golpe de retroceso.

—No hacen más que dificultar el control de la pistola. —Cogió el arma y la dejó a un lado, para limpiarla—. Va contra la ventaja natural que tiene aquí, un arma más ligera con la misma energía.

—¿Por qué las utiliza el señor Prott? Me han dicho que es un excelente tirador.

—No está tan desesperado como otros. —Vaciló—. Pero no sabía que él utilizara las de uranio. Eso no significa que no lo haga.

—¿Quién las utiliza?

—No muchos de los que vienen aquí; esto es para los huéspedes del hotel, y quizás algunos hombres de negocios locales. Ese tipo al que asesinaron las probó una vez.

—¿Morland?

—Sí. Un auténtico hijo de puta, pero después de practicar un poco, conseguía darle a la pared de atrás.

—¿Nunca había disparado?

—No con una pistola. No en Marte. Creo que Prott me lo envió para darle algo que hacer a ese tipo. Para alejarle del bar. Le diré una cosa, con la boca que tenía, estuve tentado de dispararle yo mismo.

Sparta le miró a la cara.

—Y no le importa quién lo sepa, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—Arrésteme.

—Es una lástima. Una habitación llena de testigos le sitúa en otro lugar la noche del crimen.

El rostro redondo y huraño del tipo se ensanchó con una sonrisa.

—Sí, esos tipos del «Aparca» son magníficos, ¿no? Dirían cualquier cosa para no meter en apuros a un amigo.

7

Fobos se deslizaba a través de las estrellas, y Deimos era una brillante chispa distante cuando Blake dejó su cubículo del refugio.

El parque móvil de la empresa «Abastecimiento de Agua Noble» se hallaba a medio kilómetro de distancia a través de oscuros callejones barridos por el viento. Blake avanzó veloz entre las sombras, hasta que llegó al complejo del puerto de lanzaderas. Su objetivo de esta noche estaba de cara al desierto.

A cincuenta metros, un grupo de tanques de hidrógeno líquido sobresalían en la arena como huevos de avestruz medio enterrados. Blake corrió por la arena hasta llegar a su sombra. Agazapado en la oscuridad, miró con cuidado hacia el patio de aparcamiento vallado e iluminado. Ese día ya había examinado el parque móvil, pero decidió no dejarse ver en el patio hasta el momento.

Al aire libre, en Marte, no había que preocuparse por si le pillaban a uno: quizá podría haber algún guardia por allí pero no perros. Vallas eslabonadas, focos, cámaras remotas, tal vez sensores de presión y detectores de movimiento..., a lo sumo, los sistemas de seguridad serían primitivos. Y si las estaciones de mercancías se asaltaban con la frecuencia que indica el rumor que había oído en el «Aparca», ni siquiera los guardias estarían muy alerta. Alguien de dentro era anfitrión de los ladrones.

Los vehículos del patio estaban alineados detrás de una doble fila de vallas. Una hilera de enormes camiones marcianos, achatados como escarabajos. «Rovers» y tractores de servicio público apiñados en torno a los camiones, como si buscaran protección contra el viento. Los vehículos que Blake buscaba, los de transporte de personal, estaban aparcados juntos, a la sombra de un edificio que parecía un hangar de aprovisionamiento de combustible; parecían vehículos blindados, de transporte de personal militar —cajas de acero sobre cadenas—, aunque en este planeta no existía la guerra. Declarada, al menos.

Blake se agazapó al socaire del tanque de hidrógeno líquido y reflexionó. Vehículos blindados de transporte de personal. Tres. Podría inutilizarlos uno a uno, pero eso le llevaría casi toda la noche, y si se descubría que los tres tenían defectos mecánicos al mismo tiempo, se levantarían sospechas.

Sería mejor un accidente que los destruyera a todos de una vez. Y algunos otros vehículos al mismo tiempo, y quizá también algunas piezas de maquinaria. Blake trató de sofocar la incipiente emoción que sentía: adoraba hacer explotar cosas, aunque sabía que no debía hacerlo. De manera que sólo lo hacía cuando tenía una buena excusa.

Levantó la vista hacia el tanque de hidrógeno líquido. Había un gran símbolo

corporativo de la empresa «Abastecimiento de Agua Noble», pintado a un costado. Un poco más lejos se encontraban algunos tanques más pequeños, que requerían menos presurización: oxígeno líquido, obtenido disociando eléctricamente hielo de agua extraído por la empresa, abastecían de combustible a las grandes turbinas de gas que propulsaban los camiones marcianos. Hidrógeno más oxígeno. Muy eficiente. Muy energético.

Las tuberías que salían de los enormes tanques se extendían sobre pilones por encima de la arena, desnudas para facilitar el mantenimiento, y lo bastante elevadas como para formar un puente sobre el tráfico del patio. A un par de metros del suelo, los pilones estaban recubiertos con alambre en acordeón, afilado como una hoja de afeitar, para que nadie trepara por ellos. Con cierto esfuerzo, Blake habría podido arrancar el alambre, pero su ojo experto ya había localizado una manera más fácil de penetrar en el patio.

Blake se deslizó unos veinte metros por la arena, hasta un saliente de la valla eslabonada. Se detuvo en un cono de sombra, protegido de dos focos situados en ángulo por un transformador colocado torpemente. ¿Torpe o expertamente? Blake estuvo a punto de echarse a reír cuando vio el cuadrado de valla de alambre que tenía ante sí, cortado y empalmado con frecuencia. Otros habían estado allí antes que él. Los grandes ladrones —por no hablar de los ladrones de cada día, incluso los ladrones de empresa— piensan de forma similar.

Blake se metió la mano en el bolsillo de su traje presurizado y extrajo su «equipo de herramientas». La improvisación era su estilo de vida, y en sus viajes por el puerto de lanzaderas había acumulado un práctico juego de herramientas sólo manteniendo los ojos abiertos y los dedos ágiles.

Utilizó un sensor de inducción que había rescatado de la orfandad, para asegurarse de que no pasaba corriente a través del alambre remendado; luego volvió a abrir rápidamente la valla con un par de alicates que le habían prestado hacía mucho tiempo. Cruzó la valla exterior en un santiamén y, casi con la misma velocidad, la interior.

En el patio, el polvo amarillo que el viento arrastraba, relucía bajo los focos que no habrían podido proporcionar mejor cobijo a los intrusos si los hubieran diseñado con este fin; vías de sombra negra conectaban la masa de un vehículo con la de otro.

Como había previsto, había sensores de presión distribuidos por todo el patio, pero su situación era evidente y su sensibilidad, necesariamente baja; unos puñados de polvo y piedras arrojados compensaron los temblores que producían las pisadas de Blake. Era como bailar a cámara lenta a través de un campo de minas, con todas las minas en la superficie.

Los detectores de movimiento contaban con láseres y se dispararían si el brillo del rayo reflejado variaba de la posición de referencia. Para los propósitos de Blake, muchos de los rayos estaban obstruidos por los camiones aparcados sin cuidado, o por envases vacíos de combustible y otras piezas de equipamiento. Blake avanzó con cautela entre los gigantes de metal del patío, sin apartarse de las grandes orugas de los camiones marcianos.

Estaba a punto de cruzar entre dos «Rovers», cuando vio un filamento de rayo rojo colocado de tal manera que le pillaría; lo descubrió gracias a una mota de polvo, a

medio metro de distancia.

El rayo que no estaba obstruido apuntaba directamente a la noche, más allá de la valla. Blake miró su punto focal; un puntito rojo iba y venía según los eslabones de la valla eran movidos hacia delante o hacia atrás por el viento. Blake se sacó del bolsillo una llave de boca tubular con recubrimiento de níquel, reluciente, y la insertó con cautela en la trayectoria del rayo; estaba preparado para correr. No sonó ninguna alarma; con gran cuidado torció la llave, reflejando el rayo en otra parte de la valla. Fijándose en los detectores de movimiento, rodeó el rayo, haciéndolo girar al mismo tiempo. Cuando hubo pasado, retiró su falso reflector.

Tampoco sonó ninguna alarma. Blake soltó el aliento lentamente.

Muy fácil.

Las pantallas de vídeo de la central de guardia, estaban colocadas en semicírculo alrededor del escritorio del jefe de seguridad. La imagen de cada pantalla mostraba, con un lento barrido, un sector diferente del desierto patio de estacionamiento.

—¿Todavía nada?

Yevgeny Rostov se encontraba de pie detrás del jefe de seguridad, sus fornidos brazos cruzados sobre el pecho, un gesto ceñudo en su rostro melancólico.

—Puedes verlo igual que yo, Yev. El cuadro de mandos está todo verde, y en las pantallas no aparece nada.

—Hay tantos agujeros en seguridad, que podría entrar y salir de nuevo sin que nunca lo supieras.

El jefe de seguridad se recostó cómodamente en su silla ergonómica. El tamaño del extremo posterior sugería cuánto tiempo pasaba allí.

—No vale la pena lanzarnos insultos perdidos.

—Perdidos, no. Infundados —gruñó Rostov—. Sin base. Sin fundamento. Hablamos inglés, ¿no?

—Sí, infundados, y además, si hiciera tan mal mi trabajo, la empresa ya me habría despedido.

Yevgeny emitió un ruido gutural, como un motor al que le cuesta ponerse en marcha.

—De todos modos, ¿qué te hace estar tan seguro de que este tipo aparecerá esta noche? Anoche no lo hizo.

—Jamás en su vida ha cogido una llave inglesa..., o sea que no creo que quiera ir a la cañería, donde tendría que trabajar. Esta noche es su última oportunidad, o no tendrá excusa.

—¿Por qué no podría decir, simplemente, que está enfermo o algo así?

—¿Y traer una nota de mamá? No seas estúpido. Te digo que ese hombre es un profesional.

Yevgeny se alejó y miró a través de la ventana de cristal de la torre de guardia, hacia el patio vacío.

Ahora, Blake se encontraba bajo el puente principal de la tubería, protegido

precariamente por un puntal de acero. Las cañerías de los grandes tanques de almacenaje estaban dirigidas hacia el hangar de aprovisionamiento de combustible, donde se cargaban los envases portátiles. Una cámara de vídeo, montada en la esquina del hangar del combustible, se movía lentamente dirigiendo la lente hacia él. Se refugió en la sombra de la oruga gigante de un camión marciano, hasta que la cámara hubo explorado el lugar donde él se encontraba. Blake observó que el cable de alimentación coaxial que bajaba desde la cámara por el lateral del hangar, oscilaba rítmicamente bajo la brisa constante golpeando de modo inaudible contra los ladrillos de cristal bruto de la pared.

Aquel cable suelto, ahora..., sin duda parecía que estaba gastado y a punto de romperse..., y si se rompiera suficientemente arriba, el viento podría arrastrarlo hasta una gran válvula de derivación que había dentro de aquella caja de cables de al lado del hangar del combustible. Y si esa válvula de derivación tuviera una fuga interna y diera la lamentable casualidad de que contenía una mezcla explosiva de hidrógeno y oxígeno...

Cuando la cámara miraba hacia el otro lado, Blake cruzó unos metros sin protección, hasta llegar al refugio que le proporcionaba el hangar del combustible. Entonces, descubrió una ventaja más: la terminal de comunicaciones externas, a través de la cual pasaban los cables de la cámara, también contenía la circuitería de conexiones de los sensores de presión. Con tres cortes con las tenacillas y un rápido empalme inmediato, desarmó los detectores. Nuevamente se preparó para correr...

...pero no fue necesario; lo había conectado bien a la primera.

Dejó funcionando las cámaras de vídeo.

La puerta del hangar no presurizado giró fácilmente sobre sus goznes. Blake penetró en una semioscuridad verde, iluminada por el reflejo de los focos. Éstos estaban dirigidos hacia fuera, hacia el patio.

Las derivaciones y las válvulas estaban dispuestas en baterías contra la pared: grandes tuberías de acero, una maraña de tubos como una orgía de pulpos.

En Marte, el hidrógeno líquido y el oxígeno líquido permanecen líquidos sólo cuando están contenidos, o sea que, para los fines de Blake, los fluidos tendrían que mezclarse en el interior de las tuberías. Sus conocimientos recién adquiridos acerca de la red de fontanería municipal de la estación espacial no incluían los manojos de tuberías de combustible, pero la extrapolación era fácil mediante simple inspección visual. Y algunas de las llaves de paso estaban pintadas de rojo.

Necesitó casi toda su fuerza para hacer girar las llaves rojas; estas válvulas en concreto no eran tocadas a menudo. Luego, las volvió a dejar como las había encontrado.

Nuevamente fuera, esperando a la sombra de la puerta a que la cámara mirara hacia el otro lado..., se arrastró sobre el estómago hasta la alambrada que rodeaba la válvula principal de derivación. Más trabajo con los alambres, pues ninguno de los ladrones que habían pasado por allí antes que él —y pasaban con frecuencia—, había tenido razón alguna para atravesar esta valla. Una vez dentro, hizo girar una llave de paso hacia un lado, otra hacia el otro..., éstas giraban con mucha más facilidad. Obtuvo resultados rápidos. Apoyando el casco contra la tubería, oyó el siseo de los gases que se mezclaban.

Volvió a cruzar el agujero de la valla y examinó el cable coaxial de la cámara de vídeo, que estaba suelto. En la baja gravedad fue sencillo ascender la tosca pared hasta el tejado, manteniéndose por debajo del ángulo de depresión de la cámara.

No quería que el cable hiciera estallar su bomba mientras él se encontraba pegado al edificio de al lado. Esto significaba que tenía que cortar unos cuantos hilos de cable, para que se gastara en el tiempo que él tardaría en escapar pero en menos tiempo del que tardaría en aparecer alguien como respuesta a la avería.

Este corte tenía que ser preciso. Blake utilizó su cuchillo negro. Tres hebras de cable relucieron en la noche.

Entonces, Blake medio resbaló y medio cayó por la pared del hangar. NO fue un descenso elegante, pero ahora conocía el terreno, sabía dónde tenía que agacharse y saltar. Cualquier cámara de seguridad medianamente decente habría presenciado su extraño ballet entre las sombras de los vehículos.

Una sola luz roja se iluminó en el tablero.

—¡Aquí está! —gritó Yevgeny—. ¿Dónde está ese sector? Envía guardias allí ahora mismo.

—Cálmate, Yev, ya se están preparando. Ese tipo todavía no está dentro, le falta mucho. Le cogeremos cuando esté subiendo por la valla.

En las pantallas de vídeo, las figuras de dos guardias armados corrían, con los pasos asombrosamente largos de la poca gravedad, hacia el saliente de la valla perimétrica.

—Habría podido decirte que intentaría entrar por allí —dijo el director de seguridad.

—¿Sí? ¿Cómo habrías podido decírmelo? —rugió Yevgeny.

—Oh, instinto, supongo que lo llamarías. —El hombre gordo se recostó en la silla y sonrió—. Sí, instinto. Más mis años de exper...

Uno de los monitores de vídeo se apagó en ese momento y, simultáneamente, el cielo nocturno, fuera de las ventanas, se volvió de un brillante naranja blanco. El jefe de seguridad se encontraba tan relajado que cuando intentó enderezarse, su movimiento súbito le hizo caerse de la silla. Yevgeny corrió a coger la bolsa de su traje presurizado mientras las ventanas dobles se combaban hacia dentro.

La onda de choque y el temblor, estuvieron a punto de romper el cierre de presión pero resistió. Igual que las ventanas, afortunadamente para el jefe de seguridad y Yevgeny Rostov.

Una brillante bola naranja se elevó como un farolillo japonés en el cielo nocturno, por encima del patio de aparcamiento. Un surtidor de llamas blancas emergió después, una antorcha firme que ardía con más luz que el incendio que en una ocasión iluminó los campos de petróleo de Texas.

Blake estaba sentado al abrigo de uno de los grandes tanques de hidrógeno que vaciaba su contenido para alimentar el espectáculo.

Un buen espectáculo. Muy bueno. Blake no pudo evitar sonreír.

Las sirenas son inútiles en la atmósfera de Marte, la llamada pasó a través de los intercomunicadores y los circuitos de alarma.

Ninguno de los huéspedes del «Hotel Interplanetario» de Marte podía oír las alarmas o ver la exhibición, que resultaba invisible desde el hotel, o sea que el incidente no molestó a ninguno de ellos..., excepto a uno.

Sparta despertó, escuchando...

Oyó la frenética canción en los cables, el temblor de las pisadas y el rumor de las orugas de los vehículos. Oyó voces a través de las paredes: *Un accidente en el puerto de lanzaderas, un gran incendio, algo ha explotado...*

La joven gimió. Ese Blake...

Maldita sea, si iba a destrozar otra vez el vecindario, esta vez estaría solo. Esta vez, ella no iba a mover un dedo para protegerle de la ley.

Tercera parte

A TRAVÉS DE LAS HELADAS ARENAS

8

Medio enterrado en polvo movedizo, el hangar de Proyecto de Formación de Tierra del puerto de lanzaderas era casi invisible con el mar de dunas que se extendía detrás. El viento se deslizaba por encima de éste, como si lo hiciera sobre una enorme ala aerodinámica, tirando suavemente del edificio sujeto a tierra, hacia el cielo.

Dentro, el hangar era una inmensa bóveda de acero que cubría una extensión de mosaico de cristal. La curva del arco era tan suave que el techo parecía bajo, aunque en el centro, los delgados rayos de acero, sin apoyo, se extendían a treinta metros de distancia del suelo. A través de los paneles de cristal verde del techo, el sol matinal penetraba en la oscuridad interior en forma de rayos de luz difusos.

Una docena de grandes aviones marcianos, negros y delgados, se apiñaban en el suelo como un nido de típulas. Khalid y Sparta se dirigieron hacia el más cercano.

—Así es cómo nos desplazamos de un lado a otro. Se parecen un poco a los aviones que se utilizaban para sobrevolar regiones boscosas del siglo veinte.

La voz de Khalid sonaba débil a través del intercomunicador. Sus trajes presurizados estaban sellados; las anchas puertas del hangar estaban cerradas, pero no selladas para proteger de la atmósfera marciana.

—Vivimos en un planeta pequeño, cuyo diámetro es la mitad del de la Tierra, pero no tan pequeño como pueda parecer. Los océanos ocupan las tres cuartas partes de la superficie de la Tierra, así que Marte tiene, prácticamente, la misma área de tierra.

Se metió debajo de una estrecha ala negra, larga como un campo de fútbol; las puntas caían y descansaban sobre el suelo del hangar. Las finas aletas de la cola del avión, montadas sobre delicadas viguetas de soporte, llegaban casi hasta el techo.

—Trate de imaginarse Asia, África, Europa, las dos Américas, Australia, la Antártida, las principales islas, todo como un solo continente, como un único desierto polvoriento, frío y seco..., y que en todo ese desierto sólo hay cinco carreteras. Y llamarlas carreteras es un cumplido.

Sparta contempló el avión marciano cuyas alas ahora les daban sombra, y pensó que no se parecería en nada a los antiguos aviones usados para sobrevolar las regiones boscosas de la Tierra. Éste era elegante. No como un avión espacial o una lanzadera supersónica, sino como un pájaro marino. Las alas tenían cuerdas estrechas y estaban un poco inclinadas hacia delante; luego iban suavemente hacia atrás, con una gruesa chapa diseñada para una máxima elevación a velocidad mínima. Era un aparato hecho para volar a gran altura.

Khalid abrió la escotilla del pequeño fuselaje, el cual se extendía por debajo y por delante de las largas alas.

—Necesitamos alas así de largas para elevarnos en la tenue atmósfera del planeta, pero con la fibra de carbono es fácil construir gigantes. La fuerza de los materiales aquí es efectivamente de dos veces y media la que sería en la Tierra.

Siguiendo la indicación de Khalid, Sparta se acomodó en el asiento de popa y se puso el arnés por encima del traje presurizado.

—Veo las alas y los largueros de cola, y esta pequeña cápsula donde estoy sentada, pero, ¿qué utiliza esto como motores? —preguntó.

—El tiempo atmosférico. —Khalid se inclinó para inspeccionar el arnés de Sparta —. Y cohetes para elevarnos si las condiciones del viento no son favorables. Una vez arriba, somos un planeador.

—¿Sólo un planeador?

—Sí, sólo eso.

Sparta pensó que lo había dicho con suficiente frialdad, pero por la risa que él ahogó, vio que se había dado cuenta de su aprensión.

—Los primeros exploradores impulsaban los aviones no tripulados utilizando rayos microondas: las antenas estaban en las alas, y los motores eléctricos de a bordo hacían girar grandes hélices.

Terminó de comprobar el arnés de Sparta. Su mirada de aprobación le indicó que ella lo había hecho bien.

—El sistema de microondas no era eficiente. Para empezar, los rayos se bloqueaban a veces con el polvo, y a la larga, se demostró que era innecesario. Una vez que hubo suficientes satélites en órbita, el sistema de tiempo atmosférico se convirtió en el motor de una flota de aeroplanos.

Se adelantó y se sentó en el asiento del piloto.

—En la actualidad, los satélites se comunican directamente con los ordenadores de control de vuelo del avión. El avión siempre sabe exactamente dónde está, y cuál es el mejor camino para llegar a donde quiere ir. —Se abrochó el arnés y apretó las correas—. Nunca volamos en línea recta, no durante mucho rato, pero no hay peligro de perderse o extraviarse.

—El «no peligro» no existe, doctor Sayeed.

—Las tormentas de polvo pueden ser un problema, como le indiqué ayer. En especial si aparecen con rapidez, y se hacen demasiado anchas para rodearlas y demasiado elevadas para pasar por encima de ellas. —Bajó la campana de la cabina —. No ocurre con frecuencia, pero estos aviones están diseñados pensando en esa eventualidad. Cuando se produce, aterrizamos y nos enterramos.

—¿Dijo que se acercaba la estación de las tormentas?

Él se volvió para mirarla por encima del respaldo de su asiento, con una mano en un cerrojo de la campana de la cabina.

—Todavía está a tiempo de bajar —le dijo.

—Aunque quisiera hacerlo, doctor Sayeed, estoy demasiado interesada para echarme atrás ahora.

Él asintió y cerró la campana. Luego, volvió su atención a los controles. El avión marciano tenía una pequeña palanca montada en la consola pero ningún pedal, pues el aparato no tenía alerones, aletas, timón de dirección o elevadores; ligeros movimientos de la palanca eran suficientes para flexionar las alas y colas, en una

versión sofisticada de la técnica del alabeo de ala inventada por los hermanos Wright.

De hecho, el control manual era tan sólo un mecanismo de anulación. Una vez el avión marciano tenía introducido un destino en el ordenador, volaba hasta allí por sí mismo. Si el piloto prefería el modo visual, el ordenador del avión marciano se adaptaría fácilmente; se podía guiar simplemente mirando hacia donde uno quería ir.

Un grupo de pantallas de gráficos exhibían resúmenes de los instrumentos, pero la principal ayuda para el piloto era una proyección holográfica de la atmósfera en color falso. El holograma se construía a partir de datos de a bordo y los del tiempo atmosférico, y, como Khalid demostró ahora conectando el proyector, le rodeaba por completo. Miraran adonde miraran, la atmósfera que rodeaba al aparato parecía tangible como humo multicolor. Incluso allí, en el interior del hangar, se veían pequeños remolinos como intrincados espirales al pastel.

—Torre, aquí «PT cinco» —dijo Khalid—. Estamos listos para salir del hangar.

—*Roger*, cinco —dijo la voz incorpórea de la torre—. Tenéis buen tiempo, predominando vientos ligeros constantes de treinta nudos, este-nordeste. Bien, abro las puertas y os coloco en la catapulta.

Sparta miró a su alrededor, con curiosidad, a través de la campana transparente. De la penumbra del hangar surgió el equipo de tierra con traje presurizado; uno se acercaba al hocico y dos se dirigieron hacia lados opuestos del avión. Cogieron las distantes puntas de las alas —los extremos de las alas estaban tan lejos, que desde donde Sparta se encontraba parecían puntitos hechos a lápiz— y las levantaron del suelo. El equipo de tierra empezó a arrastrar el aparato hacia las puertas del hangar. Sólo una rueda de debajo del fuselaje tocaba el suelo.

Parecía incongruente que tres diminutos humanos pudieran manipular aquel enorme objeto, pero, en Marte, el aparato, con pasajeros y todo, pesaba la mitad de lo que un antiguo «Volkswagen» pesaba en la Tierra.

Entretanto, se abrían las puertas interiores del hangar. Este estaba equipado con una primitiva cámara de aire, más bien una cámara de viento; en el espacio que quedaba entre las anchas puertas interiores y exteriores, sólo cabía la longitud de proa a popa del aparato. Cuando el avión marciano llegó a dicha área, las puertas interiores se cerraron detrás de él, protegiendo del viento a los aparatos que quedaban dentro.

Las puertas exteriores se abrieron lentamente, mostrando el paisaje matinal del puerto de lanzaderas: el ancho valle tallado por el viento, con sus acantilados. El gran aeroplano se estremeció y crujió cuando la «ligera brisa» intentó elevarlo. Desde la cabina se veían espesas guirnaldas de atmósfera de color de rosa, enrolladas como las nubes de Júpiter, que se retorcían en la proyección holográfica del ordenador. La tripulación de tierra cargaba su peso diminuto sobre las alas. Sparta percibía los constantes e instantáneos ajustes de las superficies de control que impedían que el aparato, poco más que una gran cometa torpe, se moviera de lado y se destrozara.

Un miembro del equipo de tierra sujetó el gancho y el cable de una catapulta a gas, en un punto de la parte inferior del fuselaje; en el sistema de lanzamiento por catapulta, Sparta reconoció más tecnología tomada de los hermanos Wright.

—Listos —indicó Khalid a través del intercomunicador. Luego, se volvió a Sparta y dijo—: Allá vamos.

La aceleración fue suave y rápida. Mientras la catapulta arrastraba el aparato por

la corta pista hacia el viento, las ágiles alas y aletas de cola del aeroplano lo mantuvieron alineado hasta que dejó de tocar tierra. Luego, de repente, se encontraron rozando las dunas.

Khalid encontró pronto una corriente ascendente sobre unas dunas de color claro, en medio del valle. Comenzaron a elevarse en una amplia espiral, subiendo lo suficientemente rápido como para notarlo en la boca del estómago.

—La red de satélites informa que hay una corriente de aire continua del Nordeste, a siete mil metros —dijo Khalid—. Es suficiente para dejarnos espacio libre si nos encontráramos descendiendo al Valle.

Mientras el enorme avión rotaba y se inclinaba al virar, Sparta miraba por la campana transparente, fascinada. A través de la falsa atmósfera holográfica vio un paisaje quebrado, lleno de cráteres, que se alejaba bajo ella, una topografía intrincada, formada por montes tostados y arenas doradas. Una niebla congelada estaba suspendida en el aire de las profundidades de los cañones del Laberinto. En lo alto, el cielo era de un tono rosado, veteado con nubes de cristales de hielo.

Al Oeste, la luz naranja de la mañana empezaba a inundar el Laberinto de la Noche. Lejos, hacia el Este, el Valle Marineris se ensanchaba y se hundía, mientras se empequeñecía en el distante horizonte. En lo más hondo de éste, el sistema de cañones descendía hasta profundidades asombrosas, con una caída vertical de seis kilómetros desde la meseta hasta el suelo del valle, pero desde arriba se perdía la perspectiva auténtica, y el terreno pareció aplanarse al descender velozmente el avión para atrapar la corriente de vientos.

Amanecer en Marte...

—Presentándome. Mi nombre es Mycroft.

—¿Qué demonios quiere?

—Nuevo empleado. Mecánico de clase siete.

Los fonoenlaces emitían ruidos continuamente, al ritmo del constante siseo de la cámara de aire, mientras hombres y mujeres atareados entraban y salían de la oficina.

—Oiga, amigo, ya ve que estamos ocupados.

—Yevgeny Rostov me dijo que me presentara aquí hoy a las ocho y media, y que me pondría en un transportador de personal para ir a la cabeza de la conducción.

—¿Rostov? —La actitud del gordo encargado mejoró ante la mención del nombre de Yevgeny—. ¿Quién has dicho que eres?

—Mi nombre es Mycroft. No me importa decirle que me alegro de tener este empleo. Dios sabe que lo he estado buscando. En la estación...

—Basta, amigo. Tengo todos los seriales que quiero en el vídeo. —El encargado pulsó las letras de un grasiento teclado y consultó una pantalla plana que alguien, unos días o semanas antes, había salpicado de café—. Sí, Mycroft, está en la lista. Dice que eres de clase ocho. —El ordenador escupió una copia en cartón amarillo—. Aquí está tu billete. —Se lo entregó a Blake—. Pero no tienes suerte, Mycroft. Hoy no hay transporte.

—¿Por qué no?

—Porque todos han saltado por los aires, por eso.

El encargado sucio de grasa mostró sus dientes podridos y se echó a reír.

—¿Qué pasa?

—Un pequeño accidente industrial; así es como lo llaman. Todos los transportadores de personal están fuera de servicio indefinidamente. Eso no significa que no tengas empleo en la cabeza de la conducción, Mycroft. Sólo significa que tienes que llegar allí por tus propios medios.

—¿Cuándo será el próximo viaje?

—Depende de cuánto se tarde en tener nuevos vehículos de transporte. ¿Por casualidad sabes la hora de llegada del carguero lento de la Tierra en estos días?

Blake se quedó mirándole.

—¿El carguero lento...? Ah, ya entiendo lo que quiere decir...

—Quizá puedas hablar con algún camionero para que te lleve. Pero los conductores suelen pedir mucho. ¿Qué puedes ofrecer?

Blake meneó la cabeza y se marchó, desanimado.

Pero, cuando al entrar en la cámara de aire se detuvo para cerrarse el casco, sonrió para sí mismo.

El avión marciano encontró la corriente de vientos, y voló veloz hacia el Nordeste, en dirección a la distante Cydonia. Los comentarios que efectuaba Khalid eran neutros, como los de un guia turístico.

—El Lunae Lacus, el llamado Lago de la Luna, es una depresión al norte de aquí, donde la presión atmosférica es lo suficientemente elevada como para que el agua, si alguna vez superara el punto de congelación, pueda permanecer líquida. Ésa es una razón por la que ha sido designado terreno cero para et Proyecto Cascada. Nuestra ruta bordeará la región Candor. Si los vientos ascendentes se mantienen constantes, nos desplazaremos en paralelo a la ruta de camiones que va desde Labyrinth City, hacia el Norte, hasta la cabeza de la conducción.

—¿Vamos a seguir hasta el Lacus?

—No, estamos reinspeccionando una área inmediatamente después de la conducción. Fácilmente podríamos llegar al Lunae Lacus en un sol, si quisiéramos hacerlo (nuestra velocidad respecto a tierra es de quinientos kilómetros por hora), pero si fuéramos tan lejos, con las actuales condiciones climatológicas, probablemente tendríamos que dar la vuelta al planeta entero para regresar.

—¿A qué distancia está la conducción?

—A unos tres mil kilómetros.

—O sea, que podríamos llegar allí en seis horas, a esta velocidad.

—A esta altitud, sí. Pero cuando descendamos para efectuar las pruebas con los sensores, perderemos velocidad. Pasaremos casi todo el tiempo que dure este viaje, maniobrando para regresar, avanzando a través del viento a baja altitud. Podrían ser dos o tres días. Tenemos mucho tiempo para hablar. —Rió—. Tal vez Candor nos inspire.

Ella rió con sequedad.

—Si Candor le inspira, doctor Sayeed, dígame, realmente, por qué quería que le acompañara en este vuelo.

—Para que pudiéramos hablar —respondió éi al instante—. Hablar abiertamente. El hotel es un tamiz de información. Nombre un grupo o un individuo que tenga algún interés en su investigación, y puede estar segura de que tiene grabado todo lo que hablamos durante el almuerzo.

—No me sorprendería que usted mismo lo hubiera grabado —dijo Sparta. Ella grababa en su memoria todo lo que le interesaba. No necesitaba ningún aparato para hacerlo—. Y esta caja negra del avión está grabando lo que decimos ahora. ¿Por qué habríamos de preocuparnos usted o yo?

—Quiero advertirle una cosa.

—¿Qué?

—Creo que alguien intenta matarla.

No había ni sombra de melodrama o insinceridad en la voz de él, pero a Sparta se le erizó la piel.

—¿Quién y por qué?

—No sé quién. Oigo cosas.

—¿De quién?

—Nada específico, y quizás estoy interpretando algo que no existe. Prott ha hecho algunos comentarios...

—¿Qué comentarios?

—En el sentido de que espera que usted esté alerta.

—¿Cree que él quiere matarme?

—No..., no lo creo. No lo sé. En cuanto al porqué, ahora que la conozco, supongo que tiene algo que ver con su identidad. —Se volvió para mirarla por encima del hombro—. Tus hologramas no te delataron, pero en cuanto te vi ayer, Linda...

—No debes llamarme así —dijo ella.

—Si prefieres...

—La grabación de esta parte del vuelo será destruida —dijo Sparta. Era una orden.

—Bien. Pero es sólo mi caso. Dudo de que cualquiera de los que estuvimos en «SPARTA» pueda dejar de reconocerte.

Por un momento ella no dijo nada. Recordó que Blake también la había reconocido fácilmente, aquel día en Manhattan..., a una manzana de distancia. ¿Acaso «SPARTA» había formado un tal vínculo entre sus miembros, que ni la cirugía estética de Sparta ni su modo de actuar podían disimular quién era?

—¿Ahora estás transmitiendo?

—Sólo telemetría.

—Khalid, ¿comprendes por qué debemos borrar esta conversación?

—Sí, y te ayudaré. Utilizaré canales laterales para llenar el vacío con ruidos de fondo: el viento en las alas, ruidos de la cabina. Lo más probable es que, de todos modos, nadie escuche la caja negra, y si lo hacen no lo notarán, a no ser que ya sepan lo que buscan.

—Intentaron matarme, Khalid. Intentaron matar a mis padres.

—Nos enteramos de que tus padres murieron en un accidente de helicóptero.

—Tal vez. Yo no vi sus cuerpos. Nunca he conocido a nadie que los viera, y he pasado mucho tiempo buscándolos.

—¿Quieres decir que aún están intentando matarte? ¿Quiénes son?

—Estoy en este avión porque espero demostrar que tú no eres uno de ellos.

Él se volvió con gesto brusco, para mirarla.

—¿Yo?

También ahora su sorpresa parecía auténtica. Pero si no no la había reconocido realmente, si en cambio lo sabía todo respecto a quién era ella, entonces no existía ningún vínculo místico entre los miembros de «SPARTA», y él era uno de los *prophetae* y un mentiroso redomado.

—Sí, tú. Hace diez años, Jack Noble era uno de tus patrocinadores en el proyecto «SPARTA». ¿Lo sabías? Y es miembro de la Junta del Proyecto de Formación de Tierra en Marte.

—¿Qué tiene eso que ver con tu situación?

—Tengo pruebas de que él es uno de ellos. No pruebas concretas, sólo evidencias sugerentes. El grupo que te apadrinó, los *Tappers*, tiene vínculos con los *prophetae* del Espíritu Libre. Y sé que, a causa de «SPARTA», el Espíritu Libre quería quitar a mis padres de en medio.

Khalid estaba vuelto en su asiento, y observaba a Sparta atentamente, dejando que el avión volara por sí solo.

—Y me quiere quitar de en medio a mí —dijo ella.

Entonces soltó un grito. El dolor que le atravesó la cabeza se originó en mitad de su espina dorsal, y le subió como una fuerte punzada. De repente sintió el torso abrasado desde el vientre hacia arriba, y el fuego se difundió hasta sus rígidos y temblorosos brazos, que por sí solos se arrojaron hacia delante. Sus manos se curvaron como ganchos, como si quisieran agarrar el éter.

Sparta empezó a temblar. Le castañeaban los dientes y se le pusieron los ojos en blanco. Treinta segundos después, se desmayó.

9

Una delgada sombra negra se desplomaba confusamente desde el cielo. Vientos en pugna, invisibles en el claro rosa, lanzaban el golpeado aeroplano primero a un lado y después al otro, a través del desierto lleno de surcos que rápidamente se elevó para tragárselo. Las esbeltas alas del avión marciano se agitaban y se retorcían, y se inclinaban tanto hacia atrás sobre sí mismas, que parecía que iban a romperse.

El radar, el radioenlace por satélite, la proyección holográfica, los ordenadores de a bordo, incluso el intercomunicador, todo había fallado a la vez. Sin los ordenadores para curvar y ajustar las superficies de control, el avión marciano no volaba mejor que un pedazo de papel.

En la tambaleante cabina, Khalid controlaba interruptores y potenciómetros con

toda la calma posible, mientras era lanzado de un lado a otro en su arnés. Lo que antes era espeso aire de color a su alrededor, la construcción del proyector de hologramas, era ahora una vista del cielo real, arena y rocas girando vertiginosamente al otro lado del arco de plástico transparente de la tapa de la cabina.

Volvió la energía auxiliar de las baterías protegidas. Los ordenadores de control habían perdido el programa del destino del vuelo y otras muchas de sus funciones; Khalid tuvo que recordarles, a los amnésicos aparatos electrónicos, que su tarea principal era mantener el avión erguido y en el aire. Transcurrió otro minuto mientras Khalid trabajaba con los programas.

Finalmente, el avión se recuperó de su violenta e irregular caída.

La pendiente de un tremendo acantilado apareció ante ellos, negro por el basalto y rojo por el hierro. El avión volaba directo hacia allí, sin desviarse. Con calma fatalista, Khalid observó cómo se acercaba aquella barrera impenetrable.

El avión estaba buscando una corriente ascendente. Por fin encontró una, a una docena de metros de la pared vertical de roca. El avión ascendió tan velozmente como había caído, pero sus largas alas rozaron dos veces el acantilado antes de llegar al borde y ganar el espacio de aire libre. Entonces Khalid tomó el control de la nave y la hizo volar utilizando la palanca de mando.

La energía auxiliar no había conseguido salvar los instrumentos de guía. El altímetro radárico seguía sin funcionar, y Khalid no tenía comunicación con los satélites espaciales ni con ninguna estación de tierra. Por lo que aparecía en las pantallas, juzgó que los sistemas inerciales de a bordo se habían quemado. Apagó las pantallas llenas de nieve.

Volvió a coger la palanca y dirigió el planeador de vuelta hacia lo que creía que era la dirección de Labyrinth City. Era el único plan que tenía, lo único que se podía hacer. Se encontraba a cientos de kilómetros de su objetivo, pero, por pequeña que fuera la ciudad, tenía una sección transversal más grande que cualquier otro lugar habitado de Marte.

Cada vez que el avión se elevaba demasiado, perdía distancia medida con respecto al terreno; era esencial permanecer fuera de los vientos opuestos de arriba. La corriente ya les había empujado tan lejos en una hora, que necesitarían un día de vuelo difícil sobre montes y mesetas, a través de cañones y campos de dunas, para llegar de nuevo al Laberinto.

Cuando volvió a tener el control del aparato, Khalid miró hacia atrás. Sparta estaba recostada en su arnés, con la cabeza echada hacia atrás a causa del último descenso violento del aparato. Tenía la cara pálida y la frente empañada de sudor. Sin embargo, respiraba regularmente y la palpitante vena de la garganta mostraba que los latidos de su corazón eran fuertes y constantes.

Khalid volvió su atención a los controles.

Durante dos horas el avión voló sin incidentes, penetrando en la enorme llanura de Tharsis. Khalid habla memorizado el mapa de Marte; después de miles de horas de vuelo, podía reconocer gran parte del territorio. Sabía interpretar las señales del viento en la arena, localizar remolinos de polvo a veinte kilómetros de distancia; sabía encontrar las corrientes ascendentes que necesitaba para ser transportado por el aire.

Lo que no podía hacer sin instrumentos era ver sobre el horizonte.

El avión marciano se deslizaba a lo largo de una línea de empinados conos de carbón, con su lava fresca y negra iridiscente, espolvoreada de arena naranja. El cono del final de la línea era el más reciente y elevado; cuando el avión se inclinó para virar en torno al saliente de aquél, un infinito campo de dunas se abrió en dirección Sudoeste.

Cuando Khalid vio lo que se extendía ante sus ojos, dijo en un susurro:

—Dios es bueno.

Una tumultuosa tormenta de arena azotaba Tharsis, lanzando ráfagas de polvo de Norte a Sur hasta donde abarcaba la vista de Khalid. Su frente elevado rebosaba de relámpagos secos como una formación de relucientes lanzas.

Haciendo girar el avión de nuevo hacia el paso que se abría entre los dos conos de carbón más próximos, Khalid descendió en picado. Frenó a tiempo para que el avión rozara la empinada pendiente. Accionó algunos interruptores de la consola, y del ala brotaron docenas de deflectores verticales. El avión pasó, en su ángulo más cerrado, apenas a un metro por encima de los escombros; perdió velocidad de avance y suavemente tocó tierra.

Khalid soltó su arnés, levantó la campana de la cabina y bajó del avión. Se metió debajo del ala y, levantando el brazo, desmontó una serie de cierres y liberó el ala izquierda del fuselaje. Corrió al enganche del larguero de cola y liberó sus cierres, dejando el larguero y su aleta vertical planos sobre el suelo.

Corrió al extremo del ala. Una fina cuerda de fibra estaba enroscada en un hueco del extremo del ala. Khalid la sacó. Extrajo un clavo largo del bolsillo de su traje presurizado y lo sujetó con la cuerda. Del mismo bolsillo extrajo una herramienta de acero parecida a un hacha de hielo, e introdujo el clavo en la lava firme.

Había más cuerdas escondidas a intervalos, en todo el ala y el larguero de cola. Khalid volvió al fuselaje, y clavó al suelo la parte izquierda desarmada del avión marciano. Cuando hubo repetido el proceso en la parte derecha del aparato, humeantes columnas de polvo oscurecían el cielo.

Su tarea final consistía en amarrar el fuselaje. Cuando éste estuvo asegurado, Khalid subió de nuevo al aparato y bajó la campana de la cabina. Tuvo que tirar de ella con fuerza, debido al fuerte y ululante viento.

Miró a Sparta. La mujer aún respiraba, aún estaba inconsciente. La expresión de dolor había desaparecido de su rostro dormido. Khalid miró de nuevo hacia el frente. Desde el interior de la cabina, contempló la tormenta que se cernía sobre ellos como un tanque sobre una hormiga.

Y de súbito estuvo sobre ellos, azotándoles, engulléndoles. Una corriente arremolinada de polvo suave siseaba sobre la campana. Unos segundos más tarde el aire era oscuro, visible otra vez por la materia suspendida que ocultaba más de lo que dejaba ver, un oscuro marrón a través del cual Khalid no veía más allá de uno o dos metros.

Las alas desprendidas del avión temblaban sobre el suelo. Ninguna atmósfera en movimiento podía meterse debajo, y al cabo de poco tiempo sus superficies quedaron oscurecidas por sinuosas serpientes de polvo.

Khalid imaginó que la atmósfera estaba viva y llena de criaturas ondulantes, con tritones y anacondas de polvo.

Metió la mano en el bolsillo del traje presurizado y sacó su astrolabio. Sus componentes electrónicos ya no funcionaban. La alidada ya no señalaba hacia la Tierra. No obstante, tenía una idea general de la dirección hacia la Tierra. Al parecer, tenía una idea general de la dirección de su lugar de nacimiento.

Era el momento de rezar.

La noche. Luces azules y acero inoxidable en el «Aparca tu dolor»: Blake le gritaba a Lydia por encima del ululante sintecordio:

—No sé si me recuerdas, pero...

—Sí, me acuerdo.

—...nos conocimos la otra noche. Me llamo..., ah, ¿te acuerdas?

—Eres Mycroft. ¿Qué quieres?

—Escucha, ¿recuerdas que Yevgeny dijo que me había encontrado un empleo en la cabeza de la cañería? Bueno, realmente necesito el trabajo, pero dicen que no hay transporte debido a un accidente. Tengo el empleo, pero necesito que alguien me lleve.

Ella le miró, incrédula.

—Sí, ya sé que dijiste que nunca llevabas a nadie, pero si supieras lo que significa para mí...

—Espera aquí —dijo ella—. Tengo que hablar primero con alguien.

—Te pagaré. Quiero decir, no puedo pagarte ahora mismo, pero estaría dispuesto...

—Cierra el pico, ¿quieres? —Su irritación era suficientemente auténtica para hacerle callar—. Vuelvo dentro de un minuto.

Blake la observó mientras ella pasó a codazos entre la multitud. Apenas podía verla entre las cabezas, al fondo, en las sombras azules, gritar a su intercomunicador.

Transcurrió un minuto. Lydia regresó.

—¿Sabes algo de camiones?

—No gran cosa. Soy fontanero.

—Claro. Supongo que irá bien.

—¿Me llevarás?

—Eso es lo que acabo de decir.

—¿Cuándo salimos?

—Al amanecer.

—¡Magnífico! Gracias, Lydia. ¿Puedo invitarte a un...?

—No —le cortó ella—. Hasta mañana. Hazme un favor, esfúmate hasta entonces.

Khalid despertó de un sueño inquieto. Tardó un momento en darse cuenta de lo que faltaba: se había acostumbrado al azote del viento, pero su fuerza había disminuido.

Fuera de la campana, las últimas estrellas se desvanecían y el cielo empezaba a calentarse en el amanecer. Khalid se volvió y sacudió a Sparta por el hombro, pero ella se hallaba profundamente dormida.

Khalid levantó la campana y salió. Le costó más tiempo unir el avión de lo que le

había costado separarlo, en especial cuando se trató de volver a unir el ala derecha, pues, con el ala y el larguero izquierdo en su lugar, el fuselaje quedaba inclinado hacia la izquierda. Pero, al fin, el enorme planeador estuvo montado de nuevo y sus alas limpias de polvo.

Khalid sólo dejó clavadas al suelo las cuerdas del extremo del ala.

En la cabina, conectó los interruptores para el despegue con ayuda de cohetes. Sus comprobaciones previas al vuelo fueron casi indiferentes, quizá porque no quedaban muchos instrumentos de los que preocuparse. Con la mano izquierda dio un tirón a la palanca hidráulica que liberaba los extremos del ala; luego, cogiendo la palanca con la mano derecha, accionó el disparador de los cohetes.

Como no ocurrió nada, volvió a intentarlo. Siguió sin ocurrir nada.

El avión se agitaba en la brisa, ansioso por volar. Sin ayuda para elevarse, pronto podría romperse en pedazos sobre el suelo.

Khalid se soltó el arnés, abrió la campana y saltó a tierra por tercera vez. Comprobó las bombonas de los cohetes situadas debajo de las alas. Ningún problema mecánico; no esperaba ninguno. El avión había quedado inutilizado por un fallo eléctrico catastrófico, que había destruido todo el sistema electrónico, excepto los controles aerodinámicos múltiples redundantes y sus baterías blindadas.

Fue hasta un panel de acceso que había en el fuselaje, y lo abrió. No se veía nada estropeado en la circuitería, pero había un objeto extraño alojado en el comparador del piloto automático: una bola de acero inoxidable, descolorida en un extraño tono verde purpúreo que sugería calor intenso. Sacó la esfera del hueco en el que estaba metida y se la guardó en el bolsillo del traje.

Tras reflexionar un momento, Khalid, trabajando más pausadamente esta vez, desarmó de nuevo el aparato y lo volvió a clavar en tierra. Después, se metió en la cabina, dejó sobre el asiento sus herramientas y los clavos que le sobraban, y cogió las bolsas de malla que colgaban en las delgadas paredes. Tomó un poco menos de la mitad de la ración de comida y bebida de emergencia que llevaba el avión, y se metió los tubos de comida en los bolsillos.

Examinó el rostro de Sparta una última vez. Podría intentar un par de cosas, pero ninguna de ellas parecía merecer el riesgo que significaba. La dejó allí, en coma, y, después de cerrar herméticamente la campana sobre ella, se adentró en el desierto.

10

Esta vez, cuando Blake apareció en la oficina, todo el mundo estaba ocupado pero en silencio. Incluso el gordo encargado parecía estar barajando sus números con gran atención.

—He encontrado quien me lleve, como usted dijo —explicó Blake.

—¿Ah, sí?

El encargado no le miró.

—Lydia Zeromski. ¿Dónde puedo encontrarla?

El encargado señaló la gran ventana que daba al patio. Un camión abandonaba el área de carga, con sus turbinas lanzando llamas azules en el amanecer anaranjado.

Blake caminó entre ráfagas de polvo en la creciente luz, pasando por delante del destrozado hangar de combustible. Los daños producidos eran impresionantes —los restos retorcidos del colector, donde se había producido la explosión, asomaban en lo alto como un plato de espaguetis congelados a medio servir—, pero los vehículos de transporte de personal, ennegrecidos y destripados, habían sido apartados a un lado, las cañerías se habían reinstalado, y el patio volvía a funcionar.

Mientras se acercaba al camión de Lydia, le llegó el ruido de las turbinas a través del casco, a pesar de aquella atmósfera poco densa.

A la luz del día, un camión marciano era una máquina aún más impresionante que de noche; en parte camión, en parte oruga, en parte tren. Las turbinas estaban montadas detrás de la cabina, grandes turbinas de expansión de gas, propulsadas y oxidadas con humeantes bombonas de hidrógeno y oxígeno líquidos, de manera que el camión era casi tan grande como una locomotora. Los dos compartimentos para la carga, detrás, estaban cubiertos de fibras de vidrio para reducir al mínimo la resistencia al viento, aunque los remolques cercanos no llevaban cubiertas. Blake sabía, por las veces que había ido al «Aparca», que existía una polémica entre los conductores, en cuanto a si las cubiertas de los remolques eran más eficientes para aerodinamizar o para contrarrestar en el momento de elevar todo el vehículo del suelo; como eran un grupo independiente, los conductores trucaban sus camiones como querían.

A pesar de su tamaño, los camiones marcianos parecían esbeltos. Las orugas eran de malla de acero, no ruidosas placas de metal, y estaban montadas fuera del cuerpo sobre puntales que parecían demasiado estrechos para soportar aquel peso. Los remolques de carga eran largos, construidos en forma de Puente, y parecían demasiado frágiles para sus grandes cargas. Todo esto no era más que la ilusión de un terrícola. Blake todavía tenía que acostumbrarse a un planeta donde las cosas pesaban una tercera parte de lo que parecían, y las estructuras eran, efectivamente, dos veces y media más fuertes.

El camión marciano de Lydia era corriente, con todas las cubiertas en su lugar, su pintura brillante y sus adornos de cromo pulidos, y sólo su nombre en la puerta de la cabina, escrito con letras azules y blancas pintadas como llamas, para indicar que el vehículo era suyo. Blake trepó ligero por el lado del pasajero, y llamó a la puerta de la cabina. Lydia apartó la mirada de la consola, levantó una mano precavida, y, luego, abrió la puerta. Blake entró.

El interior de la cabina estaba limpio y ordenado, sin ningún adorno, salvo un crucifijo de madera negra pulida, del siglo XIX, que colgaba sobre el tablero de mandos. Detrás de los asientos se encontraba la abertura que daba a la cabina para dormir, bastante espaciosa, tapada con una femenina cortina de encaje.

Lydia comprobó las luces del tablero que indicaban que la cabina estaba cerrada herméticamente, y luego conectó las botellas de aire. La cabina se presurizó. Cuando

se encendieron todas las luces verdes del tablero, Lydia abrió su casco. Blake hizo lo mismo.

—Llega tarde —dijo ella—. He estado aquí, sentada, quemando gas.

—Lo siento. Creí que había dicho al amanecer.

—Ya hace cinco minutos que el sol ha salido, Mycroft. Vigile la puntualidad.

—De acuerdo.

Lydia manipuló las palancas, y las orugas comenzaron a rodar.

La carretera de salida del puerto de lanzadera era la más larga de Marte. Quince minutos después de partir, la última señal de vida humana —excepción hecha de sus propias huellas polvorientas— había desaparecido detrás de ellos a la débil luz del amanecer marciano. El desierto, cruzado por esta maraña de surcos, a menudo invisible, era el más grande, el más seco y el más yermo de todo el sistema solar. De no haber sido por los restos de otros vehículos abandonados en el camino, no habría habido ninguna otra señal de vida hasta que llegaron al campo de la cabeza de la cañería, tres mil kilómetros al Nordeste.

Blake miró a través de la burbuja de cristal, fascinado. Allí no había *nada*. Ni siquiera un árbol ennegrecido estaba arraigado en el suelo polvoriento. En todas partes, en todos los rincones, se acumulaba el fino polvo depositado por los huracanes globales que azotaban a todo el planeta cada varios años. Con razón Marte era llamado el planeta más sucio de todo el sistema solar.

Así que el pequeño y brillante sol se iba elevando a la derecha, y como la mujer que conducía indicó que estaba decidida a mantener los ojos en la carretera y la boca cerrada, Blake empezó a afrontar los superlativos: lo más seco, lo más yermo, lo más sucio, lo más ancho. Una sucia carretera tan larga que podría cruzar Australia.

Era mejor extraviarse en el Sahara en pleno verano, mejor verse abandonado en la Antártida en pleno invierno, que perderse en Marte.

El camión marciano rebotaba sobre la arena como un gato que corriese con las patas estiradas y el vientre en tierra. Era maravilloso ver cómo se ajusta la mente humana; lo que fue terrorífico se hace rutinario, lo que fue estático se vuelve aburrido. La velocidad del camino, al principio asombró a Blake, pero éste pronto pensó que era normal.

El camión corría por la solitaria carretera siguiendo los sinuosos surcos en la arena y guiado por satélite. Los surcos eran una señal inmediata, pero una en la que no se podía confiar; la carretera seguía allí aun cuando aquéllos desaparecieran, pues en realidad la carretera no era más que una línea en un mapa, y el mapa se hallaba en la memoria del ordenador. Había una copia en el propio sistema de guía inercial del camión marciano; otra copia se encontraba en el ordenador de la Estación de Marte, la cual seguía la pista a todo lo que se movía en la superficie del planeta, a través de su red de sensores..., siempre que las líneas de comunicación estuvieran abiertas.

En ese sentido, la solitaria carretera no estaba tan solitaria. Estaba en íntimo contacto con miles de máquinas y de gente, en el planeta y en órbita alrededor de éste. Un pensamiento agradable, que el paisaje negaba sutilmente.

Poco después de dejar los alrededores de Labyrinth City, la carretera comenzó a

descender y a cruzar las provincias occidentales del Valle Marineris, y Blake se encontró frente a aquella accidentada cicatriz planetaria por primera vez.

Para los que no han visto el Valle Marineris, éste no puede describirse. Las analogías terrestres son demasiado débiles, pero Blake hizo un esfuerzo para relacionar lo que veía con lo que había experimentado anteriormente, con imágenes de su verano de juventud en el Mogollon Rim, y de aquellos otros veranos durante los cuales había viajado por el oeste norteamericano, descendiendo el margen norte del Gran Cañón o las pendientes de Denali, en verano, cruzando el Río Salado o las Scablands, entrando en Sión desde el Este, bajando al Valle Panamint desde el Oeste, descendiendo el Phantom Canyon detrás de Pikes Peak, siguiendo el Grapevine Canyon hasta el Valle de la Muerte..., no había comparación.

Existe un sendero en la Tierra —no se le puede llamar camino—, conocido como la Escalera Dorada, que desciende hasta el Laberinto de los cañones occidentales de Utah, cerca de la confluencia de los ríos Colorado y Verde; los aficionados al desierto lo llaman el Tobogán Dorado. Construido como una carretera de minería, tallado en la roca de las rígidas mesas perpendiculares y los resbaladizos costados de las fosas tectónicas esculpidas por el viento, este tobogán se ha cobrado muchos vehículos todo terreno, e incluso la vida de unos cuantos caminantes.

La carretera que iba al Valle Marineris era peor. Segundos después de que Lydia, sin vacilar, acercara el camión al borde del precipicio, Blake contempló el cañón más profundo que jamás había visto. En sus profundidades, los distantes acantilados se perdían en una bruma azul. No veía tierra por encima del tablero de instrumentos, y en ese instante estaba convencido de que Lydia iba a suicidarse llevándoselo a él consigo, conduciendo directamente hacia el ralo aire marciano.

Cuando, un momento más tarde, su corazón comenzó a latir de nuevo, descubrió que aún había roca bajo las orugas del vehículo y que incluso podía ver la carretera si acercaba la frente al cristal de la cabina. Lo que vio fue casi tan horrible como lo que había imaginado.

El ángulo de ataque era el doble del que habría sido en la Tierra; parecía más el ángulo de un tobogán infantil que el del precipicio más empinado. Blake hizo un esfuerzo para persuadirse de que esto tenía sentido —las cosas caen más lentamente en Marte, ¿no?—, pero siguió preocupado por el coeficiente de fricción menor y por el vaivén, mientras el camión circulaba por aquellas *montañas rusas*. La inercia tenía que ver con la masa, no con el peso, ¿no era eso cierto? O sea, ¿qué era lo que iba a impedir que todo el montón de cañerías volara al espacio?

—Lydia, ¿siempre...?

—Cállate. Esto es delicado.

Vaya consuelo.

Él calló, procurando convencerse de que ella sabía lo que hacía. En realidad, no cabía ninguna duda al respecto, razonó Blake; Lydia no sólo sabía lo que hacía, sino que lo había hecho cientos de veces.

Cuéntaselo a tu estómago, Mycroft...

La velocidad del camión no era tan alta como le parecía a Blake, ni la carretera era tan estrecha o empinada, y Lydia conducía con más precaución, dejando un margen mayor de error y empleando mucha más experiencia de la que un extraño de otro

mundo podía saber. No obstante, el gran camión rodaba pendiente abajo por un precipicio de pura roca resbaladiza de un kilómetro de altura.

Abajo había más acantilados.

Cuando, por fin, Blake consiguió convencerse de que no moriría, empezó a apreciar el paisaje.

Durante las siguientes cinco horas descendieron sin incidentes por una serie de terrazas de roca de tres kilómetros de altura, desde la meseta hasta el suelo del valle.

Al llegar al fondo, el camión aceleró por un campo de dunas que se extendían aleatoriamente a lo largo de las orillas desmoronadas de antiguos barrancos superpuestos. Luego, comenzó a ascender lentamente por otro acantilado tan alto como el que acababan de descender.

Al subir, Blake podía ver el camino sin inclinarse hacia delante, pero verlo, por aquel estrecho e irregular sendero, era casi peor que esperar que algo invisible, pero que era sustancial, se encontrara debajo de las orugas. Ahora, la roja pared de roca se hallaba en su lado de la cabina, y cuando Blake miró a Lydia, lo único que vio fue el rosado firmamento detrás de ella, silueteando su serio perfil.

Llegaron al final de la cuesta cuando el sol aún estaba alto. Lydia detuvo el camión en el único lugar llano de la cumbre, en medio de la carretera misma, y apagó las turbinas.

En silencio, comieron el almuerzo —bocadillos y manzanas cultivadas en los invernaderos de Labyrinth City— y fueron por turnos al retrete presurizado que había detras de la cabina, al que se accedía a través del pequeño túnel de debajo de la cabina dormitorio.

Lydia aceleró las turbinas y se pusieron en marcha. La carretera subía y bajaba con un grado de inclinación espantoso. Al cabo de poco rato llegaron a un lugar donde la carretera parecía discurrir recta hasta el borde del acantilado. Blake contempló con horror el borde que se acercaba a gran velocidad; tenía que haber algún truco, pero él no lo veía.

—¿Qué le ha ocurrido a la carretera? ¿Ha habido un corrimiento de tierras?

—Después —dijo ella.

Lydia mantuvo el camión circulando hasta el final de la carretera. Mucho más abajo, el accidentado suelo del valle se extendía bajo riscos dentados.

Lydia conectó la pantalla del tablero de instrumentos que mostraba lo que había detrás del remolque de popa. Ahora Blake lo vio: la estrecha carretera continuaba hacia abajo detrás de ellos. Habían pasado la bifurcación; no había espacio para dar la vuelta, ni siquiera un «Rover» podría hacerlo.

—Este trozo lo hacemos en marcha —dijo Lydia.

—¿Cómo...?

Ella le miró con desdén.

—Estamos hechos así, Mycroft. Las orugas del remolque que se pueden dirigir. El ordenador hace el trabajo. Yo sólo apunto.

«Ella sólo apunta —pensó Blake, mirando una pantalla—; guía hacia delante mientras se mueve hacia atrás.» Vio una pequeña nube en lo alto, en el cielo, y la

examinó con atención mientras el camión se arrastraba lentamente hacia atrás.

Al cabo de unos minutos, la carretera terminó en otro acantilado. Lydia siguió retrocediendo hasta que la imagen de la pantalla fue de aire vacío y acantilados distantes. Para entonces, el siguiente camino, con grandes altibajos, ya había aparecido ante sus ojos. Lydia hizo avanzar las orugas hacia delante, y el camión se movió dando una sacudida. Blake sintió que la tensión de su cuello y hombros iba desapareciendo gradualmente.

Tuvieron que retroceder otras tres veces, en puntos del camino donde no había espacio para girar. Blake casi sintió alegría en el último.

Esta vez, los acantilados terraplenados y las pendientes descendían en el Valle a más profundidad que antes. Cuando Lydia y Blake llegaron al fondo de la inmensa sima, ésta se encontraba en sombras, aunque el cielo, en lo alto, aún estaba iluminado.

Viajaron durante una hora después de la puesta del sol, alumbrando sus faros la ruta a través de altas dunas y cantos rodados dispersos. Cuando llegaron al margen de un curso de lava geológicamente nuevo —sus bordes de magma congelado aún eran afilados como el cristal roto, a pesar de los años, quizá décadas, durante los cuales habían sido azotados por la arena—, Lydia detuvo el camión.

—Estoy un poco cansada. Pasaremos la noche aquí. ¿Qué prefiere, chiles con cebolla, o estofado dragón?

—¿De qué es el estofado dragón?

—Verduras y proteínas texturadas, estilo asiático.

No era muy excitante, pero los chiles con cebolla en un espacio tan reducido con una persona que en realidad no quería conocerle muy bien..., hummm.

—El estofado dragón me parece magnífico.

Lydia abrió el armario de la comida, sacó un par de paquetes de plástico y le lanzó uno a Blake. Él separó el tenedor y la cuchara de la tapa, abrió el paquete autocalentable, esperó diez segundos a que la comida se calentara, y luego empezó a comer.

Tomaron la cena en silencio, como habían hecho a la hora del almuerzo.

Cuando iba por la mitad de la suave comida, Blake echó una mirada a la taciturna mujer que le había conducido durante quince horas con un solo descanso, y que había pronunciado quizás unas doscientas palabras en todo ese tiempo. Su afirmación más sucinta, poco después de que él se lanzara a lo que creía iba a ser un alegre proceso de conocimiento mutuo, fue: «No quiero hablar.»

Ahora, Lydia miraba fijamente al frente, hacia la noche iluminada por las estrellas, igual que durante todo el día. Sus ojos seguían fijos en la carretera.

Blake se recostó en el reconfortante asiento y se aflojó las correas de seguridad. Las cosas no iban como él había previsto. Su esquema era estar a solas con Lydia, hacerse amigo suyo y ganarse su confianza, después enterarse de lo que había ocurrido realmente, entre ella y Darius Chin, la noche de los asesinatos.

El nombre Darius Chin no había surgido aún. Blake ni siquiera había tenido oportunidad de indicar que sabía lo de los asesinatos. Si ella era inocente —y aunque no lo fuera—, su pena por la pérdida de su amigo podría impedirle intimar con nadie. Sin duda, le resultaría difícil expresar sus sentimientos a un extraño.

Se le ocurrió algo. Ella había accedido a llevarle, pero ahora Blake empezaba a

preguntarse por qué. No era porque él la hubiera seducido y ella deseara su compañía, eso estaba claro.

¿Era por Yevgeny? ¿Era sólo un favor a Rostov? En ese caso, la destrucción del parque móvil tal vez habría sido innecesaria, incluso inmotivada...

Lydia tiró los envases de plástico de la comida al cubo de la basura. Se apartó de los ojos un mechón de cabello rubio y se soltó el arnés. Pasó por encima del asiento de en medio, y se subió al compartimento dormitorio.

—Aquí hay una almohada —dijo, tirando una abajo—. Dormir sentado no está mal con esta gravedad. No para alguien que viene de la Tierra.

Cerró sus cortinas de encaje.

Vaya buenas noches.

Medianoche. La Estación de Marte se encontraba alta en el firmamento.

Khalid cruzó a pie una extensión de arena de cuarzo barrida por el viento, la cual brillaba con un reflejo blanco azulado bajo las estrellas. El llano de blancura se extendía hasta el horizonte, como el lecho de sal seca de un antiguo mar. Siluetas azules de distantes montículos y mesas se elevaban hacia el cielo.

Khalid llevaba agua y comida suficientes para dos días; comida no muy sabrosa y nada fácil de comer, ya que tenía que succionarla a través de una válvula de la placa frontal, pero con un contenido de energía elevado, para mantenerle con fuerzas. Su carga más pesada era el generador de oxígeno que llevaba a la espalda, una unidad que hacía posible que alguien con traje presurizado caminara al aire libre sin llevar aire embotellado. El corazón del generador era biomecánico, un cultivo de enzimas adaptadas, que descomponían el dióxido de carbono de la atmósfera marciana en oxígeno y carbono, una especie de bosque artificial en una mochila.

Pero la reacción necesitaba alimentación de baterías. Khalid estimó que le quedaba carga para menos de dos días. No podría llegar a Labyrinth City en dos días, y no tenía intención de hacerlo. Se encaminaba hacia un punto más fácil.

Mientras atravesaba la llanura de cuarzo, se entretuvo con ejercicios matemáticos. ¿Cuántos kilómetros cuadrados de desierto había en la llanura Tharsis? Se dibuja una diagonal en esa extensión, se le llama la carretera de la tubería...

Consultó su astrolabio y comprobó las estrellas. El aparato había sido construido para la Tierra, pero seguro que se podían efectuar transformaciones de coordenadas..., una esfera es una esfera, ya se llame Tierra o Marte, y Khalid conocía su posición aproximada, su longitud y latitud, en dicha esfera. La posición de las estrellas era la misma en ambos casos.

Pero su mente siguió ocupada. ¿Existía alguna relación racional entre tantos kilómetros de dunas de arena al cuadrado, y el volumen de lava del cono del Monte Ascraesus? Lo dudaba, pero si dejaba que su mente vagara un poco más, tal vez descubriera alguna...

Mucho antes de que el sol se elevara por encima de los sobrecogedores acantilados, el camión marciano ascendía el borde del Valle Marineris, saliendo del

colosal valle a través de uno de sus afluentes secos de erosión regresiva; ascendió los kilómetros finales a través de resbaladizas pendientes antes de llegar, por fin, al desierto de la meseta Tharsis.

Una vez atravesado el Valle, Lydia y Blake iniciaron verdaderamente su viaje. Frente a ellos se extendían más de dos mil quinientos kilómetros de arena bombardeada por los meteoritos, con las cicatrices de antiguos cursos de lava, con profundos hoyos, con hielo permanente. Viajaron juntos hacia el desierto, un hombre y una mujer que no tenian nada que decirse.

11

Lo que los sensores de los satélites no podían saber con seguridad, era el estado del terreno bajo la superficie visible de Marte. Y así, al cabo de dos días, conduciendo a ciegas en el huracán, desaparecido el camino bajo el polvo, el camión marciano se sumergió en una enorme sima de hielo permanente.

El tractor entró directamente y, separándose de los remolques de modo automático, dejó al primero oscilando medio fuera del borde del agujero, con su carga de tuberías amenazando caer. Entretanto, ágil como un gimnasta, el gran tractor estabilizado por ordenador había llegado, con sus orugas delanteras, a un saliente irregular de hielo. Lydia y Blake se encontraron mirando, desde sus arneses de seguridad, las profundidades del sucio hielo.

En el tablero de instrumentos se encendió una luz amarilla frente a Lydia; ésta conectó los interruptores que apagaban las turbinas, y conectó los sistemas del tractor a las baterías.

—Tenemos un problema —dijo.

—Si tú lo dices.

Por primera vez en dos días, Lydia le miró a los ojos, colgados ambos en sus arneses, y Blake pensó que estaba a punto de sonreír.

Cerraron sus trajes presurizados, salieron de la cabina y bajaron por los flancos del tractor inclinado, hasta el borde del agujero. En la superficie, el viento no era lo bastante fuerte como para hacerles perder pie. No podían verse muy bien el uno al otro a causa del polvo que levantaba el viento, pero tenían los intercomunicadores de los trajes, y Lydia sabía dar órdenes.

—Armario de herramientas delantero, a tu lado. Corre el cierre a la izquierda y hacia abajo. Dentro, a la izquierda, encontrarás una docena de clavos para roca, de un metro de largo más o menos. Unos barriles amarillos con etiquetas rojas.

—Ya los veo.

—Saca tres. Monta uno delante del agujero, a tu lado. Yo haré lo mismo en el mío. Después pondremos dos a los lados y dos en popa. Trata de encontrar roca buena, piedra arenisca, o bien hielo firme.

—Lo haré.

Blake sabia obedecer órdenes igual de bien que Lydia sabía darlas, en especial cuando tenían sentido.

Encontraron roca sólida delante del tractor, y se prepararon para hundir las áncoras explosivas.

—¿Las has utilizado alguna vez? —preguntó Lydia.

—Parece fácil.

—Fácil, para volarte la cabeza.

—Tendré cuidado.

Arrancó la etiqueta, tiró de la clavija y se apartó. Segundos después, la carga sin retroceso arrojó fuego y hundió la flecha de acero en la piedra.

Lydia hacía lo mismo en el lado del camión donde se encontraba. Cuando los clavos delanteros estuvieron en su lugar, Blake y Lydia buscaron puntos de anclaje a los lados y la parte posterior. Tuvieron que ir un poco más lejos, pero cuando encontraron roca firme, los cables del torno del camión aún alcanzaban.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Blake.

—Colgarlo de un cable. Vamos a levantar el vehículo sacándolo del agujero, hasta que quede suspendido sobre los cables; después, dejaremos que se arrastre solo por encima de éstos, hasta que las orugas toquen el suelo. El ordenador conoce bien este truco, ya lo hemos hecho varias veces; mantendrá la tensión ajustada.

—¿Todo lo hará él solo?

—Más o menos. Yo subiré al camión. Tú apártate, por si acaso.

Con todos los cables desenrollados y tensos, los cuatro tornos comenzaron a rodar sincronizados. Lydia asomaba medio cuerpo fuera de la cabina, comprobando la tensión de las cuerdas. La parte delantera del gran tractor subió lentamente hasta que toda la masa estuvo suspendida por encima del agujero sobre una red de finos cables. Luego, el tractor empezó a avanzar a través de la abertura del foso, temblando, hacia el borde.

De repente, y sin hacer ruido, el ancla del cable trasero se soltó, como una cuerda de guitarra que se rompe; lo que había parecido roca firme para sujetar el ancla, se había quebrado. Por un momento, Blake pensó que quizá no importaría, porque el tractor ya tenía las cadenas frontales medio en tierra, y los tres cables buenos que quedaban podían sostener la masa del tractor.

Pero el cable suelto golpeó la amarradura provisional de la tubería que llevaban como carga en el primer remolque, y la partió en dos, con lo que la tubería se aflojó y cayó lentamente dentro del agujero. Su enorme masa partió en dos los cables restantes.

Las cosas caen un poco más despacio en Marte, e incluso lo inevitable viene como una lluvia de melazas. Estando donde estaba, Blake no podía hacer nada para detener la tubería que se venía abajo, pero tuvo tiempo de saltar hasta ponerse delante de la

oruga frontal derecha, y levantar los brazos hacia la puerta de la cabina mientras Lydia intentaba pasar a través de ella. Blake la cogió de un brazo y la sostuvo mientras ella salía. Justo antes de que las tuberías arrancaran la puerta de la cabina, dieron un salto desesperado hacia arriba, hacia tierra firme.

Permanecieron tendidos en el polvo, boca abajo, uno junto a otro. Sus trajes aún tenían presión. Ninguno de los dos estaba herido.

—Ahora sí que tenemos problemas —dijo él.

—Muy gracioso.

Pero seguía siendo un problema rutinario. Pasaron algunas horas sacando las tuberías sueltas del agujero, y colocándolas de nuevo en el remolque. Volvieron a preparar el camión, y esta vez el sistema de los cables funcionó; el camión se deslizó hasta terreno sólido.

Finalizaba el día y el sol marciano se ponía en el desierto occidental, cuando tuvieron el camión preparado de nuevo y la puerta de la cabina reparada con grandes parches de polímero de fijación rápida, y colocada de nuevo en sus goznes. Para cuando Lydia anunció que el vehículo estaba listo para circular, era noche cerrada.

—¿Ahora?

—No seas estúpido, Mycroft. No soy masoquista. ¿Qué quieres para cenar, chiles con cebolla o, veamos qué hay aquí..., chiles con cebolla?

—¿Quién hace la compra para estos viajes? —preguntó Blake.

—Chiles con cebolla —dijo ella, lanzándole una bandeja de plástico.

Los dos abrieron sus paquetes de comida y, durante unos minutos, comieron en silencio.

—Me has salvado la vida —dijo ella mientras comían. No era exactamente dar las gracias, pero era un reconocimiento.

—Por propio interés —dijo él—. Sin ti, me encontraría inmovilizado.

—No, no te pasaría eso. Todo el planeta sabe que estamos aquí. No creo que lo hayas hecho sólo para salvar tu pellejo.

—O sea, que tengo un gran corazón.

—Claro. —Lo miró con ojos llenos de duda y de suspicacia—. ¿Qué quieres de mí, Mycroft?

—Lo que he conseguido: que me llevaras.

—¿Y qué más?

—No lo sé. Quizás una idea de en qué me he metido. ¿Cómo se está aquí? En Marte, quiero decir. Tú eres veterana en Marte. No quiero decir que seas vieja...

—No soy vieja, pero sí gasto malas pulgas, Mycroft. Igual que la vida en Marte. De todos modos, vale la pena vivir aquí. Estamos construyendo un planeta entero a partir de arena yerma. Incluso los jefes se arriesgan.

—¿Los jefes? ¿Te refieres a gente como Noble?

—Oh, ellos tienen sus rinconcitos en la Tierra por si las cosas van mal; aun así, se arriesgan como todos los demás.

—No parece que hable un buen miembro del sindicato —dijo Blake.

—¿En qué sindicato estás? —preguntó Lydia bruscamente.

—En el vuestro —respondió él—, gracias a Yevgeny.

—Está bien. Nos gusta la gente que realiza nuestro juego a nuestra manera. Nos deshacemos de los que no lo hacen.

¿A qué se refería?

—Me gusta Yevgeny.

—¿Sí? Bueno, yo le adoro —dijo ella con pasión—. Aunque sea un horrible hijo de puta, lo amo por lo que ha hecho.

—¿Lo amas?

Ella le miró con ojos enrojecidos por la fatiga.

—No de esa manera.

—Amabas a Darius Chin, ¿verdad?

La expresión de Lydia se hizo más dura.

—...quiero decir, eso es lo que he oído por ahí —terminó él con aire manso.

Lydia echó los restos de su cena en la bolsa de desperdicios, y se dio la vuelta para subir a su compartimento dormitorio.

—Mañana recuperaremos el tiempo perdido —dijo.

Subió al compartimento sin mirar a Blake. Un segundo más tarde, la almohada de repuesto cayó perezosamente sobre él, a través de las cortinas de encaje.

Oscuridad.

En algún punto de la helada oscuridad, Sparta estaba dormida. La cabeza le latía con oleadas de dolor, dolor que presentaba a su visión dibujos que giraban en espiral, como remolinos de color oscuro, y le producía un fuerte zumbido en los oídos. Algo sombrío y desesperado entró en las espirales, algo rico en significado que escapaba continuamente porque ella no podía concentrarse.

No podía concentrarse a causa del dolor.

Peor que el dolor que sentía en la cabeza, era el dolor en el vientre. El diafragma era una banda de fuego que se le adhería al abdomen. Sus sueños ahora se llenaron de sangre y de ojos húmedos y brillantes que la miraban fijamente, de una textura que podía ser de pelo o de plumas o de escamas. Indefensa, se clavó las uñas en las costillas sin poder llegar hasta la criatura que le roía por dentro.

Sparta gritó, y volvió a gritar...

12

La luz se derramaba sobre los ojos de Sparta, reluciendo como las huellas de los meteoros diurnos en el firmamento rosa. La luz procedía del lejano sol amarillo. Las huellas de los meteoros eran pequeñísimos arañazos en la campana de plástico del

avión marciano.

Sparta se encontraba medio sentada, sujeta por el arnés en posición erguida, y su cabeza descansaba torpemente sobre su propio hombro. La levantó —le pareció que era una bala de cañón—, y si bien los múculos agarrotados de los hombros protestaron, descubrió que gran parte del dolor de cabeza sólo había existido en sus sueños. La quemazón en el estómago había disminuido hasta no ser mucho peor que una pesadilla tras una cena fuerte. La diferencia era que tenía hambre.

Movió la cabeza con precaución, para ver lo que la rodeaba, y miró la campana bajo la cual estaba sentada, sin alas y encaramada sobre una pendiente de lava cubierta de arena. Estaba sola. Las pantallas de los instrumentos estaban apagadas y frías, y la posición del sol en el cielo despejado sólo le indicó que era la mañana en algún lugar de Marte.

Había una nota, escrita a bolígrafo en un pedazo de papel, clavada en la parte de atrás del armazón del asiento que tenía delante.

«No tenemos comunicación de ninguna clase y no nos pueden buscar. Voy en dirección al lugar habitado más próximo. Ruego para que te recuperes pronto. Tu única esperanza es quedarte en el avión. Dios será bueno con nosotros.» Khalid ni siquiera se había molestado en firmar.

Sparta soltó las correas de su arnés y flexionó con cautela las muñecas, los codos y las rodillas. Al parecer, físicamente no había sufrido ningún daño. Estaba entumecida y le dolía la cintura, pero el dolor de cabeza se había convertido en una simple sensibilidad irritante a la luz.

Probó los instrumentos. Conectó interruptores e hizo combinaciones, pero las pantallas siguieron sin funcionar.

Comprobó que su traje presionizado estaba cerrado herméticamente. Conectó los interruptores que controlaban las bombas de aire; al menos éstos sí funcionaban. El aparente fallo eléctrico del avión no era total. Tal vez algunos de los otros sistemas críticos aún fueran eficaces.

Cuando la cabina estuvo vaciada, Sparta se movió para levantar la campana, pero al hacerlo volvió a sentir aquel dolor en el vientre. Jadeando, se echó atrás. Dejó la campana tal como estaba.

. Conocía muy bien el lugar donde le dolía: donde estaban situadas las capas de batería polimérica que le habían injertado debajo del diafragma, el lugar del que salían oleadas de energía eléctrica hacia el oscilador implantado quirúrgicamente en el esternón, y hacia la cerámica superconductora que recubría los huesos de sus brazos.

Igual que algunas criaturas biológicas -pero a diferencia de los humanos-, era sensible al espectro electromagnético, desde casi el infrarrojo hasta el ultravioleta. Igual que unas cuantas especies de seres vivos evolucionados naturalmente -pero a diferencia de los humanos-, era sensible a los campos eléctricos y magnéticos, de frecuencias muy superiores y muy inferiores, y de flujos extremadamente débiles.

A diferencia de cualquier criatura natural, podía transmitir y recibir rayos modulados de radiofrecuencia. No sabía si este poder peculiar y artificial, extraño a su cuerpo y no deseado —ella no lo había pedido ni consentido, y le había sido implantado en una época que ella ni siquiera podía recordar—, había quedado destruido de modo permanente o no. Lo único que sabía era que sentía un dolor

terrible.

Intentó reconstruir lo que debía de haber ocurrido. Al principio sólo recordó que se habían elevado sobre un desierto interminable. Khalid había dicho algo que la había perturbado...

...que la conocía, eso era. Y algo más..., que alguien trataba de matarla...

Y entonces le sobrevino el dolor.

No disponía del beneficio que la radio le habría otorgado en su actual situación desesperada. Un breve estallido de microondas, por débiles que fueran, habrían sido una pequeña y brillante señal en el campo sensor de un satélite en órbita, indicando la posición exacta del avión abatido. Sparta se veía privada de la capacidad de producir semejante señal, y no creía que fuera por casualidad.

Por lo que había visto, parecía que el avión marciano se había estropeado debido a un potente impulso de frecuencia ancha que había quemado los sensores y ordenadores de a bordo, y al mismo tiempo había estropeado la única función no biológica de Sparta. Hasta que inspeccionara el avión, no sabría si el origen del impulso se encontraba a bordo o había sido provocado desde fuera. Tampoco sabría si lo había hecho alguien desconocido o el propio Khalid.

¿Por qué Khalid había desmontado el avión? Para impedir que el viento lo destruyera. ¿Por qué iba a preocuparse por ello, si lo único que quería era matarla? Porque, claro está, un trágico accidente debe parecer absolutamente accidental.

Se retrepó en el arnés y se concentró en el fuego que sentía debajo del corazón, tratando de disiparlo «entrando» en él. Pero pronto el dolor venció a la mente consciente, y Sparta cayó de nuevo en un sueño intermitente y misteriosas pesadillas.

Una vorágine de signos la seducían con significados esquivos...

Mediodía. El camión marciano de Lydia Zeromski se dirigía hacia el Norte.

Al Oeste, un enorme volcán protector, el Ascraeus, se elevaba desde Tharsis hacia la estratosfera marciana. En la Tierra nadie lo habría advertido, no desde este ángulo; se puede estar en el lado de Mauna Loa, la masa volcánica más grande de la Tierra, y no advertir nada más impresionante que los cercanos árboles, las sinuosas colinas y una llanura suavemente inclinada, tan suave en su pendiente. Aquí, en Marte, este volcán mucho mayor hacía notar su presencia sólo por los cursos de lava y los grandes barrancos en el borde de su falda.

Lydia había vuelto a adoptar su actitud taciturna. La mañana había pasado en silencio salvo por el quejido, ahora familiar, de las turbinas, transmitido a través del armazón del camión. Blake estaba sentado en su lado de la cabina, pensativo.

No le quedaban más cartas. Había probado el encanto. Había probado la competencia —había ido tan lejos como para salvarle la vida a ella, probablemente—, pero nada iba a hacerla ceder. Lydia Zeromski era un hueso duro de roer.

Blake se recostó en el arnés, escuchando el siseo de las turbinas y el ruido de las orugas sobre la arena. Había asimilado algunas sensaciones nuevas en este viaje. Poco a poco, había aprendido la sensación diferente que producían la roca, la lava, la arena, las arenas movedizas del desierto y el podrido hielo permanente, traduciéndose cada textura en sutiles vibraciones sobrepuestas, cuando pasaban por debajo de las orugas

en movimiento. Ahora se dio cuenta de algo nuevo: una rítmica palpitación y un rumor no sincronizados con el ritmo de las orugas.

—¿Qué es eso? —preguntó, volviéndose hacia Lydia. Por primera vez, vio miedo en los ojos de la mujer.

—Riada —respondió ella.

Lydia cerró su casco presurizado.

Sin que ella se lo dijera, Blake hizo lo mismo. ¿Una riada en Marte? Inaudito, pero, evidentemente, no era nada extraño para ella.

Lydia se inclinó sobre el acelerador. El gran vehículo dio un salto hacia delante.

Estaban cruzando un ancho cono aluvial en la base del distante volcán, una fina capa de piedras clasificadas, por el peso, de arena terraplenada y apretado conglomerado partido y expuesto por las inundaciones intermitentes de agua líquida. Blake, confiando en los textos que había leído apresuradamente durante su viaje a Marte, había supuesto que estos rasgos característicos formados por el agua tenían mil millones de años de antigüedad. Ahora, mirando desde la cabina del veloz camión, reconoció lo que había visto pero no creído: los afilados contornos de la erosión reciente.

El enorme vehículo subía y bajaba peligrosamente por la arena, golpeando las piedras y esparciendo grava con las orugas Lydia nunca había conducido con semejante abandono.

—No lo conseguiremos —dijo.

—¿A qué te refieres?

—No podremos llegar a terreno elevado. Si al menos pudiéramos llegar a una isla...

—Lydia, ¿cómo puede haber una riada aquí?

—El volcán. Los gases que desprende funden el hielo permanente, y éste desciende por cualquier canal que encuentra. Nosotros estamos en medio de uno grande. —Levantó la vista del volante—. Escucha, Mycroft, cuando te diga que saltes, salta. Coge un par de clavos de roca y cables del torno, y vete lo más lejos que puedas. No te preocupes por encontrar roca sólida, aquí no la encontrarás; limítate a recorrer unos cien metros hacia el frente y hunde los clavos lo más profundamente que puedas. Átalos. Y cruza los dedos para que aguanten.

—¿Tan mal estamos?

Ella no respondió.

Lydia encontró la isla que estaba buscando, e hizo subir el camión a su orilla. Después, desvió todo el vehículo para ponerse de cara al canal, de cara al diluvio que se aproximaba.

—¡Salta!

Cuando el camión se detuvo, Blake saltó y corrió. Un segundo más tarde ella estaba fuera de la cabina y corría en paralelo. Blake encontró una enorme piedra de basalto, y se imaginó que sería mejor que hundir un clavo de acero en la grava, así que envolvió el cable del torno alrededor de aquél. Clavó otros dos y ató los cables.

Ahora podía sentir cómo el suelo vibraba bajo sus botas, como los dedos mágicos de una cama para masajes barata. Miró corriente arriba.

—¡Oh, maldita sea!

Una pared de siete metros de fango, del color y la consistencia del helado de chocolate deshecho, bajaba por el canal arrastrando consigo piedras enteras. Blake dio media vuelta y corrió hacia el camión. Lydia iba delante. La vio subir al vehículo y forcejear para asegurar la puerta estropeada de su lado de la cabina, y después inclinarse hacia la de Blake. Muy amable por su parte abrirle la puerta.

Él saltó con agilidad y tiró de la manivela de la puerta. Estaba atascada. Tiró de ella otra vez.

—¡Está atascada! —gritó por el intercomunicador—. Ábreme por dentro, por favor.

A través del casco, a través de la cúpula del camión, a través de capas de reflejos, él le vio el rostro pálido y decidido, como una máscara. Lydia no hizo nada para ayudarle.

—¡Lydia, la puerta está atascada! ¡Déjame entrar!

El muro de barro se acercaba a él como una inundación miniatura en un vídeo malo, filmada en cámara lenta. Ésta no era ninguna miniatura. Grandes oleadas de vapor se derramaban desde la extremadamente elevada cresta de la ola; el agua caliente procedente del hielo fundido se vaporizaba instantáneamente cuando era expuesta a la atmósfera seca y leve.

—¿Para quién trabajas, Mycroft? —preguntó Lydia.

—¿Qué? ¡Lydia!

La voz de Lydia era ronca y baja, pero sonó suficientemente alta en el intercomunicador.

—Sabemos quién eres desde hace meses, Mycroft. ¿Sólo eres un soplón de la empresa? ¿O eres uno de los matones del Sindicato de Trabajadores del Transporte?

—¿De qué demonios hablas?

—¿Quieres entrar en este camión, soplón? Dime para quién trabajas.

—Lydia, no tengo nada que ver con la compañía o con el sindicato.

—Yevgeny te esperaba en el patio, Mycroft; creía que ibas a hacerlo volar para que no te enviaran a la canalización. Pero, al parecer, quieres ir allí. Lo que queremos es saber por qué.

Blake miró a la humeante cara de la riada; sus alas ahora se derramaban por las orillas de los canales poco profundos que flanqueaban la isla, tallando nuevos acantilados en miniatura en la arena mientras se acercaba. La lentitud con que avanzaba era casi más horrible que la embestida de una inundación en la Tierra.

—Lydia, lo único que quería era que me llevaras a la cabeza de la cañería. Quería ir contigo..., en particular.

—¿Admites que saboteaste el patio?

—Te lo explicaré. Déjame entrar.

La primera ola pegajosa rompía en la proa de la isla.

—Calculo unos treinta segundos más, quizá menos —dijo ella—. Primero, explícate.

Lydia no hacía caso de la riada, y miraba a Blake con aire implacable.

Él reflexionó un par de segundos y pensó que no tenía nada que perder.

—Me llamo Blake Redfield —dijo—. Trabajo para la Junta Espacial en el caso de los asesinatos de Morland y Chin. Necesitaba estar cerca de ti, averiguar cosas de ti.

—¿Crees que soy una asesina?

Su asombro parecía auténtico.

—No, no lo creo, pero puedes demostarme que me equivoco en unos quince segundos.

—¿Ellos creen que yo maté a Dare?

—Tuviste oportunidad, Lydia. Eras sospechosa, y alguien tenía que hacer las comprobaciones. Yo me ofrecí voluntario.

Ella siguió mirándole a través de las diferentes capas de plástico reflejante.

—Lydia...

—Tranquilízate, como te llames. No vas a morir.

No hizo ningún movimiento para abrir la puerta de la cabina. Manteniendo los ojos fijos en él, alzó la barbilla hacia la inundación que se acercaba.

Lo que un minuto antes era un enorme muro de agua, ahora era una mezcla de barro que avanzaba despacio. Llegó al camión mientras Blake la observaba; pequeñas olas de fango semisólido lamieron las orugas del camión y ensuciaron las botas de Blake, pero ya no tenían fuerza, y antes de que la inundación hubiera recorrido toda la longitud del camión, había disminuido, convirtiéndose en una suave capa de cenizas y polvo. Durante un rato, la masa caliente, como un curso piroplástico de la Tierra, se había alimentado con el vapor; ahora, toda la humedad que había lubricado la corriente se había evaporado, y sólo quedaba una capa profunda de aquellas partículas finas que cubrían gran parte de la superficie seca de Marte.

Blake miró a Lydia.

—Bien calculado.

—He improvisado. Lo creas o no, no te habría dejado morir ahí fuera, aunque hubieras sido un soplón. Y tal vez lo seas. —Abrigo su lado de la cabina y bajó—. Ayúdame a arrancar las estacas.

Les costó cavar en las capas compactas de nueva grava y cenizas, y arrancar las anclas del cable, pero al cabo de unos minutos habían realizado el trabajo y se hallaban de nuevo en la cabina.

Las turbinas ulularon. El camión marciano avanzó a través del desierto.

Lydia cayó en su meditación característica, con los ojos fijos en el horizonte del inacabable paisaje. Miró a Blake, sólo una vez, unos minutos después de reanudar su viaje por el cono aluvial.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

Él se lo repitió. Como Lydia no dijo nada más, Blake se sumió en sus propios pensamientos. Contempló las colinas de arena, deslizándose a su lado, y pensó en cómo había estropeado esta misión que él mismo había insistido en asignarse. La había estropeado desde el principio. Las razones de todo lo que le había sucedido desde que se convirtiera en Mike Mycroft, se hicieron evidentes de pronto.

Sabían por qué le habían atacado fuera del hotel de Mycroft, en la Estación de Marte, y cómo Yevgeny se había deshecho de sus atacantes tan rápidamente: eran sus propios hombres, y les dijo que quería a este tal Mycroft para él solo. Por eso Yevgeny se había hecho amigo suyo, le había conseguido empleo y esperado en el patio de estacionamiento. Yevgeny lo había preparado todo.

Hacía meses que sabían lo de Mycroft, había dicho Lydia. Esto significaba que

Michael Mycroft era una especie de soplón; una identidad falsa que la oficina de la Junta Espacial, en la Estación de Marte, había utilizado con demasiada frecuencia.

Justo antes de salir del terreno acanalado y avanzar por el desierto más elevado, pasaron por delante del esqueleto ennegrecido de un camión marciano que no había logrado atravesar estas arenas aluviales. Mirando su armazón retorcido y mellado, medio enterrado en la arena, Blake se preguntó si Lydia realmente le hubiera dejado entrar en caso de que la inundación no se hubiera disipado tan pronto. ¿O esperaba una oportunidad mejor para simular el accidente perfecto?

Sparta colgaba sobre el punto muerto del mundo que giraba.

Era un halcón del sol, sus ojos diez veces más aguzados que los de cualquier ser humano, sus oídos capaces de oír el grito más lejano, el más débil.

Había un solo árbol en el desierto, y a su alrededor giraba el mundo. El mundo era un desierto de arena arrastrada, y llanuras de piedra lisa y desnuda.

Su vista afilada veía formas esculpidas profundamente en la estéril piedra arenisca, grabadas tan profundamente, que las sombras que había en ellas, reunidas allí por el sol bajo, parecían tinta sobre una hoja de papel, los aguzados oídos de Sparta oían el grito del árbol.

Sus alas de halcón surcaron el aire y ella descendió, curiosa por ver más.

La forma externa que había en el árbol era humana, una chiquilla que colgaba de las ramas del árbol muerto. La habían clavado al árbol con huesos astillados, huesos del brazo y del muslo. Su vientre estaba rajado desde el esternón hasta el ombligo y la cavidad estaba vacía, oscura y roja.

En su rostro ovalado, las cejas eran anchas, pinceladas de tinta sobre unos ojos castaños. Su pelo también castaño, sin lavar, colgaba en mechones sobre sus pálidas mejillas. Volvió sus ojos diáfanos para retener con ellos la mirada de Sparta.

Imagino que colgaba del árbol del viento.
Colgué allí durante nueve noches completas;
Con la lanza que me hirió, y ofrecido fui
A Odín, yo mismo a mí mismo.
En el árbol del que nadie podrá jamás saber
Qué raíz, debajo de él discurre...

La voz no era de un dios nórdico, sino de una mujer, una voz rica y profunda..., no la de la chica del árbol, sino de una mujer de edad y con conocimientos.

Cogí las runas, chillando las cogí...

El rostro vuelto hacia ella giró y se fundió, los ojos del rostro resplandecían llenos de luz, y cuando el resplandor disminuyó, los ojos eran pálidos, los finos labios eran gruesos y estaban abiertos, y el pelo oscuro había adquirido el color de la arena.

Entonces empecé a medrar y a adquirir sabiduría
Y crecí y estaba bien;
Cada palabra me llevaba a otra palabra.
Cada acto a otro acto.

Ahora, la herida del vientre de la muchacha se había cerrado, formando una cicatriz purpúrea, pero ella había envejecido y seguía envejeciendo a causa del dolor. Sus ojos atravesaban a Sparta con su luz.

Sparta, llena de temor, buscó el viento con las puntas de sus alas, lo encontró, y se elevó en el cielo rosado. Las runas estaban debajo de ella, por todas partes, grabadas en la pulida piedra del desierto. Si pudiera detener el mundo el tiempo suficiente, podría leerlas...

Se elevó más, efectuando el doloroso salto...

...a la consciencia. Se encontraba en la cabina del avión marciano. Estaba sola. El sol había descendido en el Oeste, y la delgada media luna de Fobos avanzaba hacia arriba por delante de él.

La luna Miedo.

Sparta permaneció inmóvil un momento, sin negar su miedo, reconociéndolo, reconociendo la probabilidad de su muerte cercana. Dejó que el miedo a la muerte la inundara.

Cuando lo hubo aceptado, dejó que se escapara. Luego, al fin, pudo volver a los asuntos vitales.

Probó los interruptores de las bombas de aire y descubrió que aún funcionaban. Pero ya había evacuado el aire de la campana —¿por qué lo había olvidado?— y su traje aún estaba sellado. Esta vez, cuando estiró los brazos para abrir los cierres de la campana, el dolor que sintió en el vientre sólo fue una punzada.

Bajó a trompicones la empinada pendiente de ceniza. El viento era constante y venía del Oeste, a veinte kilómetros por hora. Sparta advirtió que las alas del avión habían sido separadas del fuselaje y habían sido clavadas al suelo.

El plano y la composición del avión marciano eran evidentes. Sparta no dudó de que podía montarlo de nuevo; había sido diseñado de esa manera. Pero antes de hacer nada, tenía que averiguar qué había ido mal. Fue hasta el panel de acceso a los instrumentos que estaba en el fuselaje y lo abrió.

Su rápido ojo con macrozoom examinó los destrozos producidos en el interior, las microconexiones de la circuitería sólida invisiblemente finas.

Una «bomba de impulso» electromagnética, un generador de ondas de choque como el que había visto en otra ocasión —en una clase de la Junta de Control Espacial sobre sabotaje—, había sido alojada en el comparador del piloto automático. Ahora no estaba allí, pero Sparta podía verlo claramente.

Debía de ser una bola de acero del tamaño aproximado de una lima; la decoloración azul verdosa después de la detonación habría hecho más apropiada aún la comparación con esa fruta. Antes de la detonación, habría contenido una esfera microscópica de isótopos de hidrógeno congelados, tritio y deuterio, rodeado por esferas más grandes de nitrógeno líquido, litio líquido, altos explosivos y aislantes, todo ello bajo una presión inmensa. Accionados por una señal extema, los explosivos

habrían aplastado los isótopos de hidrógeno, creando fusión termonuclear: una bomba H microscópica. Los productos de la explosión miniatura se habrían irradiado hacia afuera, algunos iones en proporción mucho más elevada que otros, y aunque la fuerza real de la explosión no hubiera sido suficiente ni para romper el revestimiento de acero reforzado, la radiación, al moverse a velocidades diferentes y propagarse como el sonido de una palmada en una alcantarilla, habría producido una especie de silbido electrónico, un impulso electromagnético lo bastante fuerte para inutilizar todos los circuitos desprotegidos que se hallaran cerca.

Era un dispositivo especializado y tremendamente costoso, que requería las capacidades de una institución rica: una corporación poderosa, un gran sindicato, una nación entera, o un grupo —como el Espíritu Libre, por ejemplo—, con más recursos, aunque menos visibles, que cualquiera de éstos.

Khalid debía de habérselo llevado consigo.

Los circuitos estropeados del avión no podían ser reparados, sólo sustituidos, y el avión no llevaba piezas de recambio de esa clase. Sparta cerró el panel de acceso.

Se apoyó en el frágil fuselaje y observó el sol que se hundía lánguidamente. Quizá Khalid decía la verdad. Su consejo de que permaneciera con el avión debía de ser sincero. En realidad, no había nada necesariamente en contra suya; cabía que hubiera sacado la bomba para entregársela a los patrulleros.

Aun así, con las mejores intenciones, Khalid podía morir en el desierto.

Y si no tenía las mejores intenciones, cabía la posibilidad de que se salvara él y se ocupara de que nadie la encontrara a ella en semanas.

El sentido común le decía que tenía que abandonar aquel lugar, en seguida.

Metódicamente, arrancó las clavijas de la ceniza arenosa, y enrolló y guardó las cuerdas dejando anclados sólo los extremos de las alas. Volvió a montar el enorme avión, pieza por pieza.

Unos minutos más tarde, el conjunto inmenso y frágil temblaba en el viento, clavado a tierra por los extremos de las alas.

Había articulaciones hidráulicas desde el asiento del piloto hasta las cuerdas de los extremos de las alas; los diseñadores habían previsto que, en algunas situaciones, los sistemas electrónicos sofisticados serían absolutamente inapropiados. Con el viento apropiado, Sparta podría tirar de las clavijas y dejar que el avión se elevara, incluso sin la ayuda de cohetes.

Nunca había volado en un aparato de esa clase; hasta dos días antes, jamás había puesto los pies en Marte. Ahora, había un viento de costado, de veinte kilómetros, el cual no era la circunstancia ideal para un lanzamiento sin motor. Pero ella era hábil para estas cosas.

El sol acababa de ponerse cuando Sparta soltó el extremo del ala derecha. Simultáneamente, se apoyó en la palanca de mando. El ala derecha se elevó y todo el avión, inmediatamente, pivotó hacia atrás sobre el extremo del ala izquierda atada, casi rozando el suelo. Medio segundo más tarde, un poco antes de que el avión estuviera de cara al viento, Sparta soltó la cuerda izquierda y se apoyó hacia la derecha en la palanca de mando. El avión tembló, intentó permanecer en el aire —e! extremo del ala izquierda se hundió de nuevo y rebotó—, y luego se elevó con confianza y se deslizó lentamente pendiente abajo, cayendo y curvándose su línea de

vuelo sobre el terreno carbonizado.

Los veleros raramente vuelan de noche, cuando la atmósfera fría y densa cae hacia la tierra, pero Sparta sabía que habría zonas arenosas en el desierto de las que brotarían columnas de aire caliente durante algunas horas después de la puesta de sol. No le costaría encontrarlas. Su visión de infrarrojos, inundada con la brillante luz del día, funcionaba al máximo en la oscuridad; no necesitaba ninguna proyección holográfica para ver la atmósfera durante la noche.

El paisaje apenas visible de la Meseta Tharsis, se evidenciaba en sombras azules de la medianoche, y resplandor plateado de estrellas. En lo alto, el brillante Fobos avanzaba sobre el cielo estrellado, arrojando profundas sombras desde las pendientes de las dunas y cerros del desierto. Para los ojos de Sparta, había más cosas en escena: el desierto relucía con sombas de rojo, mientras las rocas y la arena devolvían el calor del día a ritmos distintos. Visibles a causa de su calor relativo, espirales de rico color granate se retorcían lentamente en la atmósfera azul oscuro del paisaje nocturno, permitiendo avanzar al avión marciano.

Sparta hacía que el avión pasase casi rozando las dunas, y cogía las corrientes ascendentes más cercanas. Pronto el avión voló muy alto sobre el desierto, y Sparta rebuscó en su memoria eidética, tratando de comparar el mapa memorizado con el territorio recordado, buscando el hilo de aire que la llevaría a Labyrinth City.

13

Una luz de aviso, amarilla, se encendió en el interior del casco de Khalid, indicándole que sus baterías se estaban agotando, pero él no la vio. Había dormido durante la mitad de la noche, agotado, mientras el viento frío le enviaba ráfagas de arena para cubrirle como con una manta.

El cansancio había vencido a Khalid, y éste se había acurrucado en el refugio que le proporcionaba una empinada duna. Sabía, aunque había sucumbido al sueño, que arriesgaba la última de sus preciadas reservas, pero a la larga, el hombre necesita tanto el descanso como el aire, para vivir.

Lo último que hizo fue asegurarse de que se tumbaba de cara al Este, para que la luz del sol le despertara.

Cuando salió, el sol era pequeño, bajo en el Este, y ascendió rápido. La superficie ondulada de la arena frente al veloz camión marciano era suave y sensual como un quimono de seda amarilla, con pliegues tan altos como las colinas. Desde antes del amanecer, el camión de Lydia había estado corriendo a través de este campo de dunas, la mayor extensión de dunas que Blake jamás hubiera visto o imaginado.

Había huellas de orugas en la arena, que subían y bajaban las pendientes; era como un palimpsesto, pues aun siendo débiles, eran visibles en la luz oblicua. Sólo el insistente paso de vehículos podía haber vencido al viento que todo lo borraba.

A dieciséis horas de camino, al otro lado de las interminables dunas se hallaba el campamento de la cañería. Conducirían todo el día y buena parte de la noche, y llegarían allí cuando las estrellas fueran brillantes y las lunas danzaran en el firmamento.

Lydia miraba la carretera con los ojos entrecerrados. Con el sol bajo, cada pequeña ondulación era una línea de brillo y sombra. Hacía mucho rato que había reanudado su silencio taciturno.

Los ojos de Blake estaban fijos en el horizonte, y no en la carretera, y fue el primero en ver la aparición.

—Dios mío, ¿ves aquello? —susurró.

Ella redujo la velocidad y miró hacia donde él apuntaba.

Era una figura humana; un hombre, a juzgar por su tamaño y forma, que avanzaba pesadamente delante de ellos, a lo lejos, sin darse cuenta de su presencia. Se le veía débil e iba encorvado como una marioneta oscura, dirigiéndose con paso doloroso hacia Dios sabía adonde.

Blake y Lydia cerraron sus trajes y Lydia hizo el vacío en la cabina. Puso el camión a toda velocidad. Ya antes de situarse al lado de la figura, supo de quién se trataba. Conocía aquella postura y aquel modo de andar.

Lydia detuvo el camión al lado del hombre. Él, desvaído y quemado, levantó la vista hacia Blake.

Blake también le miró.

—¡Khalid!

Khalid debió de oírle a través de su intercomunicador, pero se encontraba demasiado aturdido o con la garganta demasiado seca para responder. Sólo le miró fijamente.

Lydia abrió la puerta, bajó de la cabina y echó a correr. Blake saltó a tierra para ir con ella.

—La luz de la batería indica que le quedan unas dos horas de carga —explicó Lydia a Blake.

—Dios mío, ha tenido suerte.

Levantaron el frágil y deshidratado cuerpo por encima de las orugas, y lo metieron en la cabina. Un minuto más tarde, Lydia volvió a cerrar herméticamente la cabina, y a presurizarla. Mientras Blake sostenía a Khalid, ella le quitó el casco.

Khalid había fijado su mirada en Blake.

—Khalid, ¿me reconoces?

—Blake —dijo Khalid, en un susurro tan débil, que casi pareció una exhalación. Luego, cerró los ojos y ladeó la cabeza.

—Necesita agua —dijo Lydia.

Cogió el tubo de emergencia del tablero de instrumentos. Lo acercó a los labios de Khalid.

Khalid farfulló y se ahogó, y luego comenzó a chupar con avidez. El agua le goteaba por la barbilla.

Cuando por fin soltó el tubo, Blake le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Blake —sus dedos agarraron débilmente el pecho de Blake—, Linda está ahí.

—¿Linda? ¿Te refieres a...?

—Sí. Sabotearon el avión. Esto...

Revolvió con los dedos en el bolsillo del muslo, y Blake le ayudó a abrir la solapa. Khalid sacó una bola de acero que parecía quemada y descolorida.

—¿Qué es?

—No lo sé. Ha inutilizado la instalación electrónica. Ella está allí.

—¿A qué distancia?

Khalid hizo una pausa antes de responder.

—Dos días a pie. Tal vez cien kilómetros, ciento veinte a lo sumo. Al Sudeste. Te guiaré.

—¿Y el faro de emergencia? —preguntó Lydia.

—Inútil —susurró Khalid.

—Lydia...

—Allí, da lo mismo un día que una semana —dijo Lydia.

—¡No puedes negarte a ayudar!

—No me niego a ayudar —replicó ella, enojada—. Avisaré para que la busquen. Entretanto, el campamento puede enviar grupos de búsqueda.

—Diles que nos busquen a nosotros —dijo Blake—. Tenemos mucho combustible. Podemos desengachar los remolques y hacer un buen tiempo. Aunque no lleguemos primero, podemos estrechar la búsqueda.

Lydia examinó a Blake desde el otro lado del cuerpo de Khalid, quien se había recostado en el asiento que quedaba entre ellos dos, y cerrado los ojos.

—Este hombre no está fuera de peligro —dijo—. ¿Quién es esta Linda? ¿Es más importante que él? ¿Quién es para ti?

—No se llama así —dijo Blake, incómodo—. Se llama Ellen Troy. Es inspectora de la Junta Espacial. Está a cargo de la investigación de los asesinatos.

—Sí... Ellen —susurró Khalid—. Le ocurrió algo...

—¿Por qué estaba contigo? —preguntó Lydia.

Él la miró.

—Porque ella creía que los había cometido yo.

Lydia apretó los labios, pero luego, algún nudo de resistencia interna se deshizo. Miró a Blake.

—¿Cómo la encontraremos?

Khalid volvió a buscar en el bolsillo, y sacó su astrolabio miniatura.

—Dios nos guiará.

Intentó sonreír débilmente.

—Su guía inercial ya no funciona, pero con..., las transformaciones de las coordenadas adecuadas..., sigue siendo un astrolabio.

Sparta había seguido al viento durante toda la noche. Fobos se deslizaba hacia el Este mientras el sol ascendía para encontrarse con él. La luna marciana, baja y rápida,

se cruzaba con el Sol más a menudo que la compañera de la Tierra, más grande y más distante, pero raramente había nadie en la estrecha trayectoria de sombra de Fobos, al otro lado de la superficie del planeta, para observar el tránsito.

Mientras Sparta elevaba el avión marciano en la atmósfera cada vez más cálida de la mañana, veía la sombra de Fobos pasando hacia el Norte, una oblicua columna de oscuridad en el cielo reluciente. En el ondulado plano del campo de dunas, abajo, la burbuja de sombra de veintisiete kilómetros de largo se arrastraba hacia el Este como una gigantesca ameba negra.

Pronto, Sparta estuvo al sur y al oeste de la sombra de la luna en movimiento. En ningún momento vio la mancha microscópica en las dunas que era el camión marciano, y los ocupantes del camión no vieron el avión que transportaba a la mujer a la que ellos esperaban rescatar.

Durante todo el día, Lydia condujo rápida y fácilmente a través de las dunas sin caminos, dirigiendo el tractor hacia donde Khalid había especificado, a través de un sinuoso sendero que evitaba las cimas más agudas pero, donde no había más alternativa, hundíase sin vacilar en las faldas en sombras. Desprovisto de sus remolques cargados, el gran tractor era un vehículo ágil para circular por las dunas.

Khalid, recuperado gracias al agua, la comida y el aire limpio, dormía en el compartimiento dormitorio. Lydia no le oyó hasta casi el anochecer. De repente, Khalid asomó la cabeza por las cortinas de encaje y le pidió que detuviera el camión.

—Es la hora de rezar —les dijo.

Lydia, notablemente fresca y alerta, o quizá sólo por efecto de la cafeína —ya estaba preparando un nuevo depósito bajo la consola—, observó desde la cabina cómo Khalid se alejaba cincuenta metros entre las dunas, extendía un cuadrado de tela de polifibra ligera sobre la arena, y se arrodillaba para postrarse en la dirección aproximada de una Meca invisible. El viento levantaba la tela alrededor de sus rodillas y le arrojaba oleadas de polvo a la espalda encorvada.

—¿Cómo puedes aguantar? —preguntó Blake, ronco.

Legañoso y entumecido, Blake se despertó al otro lado de la cabina, en un arnés, donde había descabezado un sueño. Miró a través de la burbuja de plástico hacia Khalid, que seguía inclinado sobre la arena.

—Si alguno de vosotros pudiera conducir, yo no *tendría* que aguantar. Mientras, el cambio de rutina me mantiene despierta. —Señaló con la cabeza hacia Khalid—. Al parecer, se toma muy en serio su religión.

—Siempre lo ha hecho, desde que le conozco.

—¿Hace mucho tiempo?

—Teníamos nueve años.

—Parece que le caes bien —dijo ella.

—Él me cae bien a mí —dijo Blake.

—Entonces, ¿cómo es que esta amiga mutua cree que es un asesino?

—Ella espera que no sea cierto. Yo también.

—Tal vez no conozca a Khalid tan bien como vosotros dos, pero hace ya algunos años que le veo por aquí, y no puedo imaginarme al muy serio doctor Sayeed matando

a nadie. No a sangre fría, al menos.

—Yo tampoco. Pero, como tú dices, es un hombre religioso. Y la religión puede adoptar formas extrañas. Y hacer que la gente haga cosas extrañas.

—Si lo hizo, ¿por qué ahora intenta salvarle la vida?

Blake meditó antes de decir:

—Ya veremos si está viva.

—¿Quieres un poco de café?

—Gracias. —Cogió la humeante taza que ella le ofrecía—. ¿Quién crees tú que les mató, Lydia?

—Lo preguntas de una manera que parece que no crees que me interese mucho saberlo. Bueno, sí me interesa.

—Te has mostrado muy fría.

—¿Sí? —Le miró por encima del jarro de café—. Contigo, quizá. —Khalid había respondido por Blake, y Lydia había tenido tiempo de pensar en lo que aquello significaba. Tomó unos sorbos de café antes de empezar a hablar.

—Dare y yo vinimos aquí con el primer grupo de regulares, las primeras personas que realmente se instalaron aquí. Ninguno de los exploradores y científicos que habían venido antes que nosotros había permanecido más de unos meses. Éramos unos brutos, como casi todos los demás; trabajamos en pozos de prospección en todas las regiones de hielo permanente, ayudamos a elaborar el mapa hidrológico de Marte. Y ayudamos a construir Lab City.

«Maldecíamos y peleábamos y nos emborrachábamos mucho, los primeros años. Todo el mundo lo hacía. Así que Dare y yo tardamos un tiempo en darnos cuenta de que estábamos enamorados. No hay muchas parejas entre veteranos. Solía haber muchos más hombres que mujeres, y muchas mujeres se liaban con algún tipo que no les gustaba demasiado, sólo para mantener alejados a otros muchos que no les gustaban en absoluto. Cuando, más adelante, vino más gente, la mayoría de las primeras parejas rompió. Algunas mujeres descubrieron que preferían la libertad.

—¿Marte no tiene nativos?

—En el último recuento, había veintitrés niños nacidos en Marte —respondió Lydia—. No es precisamente una explosión demográfica, y ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Diez años? No digo que no haya buenos matrimonios, buenas parejas, sino que son raros. Pero también lo son los celos.

—¿Los celos son raros? No es ésa la impresión que yo tengo. Los tipos del «Aparca» parecían dispuestos a cortarme la cabeza si miraba a alguna mujer.

—Tú no eres de los nuestros —dijo Lydia, simplemente—. Los extraños tienen que mirar por dónde pisan. Y lo mismo ocurre con las mujeres. Además, todos nosotros creíamos que eras un soplón.

—¿Todos vosotros?

—Todos los del «Aparca» pensaban que causarías problemas, aun cuando no estaban seguros de qué clase. Tampoco nos equivocamos.

—No estoy admitiendo nada. —Señaló con la cabeza hacia Khalid, quien se había puesto de pie y se dirigía hacia la cabina—. Al menos, no delante de un testigo.

Lydia sonrió.

—Yo tampoco lo haría. No te pagan lo suficiente para cubrir el daño que hiciste.

La voz de Khalid sonó a través de los intercomunicadores del traje.
—Parece que tenéis una conversación animada, a pesar de ser tan tarde.
Esperó fuera del camión mientras Lydia bombeaba el aire.
—Hablábamos de una explosión que hubo en el depósito de combustible del parque móvil, hace un par de días —dijo Lydia—. Destruyó algunos vehículos.
—¿Ah, sí?
Blake veía a Khalid fuera de la cabina, mirándole con malicia a través de la placa frontal de su casco. Blake se aclaró la garganta.
—Al parecer, existe la extraña idea de que yo tuve algo que ver con ello.
La puerta de la cabina se abrió en el lado de Blake, y Khalid subió al vehículo pasando con cuidado por delante de aquél.
Al instalarse en el arnés, Khalid sonrió, reluciente la blanca dentadura en el rostro oscuro.
—¿Te acuerdas, Blake, de lo que nos divertimos aquel verano en Arizona, manchándonos la cara con betún para zapatos y haciendo estallar cosas?
—No aburramos a Lydia con historias de nuestra época de escolares, amigo —dijo Blake.
—No me aburre en absoluto —dijo ella.
—Te daremos los detalles horribles, más tarde.
Dentro de su cascó, Blake había enrojecido de vergüenza.
Los tres se quedaron sin saber qué decir. Lydia puso en marcha las grandes turbinas y los motores de las orugas. El camión empezó a rodar.
Khalid tosió y dijo:
—No pretendía interrumpir...
—Sí, por favor, Lydia, termina lo que estabas diciendo —dijo Blake—. Referente a lo que ocurrió...
Cuando Blake volvió a quedarse callado, Khalid le miró con aire interrogativo.
—...la noche en que robaron la placa.
Lydia miró a Khalid.
—Decía que Dare y yo estábamos enamorados. Eso era bastante evidente para todo el mundo, ¿verdad, Khalid?
Él asintió con la cabeza, juiciosamente.
Pero ella captó su reticencia, su vacilación.
—Está bien. Quizá no era tan evidente. La verdad es que yo siempre le amé más de lo que él me amaba a mí —dijo—. Él era un tipo independiente, una persona solitaria, y yo le conocía lo suficiente como para saber que lo único que podía hacer era poner un parche donde le dolía. —Calló, para elegir sus palabras—. Yo me resignaba a que él no me necesitara. Pero en la última semana, más o menos, antes de..., de que le asesinaran..., fue distinto. Él empezó a evitar a todo el mundo. Siempre estaba nervioso. Yo me lo tomé como algo personal. Porque me sentía insegura, supongo. Sea como fuere, sabía que él se quedaba a trabajar hasta muy tarde (lo había hecho cada noche desde que apareció ese Morland), así que fui a verle al trabajo. Supongo que tenía la estúpida idea de que iba a darle un ultimátum. Como si alguno de los dos pudiera elegir...
Esta vez permaneció en silencio durante un lapso más largo de tiempo. Entretanto,

la presión del aire de cabina volvía a ser la normal de la Tierra. Lydia abrió la placa frontal de su casco, y los hombres hicieron lo mismo. Como no reanudaba su historia, Blake, finalmente, rompió el silencio.

—¿Qué ocurrió?

—Dare no quiso hablar. Se disculpó por la manera en que se había comportado, dijo que hablaría conmigo más tarde, pero que en aquel momento no podía. Pasaba algo con el otro tipo, Morland. Me habló como si pasara algo con ese tipo. Sea lo que fuere, prácticamente me echó.

—¿Y tú te fuiste?

—Claro, ¿qué iba a hacer? Me cerré el traje y salí al exterior. Estuve un rato dando vueltas por los alrededores del Ayuntamiento, pero no pude ver a Dare dentro.

Miró a Khalid y estuvo a punto de decir algo, pero cambió de idea. ¿Sabía él que le había visto aquella noche, en aquel momento?

Lydia suspiró.

—Bueno, me encaminé al puerto y bebí mucha cerveza en el «Aparca». Hacía una media hora que me encontraba allí, cuando alguien me dio la noticia.

—¿Recuerdas qué tenía Dare Chin contra Morland?

—No. No me lo dijo. —Miró hacia las dunas iluminadas por el sol poniente—. Será mejor que me concentre en conducir.

Blake asintió con la cabeza. Las turbinas aumentaron otra octava su tono, y el camión dio un salto hacia delante.

Khalid se volvió hacia Blake con aire pensativo.

—¿Sabes alguna cosa de ese tal Morland?

—Nada, sólo el resumen oficial. Ni siquiera sé qué aspecto tenía.

—Era una persona desagradable. Arrogante e insincero. Le gustaba la vida de la buena sociedad. Un gran bebedor.

—¿No hablas con prejuicios, Khalid?

—Me conoces bien. No tengo ninguna objeción que hacer al uso moderado del alcohol, aunque yo no lo beba. Sin embargo, Morland era adicto. Y algo más, amigo mío...

—¿Sí?

—No estoy convencido de que Morland fuera realmente el experto en la Cultura X que pretendiera ser. Interpretaba su papel con gran brillantez... De hecho, exageraba un poco.

—¿Su papel?

—El papel de un típico xenoarqueólogo preocupado por la preservación de los tesoros naturales de Marte. No obstante, cuando yo hacía referencia a algún hallazgo específico, algo que no tenía relación directa con la placa marciana, sus respuestas eran vagas.

—¿Crees que no era xenoarqueólogo?

—Era arqueólogo, pero su interés por la Cultura X era superficial. O, al menos, eso me parecía a mí.

—Quizá se trataba de un interés nuevo para él.

—Quizá —dijo Khalid—. ¿Sabes qué fue lo que le mató?

—Claro, es de dominio público, ¿no? Le dispararon.

—¿Con qué?

—Con una pistola de tiro al blanco, una veintidós.

—¿Sabías que Morland se jactaba de ser un excelente tirador de pistola?

—Interesante. ¿Lo sabe Ellen?

—Nuestra conversación fue interrumpida... —Khalid hizo una pausa y cambió repentinamente de tema—. ¿A qué distancia estamos de la zona a la que nos dirigimos? —preguntó a Lydia.

—Por la posición estimada que nos has dado, faltan aún cincuenta kilómetros —respondió ella—. Puedes verlo en las pantallas.

—Ya hace dos días que está allí —dijo Blake.

—No le habrá pasado nada, Blake —dijo Khalid.

—Ojalá yo fuera tan optimista como tú.

—Si ha recobrado el conocimiento, estará bien.

Tal vez, realmente estaba bien. Pero ellos no lo sabrían.

A la luz de la luna, Blake y Khalid permanecieron de pie en la depresión formada entre los dos conos de la lava. El viento había sido ligero durante todo el día. Las huellas de Sparta, y las señales donde habían estado las alas y el fuselaje, todavía eran visibles en la ceniza espolvoreada de polvo.

—Es una persona ingeniosa —dijo Khalid.

—Y afortunada también —añadió Blake.

—Estoy segura de que se pondrá a salvo.

Evitaron mirarse mientras regresaban pesadamente al tractor. Lydia había dejado las turbinas en funcionamiento.

Cuarta parte

EL ÚLTIMO CHIP DE PROTT

14

Mediodía en Labyrinth City. El sol estaba alto, y el viento era fuerte y procedente del Oeste.

El avión marciano perdido, navegaba con elegancia y besaba la arenosa pista. Rodó unos metros hasta detenerse frente al hangar del Proyecto de Formación de Tierra. Al cabo de unos instantes, la tripulación de tierra, con traje presurizado, se agrupaba a su alrededor. Sparta señaló y negó con la cabeza para indicar que no tenía comunicación por radio. Las puertas exteriores del hangar se abrieron lentamente y la tripulación arrastró el avión para alejarlo del viento.

Una vez dentro, Sparta bajó de la cabina y cruzó el hangar corriendo a grandes pasos. En la cámara intermedia de la sala de preparación, se abrió la placa frontal del casco.

—Khalid está en algún lugar del desierto —dijo a la asombrada oficial de operaciones que estaba detrás del mostrador—. Tenemos que salir a buscarle; hace más de tres días que está fuera. Les mostraré dónde dejó el avión.

—El doctor Sayeed se encuentra a salvo, inspectora —replicó la oficial de operaciones—. Le recogió ayer un camión marciano que se dirigía hacia la cabeza de la cañería. Nos ha contado lo ocurrido.

—O sea, que encontró ayuda —murmuró Sparta.

—Los del camión fueron a buscarla a usted, pero ya se había marchado.

Sparta se quitó el casco.

—Francamente, no creí que pudiera conseguirlo.

—Usted hizo lo que tenía que hacer. Pero si tuviéramos costumbre de repartir medallas, Khalid obtendría una. Daremos una fiesta en su honor cuando regrese. —La mujer sonrió a Sparta—. Está usted invitada.

—Gracias. Acepto con gusto.

La oficial había estado examinando a Sparta con gran atención.

—Hemos oído contar muchas historias acerca de la suerte que usted tiene, inspectora Troy. Lo que usted ha hecho, la mayoría de nosotros habríamos dicho que era imposible: más de dos mil kilómetros sin holograma, sin comunicación por radio. Sin una brújula siquiera..., y tres días atrás, nunca había volado en uno de esos aparatos.

Sparta se encogió de hombros.

—Tengo habilidad con las máquinas —dijo con aspereza.

—También para la navegación.

—No, es sólo que tengo buena memoria. Las dos últimas semanas estuve estudiando mapas de Marte.

—Yo he estudiado mapas de Marte casi toda mi vida. Y no habría podido hacer lo que usted ha hecho.

—No se subestime —dijo Sparta irritada—. Es sorprendente lo que se puede hacer cuando no hay más remedio. Mire a Khalid. —Jugueteaba nerviosamente con las correas de su traje—. Bueno..., tengo un asunto urgente que atender. ¿Me necesitan aquí?

Un secretario que había estado mirándola fijamente con admiración sobrecogida, ahora, de repente, soltó una carcajada. La oficial de operaciones sonrió y señaló hacia una pantalla plana.

—¿Ve todos esos vacíos en el informe del incidente? Si la dejo marchar antes de llenarlos, lo más probable es que me arresten a mí.

Sparta sonrió.

—Está bien.

Las puertas a presión habían funcionado constantemente; la oficina del hangar estaba llena de mecánicos, y otros hombres y mujeres pertenecientes a la tripulación de tierra que estaban ansiosos por ver a la mujer con más suerte de tres planetas.

—¿Cuál es la evaluación de los daños? —le preguntó la oficial de operaciones a uno de los hombres que acababan de entrar.

—Todos los sistemas electrónicos desprotegidos están inutilizados, como informó el doctor Sayeed —respondió el hombre—. Nunca había visto nada semejante.

—El doctor Sayeed afirmó que encontró algo en el piloto automático —dijo la oficial de operaciones a Sparta—. Una esfera de acero de unos treinta milímetros de diámetro. Se la llevó consigo.

—Es una bomba de impulso —dijo Sparta.

—¿Qué es una bomba de impulso?

—Un dispositivo muy caro, diseñado para hacer exactamente lo que ése hizo: destruir la microcircuitería. Alguien quería que el avión desapareciera de las pantallas, que se perdiera en el desierto y nunca más volviera a ser visto.

«Y ese alguien sabía cómo estoy hecha y quería provocarme un grave dolor de vientre», pensó; pero no lo dijo.

—O sea, en esta línea donde dice «causa del incidente»..., ¿qué ponemos? ¿Sabotaje?

—Sí.

—El señor Prott hace dos días que intenta ponerse en contacto con usted —dijo el joven de la recepción del hotel, sin aliento.

—¿De veras? —A Sparta le pareció un poco extraño—. He estado fuera.

—Espere que cene usted con él. ¿Quizás esta noche?

Sparta también necesitaba ver a Prott, pero, ¿cenar juntos? Se le revolvió el estómago. El fuego de su vientre se había apaciguado, pero no estaba apagado.

—Sí. Esta noche me va bien.

—¿A las seis y media? El señor Prott se reunirá con usted en el «Salón Phoenix» para tomar un aperitivo.

Sparta estaba demasiado cansada para discutir. Lo que necesitaba, sobre todo, era

dormir.

—De acuerdo.

Sparta corrió las cortinas y apagó las luces. Se quitó el traje presurizado y toda la ropa, y cayó de bruces sobre la blanda cama. Al cabo de unos segundos estaba inconsciente.

Dos horas más tarde se obligó a despertarse. Aturdida, se puso uno de sus dos atuendos de civil. Pero no suavizaban su aspecto. Aunque tenía que acudir a la batalla con una armadura auténtica (la malla amarilla que proporcionaba la Junta Espacial para el caso de una pelea con fuego), los lisos pantalones negros, la ajustada camiseta negra y la túnica blanca brillante, de cuello alto, eran una armadura suficiente para el mundo social; emitían un mensaje claro: *noli me tangere.*

Al cerrar la cremallera de su túnica, volvió a sentir aquel fuego bajo el esternón, tan fuerte que lanzó un grito y se desplomó sobre la cama. Al cabo de medio minuto, comprendió que no podía pasar por alto el persistente ataque. Se inclinó y cogió el intercomunicador de la mesilla de noche.

—Necesito hablar con alguien del hospital.

Las estructuras rotas de su abdomen la estaban envenenando. A pesar del riesgo que corría su seguridad, necesitaba ayuda externa.

—¿Dice que le sustituyeron tejidos por causa de un trauma?

El doctor contemplaba una reproducción gráfica tridimensional de las entrañas de Sparta, y concentraba su atención en las densas capas de materia extraña extendida bajo el diagrama.

—Es lo que le he dicho.

Sparta había pasado mucho tiempo en clínicas y hospitales, y aunque no eran cámaras de tortura como habían sido un siglo atrás, los odiaba.

—¿Qué clase de trauma?

—Sufrí un accidente de bicicleta hace diez años, cuando tenía dieciséis. Un conductor borracho me atropelló.

—¿Se perforó el abdomen?

—No lo sé. Lo único que sé con seguridad es que algunas costillas quedaron aplastadas.

—Sí. Hay una grapa grande en el esternón. No es exactamente un trabajo elegante, pero al menos no se ve.

Sparta gruñó. Quizás ella no era la paciente más amable que un médico pudiera desear tener, pero ese joven médico tenía que aprender a tener tacto con los enfermos. En cuanto a la grapa de su esternón, era bastante elegante, considerando que en realidad se trataba de un oscilador de microondas.

—Bueno, no sé qué demonios pretendía esa gente, pero fuera lo que fuese, no fue una idea tan brillante —dijo el médico—. Esto se está deteriorando. Su pH es tan bajo, que prácticamente no existe..., no me extraña que se queje de dolores de estómago.

—¿Qué puede hacer?

—Lo mejor sería suprimirlo. Lo podemos sustituir por modernos injertos de tejido. Si realmente los necesita. Lo más probable es que no. Me parece que las estructuras abdominales ya se han curado. De hecho, parece usted en muy buena forma, salvo por esta materia extraña de aquí.

—Nada de operaciones —dijo ella—. No tengo tiempo.

—Yo le digo lo que tendrá que afrontar tarde o temprano. Por ahora, podemos hacerle implantaciones locales para equilibrar el pH.

—Bien, hagámoslo.

—Pero quiero que vuelva aquí dentro de dos días. Tiene un interior complejo. No me siento cómodo dejándolo tal como está.

—Lo que usted diga.

Insertar las implantaciones subcutáneas llevó diez minutos. Cuando estuvo hecho, Sparta se estremeció mientras se abrochaba la túnica. Se apretó al torso la cubierta plástica de su chaqueta, y abandonó la clínica sintiendo un ataque irracional de soledad.

¿Irracional, o simplemente sumergido? Mientras caminaba por el ancho tubo de presión, de cristal verde, que llevaba al hotel, trató de hacer aflorar a la consciencia un pensamiento, un sentimiento que jugueteaba en el borde de su mente.

No cabía duda de que las baterías de polímeros implantadas estaban rotas; había podido interpretar la exploración que le habían hecho con menos confusión que el médico, quien no conocía lo que estaba viendo. Las estructuras no eran de tejido natural; no se curarían por sí solas; hacía tiempo que estaban muertas, mucho tiempo. Nunca habían estado verdaderamente vivas.

Debería hacerse quitar aquello, como el médico había dicho. Esas pegajosas implantaciones de baterías eran parte de lo que más odiaba de todo lo que le habían hecho; eran parte de lo que la hacía distinta de los demás humanos, prisionera de lo que otros habían querido hacer con su cuerpo.

Pero últimamente, había comenzado a dominar el poder secreto que le otorgaron, la capacidad de emitir radioseñales dentro de una amplia banda de frecuencias, que podía utilizar —entre otras cosas—, para controlar maquinaria remota. Acción a distancia. Una parte de ella no quería extraer las baterías sino repararlas, sustituirlas.

Sintió desasosiego al reconocer esta tentación —en lugar de resentimiento, un deseo— de ser más que humana. Una parte de ella, ansiosa de poder, no deseaba renunciar a la capacidad de mandar sobre el mundo material mediante el simple pensamiento.

Pero, ¿a costa de su propia humanidad?

Ahora no era el momento de pensar en ello. Se apretó la armadura de plástico al cuerpo, y aceleró el paso dirigiéndose hacia el hotel.

—¿El señor Prott? Me temo que todavía no ha llegado. Con mucho gusto la acompañaré a su mesa.

Sparta echó un vistazo al lugar. La pared del fondo era de vidrio templado y daba al Laberinto, cuya vista sublime quedaba estropeada por los reflejos. A la derecha había una larga barra de vidrio y mesas del mismo material, que iluminaban a los

clientes en verde, desde abajo. A la izquierda, en una esquina y bajo unos focos, una mujer con el cabello negro y tieso estaba sentada ante un teclado de sintecordio, tarareando viejas canciones con voz ronca. Era la encantadora Kathy.

—De acuerdo —dijo Sparta.

El camarero la acompañó hasta una mesa para dos, con buena visión del escenario y el espectáculo. Cuando le preguntó qué quería beber, ella respondió que agua.

Sparta soportó las miradas curiosas y frías de los otros clientes, mientras esperaba a Prott. Aproximadamente cada dos minutos, el camarero reaparecería preguntándole si deseaba alguna otra cosa. ¿Una copa? ¿Un vaso de vino? ¿Otro vaso de agua, quizá? ¿Le gustaría ver la bandeja de entremeses? ¿Nada, Mademoiselle? ¿Está segura? Claro...

Transcurrieron diez minutos así, y cuando el camarero volvió a acercarse, Sparta le pidió un teléfono. El camarero se lo trajo y Sparta marcó el número de la oficina de Prott.

Contestó el robot de Prott, y se ofreció a tomar el mensaje. Sparta colgó. Después, marcó el número de la habitación de Prott, en el hotel. Respondió otra máquina grabadora. Sparta volvió a colgar.

Prott no era de los que pondrían en ridículo a un huésped. Eso sería perjudicial para la imagen del hotel. Si Prott era el ambicioso director mediano, ligeramente paranoico, que aparentaba ser, mostrarse desagradable sería lo último que desearía para con alguien que se hallara cerca de él.

—Discúlpeme, he olvidado algo en mi habitación. Cuando llegue el señor Prott, haga el favor de decirle que regresaré dentro de unos minutos.

—Por supuesto, Mademoiselle.

El camarero que recibió este recado hizo una profunda reverencia. A Sparta no se le pasó por alto el risueño desprecio que había tras su máscara de impasibilidad.

Sparta pasó la puerta sencilla de la oficina exterior de Prott en el tiempo que tardó en percibir sus campos magnéticos.

No encendió la luz. La pantalla plana que había sobre el escritorio del ayudante aún relucía débilmente, cálida por los infrarrojos, tras haber estado encendida todo el día. Ningún ojo humano lo habría notado, pero Sparta leyó fácilmente la última imagen. Nada de interés, sólo una lista rutinaria de habitaciones y reservas. Ya había registrado el ordenador del hotel, del cual éste era una terminal.

Nadie había estado en la habitación desde hacía media hora o más. No había huellas relucientes en el suelo ni en las paredes.

Sparta aguzó el oído...

Los conductos del aire y las paredes sólidas le transmitían las murmuraciones y quejas del personal del hotel, los murmullos, gritos y la aburrida conversación de sus huéspedes, los ruidos de sus entrañas mecánicas, Sparta oía claramente el susurro del viento que soplaba fuera.

Olisqueó el aire, y analizó los indicios químicos que permanecían en él: los más fuertes eran de alcohol y del perfume de la colonia de Prott, pero a través de las aberturas de ventilación le llegaba el olor a grasa de la cocina, café quemado,

germicida, jabón, fluido limpiador, licores rancios, humo de tabaco..., la esencia concentrada del hotel.

Y mezclada con todo ello, débil, una esencia más sutil. Algo quería aflorar a su consciencia; una presencia, distante pero amenazadora...

Sparta fue a la puerta de la oficina interior de Prott. La cerradura parecía ser del tipo magnético corriente, con un teclado alfanumérico idéntico al de la cerradura de la oficina exterior. Pero el teclado era falso; en realidad, la cerradura funcionaba con las huellas dactilares del programador de éste, en infrarrojos. Sólo una pauta precisa de surcos calientes y fríos, pertenecientes a las huellas dactilares de él, abrirían la cerradura.

Sparta no tenía las huellas dactilares de Prott grabadas en su memoria, pero tenía los medios para reconstruirlas.

Cada toque humano es único; la piel segrega una mezcla de aceites y ácidos que, en última instancia, depende de la composición genética del individuo, compartida únicamente en el caso de gemelos idénticos u otros clones. Los sentidos del tacto y el olfato de Sparta, combinados con los procesos de sus estructuras neurales artificiales, analizaron las huellas dactilares de Prott y produjeron un mapa mental de las espirales de su más reciente toque de las teclas: dos dedos y el costado de un pulgar.

Reproducir las huellas era complicado. Requería calor, precisión y rapidez. Ningún humano podía empuñar una herramienta con la precisión requerida para dibujar la huella dactilar de otro humano a escala exacta, pero Sparta no era del todo humana. El denso ojo interno que tenía bajo la frente, era órdenes de magnitud más capaces que los ordenadores de control de los robots industriales más sofisticados.

Y para obtener calor, sólo necesitaba su propia mano alrededor de un sujetapapeles de acero. Calentándolo con la palma de la mano, utilizó la curva del sujetapapeles como aguja para reproducir las huellas latentes de Prott con exactitud litográfica, colocando, después, las copias rápidamente sobre los originales. Luego, una presión suave...

La cerradura se abrió. La puerta de la oficina interior de Prott se abrió lentamente. Sparta cruzó el umbral. La presión desde la oficina interna hacia la externa era positiva, y Sparta sintió la fresca corriente de aire. El cuero cabelludo se le erizó.

Entró en el despacho. La puerta de cierre automático se cerró lentamente detrás de Sparta.

Sparta no necesitó sus facultades analíticas intensificadas para detectar la diferencia en la atmósfera; cualquiera que hubiera estado alguna vez cerca de un matadero lo habría notado. Cualquiera que hubiera estado en una galería de tiro, habría reconocido el olor a pólvora quemada.

El cuerpo de Prott se hallaba en el suelo, detrás de su escritorio. Llevaba muerto quizá media hora. El calor hacía rato que había desaparecido de sus miembros, dejándolos azules en la oscuridad, pero Sparta era capaz de ver todavía el brillo en el interior de su cabeza y torso.

Sparta se arrodilló con cuidado junto al cuerpo, sin tocarlo pero respirando profundamente, mirando, escuchando...

Cuando le mataron estaba sentado en el sillón de detrás del escritorio, el cual había caído hacia atrás y hacia un lado. Había un agujero limpio centrado sobre sus

ojos, y otro mucho mayor en la parte posterior del cráneo.

La cabeza de Prott estaba torcida a un lado, sobre un charco de sangre que se estaba coagulando encima de la alfombra industrial azul. La expresión de su cara no podía interpretarse, pues la bala había provocado un reflejo que dejó al infortunado Prott, tan cuidadoso con su aspecto, bizco.

Sparta levantó la vista. Había un agujero en la pared de piedra arenisca de detrás del escritorio de Prott. La piedra pulida estaba salpicada de sangre que empezaba a secarse, a la altura de la cabeza de un hombre sentado.

Se levantó y se acercó al agujero de la pared. Concentrándose en él, pudo ver unos puntos microscópicos de metal suave que relucían en la matriz de la roca. La bala no se había incrustado, sino que había caído al suelo de donde el asesino la había recogido, pues de otro modo a Sparta no le habría costado encontrarla. El débil olor a cromo y plomo oxidados, escribió sus fórmulas simples en la pantalla de la consciencia de Sparta.

Sparta fue hasta la puerta y encendió la luz. Unos candelabros de pared, cerca del techo, proporcionaban una suave iluminación amarillenta.

El despacho de Prott era grande y lujoso, decorado con muebles de cuero oscuro —un sofá grande como una cama, mullidos sillones—, con mesitas auxiliares hechas de bloques de basalto pulidos. En una esquina, en el suelo, un gran jarrón de alabastro contenía un arreglo de plantas secas importadas. Sólo había un cuadro, un soso óleo en colores desaturados, que lograba no parecer nada. Quizás era un paisaje.

La habitación no sugería una personalidad real; la decoración era muy costosa, diseño industrial monótono hecho por la misma firma que se había encargado del interior del hotel. Los libros y chips que se veían se limitaban a publicaciones profesionales, biografías de empresarios de éxito, tratados sobre dirección de empresas...

En la pared de piedras, cerca del sofá, había una licorera, llena de botellas de cristal marrón, rojo y verde. Ninguna de ellas parecía haber sido abierta recientemente. Los vasos de cristal que estaban al lado de aquéllas, mostraban una fina capa de polvo; cuando Sparta miró más de cerca, no vio huellas dactilares recientes. Prott estaba preparado para recibir visitas, pero al parecer no había tenido esa oportunidad en los últimos días.

Sparta recorrió la habitación con la mirada, la «sintió». Tampoco poseía ningún rasgo característico.

Todavía tenía que iniciar una búsqueda seria de pistas de la identidad del asesino. Lo que realmente le preocupaba era que no conocía la identidad real de la víctima.

Tenía los informes que le habían sido emitidos mientras se dirigía hacia Marte, claro, pero igual que el despacho de Prott, eran estériles: el resumen aséptico de la ascensión de un director mediocre por las filas de una cadena de hoteles interplanetarios.

Muy cómodo. Y muy frustrante. El hombre que yacía muerto sobre el suelo alfombrado, seguramente era un competente director de hotel, pero también, según el testimonio de la Policía local, era un libertino y un experto tirador de pistola. La opinión de Sparta, por lo que podía percibir de él, era que se trataba de un hombre al borde de una crisis psicótica.

Sin embargo, su resumen dibujaba la suave curva de una carrera más bien mediocre e intachable.

No existía semejante Wofgang Prott. No el Wolfgang Prott del expediente.

Sparta se acercó a la pequeña pantalla del escritorio de Prott. De debajo de las uñas de la joven, aparecieron unas púas hechas con un injerto de polímeros, como zarpas de gato; las insertó directamente en los accesos de entrada y salida, como si insertara llaves maestras en una antigua cerradura.

Pero, al igual que el aparato del escritorio de su secretario, la máquina de Prott no era más que una terminal del ordenador central del hotel. Segundos después, Sparta había averiguado todo lo que la pantalla le podía ofrecer, es decir, nada.

El escritorio de Prott tenía cajones cerrados con las tarjetas de identificación corrientes. Las púas de Sparta se introdujeron en la ranura, y los cajones se abrieron de golpe. Dentro, además de la parafernalia de costumbre —objetos de escritorio, chinchetas, gomas, plumas—, había una serie de tarjetas «RAM» cuidadosamente clasificadas.

Después de introducir un bloqueo para impedir las comunicaciones externas, Sparta utilizó la propia terminal de Prott para leer las tarjetas, de una en una; tardó más tiempo en cargarlas y descargarlas que en leerlas. Una vez más, Sparta quedó impresionada por la insustancialidad del entorno de Prott. El contenido de las tarjetas que estaban encerradas en aquellos cajones, se referían únicamente a cuestiones de negocios: directorios de teléfonos, expedientes del personal, registros del crédito de los huéspedes del hotel, su situación financiera personal. Por lo visto, sus empleados y huéspedes eran seres humanos ordinarios y falibles. Los únicos ingresos personales de Prott visibles procedían de su salario, y había invertido lo que podía permitirse, obteniendo sólo un éxito relativo.

Para ser un psicótico incierto, Prott había sido un hombre notablemente discreto y bien organizado. Incluso un buen hombre. No había querido que los detalles de la vida privada de sus empleados estuvieran guardados en el ordenador central, donde cualquier empleado charlatán podría difundir rumores acerca de los productos químicos que tomaban cada uno, quién se acostaba con quién, quién debía dinero a quién, y por tanto, había guardado éstos y otros asuntos delicados, en otros chips que guardaba encerrados en su escritorio.

Sparta casi le respetaba por eso, aunque ello aumentó sus sospechas. Esas fichas no revelaban nada de Prott ni de nadie que estuviera asociado con él.

Tenía que haber más. Oculto, no en su despacho, sino en sus habitaciones particulares, quizá. Pero éstas eran visitadas a diario por las doncellas, y eran accesibles a cualquier huésped decidido del hotel; sería un lugar mucho menos seguro que el despacho interior, donde incluso los vasos sin usar del bar testificaban que jamás entraba nadie, salvo el ayudante y el portero.

No, tenía que ser allí. El asesino de Prott no había utilizado la fuerza para entrar, ni había entrado a escondidas; la cerradura no había sido limpiada, y en ella sólo había huellas de Prott. El asesino había entrado por una puerta abierta, había efectuado el trabajo sin tocar nada, y después se había marchado y dejado que la puerta se cerrara.

Ahora, Sparta se movió con más rapidez, registrando la habitación con todos sus sentidos aumentados. No había nada escondido en los jarrones decorativos, ninguna

caja de caudales detrás del cuadro, nada en los rincones del sofá de cuero, ningún hueco bajo la alfombra. Pero una sección de la pared de piedra arenisca con dibujos, al lado del escritorio de Prott, estaba llena de aceites y ácidos del tacto de éste.

Un rayo láser había trazado con cuidado una curva irregular alrededor de los cristales de hierro radiales que formaban uno de los «dibujos» de la piedra. La fina placa de roca resultante, cubría una cavidad poco profunda en el revestimiento de la pared. Sparta tuvo que manipular durante un momento la placa de extraña forma antes de poder sacarla: el truco consistía en presionar una esquina inferior y dejar que la placa le cayera en la mano.

En la cavidad había dos objetos: una grabadora de microchips y una pistola.

La pistola era de calibre «22», una pistola de tiro al blanco, de cañón largo, que no había sido limpiada después de usarla por última vez. Olía a propulsante rancio y a óxido de uranio.

Sparta se acercó a ella, la observó microscópicamente y la olió. Prott la había manejado, pero no recientemente. Menos reciente eran otras signaturas químicas, dos de ellas pronunciadas. Una no la conocía. La otra no podía creerlo, no quería creerlo...

Se inclinó sobre el chip. La signatura de Prott aquí, era fresca, como sus huellas dactilares en la cerradura de la puerta. Había grabado el chip poco antes de que le mataran.

Lo puso en la terminal del escritorio de Prott. Dejó salir sus púas y las insertó en los accesos, y después quedó en trance y absorbió el contenido del último chip de Prott.

15

Aquí la grabación, sintetizada en la voz de Wolfgang Prott.

«Si es usted lo que me imagino que es, inspectora, habrá encontrado esto: el arma que mató a Morland y a Chin, y el relato de un testigo de la escena unos segundos después de que les asesinaran.

»Espero que no encuentre estas cosas. No tendrán motivo para buscarlas a menos que yo, en persona, no se las haya dado. En ese caso, probablemente será porque esté muerto. Esto no es una posibilidad remota, por lo que tomo la precaución de grabar esto.

»Usted y yo tenemos el mismo enemigo. Me refiero a los *prophetae* del Espíritu Libre. Ellos le hicieron esas cosas que yo no entiendo del todo, esas cosas que le dan «tan buena suerte», y le habrán permitido encontrar mi escondrijo y este documento. A causa de esas mismas personas —no a través de medios directos, sino por necesidad —, me he convertido yo en lo que soy. No, no me disculparé por mi personalidad enfermiza; al fin y al cabo, he trabajado durante décadas para perfeccionarla.

»Oh, sí, realmente soy el odioso hotelero que parezco; el resumen de mi carrera mediocre es bastante exacto. Pero en mis horas libres, practico una..., llamémosle afición. No me refiero sólo a perseguir a las mujeres, aunque hago todo lo posible por dar esa impresión. Y, al parecer, lo consigo.

»Mi principal..., interés..., ha sido prohibir el comercio ilegal de fósiles y artefactos en Marte. Cuando llegué aquí, hace un año, este hotel que dirijo era un nexo para el contrabando. Ahora ya no.

»El contrabando todavía existe en Marte, claro está. ¿Cómo no iba a existir? Personas, por lo demás respetables (directores de museo y gente por el estilo), utilizan las excusas egocéntricas y etnocéntricas más extraordinarias para justificar su robo de objetos culturales; o apreciarlos mejor, o exhibirlos con más ventajas que sus propietarios. Pero estos tratos hipócritas ya no se efectúan en el «Hotel Interplanetario» de Marte. Los contrabandistas de Marte tienen que ser mucho más hábiles hoy en día que en la época en que yo llegué.

»Debido a mi interés por estos asuntos, estuve siguiendo la carrera de Dewdney Morland durante varios años antes de venir aquí; en realidad, varios años antes de que él mostrara interés por Marte.

»Morland poseía unas credenciales aparentemente legítimas, y sus antecedentes, aunque mediocres, no parecían más extraños que los de muchos estudiosos. Estudiaban temas que, a los ojos de los no iniciados, eran oscuros y no tenían relación entre sí, pero existía un tema plausible y respetable en sus herramientas utilizadas para darles forma. Sin embargo, fue poco antes de venir a Marte, cuando se interesó por la Cultura X.

»Hay..., había..., más o menos, tan sólo una docena de personas en todo el sistema solar, que afirmaban poseer experiencia en la Cultura X. Quizá fue una desgracia para Morland alardear de que les había conocido ya que él, y todos los demás salvo uno, el profesor Forster, ahora están muertos. Y Morland no era ningún experto.

»La cuestión respecto a Morland, que mucha gente no veía, era que los objetos valiosos solían desaparecer de los lugares en los que él realizaba su investigación. Investigó los huesos catalogados de Cro-magnon en el «Musée de l'Homme» de París. Una semana después de finalizar su trabajo, se descubrió que había desaparecido una colección de valiosas películas etnográficas del siglo veinte. Afortunadamente, no se perdió ninguna información, pues las películas habían sido trasladadas, tiempo atrás, a medios más permanentes, pero los originales en acetato tenían un valor incalculable para los coleccionistas especializados. A la sazón nadie sospechó de Morland, y en realidad jamás se ha probado que existiera ninguna conexión.

»Un año más tarde, Morland trabajaba con artefactos de «Anasazi», en la Universidad de Arizona. Esta vez desapareció de las bóvedas un extraordinario conjunto de cerámica. Aquí sí se perdió una información valiosísima, pero aunque se realizó una amplia investigación, no pudo probarse nada. Dos años más tarde, cuando Morland visitaba Nuevo Beirut, los libaneses perdieron varios objetos únicos de joyería helenística en oro, pertenecientes al «Museo de Antigüedades». En este caso, el valor estético de los objetos superaba a su valor académico pero, no obstante, su pérdida fue muy importante y representó un gran golpe para aquella institución poco conocida.

»Comprenderá usted, sin dificultad, que cuando se roban objetos de esta clase, existen pocas probabilidades de que jamás vuelvan a ser vistos. Para un ladrón, deshacerse de un artefacto previamente desconocido es relativamente fácil, pero intentar vender uno que ya ha sido catalogado, si es bien conocido, invita al arresto inmediato.

»En consecuencia, los ladrones de objetos famosos casi siempre actúan por encargo; los objetos van directamente a los sótanos de los piratas, ricos pero discretos, que financian el trabajo y que disfrutan de ellos en privado.

»En el caso de Dewdney Morland, teníamos a un estudioso de categoría media e ingresos modestos, que tenía acceso a los museos de primera clase. Hay que decir que, ni siquiera frente a esto, era inabordable.

»Las estrictas leyes de la responsabilidad prohíben difundir acusaciones no demostrables, pero los rumores logran llegar a los que tienen que saber. La gente de los museos hablan entre sí, y algunos hablan conmigo. La noticia de que Morland había obtenido permiso para investigar la placa marciana, me puso los pelos de punta. Él nunca había sido tan estúpido como para robar lo que estaba estudiando, pero tal vez sus éxitos le habrían envalentonado.

»La placa marciana no estaba alojada en un museo junto con otros objetos valiosos; si tenía que ser robada, tendría que ser mediante un ataque directo. Yo no tenía nada más que mis sospechas, y no podía compartirlas con las autoridades locales sin delatarme. No obstante, le envié algunas insinuaciones a Darius Chin, anónimamente, y él prosiguió por su cuenta.

»Morland se alojaba en el hotel. Se produjo una lamentable confusión cuando traían su equipaje del puerto de lanzaderas, confusión que me permitió comprobar que no llevaba nada sospechoso, y que sus instrumentos eran exactamente lo que parecían, interferómetros y cosas por el estilo. Pero para compensar el error del hotel, me encargué de que le dieran una habitación mejor que la que tenía reservada, y de que se le diera atención personal muy de cerca.

»Morland no era un hombre agradable. Se mostraba rudo conmigo y con el personal, y trataba a todo el mundo con desprecio. Me resultaba difícil comprender cómo podía trabajar por la noche, pues se pasaba casi todas las tardes bebiendo. En verdad, la noche en que fue asesinado abordó al doctor Sayeed en el vestíbulo, con una actitud tan insultante, que algunos huéspedes se quejaron y el recepcionista le amenazó con echarle.

»Aguantarle era doblemente frustrante, porque parecía que si Morland no era inocente, era extraordinariamente listo. Los dispositivos ilegales que había dejado en su habitación, y que a veces conseguía poner sobre su persona, me informaban fielmente de los lugares adonde iba y de sus conversaciones. No había nada sospechoso en ninguna de sus acciones.

»De mala gana, decidí hacer amistad con ese hombre. Él había dicho que era un excelente tirador. Alardeaba de ello. Supongo que era cazador de ciervos y de otras especies controladas en la Tierra.

»Bueno, disparar es algo que yo practico desde hace años, es una especie de afición. Claro que en Marte no hay nada que cazar, pero el tiro al blanco es un deporte muy popular aquí, y me ofrecí para acompañar a Morland a la sala de tiro del hotel, y

enseñarle a utilizar una pistola. Él se dignó aceptar.

»Me alegré al ver que, como era de suponer, al principio lo hacía mal; no estaba acostumbrado a la pistola, y tampoco lo estaba a la gravedad de Marte. Sus primeros diez o doce tiros no dieron en el blanco. Sin embargo, me sorprendió que hiciera tan rápidos progresos en poco tiempo. Incluso durante nuestra primera sesión, mostró un avance notable.

»Y desde el principio estaba obsesionado por vencerme. Cuando me preguntó si podría prestarle una de mis pistolas —como ve, son piezas bastante mejores que las que están a disposición de los invitados—, no supe negarme. Dijo que tenía intención de pasar las horas diurnas practicando, horas durante las cuales yo trabajaba y él no podía hacerlo.

»Aquel día, Morland no estuvo tan bien como para superar mi marca, pero se acercó mucho. Acordamos que lo repetiríamos y apostaríamos una botella de «Dom Pérignon». Debía de tener mucha confianza; para él, el champaña representaba una apuesta elevada, mientras que yo podía apropiarme de una botella de la bodega del hotel.

»Aquella noche, él y Darius Chin fueron asesinados.

»Yo estuve allí, inspectora.

»Pero, ¡ay!, no a tiempo para impedir las muertes de aquellos dos hombres; mas sí para recoger el arma asesina, la que usted tiene ahora en la mano. Sí, es mi pistola, la que le presté a Morland.

»Ocurrió así: aquella noche, a última hora, tenía intención de detenerme en el «Salón Phoenix» para hablar con el encargado del bar, cuando vi lo que me pareció un fantasma, un hombre al que yo creía muerto desde hacía mucho tiempo. Pero es difícil confundir a ese hombre. Es de complexión pequeña, de gestos delicados, y siempre va vestido con ropas costosas; su cabello es rizado y de un brillante color anaranjado, y lo lleva siempre muy corto.

»Es uno de los pocos *prophetae* que puedo reconocer a simple vista, y el peor de sus asesinos.

»Yo acababa de volver de inspeccionar el sistema de calefacción. El hombre naranja abandonaba en ese momento el «Salón Phoenix». Se puso su traje presurizado en el guardarropa, y se mezcló con el grupo de huéspedes que se dirigían hacia la ciudad. Yo les seguí.

»Él no permaneció con los otros. Tengo experiencia en seguir a la gente, y conozco bien los tubos de presión de Labyrinth City. Pronto se hizo evidente que daba un rodeo para ir al Ayuntamiento.

»Me detuve para dejarle ir unos pasos más adelante. Como usted sabe, el único acceso al Ayuntamiento, a través de los tubos, parte del edificio ejecutivo del Consejo de los Mundos; esa zona está expuesta y bastante bien iluminada. Al cabo de uno o dos minutos, me acerqué tanto como me atreví.

»La compuerta a presión que daba al vestíbulo aún estaba abierta; es una puerta muy utilizada durante las horas de oficina y funciona en un ciclo lento. No vi movimiento alguno dentro del edificio, así que me dirigí hacia allí.

»En ese momento, sonó la alarma.

»Estuve a punto de dar media vuelta y correr, en lugar de quedarme allí para que

me pillaran, pero me temí lo peor. Corrí hacia el extremo del corto corredor y entré en la cúpula central. Supongo que ya tiene idea de lo que encontré: esos horribles focos iluminando a Morland, que yacía en un charco de sangre. Y el cojín vacío donde, sólo unos momentos antes, había reposado la placa marciana.

»Entonces sonaron más alarmas, y noté una pérdida de presión; alguien había abierto una puerta exterior. Lo cerré todo herméticamente y corrí a través de la cúpula, por el ábside...

»Por poco no resbalé en la sangre de Dare Chin. Me bastó un vistazo para darme cuenta de que no podía ayudarle. Delante de mí, la puerta exterior estaba cerrándose. Corrí hacia ella.

»Volví a tropezar. Mi pistola estaba en el suelo, en la puerta.

»Si quería atrapar al asesino, no podía vacilar ni un segundo. Pero si no conseguía atraparle..., dejar mi propia pistola en el escenario del doble asesinato...

»Me incliné a recoger la pistola. Entretanto, la puerta a presión se cerró. Pulsé las teclas y esperé los segundos necesarios para que iniciara el ciclo otra vez y se abriera.

»Salí a la noche y eché a correr. Ahora el fugitivo era yo.

»¿El hombre naranja me había visto seguirle? ¿Sabía el hombre naranja quién era yo? Entonces yo no lo sabía, pero ahora me temo que la respuesta era afirmativa. ¿El hombre naranja sabía que yo había recuperado el arma que me incriminaba? Yo no lo sabía; ni siquiera sabía si él conocía el hecho de que el arma era mía.

»Pero era al hombre naranja a quien temía entonces, y es a él a quien temo ahora.

»Con gran cautela regresé al hotel. Dejé la pistola donde la ha encontrado usted, me quité el traje presurizado, y después tomé lo que esperaba que pareciera una tranquila copa en el salón. Era una coartada terrible, en realidad no era coartada. Podía haberme situado en la escena del crimen con gran facilidad. Pero, paradójicamente, eso no me preocupaba, pues había tenido tiempo de considerar que el robo de la placa marciana era demasiado importante para dejarlo en manos de los patrulleros locales, o incluso al destacamento de la Junta Espacial. Enviarían a alguien de la Central de la Tierra.

»Era a esa persona a quien yo quería ver, y cualquier cosa que me señalara a mí —la falta de coartada, por ejemplo—, me llevaría hasta esa persona más rápidamente.

»Transcurrieron dos semanas llenas de inútiles investigaciones por parte de la Policía local. Registraron este despacho, pero jamás sospecharon de este escondrijo que usted ha hallado con tanta facilidad. Hice todo lo que pude para parecer culpable.

»Si me hubiera usted arrestado el día en que llegó, habría podido contarle todo esto antes. No habría tomado la precaución de efectuar esta grabación.

»Ahora, esta precaución es necesaria. Ha estado usted fuera durante muchos días. Si no hablo con usted en el plazo de unas horas, me temo que será demasiado tarde. Hoy he vuelto a ver al hombre naranja, le he vislumbrado entre una multitud de turistas, en la terminal del puerto de lanzaderas.

»Una última cosa. Tenemos un conocimiento común, usted y yo. Usted le conoce como su jefe, su superior de la Junta de Control Espacial. Es más que eso, pero dejaré que sea él quien le cuente el resto, si es que quiere hacerlo. Si es necesario, me gustaría que me nombrara para que él se acuerde de mí.

Aquí termina la grabación...

16

Cuando el chip saltó del ordenador, Sparta se lo metió en el bolsillo. Contempló la pistola de tiro al blanco de Prott, que aún permanecía en su escondrijo. La descripción exacta que había efectuado Prott, confirmaba la evidencia de los sentidos de Sparta, la evidencia que ella no había querido aceptar: el hombre naranja. El hombrecillo naranja, nervioso, pulcro y mortal.

Y ahora ella podía clasificar aquella presencia débil y amenazadora, separarla incluso del penetrante olor a sangre que se percibía en el aire. Era el olor de aquel hombre, y para Sparta era primordial, indeleble y amenazador como el olor de un animal feroz para el hombre de las cavernas.

Años atrás, Sparta, incapacitada porque su memoria activa había sido destruida deliberadamente, era paciente de un sanatorio de Colorado. El hombre naranja había ido hasta allí para matarla. Un médico murió intentando salvarla. Tres años antes de aquello había visto al hombre naranja con sus padres, en Manhattan; era la última vez que recordaba a sus padres vivos. Pero su subconsciente le decía que había más cosas guardadas en su memoria, aunque no podía recordarlas.

El hombre naranja. Según el chip de Prott, Sparta sabía lo que debía haber ocurrido la noche en que Morland y Chin fueron asesinados. Demostrarlo sería más difícil.

Marcó un número en el teléfono de encima del escritorio.

—Póngame con el teniente Polanyi. Con su casa, si es necesario. Soy la inspectora Troy; asunto oficial urgente.

Sparta acompañó a un Polanyi soñoliento y a dos de los patrulleros locales, durante la investigación, en la oficina de Prott, reconstruyendo los hechos con ellos. Se inclinaron y examinaron el cuerpo del infortunado director del hotel; después, mientras uno de ellos fotografiaba el cuerpo muerto desde todos los ángulos posibles, los otros se pusieron a su alrededor.

Ella les mostró el compartimiento secreto que contenía la pistola —bastaron unos segundos en la terminal del ordenador para establecer que el arma estaba, realmente, registrada a nombre de Prott—, pero no mencionó el chip que había encontrado con el arma. Sentía un extraño disgusto por las mentiras claras; por eso, sin decirlo, dejó que el teniente creyera que Prott le había transmitido sus sospechas antes de la cita para cenar juntos.

—¿Usted se ha creído esta historia? —Polanyi no tuvo reparos en ocultar su escepticismo—. ¿Alguien más vio a ese hombre naranja?

—Todavía no lo sé, teniente —respondió Sparta con frialdad—. No he interrogado al encargado del bar del «Salón Phoenix», ni a ninguno de los demás testigos potenciales. Creo que usted y sus colegas son lo suficientemente competentes como para ocuparse de eso.

—Si otra persona efectuó los disparos, ¿cómo es que él estaba en posesión del arma asesina?

—Me habría enterado de ello si él hubiera acudido a nuestra cita, estoy segura. Entretanto, está claro que Prott no *se* disparó. Ni con esta pistola ni con ninguna otra arma.

El rechoncho teniente aceptó este punto, con acritud, y no dijo nada.

—¿El puerto de lanzadoras, teniente? —sugirió Sparta con voz tranquila—. ¿Las terminales de camiones? ¿No sería buena idea buscar a un hombre que responda a esa descripción antes de que desaparezca?

—No somos estúpidos, inspectora. Todas las salidas de Labyrinth City han estado vigiladas constantemente desde la noche de los asesinatos. En particular, hemos vigilado el tráfico que sale del planeta. Si ese hombre naranja al que alude ha asesinado a Prott, le garantizo que no se irá de Marte.

Y ella tendría que contentarse con esto, por el momento. Había ocasiones en que lo único que uno podía hacer era esperar; esperar y responder a las preguntas de la burocracia.

La burocracia tenía montones de preguntas que hacer. Transcurrieron horas antes de que Sparta se desplomara, exhausta, sobre la cama del hotel.

Por la mañana.

Medio dormida aún, Sparta buscó a tientas el intercomunicador que sonaba.

—Aquí Ellen Troy. ¿Quién llama?

—Soy Blake, Ellen.

—¿Blake? ¿Esta línea es segura?

—No utilizo la clave, pero no importa. Mi tapadera se ha descubierto. —Bajó la voz y dijo en un susurro—: Me alegro de oírte.

—Y yo de oírte a ti.

Blake estaba de pie en un gran cobertizo de acero mirando, a través del grueso cristal de una ventana, hacia una pista sucia y tosca que recientemente había sido nivelada y cubierta con endurecedor de polímeros. En la plataforma, la tripulación de tierra, con trajes presurizados, llenaba de combustible un avión espacial plateado, el *Kestrel*. Tenía las alas desplegadas y caídas; de las grandes boquillas que bombeaban hidrógeno y oxígeno líquidos a sus tanques impulsores, salía vapor.

—¿Cuándo has llegado?

La voz de Sparta llegó al pequeño altavoz del intercomunicador de campo.

—Hemos entrado hace unas tres horas, en plena oscuridad. Ahora hay luz. Estoy en la pista de aterrizaje tratando de conseguir que alguien me lleve. Tienen a Khalid en la clínica, bajo observación, pero está en buena forma. ¿Y tú?

—Llegué ayer. Si hubiera sabido que podía ponerme en contacto contigo...

—Ningún problema. Nos enteramos de que estabas bien. Fue un vuelo largo.

—Tuve suerte. ¿Cómo te descubrieron?

—Lydia Zeromski casi me hizo confesar. —Se apartó de la ventana y del hombre que le miraba con curiosidad desde detrás del mostrador del cobertizo de operaciones —. Al parecer, yo no era el primer Mycroft; alguien de la Junta Espacial utilizó esta identidad anteriormente, para jugar sucio con el Gremio de Trabajadores de Fontanería.

—Eso es una violación de la política de la Junta Espacial.

Blake sonrió.

—En ese caso, quiero verte despellejar a alguien por ello. Por ahora, limítate a sacarme de aquí.

—¿No te gusta el alojamiento?

Blake pudo percibir a través de la voz, la sonrisa de Sparta.

—Lejos de mí la intención de quejarme. —Miró a su alrededor, las paredes de acero pintadas en un tono verde hospital y blanco, los gráficos y montones de hojas de fax amarillentas que colgaban de unos clavos—. El campamento está un poco bajo en Taittinger, por lo demás es un lugar encantador, parecido al Archipiélago Gulag. Sólo le falta el decorado de nieve siberiana.

—Entonces, ¿qué te retiene?

—Estoy seguro de que los matones de por aquí estarían encantados de no volver a verme, por eso no hay problema. Y Lydia, ahora, es mi compañera. Decidió no dejar mis huesos al viento, y me llevará cuando se marche, dentro de un par de días. Pero no hay nada hasta entonces.

—¿Y el Proyecto de Formación de Tierra? ¿No van a recoger a Khalid?

—Khalid dice que quiere quedarse unos días. Enviarán un avión marciano para que lo recoja la semana próxima. Los aviones marcianos, después de tu experiencia... Bueno, de todos modos, yo esperaba ir en el avión espacial de Noble.

—Conoces a Noble. ¿Puedes llegar hasta él?

—Lamentablemente, ha sido imposible ponerse en contacto con mi viejo amigo, durante los últimos meses. A los chicos de aquí, los del campo, les he contado la verdad, que estoy ayudando en las importantísimas investigaciones de la importantísima inspectora Ellen Troy de la Junta de Control Espacial (lo cual, incluso sin el aval de Jack Noble, me convierte a mí mismo en algo importante), y que preciso transporte inmediato hasta Labyrinth City.

—¿Qué han dicho ellos?

Blake miró a los dos personajes peludos de detrás del mostrador; la mujer tenia un aspecto menos amistoso que el hombre.

—Digamos que..., la historia les ha divertido. Han dicho algo referente al coste del hidrógeno líquido. Quizá si tú me respaldaras...

—Lo haré. Ahora necesito hablar contigo de otra cosa. Conecto el canal de mando.

—Me taparé los oídos.

El intercomunicador crujió y se sintonizó de nuevo.

—¿Me escuchas, Blake?

—Esto debe estar atravesando tres satélites, por lo menos...
—¿Me recibes?
—La transmisión va a saltos, pero te oigo.
—Está bien.
—¿Qué has averiguado?
—Todavía no puedo demostrarlo —respondió ella—, pero creo que los asesinatos de Morland y Chin están resueltos. Khalid y Lydia no tuvieron nada que ver con ello.
—Muy astuta, Ellen. Eso ya lo había adivinado yo solo.
Ella no hizo caso de su sarcasmo.
—Dewdney Morland tenía intención de robar la placa marciana, con un cómplice. Morland tenía que parecer la víctima de un atacante anónimo; probablemente esperaba ser drogado. Pero, en lugar de ello, su cómplice le mató. —Sparta recitó brevemente el contenido del chip de Prott, su identificación y persecución del hombre naranja—. Prott no mencionó que oyera disparos, sólo la alarma. Por eso corrió al vestíbulo, y allí encontró el cuerpo de Morland, y después el de Chin.
—¿Crees que Chin estaba muerto antes de que Prott oyera la alarma?
Blake miró hacia el mostrador de recepción. Hablando en voz baja.
—Sí. Chin debió de sospechar algo y llegó antes de que tuviera lugar el encuentro.
—¿Crees que Morland mató a Chin? —preguntó Blake en un susurro.
—Sí. Era un flamante tirador certero. Y cuando llegó el hombre naranja, se encontró con un asesinato de más entre manos, y un arma asesina no deseada de la que deshacerse. Morland debió de decirle que el arma era de Prott...
—¿Sabía ese tipo que Prott le estaba siguiendo?
—No lo sé, y no importa. Debió de decirle a Morland que se sentara frente a la vitrina de la placa marciana, como si aún estuviera examinándola. Probablemente dijo que le dejaría inconsciente dándole un golpe con el arma de Prott. Pero cuando Morland se inclinó sobre la placa, le mató.
—Cogió la placa...
—Lo cual disparó la alarma...
—Y dejó el arma de Prott junto a la puerta, como prueba. ¿Sabe que Prott la recogió unos segundos más tarde?
—No lo creo —dijo Sparta—. Creo que se quedó por aquí un par de días, esperando que acusaran a Prott de los asesinatos. Cuando se dio cuenta de que esa parte del esquema había fallado, que los patrulleros locales no habían encontrado un arma asesina, era ya demasiado tarde: tú y yo ya estábamos camino de Marte.
—Tú estabas camino de Marte. Nadie sabía nada de mí —dijo Blake—. Y si estás en lo cierto, ese tipo sabe quién es realmente la inspectora Ellen Troy.
—Desde entonces se ha estado ocultando en Marte.
—Esperando una oportunidad para matarte. Él puso esa bomba de impulso en el avión de Khalid.
—Estoy segura de ello. Cuando eso fracasó, decidió matar a Prott antes de que pudiera contarme nada acerca de él. Esa vez tuvo éxito.
—No del todo. Ahora sabes quién es.
—Pero no dónde está.
—Será mejor que vigiles hasta que yo regrese.

Blake percibió la sonrisa de Sparta.

—¿Quieres decir que necesito toda la ayuda que pueda conseguir?

—Me refería...

—Lo sé, Blake.

—Una pregunta sin responder...

—¿Qué hizo con la placa?

—Exacto —dijo Blake—. ¿Tú qué opinas?

—Probablemente aún se encuentra en Marte. —Su voz reveló sus dudas—. Dicen que la vigilancia en las salidas del planeta ha sido estricta.

—Por lo menos, es una buena conjetura. El tipo aún está aquí después de dos semanas; se habría marchado hace tiempo si no estuviera esperando una oportunidad para sacar la placa del... —le falló la voz.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sparta.

—Sólo que..., acabo de acordarme de una conversación que oí sin querer en un bar del puerto de lanzaderas —dijo en un susurro—. Unas mujeres hablaban del mercado negro, cosas robadas de los depósitos de almacenaje...

—¿De qué se trataba?

—Alguien robó un montón de cohetes sonda, penetradores. No lograban imaginarse por qué alguien querría penetradores.

—¿Cohetes de combustible sólido?

—No conozco las especificaciones, pero si los cohetes fueran suficientemente grandes...

—La velocidad de escape de Marte sólo es de...

—...quizás uno de ellos podría haber puesto esa placa en órbita.

—Ayer, Prott vio al hombre naranja en el puerto de lanzaderas —dijo Sparta—. Vuelve aquí lo antes posible. Requisaré el avión ejecutivo de Noble.

—Me haces sentir muy importante.

Sparta se echó a reír.

—Tengo que mantenerte lejos de los problemas. No quiero que vayas a ninguna parte sin mí.

En la habitación del hotel, Sparta cortó la comunicación, y marcó el número del encargado de la pista de aterrizaje del campamento, en un canal abierto. Con la otra mano sacaba ropa del armario y la arrojaba sobre la cama.

—¿Es el campamento de la empresa «Noble, Abastecimiento de Agua»? Aquí la inspectora Ellen Troy, de la Junta de Patrullas Espaciales. Asunto oficial...

Se aseguró de que Blake consiguiera plaza para volver. Se vistió rápidamente, y luego llamó al teniente Polanyi.

—¿Algún progreso?

El teniente de la Junta Espacial no pareció contento de tener noticias de Sparta.

—Afirmativo. El encargado de barra confirma que estuvo en el «Salón Phoenix» un hombre que encaja con la descripción que usted nos dio, pelirrojo, de baja estatura, vestido con ropa cara, la noche de los asesinatos. Pero no estaba registrado en el hotel ni en ningún otro sitio que nosotros conozcamos. Nadie recuerda haberle visto antes, y

nadie le ha visto desde entonces.

—¿Y las medidas de seguridad?

—Nosotros y la patrulla local hemos apostado gente en el puerto de lanzaderas y las terminales de camiones, desde que se descubrieron los asesinatos, inspectora, como ya le dije. Se ha dado la alarma vía satélite contra el tráfico no programado desde la superficie. Nada ha salido del planeta, y nada ha salido de la Estación de Marte desde ayer por la tarde. —Polanyi se traicionó—. Con una excepción...

—¿Qué excepción?

—Bueno, no existe conexión posible, inspectora. El carguero *Doradus* fue lanzado ayer por la mañana, pero aún se encuentra en el espacio de Marte.

—¿En el espacio de Marte? —Esta observación le trajo un vago recuerdo—. ¿Qué ocurrió?

—Tuvieron una desconexión prematura del motor principal, durante el lanzamiento. Indicaron que fue debido a un fallo técnico del ordenador, y que probablemente pueden arreglarlo a bordo. Lo único de lo que tenían que preocuparse era de no chocar con Fobos.

Durante una invisiblemente breve fracción de segundo, el rostro de Sparta se convirtió en una máscara neutra. Lo que le martilleaba en la memoria salió a la superficie; era una observación efectuada por el capitán Walsh, cuando se encontraban en el cúter de la Junta Espacial que les había llevado a ella y a Blake a la Estación de Marte: *...Habríamos podido dejarle en Fobos y recogerle en la siguiente órbita... Se me acaba de ocurrir. Fobos parece estar bastante bien en este acercamiento...*

Pero Sparta no le escuchaba. Interrumpió la explicación de Polanyi.

—Teniente, necesito una nave que pueda ponerme en órbita. Inmediatamente.

—¿Cómo dice?

—Una lanzadera, un avión espacial, lo que sea. Cualquier cosa que esté en la pista. Consígamelo. Utilice su autoridad. Quiero subir a él en cuanto llegue al puerto espacial.

—Inspectora, yo...

—No hay tiempo para explicaciones. Esto es una prioridad «triple—A», teniente Polanyi. Una orden directa que la Central de la Tierra tiene que confirmar. Primero hágalo y después consiga la confirmación. Hágalo ahora mismo.

Desconectó el intercomunicador y cogió su traje presurizado.

Sabía dónde se encontraba la placa marciana, y quería llegar a ella antes de que lo hiciera el *Doradus*.

Quinta parte

EL JUEGO DEL ESCONDITE

17

La superficie de la luna Fobos se declara zona restringida por la autoridad de la Junta de Control Espacial. Los grupos no autorizados que aterricen en Fobos serán arrestados.

El anuncio se repitió automáticamente en el canal consultivo de navegación, un canal escuchado automáticamente por todas las naves en el espacio de Marte.

Este mensaje se alternaba con otro: *Mars Cricket a la unidad de la Estación de Marte, Junta de Control Espacial: oficial requiere ayuda inmediata en la Base de Fobos. Código Amarillo.*

El comandante del *Doradus* llegó al puente menos de un minuto después de la primera recepción. Se sentó en el asiento de mando, detrás del piloto y el ingeniero, alisándose el espeso cabello gris a los lados de su cabeza patricia. Tenía un aire de distinción inusual en un capitán de un carguero espacial, y su tripulación, impecable con sus uniformes blancos, parecía más la tripulación de un yate privado.

El comandante escuchó la transmisión.

—La has interferido, ¿verdad?

—Sí, señor. Hemos establecido contramedidas electrónicas después de la primera transmisión. Creemos que hemos logrado interceptar al menos la segunda parte de la última, la petición de ayuda. Hemos enviado un misil «MCE»[1] para sustituir los códigos transpondedores de la nave de origen.

—¿No detectarán el misil?

—No creemos que la nave de origen tenga el equipo necesario para detectar los «MCE».

—¿Cuál es la nave de origen?

—La *Mars Cricket*; es una lanzadera planetaria, señor.

—¿Alguna respuesta de la Estación de Marte?

—Ninguna indicación de haber recibido el mensaje, señor.

—¿La trayectoria de la lanzadera?

—Ahora se está acercando a Fobos. El ordenador sigue su trayectoria de regreso a Labyrinth City.

—Ha salido de Marte.

—Sí, señor. El efecto «Doppler» indica que, con el rumbo actual, se reunirá con Fobos aproximadamente dentro de treinta minutos.

—¿Nuestra hora estimada de llegada?

—Señor, hemos estado siguiendo nuestro plan de vuelo original. Nuestra órbita

[1] MCE — Medidas Contraemisión.

elíptica sin motores...

—Sí, sí...

—...sitúa nuestro acercamiento a Fobos en poco menos de dos horas.

—Abandone el plan. Siga una trayectoria con motores hacia Fobos. Si el control de tráfico le presiona, diga que creíamos que habíamos solucionado los problemas de nuestro motor, pero que estábamos equivocados. ¿Cuál es la mejor estimación?

El piloto tecleó brevemente el teclado del ordenador de navegación. La respuesta apareció al instante.

—Con aceleración y desaceleración continuas, cuarenta y nueve minutos, señor.

—Ejecute el programa.

—Sí, señor.

—El control de fuego tiene que armar dos torpedos.

Sparta se hallaba sola en la lanzadera requisada, calculando su propia trayectoria de vuelo de gran potencia, directamente a partir de las lecturas de los instrumentos, más de prisa de lo que los ordenadores de la nave podían hacerlo por ella. A través de las estrechas ventanas de cuarzo de la lanzadera ya se veía la negra roca llena de cráteres que era Fobos.

También requería su atención la señal luminosa del *Doradus*, que brillaba en la pantalla plana de navegación, aunque en la línea de visión, desde la perspectiva de Sparta, el carguero estaba bajo el horizonte de Marte. La Estación de Marte acababa de hundirse en el horizonte opuesto, pero los satélites de navegación seguían vigilando el espacio de Marte y a todos los objetos que se encontraban en él, y automáticamente retransmitían los datos posicionales a todas las naves, a través del control de tráfico de la Estación de Marte.

Para llevar a cabo esta tarea, el control de tráfico necesitaba cooperación en forma de rayos, del transpondedor; o, sin esta cooperación, precisaba un blanco suficientemente grande para que el radar lo viera. La lanzadera *Mars Cricket* y el carguero *Doradus* eran demasiado grandes para no ser detectados, aun sin transpondedores.

Pero Sparta sabía que, dos semanas atrás, un objeto había aterrizado en Fobos sin ser detectado. Los penetradores no eran lo bastante grandes para ser vistos en un radar de campo amplio, y se anunciaban sólo si estaban programados para ello.

Los penetradores —más formalmente, cohetes penetrómetros de combustible sólido—, estaban hechos para ser lanzados desde un vehículo en órbita o un avión marciano hacia Marte, no hacia el espacio. Sólo una porción muy pequeña del planeta seco había sido visitado por seres humanos. En la enorme extensión restante, los penetrómetros servían como estaciones de observación operadas por control remoto para las regiones en las que los exploradores todavía no habían puesto los pies.

Las secciones de carga útil de los cohetes, blindadas y en forma de flecha, estaban construidas de tal manera que soportaran la colisión con la sólida roca sin destruir los instrumentos que contenían. Las secciones de cola, provistas de finas aletas como plumas de flecha, se desprendían cuando las cabezas chocaban contra la roca; la cola permanecía en la superficie, y de ella salía un cable, mientras la cabeza se hundía en la

tierra, y desplegaba una antena de radio para enviar telemetría a receptores remotos. El transmisor comunicaba datos sísmicos y geológicos procedentes de los instrumentos soterrados.

Si se extraían los instrumentos científicos de un penetrador, se tenía una cavidad de tamaño suficiente para contener la placa marciana. Lanzando el penetrador al aire, se tenía energía suficiente para alcanzar la órbita de Fobos.

La materia carbonosa desmenuzable de aquella luna habría tragado fácilmente la cabeza del cohete, al chocar ésta con ella. Programando la sección de cola para enviar una señal codificada, se podía localizar sin problemas el tesoro escondido.

La placa marciana había sido sacada de Marte la misma noche en que fue robada. Ningún radar, ni ningún ordenador de navegación habían notado siquiera su paso. Desde entonces, la placa estaba esperando en Fobos a que el *Doradus* la recogiera.

El *Doradus* había esperado a que la Estación de Marte y Fobos, en sus órbitas próximas pero no iguales alrededor de Marte, hubieran viajado hasta casi lados opuestos del planeta. Cuando al fin los dos cuerpos se hubieran situado en las posiciones relativas correctas, un oportuno fallo del motor, durante el lanzamiento, permitiría al *Doradus* acercarse de manera tranquila y absolutamente inocente, a la pequeña luna.

Nadie notaría que un grupo abandonaba el *Doradus* para efectuar una visita rápida a la superficie de Fobos. Nadie sospecharía cuando, poco después de que el grupo hubiera regresado a la nave, el problema de control del motor del carguero se hubiera solucionado, y éste saliera disparado hacia los asteroides.

Sparta se inclinó sobre la consola de mando del *Mars Cricket* y accionó algunos interruptores. Los cohetes del sistema de maniobra de la lanzadera se encendieron como morteros. En el exterior, las estrellas empezaron a girar mientras el aparato alado rotaba sobre su eje vertical. Otra explosión de fuego de mortero, y las estrellas dejaron de girar.

Accionó los disparadores del motor principal y empujó lentamente el acelerador. En cuestión de segundos, el peso de Sparta pasó de la nada a seis veces más de lo normal, aplastándola en el asiento de aceleración. La *Mars Cricket* estaba sobre la cola, desacelerando rápidamente para igualar la órbita de Fobos.

Unos minutos más, y dejaría el aparato vacío en el espacio. No había recibido respuesta a su petición de ayuda a la Estación de Marte. Recordó la queja de Blake respecto a la tapadera demasiado gastada, y se preguntó si realmente era víctima de la incompetencia. ¿La habrían traicionado? Ella sabía, por experiencia, que el Espíritu Libre podía penetrar en cualquier agencia gubernamental que deseara.

Pero a Sparta no le preocupaba seriamente su propia seguridad; su declaración pública, designando a Fobos área restringida y anunciando la presencia de la Junta Espacial en la pequeña luna, debería detener al *Doradus*. Lo único que ella tenía que hacer era aterrizar primero en Fobos, e iniciar la búsqueda de la placa.

Sparta habría capturado el *Doradus* y arrestado a la tripulación, si hubiera tenido alguna prueba. Pero sólo se trataba de intuición. Más adelante, la Junta Espacial podría poner al *Doradus* bajo vigilancia permanente.

Lo importante era localizar la placa. Sparta no tenía ninguna duda acerca de que, si la tripulación del *Doradus* conseguía la placa antes que ella, el precioso objeto

estaría demasiado bien escondido cuando el carguero llegara a su destino, como para que ninguna inspección de aduana, por muy rigurosa que fuera, pudiese descubrirla.

Lo peor era que si la tripulación del *Doradus* se resignaba a perder la placa para siempre, una vez estuviera bajo aceleración podrían, simplemente, lanzarla en una trayectoria aleatoria que, tarde o temprano, la arrastraría al espacio interestelar.

El rugido de los motores principales del *Mars Cricket* calló de pronto, dejándole a Sparta los oídos zumbando. Fuera de las ventanas de cuarzo, la superficie de Fobos ocupaba todo el campo visual, y había eclipsado a todas las estrellas. Introdujo en el ordenador instrucciones para el mantenimiento en órbita, y bajó a la cámara de aire de la tripulación.

En el interior de la pequeña cámara, Sparta precintó su casco y cerró la escotilla tras de sí, haciendo girar la rueda para que quedara hermética. Las luces de aviso pasaron del verde al amarillo. Sparta oprimió los botones y las bombas comenzaron a succionar el aire de la cámara.

Su traje era de alta presión, con juntas mecánicas que no se endurecían bajo la presión atmosférica del aire; estaba hecho para trabajos de emergencia, cuando no había tiempo para el largo período de prerespiración necesarios para purgar el nitrógeno de la corriente sanguínea. Los tanques de aire comprimido de Sparta estaban llenos; los indicadores del traje mostraban que podría sobrevivir seis horas sobre la superficie de Fobos. Su equipo de maniobra estaba totalmente cargado de gas.

En la pared de la cámara había una bolsa de malla fina que contenía herramientas para emergencias: llaves inglesas con neutralizador de retroceso, cinta, parches adhesivos, gel sellante, alambres, conectores, un soldador de láser con una batería de alimentación. Sparta sacó el equipo de herramientas, y esperó a que las bombas se pararan.

Se encendió el letrero de advertencia rojo: PELIGRO. VACÍO. Sparta levantó el cierre de seguridad de la rueda de la escotilla exterior, la hizo girar y empujó la gruesa puerta redonda. Medio kilómetro más abajo se extendía un mar negro de polvo y cráteres. Sparta puso las botas en el borde de la escotilla y saltó. Cuando se encontró lejos del *Mars Cricket*, utilizó los propulsores de maniobra del traje para descender lentamente hacia Fobos.

Avanzó con cautela por el estrecho canal de vacío, escuchando por el intercomunicador de pequeño alcance cómo el *Mars Cricket* seguía emitiendo automáticamente su vídeo, y su llamada pidiendo ayuda a todas las naves y satélites del espacio cercano. La lanzadera era su intercomunicador con la Estación de Marte; mientras estuviera en la línea de visión de Sparta, el canal del traje podría retransmitir a los satélites que orbitaban Marte.

¿Por qué la Estación de Marte no había respondido al mensaje «oficial necesita ayuda». Sparta empezaba a preguntarse cuán útil le sería el intercomunicador a través de la lanzadera, en caso de necesitarlo.

Las botas de Sparta tocaron suavemente la superficie polvorienta de Fobos, y ella pudo notar el crujido del polvo bombardeado por los meteoritos. Cabeza arriba, comprobó su posición. La única luz era el resplandor ocre de Marte, que destacaba en el horizonte cercano y llenaba una tercera parte del firmamento; el Sol se hallaba bajo en el horizonte. Pero la luz de Marte era suficiente para los objetivos de Sparta, y le

permitía ver muy bien. Permaneció de pie en el centro de una. planicie irregular de unos dos kilómetros de ancho, rodeada por grupos de colinas bajas por encima de las cuales Sparta podía saltar fácilmente si lo deseaba. Las colinas, de hecho, eran bordes de cráteres. El más alto de ellos, recortada su silueta sobre Marte, era el borde del Stickney, donde las estructuras de la Base de Fobos se conservaban mejor que las tumbas de los exploradores perdidos en el hielo del Ártico.

Sparta se dirigió hacia la base y descubrió que su primer paso la elevaba en el vacío. Recordó haber oído una historia, mucho tiempo atrás, acerca de un hombre que, por accidente, había salido de Fobos dando un salto. En realidad eso no era posible —aunque sí lo habría sido en Deimos—, ya que la velocidad de escape aquí era aún mayor de lo que podía alcanzar una persona con taje especial, corriendo. Pero si no iba con cuidado, muy fácilmente podría encontrarse a una altura desde la que tardaría horas en regresar a la superficie, riesgo que no podía permitirse correr. Disponía de una cantidad limitada de gas de maniobra, y se proponía conservarlo. Hasta que llegaran refuerzos, tenía que pensar en la posibilidad de que el *Doradus* no hiciera caso de su aviso. Sparta no tenía intención de exponerse en el espacio.

Dando tres largos saltos, Sparta, rápidamente, llegó al Stickney. Se estabilizó en el borde del profundo cráter y se volvió para mirar la *Mars Cricket*, que colgaba cabeza abajo en el espacio, brillando sus achaparradas alas a la luz de Marte, en contraste con las estrellas blanquecinas.

Mientras miraba, un chorro de luz partió en dos el negro firmamento, y tocó la lanzadera. Al instante, una bola de resplandor estalló con tanto brillo que Sparta apenas tuvo tiempo de echarse hacia atrás por encima del borde del Stickney. Los polarizadores automáticos de la placa frontal le salvaron los ojos, pero el paisaje quedó sembrado de restos procedentes de la explosión. Fragmentos de metal rebotaron en el borde donde Sparta había estado antes; a una velocidad superior a la de escape, se precipitaron al espacio.

En el punto cero bajo la *Mars Cricket*, Sparta habría quedado despedazada. Esta vez, su buena suerte sólo había sido eso.

La tripulación del *Doradus* era demasiado disciplinada para lanzar gritos de entusiasmo, a menos que el comandante indicara que era oportuno hacerlo; no obstante, se oyeron murmullos de entusiasmo en el puente.

Cuando el oficial de control de fuego confirmó que la *Mars Cricket* había sido destruida, el comandante mantuvo una calma juiciosa. Con suerte, la entrometida oficial de la Junta Espacial todavía se encontraría a bordo en el momento de la explosión.

Lamentablemente, no podía confiar en ello.

Las comunicaciones no indicaban que el control de tráfico de la Estación de Marte hubiera detectado el disparo del torpedo. Los satélites que rodeaban Marte no habían sido diseñados para detectar armas ni para la guerra. Pero el comandante tampoco podía confiar en ello.

Las falsas señales de un «MCE» radioguiado estaban siendo enviadas para persuadir al control de tráfico de que la lanzadera aún existía; el señuelo había seguido

al torpedo letal hacia la lanzadera condenada a muerte, y había comenzado a emitir una imitación del código del transponedor de la *Mars Cricket*, y una signatura de radar característica, mientras se alejaba lentamente de Fobos. ¿Cuánto tiempo transcurriría hasta que alguien decidiera cuestionarse la extraña trayectoria de la lanzadera requisada? ¿Qué había dicho ya la oficial de la Junta Espacial que la había requisado, a la gente de tierra? Éstas eran preguntas sumamente preocupantes.

Detrás de su máscara patricia, el comandante del *Doradus* era un hombre asustado.

Desde el momento en que había oído por primera vez la orden prohibiendo el aterrizaje en Fobos, había tenido que resistir la fuerte tentación de obedecerla. El aviso no hacía mención de la placa marciana; ¿por qué iba a arriesgarse a que descubrieran su nave? Habría sido sencillo atenerse a la falsa historia del fallo del motor, regresar a la Estación de Marte para «repararlo», y esperar a otro día para recuperar la placa.

Porque el *Doradus* no era lo que parecía. Tenía las líneas de un típico carguero atómico, con un módulo delantero para la tripulación, y compartimientos de carga separados de los tanques de combustible de popa y de los motores, mediante un largo botalón central, pero estas torpes líneas ocultaban su auténtico poder. Sus grandes tanques de combustible estaban segmentados, y acarreaban combustible para dos sistemas separados de propulsión: sus motores atómicos eran complementados por una antorcha de fusión comparable a las que propulsaban los cúters de la Junta Espacial. Escondidos en los compartimientos de carga había no sólo «MCE» teledirigidos y señuelos «EW», sino también torpedos ultrarrápidos y «BYD» lentos, misiles de búsqueda y destrucción.

No era para esta sencilla misión a Fobos para la que el feo *Doradus* había sido armado en secreto con suficientes armas y dispositivos electrónicos para destruir un cúter de la Junta Espacial, o toda una estación, y el comandante, sin duda, podría argumentar, ante los que le habían equipado y enviado allí, que el riesgo de poner en peligro esa otra misión, más importante, era demasiado grande.

Pero el comandante sabía lo que significaba en realidad el aviso de navegación. La investigadora de la Junta Espacial —se llamaba Troy, le habían dado una ficha suya—, seguramente había deducido la verdad.

Mucho peor que revelar los secretos del *Doradus*, mucho peor que caer en manos de la Junta Espacial, sería caer en manos de sus colegas..., si no lograba utilizar todos los medios a su alcance para recuperar la placa marciana. Ningún artefacto del sistema solar era más preciado para los *prophetae*, o más próximo a un objeto de culto por parte de éstos.

El *Doradus* sería un devorador invencible de cúters armados y de estaciones espaciales, cuando llegara el día milenario, pero ¿qué haría esa nave formidable contra una mujer sobre una roca? De todos los aparatos de transporte inventados hasta entonces, un carguero espacial era, sin duda, el menos maniobrable.

El *Doradus* podía descender directamente hasta el borde del cráter, investigar la superficie de Fobos con sensores ópticos e infrarrojos y radares, y erradicar cualquier cosa que se moviera. Pero esa tal Troy podía dar media docena de vueltas en aquel pequeño mundo, mientras la tripulación persuadía al *Doradus* de que diera una.

Una nave espacial acelera a lo largo de su eje mayor, y cualquier desviación

importante de la línea recta, exige girar la nave utilizando los chorros de control de posición o, en caso de emergencia, los giroscopios de protección, de manera que los motores principales pueda explotar en distinta dirección. Un carguero típico, como el que pretendía ser el *Doradus*, tiene una masa de varios miles de toneladas, lo que no le permite ser rápido. Además, en lo que se refiere a maniobrabilidad, no es la masa sino el momento de inercia lo que más importa, y como un carguero es un objeto largo y pesado, su momento de inercia es colosal.

En ninguna circunstancia el motor principal de un carguero es demasiado potente para maniobras pequeñas; para traslaciones orbitales menores —como dar vueltas en espiral alrededor de un asteroide o una luna pequeña—, se utilizan los pequeños cohetes del sistema de maniobra. Pero trasladar el *Doradu*s a través de unos grados de arco, aunque fueran pocos, sólo con los cohetes de maniobra requería varios minutos.

En situaciones corrientes, estas desventajas no son graves; al menos no para un carguero que espera la cooperación del objeto con el que tiene que reunirse. Tampoco para una nave de guerra disfrazada que intenta atacar a sus enemigos o, si fracasa, destruirlos a miles de kilómetros de distancia, tal como había hecho el *Doradus* con la *Mars Cricket*.

Pero que el objetivo se moviera en círculos de diez kilómetros de radio, iba contra las reglas y el comandante del *Doradus* se sentía furioso. Troy estaba allí abajo, lo presentía. Y no jugaba limpio.

18

Fuera, en la zona desnuda de la cabeza de la tubería, el *Krestel* estaba a punto para el lanzamiento. A la luz de la mañana, vaporosas nubes naranja se retorcían sobre la superficie de sus tanques impulsores.

Dentro de la sala de operaciones de la zona de aterrizaje provisional, Blake estrechó la mano a Khalid.

—Cuando regreses, haremos una reunión —dijo Blake; luego, bajó la voz y añadió—: No puedo darte los detalles, pero puedo decirte una cosa: Ellen ha resuelto el caso.

—Entonces, puede que no estéis mucho tiempo en Marte, amigo mío.

—Te prometo que no permitiré que ella se marche antes de que tú regreses, pase lo que pase.

Khalid sonrió, y cerró sus brillantes ojos castaños recordando tiempos mejores.

—Confío en tu palabra. —Levantó la mirada y, a través de la ventana, vio a un impaciente miembro de la tripulación de tierra que hacía señas junto a la puerta abierta del avión espacial—. Tus anfitriones están ansiosos por partir hacia Labyrinth City. Quizá no deberías darles excusas para dejarte atrás.

Blake estrechó la mano de Khalid por última vez y se marchó. Cerró su traje de presión cuando cruzaba la puerta, y en menos de un minuto se dirigía a grandes pasos hacia el avión espacial que le esperaba.

El hombre de la tripulación empujó hacia la puerta y entró detrás de él, ayudándole luego a sentarse en la pequeña cabina del avión. Blake miró hacia la cabina del piloto, pero la puerta estaba cerrada. El tripulante de tierra se encargó de que Blake se atara bien en el asiento de aceleración; luego, se retiró rápidamente y ajustó las escotillas dobles de la cámara de aire detrás de sí.

El piloto no se molestó en utilizar el sistema de comunicación; el único anuncio del lanzamiento provino de la voz sintetizada del ordenador.

Medio minuto más tarde, los cohetes impulsores explotaron y el avión espacial arrancó rodando por la pista, y despegó bruscamente.

El avión se empinó de modo muy pronunciado. Blake se encontró mirando directamente arriba; el ángulo de ataque era demasiado empinado, y la aceleración, aplastante. Luego, con la misma brusquedad, cesó el ruido de los motores. El avión dio un brinco cuando los impulsores cayeron. Blake notó que un enorme peso abandonaba su pecho.

Ya no se sentía aplastado, pero sí desorientado por la ingravidez. Ésta no era la trayectoria de baja altitud hacia Labyrinth City... Blake se dio cuenta de que algo iba mal.

Antes de que él pudiera liberarse de su arnés de aceleración, la puerta de la cabina del piloto se abrió. Blake miró directamente al piloto, al que nunca había visto antes, y lo primero que advirtió fue el cañón de la pistola semiautomática, «Colt Aethewight» de calibre «38», que le apuntaba a la nariz.

A continuación se fijó en el sonriente rostro del hombre que la sostenía, un tipo bajito con el cabello naranja rizado, que vestía una amplia chaqueta de vuelo que parecía de pelo de camello (valía mucho más de lo que un fontanero de clase seis ganaba en un año).

—No se moleste en levantarse, señor Redfield —dijo el hombre naranja—. En realidad, no hay sitio para usted. —El pulcro hombrecillo se permitió esbozar una sonrisa más amplia—. Todavía no, de todos modos.

Blake estuvo a punto de perder los estribos entonces, algo que le sucedía cuando se sentía como un idiota.

—Aquí, no se atreverá a apretar...

—Perdone que le desilusione —dijo el hombre naranja—, pero no existe ningún peligro para el casco de este frágil aparato. Le aseguro que si me veo obligado a disparar, la bala se detendrá en su corazón.

Sparta permaneció boca abajo durante un minuto entero, mirando detenidamente las parpadeantes lecturas que se agrupaban bajo la barbilla de su casco. El traje estaba intacto; Sparta no había sufrido ningún daño a causa de la explosión.

Cayó en un trance que duró un instante. Su ojo mental efectuó las ecuaciones diferenciales parciales que necesitaba para calcular la llegada del *Doradus* a las proximidades de Fobos: treinta minutos.

Se irguió y se levantó del polvo negro como el carbón, del Stickney. Atisbó por encima del borde del cráter. No se movía nada en la negra llanura.

El intercomunicador de su traje espacial de emergencia, aunque de corto alcance, era sensible a una franja inusualmente amplia del espectro de la radio; pero sólo oyó una cosa interesante, lo que parecía el espíritu de la *Mars Cricket*, aún en el aire y alejándose lentamente de Fobos, a la deriva, con el transponedor emitiendo señales con toda normalidad.

O sea, que el *Doradus* había enviado un señuelo para ocupar el lugar de la lanzadera. Incluso esa señal se desvaneció rápidamente. El alcance de su radio era en verdad muy limitado.

Sparta habría dado cualquier cosa por disponer de la sensibilidad de microondas que le había sido arrebatada cuando la bomba de impulsión explotó en el avión de Khalid; de tenerla, habría podido conocer la posición del *Doradus* y, si hubiera querido, habría podido emitir señales ella misma e intentar hacerles alguna jugarreta con sus sistemas electrónicos. Incluso, con sus propias estructuras internas, habría podido detectar la transmisión de corto alcance codificada del penetrador escondido.

Esas oportunidades ahora eran historias. Dentro de su traje estaba aislada de cualquier otro medio sensorial, y dependía de sus ojos. Pero eran unos ojos muy buenos.

Disponía de treinta minutos para localizar el penetrador y la placa que éste contenía, antes de tener que hacer frente de cerca al *Doradus*.

Mientras ponía el *Mars Cricket* en órbita, había calculado mentalmente el rumbo de vuelo probable del penetrador. El empuje del pequeño cohete de combustible sólido era más que suficiente para alcanzar la velocidad orbital de Fobos, que era dos coma kilómetros por segundo. El ladrón habría querido recoger la placa lo antes posible; eso significaba una órbita parabólica de gran energía. Lanzada desde algún punto próximo a Labyrinth City cuando Fobos se encontraba alto en el firmamento, la trayectoria del cohete habría sido casi vertical. Era de suponer que el impacto se encontraba en algún lugar de la mitad oriental de la luna, la mitad delantera.

Sparta se hallaba en el borde occidental de Stickney. Unos cuantos saltos largos pero cautos, la llevaron al interior del cráter de ocho kilómetros de ancho, y, unos minutos más tarde, al otro extremo. Mientras volaba, avanzaba hacia el punto submarciano de Fobos, el lugar de la luna sujeta a las mareas, que siempre miraba al planeta. Señalaba el primer meridiano de la pequeña luna; el penetrador estaría enterrado, con toda seguridad, en algún lugar dentro de los más de quinientos kilómetros cuadrados del accidentado hemisferoide.

Sparta se detuvo en el borde del Stickney, al lado de la torre de comunicaciones abandonada largo tiempo atrás, reluciente reliquia de la primera exploración humana de Marte. La pequeña cabaña que había en su base ostentaba una placa de bronce junto a la escotilla. «Hombres y mujeres erigieron aquí, por primera vez, una estructura permanente sobre un cuerpo fuera de la órbita de la Tierra.» Era una distinción limitada —lo de «fuera de la órbita de la Tierra» era para excluir la luna—, pero no obstante merecida.

Mientras Sparta contemplaba el paisaje lleno de agujeros y de surcos dominado por la torre, percibió algo además del temor por su seguridad o la furia contra sus

atacantes. Percibió alegría. Al fallar el *Doradus* en su ataque, la iniciativa había pasado a ella.

Marte ya estaba menguando visiblemente mientras Fobos avanzaba hacia el lado nocturno del planeta. Sparta podía distinguir las luces de una colonia aislada, muy a lo lejos sobre su cabeza, que brillaban débilmente en el crepúsculo de Marte. Todo lo demás era estrellas y silencio, y un horizonte desigual tan cercano que parecía que casi pudiera tocarlo.

Marte, en lo alto, era un reloj muy útil. Cuando estuviera medio lleno saldría el sol y, con bastante probabilidad, si no había salido todavía, el *Doradus* aparecería con él. La nave ya sabía o sabría pronto dónde se hallaba el penetrador enterrado, y bajaría un grupo para recuperarlo.

Sparta se echó a la espalda la bolsa de malla de las herramientas, y entró en la zona de peligro. El aterrizaje de un equipo de búsqueda no sería ningún problema; sería una oportunidad.

Desde su asiento de mando, el comandante del *Doradus* veía claramente, por encima de las cabezas del piloto y del ingeniero, la pantalla plana de alta resolución que se extendía a todo lo ancho del puente, y que mostraba una vista telescópica de Fobos aproximándose. Una nube de polvo, que lentamente iba ensanchándose, estaba suspendida sobre los restos de la *Mars Cricket*.

—¿Hemos recibido alguna señal del objetivo?

—Todavía no, señor. Aún estamos aproximándonos. El objetivo aún no se encuentra en el campo de visión.

El comandante apoyó la barbilla en la mano, pensativo.

Allí abajo, en algún lugar —con toda probabilidad en el hemisferio oriental—, se encontraba un juego de aletas de cohete medio enterrado, que sostenían una antena de radio delgada como un cable. El *Doradus* tenía que estimular el objetivo para que se revelara, enviando una transmisión codificada; tenían que situar su localización ópticamente con toda exactitud; y tenían que depositar en tierra a un grupo para que lo desenterrara y lo llevase a la nave antes de que el control de tráfico de la Estación de Marte empezara a preguntar qué estaba ocurriendo allí.

Otra cosa tenían que hacer antes de partir: tenían que encontrar a Troy y asegurarse de que no divulgaría ningún secreto.

La zona superficial de Fobos tenía más de mil kilómetros cuadrados. Si Troy había sobrevivido, se encontraba allí abajo esperando. Parecía prudente suponer que iba armada.

Teniendo en cuenta las armas que el *Doradus* acarreaba, algunos de sus colegas podrían encontrar superflua esta última consideración. El comandante esperaba no tener que explicarles nunca por qué eso no era así. En el curso ordinario de los acontecimientos, las armas de cinto y otras armas portátiles son de tanta utilidad en el combate espacial como los alfanjes y las ballestas, quizás aún menos. Un arma manual es algo peligroso a bordo de una nave espacial, o en una estación espacial —o en un aeroplano, da lo mismo—, pues es capaz de perforar la piel metálica que conserva el aire presurizado. Por esa razón, los revólveres estaban universalmente prohibidos en el

espacio.

En realidad, el comandante del *Doradus* —bastante por casualidad y absolutamente en contra de las normas—, tenía una pistola Luger y cien ruedas de munición guardadas en su cabina; el arma era una reliquia de familia, heredada de un antepasado que había servido bajo el vizconde Montgomery de Alamein. En cuanto a la munición que iba con ella, bueno, las armas y la munición eran algo así como una afición del comandante. Y en ningún caso el dedo de un guante espacial encaja en el guardamonte de una Luger.

¿Cómo iría armada Troy? Salvo en la Tierra, el personal de la Junta de Control Espacial recurría sólo a tres clases de armas, y sólo en caso de necesidad imperiosa. En medios presurizados artificialmente, utilizaban armas que disparaban balas de goma; su impacto era suficiente para dejar inconscientes a las personas, pero sin dañar las estructuras vitales. Pero si se necesitaran armas de cinto en el vacío —en raras ocasiones ocurría—, se podría hacer uso de los rifles de láser, carecían de retroceso y, si se mantenían suficiente tiempo sobre el objetivo, podían agujerear la lámina de aluminio o incluso las diferentes capas de tejido y metal de un traje espacial. Pero los láseres agotaban sus cargas en cuestión de segundos; asimismo, eran grandes y de difícil manejo y, por lo tanto, inútiles en general.

Para el peor trabajo, la Junta Espacial entregaba escopetas. Las escopetas tenían la desventaja de impulsar hacia atrás al que disparaba, pero podían romper un traje espacial y, de cerca, el objetivo no presentaba problemas.

El *Doradus* llevaba tres escopetas modificadas para su uso en el espacio.

—¿Cuál es la situación del equipo que bajará a tierra?

Le respondió una voz desde el puente de la tripulación.

—Vestida y preparada, señor, en la cámara de aire principal.

El grupo estaba formado por dos hombres y dos mujeres, todos ellos veteranos del espacio y miembros devotos del Espíritu Libre.

—Preparen las escopetas —ordenó el comandante—. El grupo tiene que descender armado.

—Sí, señor.

—Señor —dijo el piloto—, hemos recibido la señal del objetivo.

Los altavoces emitían diferentes sonidos de telemetría, antes de lo esperado.

—¿En el hemisferio occidental?

—El cuadrante sudoeste próximo, señor. Al parecer, el cohete penetrador ha ido a parar un poco más allá del blanco.

El límite de iluminación de Marte era ahora una perfecta línea recta en lo alto, y casi en el mismo momento salió el Sol, no tanto como el trueno, sino como una salva de bombas atómicas. El sol parecía más pequeño aquí en la Tierra o Port Hesperus, pero al no estar filtrado por la atmósfera, era tan brillante que cegaba.

El filtro de la visera del casco de Sparta se ajustó al instante al resplandor. Ni rastro del *Doradus* en aquel horizonte tan brillante... Sparta buscó la sombra de una grieta cercana, uno de los peculiares canales lineales que cruzaban Fobos como los surcos de un campo labrado.

Fuera lo que fuese lo que había golpeado a Fobos con tanta fuerza como para crear el gran cráter de Stickney, casi había aplastado la luna, como una sandía golpeada con un mazo. Los surcos llenos de polvo que salían del Stickney, algunos de ellos de hasta doscientos metros de ancho, eran las cicatrices del encuentro: grietas en la corteza de la luna.

De rodillas en el polvo suave que llenaba la baja trinchera, Sparta atisbó por encima del borde y escudriñó el horizonte. Levantó la mirada y examinó el firmamento. Era reacia a salir a plena luz del sol, pues el *Doradus*, sin duda, estaría equipado con potentes instrumentos ópticos. Con su ojo derecho Sparta podía igualarlos, si sabía adonde mirar. Pero por ahora, no veía nada más que estrellas.

Elevó al máximo el volumen del intercomunicador del traje, pero sólo captó la estática de los canales corrientes. Volvió a bajar el volumen. A menos que mantuvieran silencio radial, el equipo que bajara a tierra tendría que comunicarse a través de los canales corrientes del intercomunicador de trajes. Para localizarlos, Sparta tenía que mantener su propio intercomunicador abierto, y ponerse a su alcance.

El *Doradus* ya debía de haber tocado Fobos. La gran nave no le tenía miedo; Sparta se ocultaba de ella, no ella de Sparta, y su tarea primordial ahora era recuperar el penetrador. Si Sparta no podía verlo desde su posición actual, era más probable que estuviera detrás de ella, que delante.

Podía quedarse allí sentada, expuesta a la luz del sol, o podía irse retirando con la línea límite de iluminación que señalaba el borde progresivo del amanecer. En un planetoide donde volar era fácil, también lo era ir al paso del Sol. Lanzándose con gran precaución en una trayectoria casi horizontal, Sparta empezó a circunnavegar su mundo.

Esta vez rodeó el Stickney hacia el Norte. La cada vez más estrecha medialuna de Marte salió y, mientras Sparta avanzaba, comenzó a hundirse de nuevo, hasta que tan sólo un gran cuerno se alzó enigmáticamente sobre las estrellas. Le fastidiaba no ver ninguna señal del *Doradus*. La nave estaba pintada del color blanco corriente, y dondequiera que se encontrara, por encima del horizonte, sería como un brillante faro.

Sparta se detuvo, hundiéndose instintivamente en la sombra más negra de un montecillo próximo. La duda asaltó los dictados de la lógica: ¿y si iba en dirección contraria? ¿Y si el *Doradus* la estaba siguiendo, rodeando la luna detrás de ella?

En aquel momento levantó la vista, y el corazón le dio un vuelco. Algo muy grande eclipsaba las estrellas casi verticalmente sobre su cabeza, y se movía con rapidez entre ellas. ¿Cómo había podido ella ir a parar justo debajo del vientre del monstruo?

En una fracción de segundo comprendió que la sombra negra que se deslizaba por el firmamento no era el Doradus, sino algo igualmente mortal; algo mucho más pequeño y que se hallaba mucho más cerca de lo que a primera vista le había parecido. Si había identificado correctamente su silueta, aquello que flotaba sobre Sparta era un misil de búsqueda y destrucción.

Sparta quedó paralizada. Con el interruptor de la barbilla del traje desconectó al instante todos sus sistemas de sostenimiento. Y con ellos el intercomunicador del traje. Si no se movía, si el misil pasaba de largo antes de que Sparta se viera obligada a tragar aire, la radiación infrarroja de los sistemas de sostenimiento de su traje espacial

podrían pasarle inadvertidos.

Sparta sabía muy bien cómo mantenerse inmóvil y contener el aliento.

Si el *Doradus* utilizaba el tipo de misiles de búsqueda y destrucción utilizados por la Junta de Control Espacial —se suponía que eran armas absolutamente secretas, imposibles de comprar en el mercado abierto—, tenían ciertas limitaciones. A diferencia de los torpedos, estos misiles no aterrizaban sobre un objetivo específico. Estaban diseñados para avanzar lentamente, para permanecer a la espera, para detectar actividades programadas: la puesta en marcha de un motor direccional, el giro de una antena, el escape de vapor orgánico, o sea, las señales de vida en el espacio. Su principal órgano sensorial era un vídeo-ojo. Sólo cuando ese ojo podía identificar claramente un objetivo preprogramado, o detectar movimiento, o deducir una proporción de contraste anómala dentro del campo de visión, enfocaría sus otros sensores. Estos misiles de búsqueda y destrucción no daban lo mejor de sí cuando buscaban a una mujer escondida en una oscura jungla de rocas, una mujer que podía verlos a ellos antes.

Con un breve destello de sus reactores de dirección, el misil avanzó. Sparta conectó las bombas del traje y respiró otra vez.

El incidente confirmó su sospecha de que había algo que al *Doradus* le interesaba más que simplemente recuperar la placa; también necesitaba eliminarla a ella como testigo. Ahora hay más hombres en el tablero de ajedrez, pensó Sparta, y el juego es un poco más peligroso. Pero la iniciativa aún es mía.

El misil siguió avanzando hasta que su silueta desapareció en el cielo nocturno, hacia el Sudeste; como el misil viajaba casi en línea recta en el bajo campo gravitacional, pronto dejaría atrás a Fobos a menos que... Sparta esperó lo que sabía que ocurriría a continuación. Al cabo de un momento lo vio, el breve destello de los reactores de dirección: el proyectil giraba lentamente para volver en su trayectoria.

Casi al mismo tiempo, Sparta vio otro débil resplandor a lo lejos, en el rincón sudoeste del cielo. Se preguntó cuántas máquinas infernales estaban en acción.

Pensó en lo que sabía del *Doradus*; no había tantos cargueros en el espacio para que un oficial como ella no pudiera recordar los datos básicos de cada uno de ellos, aunque no poseyera una memoria aumentada. El *Doradus* había sido construido diez años atrás, en los Astilleros New Clyde, uno de los astilleros privados más antiguos y más respetados que orbitaban la Tierra. Era una nave de tamaño medio para ser un carguero, inusual sólo en un punto: tenía una proporción algo más elevada de masa combustible-carga de lo que era costumbre. La tripulación estaba formada por diez personas —lo mínimo y habitual eran tres—, pero como el *Doradus* estaba destinado específicamente a servir a las colonias que empezaban a prosperar en la zona principal, no era ilógico que sacrificara un poco de su capacidad de carga en beneficio de la velocidad, o que tuviera una tripulación lo bastante numerosa para ser autosuficiente cuando las instalaciones de atraque y manipulación de carga eran primitivas.

La historia de la nave, desde entonces, había transcurrido sin incidentes notables, aunque Sparta recordaba que su viaje inaugural lo había mantenido lejos de la Tierra durante tres años completos. Sparta se preguntó adonde había ido durante ese crucero, y en qué actividades había empleado el tiempo. No dudaba que un período

considerable se había dedicado, en secreto, a convertir al *Doradus* en una nave pirata.

Aun con una tripulación tan grande, parecía improbable que el *Doradus* tuviera más de un oficial de control de artillería, cuyo ordenador tendría dificultades en seguir la pista simultáneamente a más de media docena de misiles de búsqueda y destrucción, en un área pequeña; el mayor reto, al trabajar con estos misiles, era impedir que chocaran unos con otros.

Sparta sí sería capaz de seguir la pista a tantos misiles si pudiera encontrarlos. Con un poco de suerte, eso no resultaría ningún problema; y, al mismo tiempo, encontraría al *Doradus*. No lejos de allí, el *Doradus* estaba emitiendo potencia de radio, en frecuencias a partir de un kilohertzio. Sparta conectó de nuevo el intercomunicador de banda ancha del traje, y comenzó a explorar el espectro con gran cautela.

Pronto encontró lo que buscaba: el ronco gemido de un transmisor de impulso, no lejos de allí. Captaba un subarmónico, pero era suficiente: el *Doradus* se había traicionado. Mientras la nave mantuviera un canal de datos abierto a sus misiles, Sparta sabría exactamente dónde se hallaba.

Avanzó con precaución hacia el Sur, escuchando el gemido del transmisor con sensibilidad superhumana, analizando lo que oía a la velocidad del rayo. Con una oscilación imperceptible a los oídos corrientes, la señal desaparecía y aumentaba alternativamente; la señal impulsada interfería consigo misma mientras Sparta avanzaba con respecto a la nave, y la anchura de las zonas de difracción le proporcionaban la velocidad relativa. Por la creciente potencia de la señal sabía que se acercaba al *Doradus*. Debería verlo...

...allí. El *Doradus* se hallaba justo encima del horizonte meridional, quizás a cinco kilómetros de la superficie, iluminados sus bordes por la luz de Marte.

Sparta adivinó que el *Doradus* había contactado con el cohete penetrador, y se mantenía en órbita sobre él, a una distancia suficiente como para que sus sensores ópticos y aquellos con otras funciones, pudieran rastrear la mayor parte del hemisferio sur de Fobos. El esquema le proporcionaba una ventaja: el equipo que bajara a tierra tendría que recorrer un largo trecho para llegar a la superficie.

Sparta tenía otra ventaja, debida no a la táctica del *Doradus* sino a la simple suerte. Era «invierno» en el hemisferio sur de Fobos; Sparta ya no tenía que preocuparse por el sol que giraba rápidamente, pues éste se había hundido bajo el horizonte del norte. En esa zona sería de noche durante mucho tiempo.

Sparta se instaló cómodamente en un sitio desde el que podía ver el carguero sobre el horizonte. Cuando el grupo bajara a tierra, los misiles —o la mayoría de ellos — tendrían que ser desactivados. Entonces, ella podría moverse.

No tuvo que esperar mucho.

El sonido del transmisor de control de los misiles, de repente, se quedó callado. Un momento más tarde, un brillante círculo se abrió en la esfera ocre del módulo de la tripulación del *Doradus*.

Con su ojo macrozoom enfocado sobre la cámara de aire, Sparta veía con tanta claridad como si estuviera flotando sólo a una docena de metros de allí. La escotilla redonda se abrió del todo, y cuatro figuras con traje espacial salieron rápidamente una detrás de otra. Sparta observó con interés que sus trajes espaciales eran negros, y que llevaban armas. Esa gente se tomaba muy en serio su piratería.

Los reactores de gas resoplaron, y los cuatro iniciaron su descenso.

Aprovechando todos los cráteres y montículos, Sparta avanzó rozando Fobos como un saltamontes en vuelo bajo. Volvió a sintonizar en su intercomunicador los canales de comunicación corrientes, y se vio recompensada con un breve siseo vocal: *Diez grados a la derecha*.

Una voz de mujer. Las figuras que se encontraban por encima de ella, negras siluetas recortadas sobre las estrellas, descendían en espiral como paracaidistas, en cámara lenta.

Cuando tocaron la polvorienta superficie, Sparta ya estaba en posición, boca abajo detrás de un enorme bloque de roca que relucía como el carbón. Se encontraba a menos de cien metros del punto de aterrizaje. Observó cómo tres de los miembros del grupo se abrían en abanico, tomando posiciones en un tosco círculo alrededor del cuarto, que desapareció tras el borde de uno de los grandes surcos de la luna.

Otra vez el intercomunicador; una voz de hombre: *Hemos localizado el objetivo*.

Transcurrieron casi cinco minutos sin que hubiera comunicación. Los tres miembros de la tripulación que montaban guardia, saltaban nerviosamente, alzándose uno o dos metros por encima del negro polvo con cada paso. Debajo del borde del surco, fuera del alcance de la vista, era de suponer que el cuarto miembro estaba cavando.

El siguiente paso lo tenía que dar Sparta. Calcular el tiempo era difícil.

Tenía el soldador de láser del equipo de herramientas preparado en sus brazos. El soldador no era un rifle ideal. Aunque tenía la potencia de un rifle, no estaba equipado para apuntar a distancia; el ojo derecho de Sparta le sirvió de mira telescópica. Y aunque un rayo láser se dispersa muy poco en el vacío del espacio, la óptica del soldador estaba diseñada para enfocar de manera óptima a pocos centímetros frente a su tambor.

Las reservas de potencia no le permitirían mantener un rayo en tres trajes espaciales distantes, uno después del otro, el tiempo suficiente para hacer un agujero importante en cada uno de ellos, pero Sparta no tenía ningún deseo de matar a nadie. Lo único que necesitaba era incapacitarles.

El objetivo está en mi poder. Regresamos a la nave.

Antes de que el hombre que había extraído la cabeza enterrada del penetrador pudiera reaparecer por el borde de la trinchera, Sparta disparó al guardián que estaba más cerca. Oyó el grito de la mujer a través del canal del intercomunicador.

El láser de Sparta había iluminado a la mujer durante una brevísima fracción de segundo, no su torso pero sí a través del cristal de su visera; antes de que éste pudiera reaccionar a la luz, el brillo de una docena de soles había explotado dentro de los ojos de la infortunada mujer.

Los otros vigilantes, instintivamente, trataron de volverse de espaldas; fue un error que les hizo girar de modo incontrolable. Sparta alcanzó a uno de ellos antes de que hubiera efectuado siquiera una vuelta completa; oyó un grito de mujer a través del intercomunicador.

El tercer vigilante, un hombre, agravó su error disparando la escopeta. Paradójicamente, el acto irreflexivo estuvo a punto de salvarle, ya que el hombre fue impulsado hacia las estrellas a causa del retroceso del arma. Sparta siguió apuntando

durante dos atroces segundos mientras el hombre caía, antes de que la visera de éste quedara de cara a ella; era evidente que el hombre no se había dado cuenta del error de sus compañeros, pues no había oscurecido el cristal manualmente.

Él también gritó cuando la luz le estalló en la cabeza.

Equipo en tierra, adelante...

Nos atacan. Enviad misiles de busca y destrucción.

Sparta sonrió. Podía arrancar los ojos de un misil con la misma eficacia con que había cegado a los vigilantes. Calculaba que había media docena de misiles por allí. Comprobó la potencia que quedaba. Bueno, con tal de que no fallara ni una sola vez...

El hombre que ahora aferraba la placa marciana subió como un cohete de la zanja donde había estado escondido. Por casualidad o por su buen sentido, daba la espalda a Sparta; no podría cegarle. No obstante, Sparta apuntó el soldador de láser y disparó una carga sostenida.

Transcurrieron cinco segundos. Su objetivo se elevaba cada vez más sobre la superficie. Diez... se agotó el láser, y en el mismo momento el depósito de gas que el hombre llevaba a la espalda se sobrecalentó y explotó.

La fuerza de la explosión le arrojó violentamente hacia Fobos. Sparta ya había tirado el ahora inútil soldador de láser, y se lanzó hacia el hombre.

Ambos se acercaron con lenta precisión. El hombre estaba vivo, y seguiría vivo si el *Doradus* le rescataba mientras aún quedaba aire en su traje. Sparta estaba satisfecha de no haber asesinado a un hombre; por lo demás, su destino no le interesaba. Sólo le interesaba el precioso objeto que llevaba en su guante derecho.

Él la vio acercarse, pero no podía hacer nada más que retorcerse indefenso, sin ningún control.

¡Objetivo del misil conmigo! ¡Peligro de captura!

En el último instante, arrojó el reluciente espejo con toda su fuerza, lejos de sí. En su pánico, estuvo a punto de lanzárselo a ella, hacia la superficie de la luna. Sparta intentó agarrar la placa pero falló. Giró sobre sus pies y dio una patada al casco del hombre, lanzándose en la dirección de la placa que se alejaba, y esquivando ágilmente los guantes de él. Sparta se impulsó a máxima potencia con sus chorros de gas.

Los segundos transcurrían con interminable lentitud. Sparta atrapó la placa poco después de que ésta cayera sobre la superficie, levantando una nube de polvo negro como el carbón que quedó suspendido en el vacío. Sparta se lanzó desde la superficie con un brazo, como un buzo en el fondo del mar, y agarró el espejo antes de que rebotara y se alejara más. Con una explosión de sus chorros de gas, se dirigió hacia el cráter más cercano.

El tripulante que luchaba en vano tocó tierra unos segundos más tarde y rebotó en el espacio. Si el *Doradus* tenía algún interés en rescatar al grupo que había aterrizado, ese interés estaba subordinado al deseo de destruir a Sparta; y, al parecer, también la placa si era necesario. Sparta se había distanciado casi cien metros del tripulante, cuando llegó el primer misil de búsqueda y destrucción. El misil le encontró a él, no a ella, y explotó con furia.

Para entonces, ella se encontraba en un cráter del tamaño de un hoyo de protección. La metralla sembró el terreno que la rodeaba. Sparta oyó largos gritos en el intercomunicador, cuando los otros miembros del grupo fueron alcanzados por

fragmentos del misil, rasgados sus trajes, derramándose su sangre y su aliento en el espacio.

Sparta sintió crecer en su interior la antigua ira, la rabia que sentía contra las personas que habían intentado matarla, las personas que habían matado a sus padres. Ella habría dejado vivir a los miembros de la tripulación. Ni siquiera la ceguera habría sido permanente en ellos. Su propio comandante les había matado.

Haciendo un esfuerzo reprimió la oleada de adrenalina. Volvió a conectar el canal de su intercomunicador a la frecuencia de mando de los misiles. Era un juego de niños el esquivar los misiles; lo único que tenía que hacer era permanecer en silencio e inmóvil cuando se encontraban cerca, y moverse con cautela cuando estaban lejos. ¿Durante cuánto tiempo podría el *Doradus* causar estragos en el espacio próximo a Marte? Tarde o temprano, la Estación de Marte sería alertada.

Entretanto, que el *Doradus* creyera que la había matado. Que alguien de la nave se atreviera a bajar para confirmarlo.

Antes de dejar la escena de la matanza, Sparta añadió una escopeta a su equipo.

19

Blake permaneció sentado bajo el ojo de la pistola del hombre naranja durante media hora. Hacia el final del vuelo, hubo un breve momento de vértigo mientras el avión espacial giraba sobre su eje. Poco después, se restableció la sensación de peso cuando el *Krestel* comenzó a desacelerar.

El acicalado hombrecillo pelirrojo no se inmutó en ningún momento. Se apoyó cómodamente en el borde de la puerta de la cabina del piloto cuando el avión se puso de cola, confiando en que los ordenadores del avión se encargarían de los detalles, y sin dejar de apuntar a Blake. No había respondido a ninguna de las preguntas de éste, no había hecho ningún movimiento para acercarse a Blake o para alejarse de él, apenas había sonreído levemente cuando Blake se quejó de que tenía la vejiga llena y que necesitaba desesperadamente ir a la cabeza del avión. No le había dado a Blake ni la más mínima oportunidad de escapar a la mirada vacía de la pistola.

Una señal sonó en la cabina del pequeño avión.

—Es hora de ponerse el traje espacial —dijo animado el hombre naranja—. Encontrará el suyo en el armario que hay junto a la cámara de aire.

—¿Por qué debo ponerme un traje espacial? —preguntó Blake con aspereza.

—Porque le dispararé si no lo hace.

Blake le creyó. Aun así, lo intentó otra vez.

—¿Por qué quiere que me ponga el traje espacial?

—Lo sabrá en seguida, si decide ponérselo usted mismo. Aunque admito que me sería usted casi igualmente útil si estuviera muerto..., si me pidiera que le matara ahora

y le metiera después dentro del traje.

Blake soltó el aliento.

—¿Para qué ahorrarle la molestia, si de todos modos me va a matar?

—¡Mi querido señor Redfield! Su muerte no es en modo alguno inevitable; de lo contrario, no habría estado aquí sentado, muerto de aburrimiento, contemplándole todo este tiempo. —Esbozó una sonrisa casi encantadora—. ¿Le he motivado bastante?

Blake no dijo nada, pero se aflojó el arnés con cuidado. Mientras el hombre naranja le observaba, Blake fue al armario donde estaba el traje, lo abrió, y empezó a colocarse el traje que colgaba allí dentro.

—¿Tengo tiempo para prerrespirar? —preguntó Blake.

El traje estaba preparado sólo para oxígeno, no para la presión del aire completa que había sido corriente en Marte. A menos que Blake purgara de su sangre el nitrógeno disuelto —proceso que requería horas— el gas produciría burbujas en su sangre debido a la baja presión del oxígeno del traje, causándole dolor en las articulaciones.

—No sea bobo, pero no importa —comentó el hombre naranja—. No tendrá tiempo de que le duelan las articulaciones. Unos minutos después de que usted y yo hayamos cruzado la puerta, los dos sabremos si vivirá o morirá.

—Es una idea reconfortante —murmuró Blake.

—Lamento confesar que su consuelo, aunque me concierne en lo abstracto, es una consideración que palidece al compararla con los objetivos más importantes por los que debe ser sacrificada.

Al no ir armado, a Blake no se le ocurrió ninguna respuesta a esa barroca expresión de sentimiento, así que se puso el traje espacial. Poco después, sonó otra campanilla.

—Espere —dijo el hombre naranja—. Estamos a punto de volver a la ingravidez.

El rugido de los motores del *Krestel* cesó unos segundos después. Blake y su capturador volvían a estar a la deriva. Como antes, el arma no vaciló apenas.

—Cierre su casco —ordenó el hombre naranja—. Ahora, a la cámara de aire. En seguida; y cierre la escotilla detrás de usted.

Blake hizo lo que se le ordenaba. Si se le había ocurrido atascar las escotillas, el hombre naranja fue demasiado rápido para él: se acercó volando y cerró la puerta rápidamente detrás de él.

Antes de que Blake pudiera agarrar la barandilla de seguridad, la escotilla exterior, accionada desde dentro, se abrió de golpe. El aire que había en la cámara salió en una ráfaga y Blake fue impulsado al espacio, girando y jadeando para respirar. Miró desesperadamente a su alrededor, tratando de orientarse.

Vio la enorme medialuna de Marte, que llenaba casi todo el firmamento. Vio una enorme roca negra, arrugada, estriada y llena de cráteres, que tenía que ser Fobos. Detrás de sí vio la silueta del delgado dardo del avión marciano ejecutivo de la empresa «Abastecimiento de Agua Noble», que él acababa de abandonar de un modo tan precipitado, la cubierta plateada reflejando el brillante sol amarillo y el rojo planeta Marte.

Y vio una larga nave blanca, un carguero, a unos cinco kilómetros de distancia,

pero avanzando lentamente en dirección a él impulsada por cohetes de maniobra.

Deseó poseerlos aquellos cohetes de maniobra. Sin ellos, probablemente moriría, y pronto: la válvula de presión de su traje ya se encontraba en la reserva de emergencia. Calculó que, con la presión que tenía en los tanques, le quedaban cinco minutos de vida a lo sumo.

La escotilla exterior del *Krestel* se cerró firmemente.

Sparta se había dirigido cautelosamente hacia el norte, atenta al cielo y los canales de datos que el *Doradus* utilizaba para seguir la pista a sus misiles de búsqueda y destrucción. Una vez notó una llamarada en el horizonte occidental, siendo su espectro el de un misil que había explotado, y Sparta supuso que el exasperado oficial de control de fuego había visto una sombra humanoide; o, más probablemente, un ordenador anulado había dejado que dos misiles chocaran entre sí.

Sólo una vez vio un misil que iba a la deriva en lo alto. Manteniéndose totalmente inmóvil, con los sistemas de su traje espacial parados, confiaba en ser indetectable. Y sólo en una ocasión el propio *Doradus* apareció a la vista. Sparta permaneció paralizada entre dos rocas hasta que la nave se hundió de nuevo bajo el horizonte; sus señales de radio se hicieron más débiles. Sparta pensó que el comandante tenía que estar desesperado, para registrar el paisaje de la negra luna de forma tan aleatoria. Pero la posición de la nave ya no era la principal preocupación de Sparta...

...pues había alcanzado su meta. En el borde iluminado por el sol del Stickney se alzaban las brillantes cúpulas de aluminio de la Base de Fobos, intactas desde hacía medio siglo. Intactas y en perfecto estado.

Sparta necesitaba enviar un mensaje más lejos de lo que el intercomunicador del traje espacial podía transmitir. Lo que necesitaba era un amplificador y una gran antena.

En la torre de radio de la base de Fobos aún había un reflector montado, dirigido hacia un lugar en el cielo donde la Tierra había estado medio siglo atrás. Sparta subió sin esfuerzo a la alta torre y giró el reflector para situarlo en dirección al más cercano de los satélites de comunicaciones sincrónicas que orbitaban Marte. Cualquier cosa que se aproximara a la línea de visión serviría. El antiguo rayo del reflector no era tan riguroso.

Bajó rebotando hasta la cabaña que había en la base de la torre. Abrió de un empujón la escotilla y entró en el edificio vacío y mal ventilado.

Cerró la escotilla tras de sí y encendió la lámpara del casco. Vio el interior exactamente tal como los exploradores soviéticos y americanos lo habían dejado; o, al menos, como los administradores del monumento querían que los visitantes creyeran que lo habían dejado.

Habían sacado la basura. Un par de cafeteras manchadas estaban conectadas a la mesa. Había talonarios, asegurados a la mesa con «Velcro», siempre eficaz, aún legible lo escrito a bolígrafo. Un gran mapa de Marte, cubierto con plástico, estaba clavado a la pared.

Pero ahí estaba lo que Sparta buscaba: una radio en un estado excelente, montada sobre el banco. Sparta comprobó el medidor de potencia y vio que, después de medio

siglo, multitud de electrones aún pululaban a través de sus capacitores superconductivos. Sparta estaba preparada para sacrificar parte de la potencia del traje, si tenía que hacerlo, pero al parecer no sería necesario.

El equipo de herramientas de la *Mars Cricket* le proporcionó lo que necesitaba para improvisar unos conectores y poder establecer conexión entre el intercomunicador del traje y el antiguo amplificador. Vaciló un momento antes de enviar su mensaje. Una vez iniciada la radioemisión, ella sería tan visible para el Doradus como éste lo había sido para ella; más aún, pues su mensaje sería recogido por los satélites de comunicación y reemitido, y, para oírla, el *Doradus* ni siquiera tendría que estar en la línea de mira.

No obstante, el molesto carguero tardaría un tiempo en dar la vuelta a la luna para ir hacia Sparta. Incluso sus misiles de búsqueda y destrucción tardarían preciosos segundos en llegar al objetivo. Sparta podía pedir ayuda y aún tendría tiempo para escapar.

—Junta de Control Espacial de la Estación de Marte, es una emergencia Código Rojo. Preciso ayuda inmediata. Repito: oficial con problemas en la Base de Fobos. Preciso todas las unidades que puedan prestar su ayuda. Junta de Control Espacial de la Estación de Marte. Esto es una emergencia de Código Rojo...

La voz que sonó en sus oídos sobresaltó a Sparta.

—Inspectora Troy, aquí el teniente Fisher, de la Junta de Control Espacial de la Estación de Marte. Estamos aquí para ayudarla. Indique su posición, por favor.

—Después —dijo ella—. ¿Dónde está usted?

—Control de posición, aproximadamente sobre el punto de sub-Marte.

—¿Ve el *Doradus*?

—Cuando veníamos, el *Doradus* iba a máxima potencia para colocarse en la órbita externa. No responden a las llamadas.

—Ordene confiscar el *Doradus*, prioridad triple-A.

—¡Procedo, inspectora!

—Nos veremos en la Base de Fobos. Quiero que venga solo.

—Repítalo.

—Quiero un oficial en la superficie, teniente. Sólo uno.

—Haremos lo que dice, inspectora...

Sparta apagó bruscamente la radio y salió de la cabaña, cerrando la escotilla tras de sí. Bajó como un pájaro planeador por las suaves y negras paredes interiores del Stickney, aterrizando en el borde de un cráter más pequeño, más joven, que había en el fondo. Penetró en el hoyo de protección provisional, giró, y fijó su ojo macrozoom en la estructura que acababa de abandonar.

Quizá el *Doradus* realmente huía, manteniendo las comunicaciones cerradas. Desde su posición, Sparta no lo veía. Quizá la Junta de Control Espacial realmente iba a rescatarla, en la persona del tal teniente Fisher. Pero Sparta conocía al personal de la Estación de Marte. Sí, había un tal Fisher, pero era un oficinista.

Esperó a ver si acudía a su cita en la Base de Fobos, un hombre o un misil.

Blake había estado girando, impotente, durante cuatro minutos cuando la escotilla

del *Krestel* se abrió y salió una figura con traje espacial. El hombre naranja vestía un traje de alta presión con una unidad de maniobras completa. Llevaba algo que Blake no reconoció, pero parecía un arma. El hombre se colocó en dirección al borde de Fobos y salió lanzado. La escotilla se cerró automáticamente detrás de él.

El indicador de oxígeno de Blake mostraba la luz roja de «vacío».

El sol se hallaba detrás de la figura con traje espacial cuando éste pasó por encima del borde del Stickney, con los reactores de maniobra a plena potencia, y aterrizó en el cobertizo de la radio en la Base de Fobos. Sparta observó cómo Fisher aterrizaba expertamente fuera del cobertizo, abría la escotilla y desaparecía en su interior. Unos segundos más tarde, la escotilla se abrió y reapareció el hombre.

Se encontraba a medio kilómetro, pero para los ojos de Sparta era como si estuviera a medio metro. No podía verle la cara a través de la visera reflectante, pero sabía que no era miembro de la Junta Espacial. Llevaba un rifle de láser.

—Troy, ¿o debería llamarte Linda?, estoy seguro de que puedes verme. Y sé que tienes la placa. Si me la entregas ahora, es posible que aún tenga tiempo de salvar la vida de Blake Redfield.

La voz resonó en el interior del casco de Sparta, pero ésta no dijo nada. Que el hombre naranja se acercara a ella.

—¿Cuánto tiempo puedes esperar, Linda? Mis tanques de oxígeno están llenos. Tú llevas horas aquí. Al final te encontraré, cuando estés muerta; así que, ¿por qué no te rindes ahora y salvas a Blake? El pobre tipo está en el espacio, a la deriva, sin equipo de maniobra, sin un amigo a la vista, sin presión en sus tanques...

Que se acercara a ella...

—Ah, entiendo..., crees que quizás esto no es más que una hábil ficción. Pero, ¿recuerdas? Tú misma has pedido que la empresa de Noble pusiera su avión marciano ejecutivo a disposición del señor Redfield. Tenías que haber preguntado quién era el piloto, aunque el nombre no te habría dicho nada. Por supuesto, me ha alegrado complacerte. Creo que ahora puedes ver al *Krestel*, si estás más o menos donde sospecho. Debería elevarse por el Este.

El brillante dardo de un avión marciano realmente había aparecido ante su vista por encima del borde oriental del cráter. Cuando Sparta miró más de cerca, vio un diminuto punto blanco suspendido a su lado, casi perdido en el negro fondo estrellado.

—Blake y yo nos hemos entendido bastante bien durante nuestro vuelo. Te aseguro que está suspirando porque yo vuelva.

—Aquí estoy —dijo Sparta.

Se irguió lentamente, manteniendo las botas en contacto con el suelo. La parte inferior de su cuerpo quedaba protegido por el borde del pequeño cráter. Que el hombre naranja se acercara...

—Ah..., muéstrame la placa, querida.

—En cuanto la tengas, me matarás.

—Me temo que tienes razón. Lamento profundamente no haberlo conseguido antes.

—¿Por qué he de creer que salvarás a Blake?

—Porque no mato por diversión, Linda. Le salvaré si puedo. Pero no puedo garantizarte que no sea demasiado tarde.

Muy despacio, Sparta se metió la mano en el bolsillo del muslo y sacó la placa. Su lisa superficie brilló bajo el fuerte sol, una estrella reluciente que contrastaba con las laderas negras del Stickney.

—Gracias, querida.

El hombre levantó rápido el rifle y apuntó. Su dedo enguantado apretó el gatillo cuando...

... una lanza de luz le atravesó.

Con precisión mortal, Sparta había dirigido el reflejo de la placa directamente hacia los ojos del hombre. Le vio retroceder y alejarse girando. Aunque el sol filtrado no era lo bastante brillante para cegarle a través de la visera —únicamente durante unos instantes— su visión debía de estar llena de resplandores en movimiento.

Sparta detestaba lo que hizo a continuación, pues habría arriesgado su vida antes que matar a otra persona; pero no tenía derecho a sacrificar a Blake por sus ideales desesperados. Levantó la escopeta y apuntó al hombre con exactitud inhumana. La explosión la hizo caer hacia atrás contra la pared del cráter. La bala se dirigió veloz hacia su objetivo, sin resistencia y con una desviación insignificante.

Pero el hombre había sido rápido. Se había alejado del doloroso brillo del espejo dando un salto y echándose en tierra. La ráfaga de Sparta hizo un agujero desigual en el aluminio de la cabaña de radio de la Base de Fobos, detrás de donde había estado el casco del hombre. Cuando Sparta hubo recuperado el equilibrio y preparado el arma otra vez, él se hallaba fuera del alcance de su vista.

Su intercomunicador aún le llegaba.

—Un buen intento, Linda. Tú y yo podríamos efectuar una interesante competición. Pero no somos las únicas personas implicadas en esto.

Ante los ojos de Blake bailaban unas manchas negras. La dolorosa presión para abrir la boca y aspirar aire se hacía insoportable. Sabía que si hacía eso, no habría aire para respirar. También sabía —aunque tuvo que realizar un esfuerzo extremo para persuadirse a sí mismo de esta verdad— que el oxígeno disuelto en la sangre perdura muchos minutos después de que el cerebro registre el hecho de que uno se está asfixiando.

El moderno traje espacial es el resultado de más de un siglo de desarrollo, y una de las primeras mejoras fue el perfeccionamiento del equipo intercambiable de mantenimiento de la vida. A diferencia de los trajes espaciales de los años mil novecientos ochenta y los noventa, los tanques de los trajes presurizados y los trajes para el espacio profundo podían cambiarse fácilmente en el vacío.

El tanque de Blake estaba vacío, así que se lo había quitado.

Blake contuvo el aliento mientras giraba lentamente en el espacio. Se dejó girar una vez, después otra, contando con toda la precisión posible:

—Uno, mil, dos, mil, tres, mil...

Si le faltaba el oxígeno, el cálculo no le serviría de nada, pero por el momento, aún confiaba en su razón. Se sentía eufórico.

Cuando estaba de espaldas al avión marciano, arrojó el paquete con todas sus fuerzas. Tenía una masa de una fracción de la de él y el resto del traje juntos, y se alejó con rapidez. Blake avanzó hacia atrás más despacio... pero de modo inevitable.

Sonrió. El bueno de Isaac Newton.

Cuando alcanzó el *Krestel*, estaba medio vuelto hacia él. En la superficie aerodinámica del avión no había nada donde agarrarse, pero cogió el borde que sobresalía del ala oscilante y se aferró a él para conservar la vida. La manivela de la cámara de aire estaba muy cerca de su mano, pero ahora todo aquello empezaba a parecer divertido. Blake dejó escapar una risita. Deseaba no sentirse tan bien. Eso significaba que iba a morir pronto.

Se soltó y flotó hacia la manivela. La aferró. ¿Y ahora qué?

La hizo girar. La escotilla se abrió con tanta fuerza que Blake estalló en un paroxismo de risa. De alguna manera, una correa de su manga quedó prendida en la manivela. Eso le salvó la vida; al abrirse, la escotilla le habría empujado lejos de Fobos.

Penetró en la cámara de aire y golpeó, como ebrio, los botones de la pared. La escotilla se cerró tras él. La cámara se llenó de aire.

Pero no le llegó al interior del traje. El mundo se había estrechado hasta convertirse en un diminuto punto de luz antes de acordarse de abrir su casco.

—Llamando al piloto del *Krestel*. Aquí Blake Redfield llamando al piloto del avión marciano de la «Noble». Te estoy hablando a ti, pero todas las naves que están en el espacio de Marte oyen lo que te digo. Todo el mundo en ese carguero oye lo que te digo. Todos los de Control de Tráfico de la Estación de Marte oyen lo que te digo. Estoy sentado en el asiento de la izquierda de tu avión, Red, y será mejor que esperes que alguien venga a sacarte de esa roca, porque yo no voy a permitirte volver a entrar.

Sparta reconoció su voz antes de que emitiera la primera frase.

—Blake, escúchame. Blake, soy Ellen. Escúchame.

—¡Ellen!

—Emprende una acción evasiva inmediatamente. Eres un objetivo. Emprende acción evasiva inmediatamente. ¿Me oyes? ¿Me entiendes? Debes...

Sparta vio los cohetes del avión marciano estallar en una llamarada azul. Blake había comprendido lo suficiente como para actuar de acuerdo con la advertencia. Sparta esperó, angustiada, mientras el *Krestel* giraba en el firmamento..., esperando el torpedo del *Doradus*.

En los últimos segundos, el propio *Doradus* había aparecido en el Este, al alcance del *Krestel*.

Un estallido de interferencias en la comunicación le llegó a través del intercomunicador. Y, en ese momento, vio al hombre naranja que surgía de su escondrijo y echaba a correr: corrió a lo largo del borde norte del Stickney con pasos asombrosos, uno, dos, tres..., cien metros, doscientos de un salto, y luego se estiró como un saltador de longitud, se encumbró fuera de la superficie de la luna. Los reactores de gas de su equipo de maniobra resoplaron y aumentaron la fuerza de despegue. La figura blanca se empequeñeció en dirección al *Doradus*.

Sparta no lo perdió de vista. La explosión de la escopeta, no estorbada por la atmósfera, no desviada por la fuerte gravedad, le habría detenido en cualquier punto de su trayectoria. Eso se habría repetido una y otra vez; quizá sólo una bala sólida habría hecho impacto en su casco. Eso habría bastado.

Sparta bajó el arma.

Casi antes de que la escotilla de la cámara de aire del *Doradus* se hubiera cerrado detrás de él, hubo una repentina explosión de los chorros de dirección y la nave pirata salió disparada. En cuestión de segundos el *Doradus* se empequeñeció en dirección al sol, por fin libre de Fobos. Sparta se preguntó si el comandante de la nave se alegraba de abandonar, aunque fuera derrotado, aquel miserable pedazo de roca que, de forma tan irritante, le había impedido hacerse con lo que debiera haber sido una presa fácil.

Entretanto, el *Krestel* giraba como un trompo.

—Blake, intenta controlar esa cosa y sitúala de manera que yo pueda subir a bordo.

—Lo estoy intentando, Ellen. Lo estoy intentando.

Una voz femenina intervino por el canal del intercomunicador del traje.

—Inspectora Troy. Inspectora Troy. Aquí la inspectora Sharansky. Junta de Control Espacial. Respondemos a su petición de ayuda. Por favor, informe. Inspectora Troy...

—Aquí Troy.

—¿Troy? ¿Es usted?

—Soy yo, Sharansky, tengo que decirle una cosa.

—Adelante, por favor.

—Muy bien calculado.

20

Los canales hechos en el metal eran diferentes, pero todos tenían la misma altura, anchura y profundidad. Iban en línea recta. Había tres docenas de clases diferentes, pero se repetían en diversas secuencias hasta que el número total, grabadas en el metal, era de más de mil...

Sparta se dio cuenta de que se distraía, e hizo un esfuerzo por concentrarse. A menos de un metro delante de ella, unos focos situados en lo alto centraban sus rayos en la reluciente placa marciana, que descansaba sobre un cojín de terciopelo bajo una cúpula de cristal xantiano cortado con láser, y resplandecía como si nunca la hubieran tocado.

Sparta y el teniente Polanyi estaban de pie en la habitación vacía. Los miembros de la delegación oficial que había devuelto la reliquia a su altar, todos ellos dignatarios locales —el alcalde había cogido una nave rápida de línea, desde la conferencia de

jefes para presidir el acontecimiento—, habían bebido, por fin, la última botella de champán y se dirigían cada uno a su casa.

—En cuanto hayamos salido de aquí, podemos conectar las alarmas.

Ella asintió con la cabeza.

—Lamento el retraso, teniente. Con la exaltación, no me había parado a mirarla. Qué extraña reliquia.

—Es cierto. No se puede arañar, pero algo la rompió una vez. Debió de ser un buen golpe.

Sparta miró al joven oficial de la Junta Espacial.

—¿Qué sabe usted de su tradición?

—La «tradición» la elaboran principalmente las agencias de viajes, creo. —Estaba tan aburrido como parecía; recitó los datos que conocía como si leyera una ficha—. Nadie ha descubierto jamás de dónde procede; de algún lugar cerca del polo norte, es lo único que se sabe. El hombre que la encontró la ocultó, y no contó a nadie las circunstancias de su descubrimiento; se halló entre sus efectos personales después de su muerte. Hubo rumores de multitud de objetos extraños, pero en diez años no se ha encontrado nada más. Los folletos lo llaman el «Alma de Marte». Un nombre poético para una placa rota.

Sparta contemplaba la superficie grabada de la placa.

—¿De veras cree que procede de Marte? —preguntó—. ¿Cree que la hicieron en Marte?

—Yo no soy experto en estas materias, inspectora.

Polanyi no se molestaba en disimular su impaciencia.

—No creo que sea de aquí —dijo Sparta.

—¿No? ¿Qué le hace pensar eso?

—Sólo es una sensación —dijo ella—. Bueno, gracias por complacerme. Conectemos las alarmas, así podrá irse a casa.

Una algarabía sin sintecordios autodestructores procedente del sistema de sonido, mantenía el nivel de ruido requerido en el «Aparca tu dolor». Las roncas conversaciones a gritos cesaron en torno a los cuatro recién llegados, que levantaron las viseras de sus trajes y se abrieron paso entre la multitud.

—No te preocupes. Conmigo estás a salvo.

Yevgeny Rostov pasó el brazo por encima de los hombros de Sparta y la apretó contra sí. Detrás, Blake y Lydia Zeromski, muy juntos, les seguían los pasos.

Yevgeny miraba a los otros clientes mientras se dirigía hacia la barra.

—No todos los policías son utensilios de los imperialistas-capitalistas —gritó—. Esta valiente mujer devolvió la placa marciana. Aquí todos somos camaradas.

Los que estaban en la barra miraron con curiosidad a Sparta durante largos segundos; Blake también recibió su parte de miradas extrañas, pero para entonces ya estaba acostumbrado al lugar. Poco a poco, todo el mundo fue perdiendo interés y reanudó sus conversaciones gritándose por encima del ruido de la música.

—Así, Mike, no eres un soplón, después de todo. ¡Otro policía! —Los cuatro nuevos amigos llegaron a la barra de acero inoxidable—. Te invito a cerveza, de todos

modos.

Yevgeny soltó a Sparta y dio una palmada a Blake en el hombro, tan fuerte que lo hizo tambalear.

El encargado de la barra no se molestó en preguntar a nadie lo que quería; sirvió para todos lo que Yevgeny siempre bebía. Cuatro espumosas jarras de cerveza negra y amarga aparecieron sobre la barra.

—Lydia, brindemos para que esta gente se marche de nuestro planeta lo antes posible.

Sparta levantó su jarra con cautela. Blake se mostró un poco más entusiasta.

—Gracias, camarada —gritó—. Por la próxima lanzadera que salga de aquí.

Las cuatro jarras chocaron con tanta fuerza que se derramó un poco de espuma.

—Pero hazme un favor, Yevgeny —aulló Blake—. No pienses en mí como en un policía. Sólo soy un aficionado.

Sparta se echó a reír.

—Tú lo has dicho. Noche de aficionado en Marte.

—¿Haces volar parques móviles por «afición»? —gritó Lydia, lo bastante fuerte para que se oyera por encima de los sintecordios.

Los ojos de Blake se dilataron con inocencia.

—¿Hacer volar qué? —pronunció sin voz.

—Lo olvidaba —le gritó Lydia, mirando a Sparta—. No deberíamos hablar de ello donde pueda haber alguien escuchando.

—¡Lo apoyo! —dijo Blake a gritos también—. Por el 776 del Gremio de Trabajadores de Fontanería: ¡que viva y que prospere!

Fue aclamado con vítores de todos los que se encontraban a un metro de distancia; media docena más o menos, los únicos que podían oírle.

Sus compañeros sonrieron y menearon la cabeza. Sparta olisqueó la cerveza negra y rehusó beberla. Blake hundió la cara en la espuma y se le formaron bigotes, pero lo único que pretendía era tomar un sorbo. Entretanto, Yevgeny tragaba el contenido de su jarra; luego, la dejó sobre la barra de acero dando un golpe, y levantó cuatro dedos con gesto imperioso.

—No lo hagas —gritó Blake—. No para mí.

—¿Qué es para ti? Cuando vuelva a ser tu turno, ya te lo diré.

—Yevgeny, una pregunta antes de que salgamos de aquí...

—¿Qué quieres saber, amigo mío?

—Después de tantos años de estar en Marte, ¿por qué aún tienes ese acento tan horrible? Quiero decir, ¿ayuda eso a tu credibilidad entre los camaradas o algo así?

Yevgeny retrocedió un poco, ofendido...

...y cuando se inclinó y levantó la cabeza hacia la de Blake, había fuego en sus ojos y tenía alzadas las espesas cejas.

—Vaya, ¿qué podría haberte motivado a difamarme respecto a mi perspicacia, señor Redfield? —El volumen de su voz estaba calculado para que no llegara más allá de los oídos de Blake—. ¿Suponías que era algún suplantador furtivo como tú?

—Viejo zorro —Blake prorrumpió en carcajadas—. Lo hiciste.

—¿Lo hice? —Alzó las cejas aún más.

—Decir la verdad. Y sin utilizar ningún artículo.

—¿Artículo? —Yevgeny se irguió y bramó—. ¿Qué es un artículo?

Sparta y Blake iban encogidos para protegerse del viento, caminando por las calles arenosas del puerto de lanzaderas.

—¿Tu casa o la mía? —preguntó él—. ¿O supongo demasiado?

—¿Qué te parece tu cubículo del refugio? Un hotel de lujo es muy aburrido.

—Conociéndote, sé que lo dices en serio.

—No te preocupes —dijo ella—. No...

En ese instante, Ellen jadeó y se desplomó contra Blake, agarrándose a él con los dos brazos como si la hubieran herido en el corazón.

Blake la sujetó.

—¡Ellen! ¿Qué te pasa? ¡Ellen!

Ellen quedó inerte en brazos de Blake y se desmayó; él la depositó lentamente sobre la arena. Ella le miraba fijamente a través del cristal del casco, pero su boca abierta no emitía ningún sonido.

Ella podría ser la mejor de nosotros

Se resiste a nuestra autoridad.

Las luces sobre la mesa de operaciones estaban dispuestas en círculo, como las pantallas de vídeo sin imágenes del «Aparca tu dolor», como los focos que rodeaban la placa marciana.

El olor fétido a cebolla amenazaba con asfixiarla. Su ojo mental involuntariamente expuso los compuestos de azufre mientras el círculo de luz, sobre ella, comenzaba a girar en una espiral dorada.

Blake se encontraba con ella. Ellen había estado suficientemente consciente como para insistir en ello antes de permitir que la operaran. Le situaron a la izquierda de ella, donde podría sostenerle la mano entre las suyas.

William, es una niña

Mientras la oscuridad se cerraba en torno a ella, aferró la mano de Blake cada vez con más fuerza, agarrándose a ella para no caerse.

Resistirse a nosotros es resistirse al Conocimiento.

Empezó a deslizarse hacia abajo. Empezó a caer por la espiral.

Soltó la mano de Blake. A su alrededor pululaban unas formas en el torbellino.

Las formas eran signos. Los signos, eran los signos de la placa. Los signos tenían significado.

El significado apareció ante ella. Ella intentó gritar, avisar con un grito.

Pero cuando la oscuridad se cerró sobre ella, sólo quedó una imagen, una imagen de nubes arremolinadas, rojas, amarillas y blancas, hirviendo en una vorágine inmensa, capaz de engullir un planeta. Entonces ella se abandonó y cayó en ellas interminablemente...

Los médicos no permitieron a Blake ver lo que estaba pasando; protegieron su

supuesta aprensión con una cortina de tela que ocultaba el cuerpo de Sparta desde el cuello hasta los pies.

La incisión fue incruenta y rápida; el escalpelo microtómico paralizaba los bordes de la herida al cortar la piel, el músculo y la membrana. Sparta yacía con un corte que iba del esternón al ombligo.

—¿Qué demonios es esto? —murmuró enojado el cirujano joven, apagada su voz bajo su traje estéril. Captó la mirada nerviosa de su ayudante hacia Blake. Gruñó y dijo—: Biopsia. Quiero saber lo que es antes de cerrar.

Siguiendo sus severas ordenes, abrieron a Sparta y la mantuvieron abierta con grapas; el médico introdujo el escalpelo, tijeras y pinzas. Extrajo todo el tejido resbaladizo y plateado que pudo, trabajando con rápida precisión alrededor de los vasos sanguíneos y órganos.

Dejaba los pedazos de material que extraía, sobre una bandeja.

Cuando el cirujano había sacado la última pizca accesible de debajo del diafragma, el técnico ya había regresado con un análisis espectrométrico con láser, y un gráfico generado por ordenador: la sustancia era un polímero conductor de cadena larga de una clase que ni el técnico ni el cirujano habían visto antes.

—Está bien, será mejor que cerremos. Por ahora, quiero que esta mujer quede bajo vigilancia intensiva hasta que sepamos lo que hace con esto el comité de investigación.

Los instrumentos curativos pasaron por encima de la herida, juntando los vasos sanguíneos y nervios separados, cerrando la piel, untando la carne con factores de crecimiento que borrarían todas las señales de la herida en cuestión de semanas.

Caminando Blake al lado de la camilla, sin soltar la mano inerte de Sparta, salieron del quirófano. El cirujano y sus ayudantes se asearon y salieron poco después.

En la oscuridad de la galería que daba al quirófano, un hombre había estado mirando hacia abajo a través del cristal. Unos ojos azules brillaban en su rostro ennegrecido por el sol, y su cabello gris era sumamente corto. Llevaba el uniforme azul de un comandante pleno de la Junta de Patrullas Espaciales; no lucia muchos galones sobre el bolsillo del pecho, pero los que llevaba testimoniaban un valor supremo y una habilidad mortal.

El comandante se volvió a un oficial que se encontraba un poco más atrás, en las sombras.

—Apodérese de ese informe, y luego borre la memoria de la máquina. Esta información no irá a ningún comité de hospital.

Su voz era dura, de la textura de las olas al batir en una playa rocosa.

—¿Y los que la han operado, señor?

—Explíqueselo, Sharansky.

—Ya sabe cómo son los cirujanos, señor. En especial los jóvenes.

Sí, lo sabía. Los cirujanos como aquel brillante tipo habían salvado su vida en más de una ocasión. Lo único que querían a cambio era que les adoraran.

—Primero trate de explicárselo. Si no lo entienden...

No terminó la frase.

Sharansky dejó que el silencio durara varios segundos antes de decir:
—Comprendido, señor.
—Bien. Si tiene que llegar tan lejos, vigile la dosis —gruñó él—. No quiero que se olviden de lo que saben hacer tan bien.
—Sí, señor. ¿Y la inspectora Troy, señor?
—La sacaremos de aquí esta noche.
—¿Y el señor Redfield?
El comandante suspiró.
—Sharansky, si no me cayera tan bien su primo Proboda, la arrestaría por esa estúpida acción. Vik quizá es un héroe estúpido, pero usted es sencillamente estúpida.
—¡Señor! ¿Estúpida es la palabra adecuada? Tal vez calculé mal...
—Tonterías. No le gustaba ese tipo y no le gustan los sindicatos. Tenía tres tarjetas de identidad en el bolsillo, y le dio a él la única que usted sabía que le causaría problemas.
Ella se irguió, tensa.
—Lo hice para distraer la atención, señor, de la investigación de la inspectora Troy.
—La próxima mentira será la última en este servicio, Sharansky.
Ella no respondió. Al cabo de un rato, dijo:
—Comprendido, señor.
—Bien —Por un momento, la obsequió con una mirada gélida—. Los humanos son graciosos, Sharansky, necesitan cosas graciosas —dijo; y luego, bruscamente, se volvió—. Ella es un ser humano, a pesar de lo que intentaron hacerle. Y sea lo que sea lo que usted o yo pensemos de ese tal Redfield, en estos momentos ella lo necesita.

EPILOGO

Así, la placa marciana fue devuelta a Marte. Dos años más tarde...

En una finca rural al Sudoeste de Londres, un elegante hombre de mediana edad, con atuendo de caza, atraviesa el bosque otoñal. A su lado, no lejos, se encuentra su anfitrión, un caballero de más edad, Lord Kingman. Esbeltas escopetas descansan en los brazos de los dos hombres; la caza es escasa pero variada —tres gallos lira, cuatro conejos y un par de pichones— y, en contra de los negros presagios de sus colegas, los perros de ambos siguen vivos, buscando con ansia a través de la maleza aromática, más adelante que ellos.

Nada en el hombre más joven, cuyos amigos íntimos le llaman Bill, traiciona la complejidad de sus pensamientos o la ambigüedad de sus sentimientos respecto a esta ocasión. Para todo el mundo, podría ser sólo otro aristocrático cazador inglés que ha salido el campo a cazar un poco.

En cuanto a Lord Kingman, con su leonina cabeza de pelo gris, resulta una figura aún más imponente de hombría madura. Hasta el momento, ha visto la ardilla gris.

La ardilla ve a los hombres en el mismo momento. Quizá sabe que está señalada para la ejecución inmediata como consecuencia del daño que ha producido en los árboles de la finca; quizá ya ha perdido a sus seres queridos bajo el arma de Kingman. Cualesquiera que sean sus razones, no pierde tiempo observando sino que de tres saltos llega a la base del árbol más cercano y desaparece tras él.

El efecto que produce en Kingman es electrizante; su arma se eleva rápidamente como si los perros hubieran levantado un faisán. Mantiene el arma apuntando a esa parte del tronco donde espera ver reaparecer a la ardilla, y comienza a dar vueltas alrededor del árbol, muy despacio, con gran cautela.

Los perros deben de estar acostumbrados a esto; inmediatamente se marchan y se colocan entre los helechos, descansando la barbilla sobre las patas, desde donde miran a Kignman con aire resignado y esperan a que se desarrolle el drama.

Bill, por su parte, no puede más que permanecer fuera de la línea de fuego de Kingman, lo más silencioso posible, mientras da vueltas con él.

La cara de la ardilla aparece un momento por encima del borde de su escudo protector, a tres metros del suelo, y Kingman dispara instantáneamente; luego, prepara la escopeta y apunta otra vez con una serie de movimientos rápidos y practicados —es un excelente tirador—, pero no dispara, pues su objetivo ha desaparecido. Cae un poco de serrín del arañazo en la corteza donde había estado la cabeza de la ardilla (ha producido bastante más daño al árbol del que habría hecho la ardilla, piensa Bill), pero no cae ningún cuerpo a tierra.

Sin embargo siguen dando vueltas, Kingman con su arma preparada, esperando;

mas no vuelven a ver a la ardilla.

Kingman está muy pensativo mientras regresan por el prado hacia la magnífica casa antigua.

—¡Esa rata de árbol! —exclama con repentina vehemencia.

Siempre las llama ratas de árbol, ha confiado antes a Bill, porque la gente es demasiado sentimental para tolerar la caza de las preciosas ardillas.

—Me ha recordado una experiencia muy extraña que tuve hace dos años.

Bill está seguro de que sabe lo que va a contarle, y no quiere oírlo. Las circunstancias de Kingman son delicadas, pero Bill no puede hacer nada por él —o eso diría si se le preguntara—, y espera que Kingman no le ponga en la posición de negarse a lo que le pida el anfitrión.

Le salva, de momento al menos, la aparición de otros dos tiradores, Jurgen y Holly, que acaban de aparecer por el otro lado de la casa. Los dos cazaban en la mitad occidental de la finca mientras Bill y Kingman lo hacían en la oriental. A juzgar por el aspecto de las cosas, el Oeste estará desprovisto de pájaros durante años; Jurgen, gritando un alegre saludo, blande lo que parecen varias generaciones de una familia de aves en otro tiempo populosa, atadas en grupos por las patas.

Holly tiene un aspecto elegante e impecable con los pantalones de montar de piel de gamo y una blusa de seda blanca. Lleva una chaqueta plateada colgando al brazo, y dos de los sabuesos de Kingman caminan pisándole los talones. Quizás ha entregado sus piezas a Jurgen para que se las lleve, o, quizá, simplemente, las ha dejado donde han caído, prefiriendo no ensuciar su atuendo.

Porque la chaqueta de caza de Jurgen está cubierta de sangre y plumas; eso y la fiera sonrisa que atraviesa su rostro le hacen parecer el cruel cazador, lo cual es, aunque no suele cazar en los bosques. Grita a Kingman con lo que él cree que es el habla británica de la clase alta, demasiado alegre y con fuerte acento alemán.

—Simplemente maravilloso, Lord Kingman, este lugar. Muy amable de su parte invitarnos.

Kingman mira a su compañero, con expresión de disgusto.

—No es nada —murmura, con lo que Bill sospecha que quiere decir que, si de él dependiera, no tendría nada que ver con el maldito Jurgen y los de su clase. Pero Kingman ya no rige su propio destino—. Demos esto a la cocinera.

—Yo me voy arriba —dice Holly—. Hasta la tarde.

Hace un gesto de despedida con dos dedos y sube la curvada escalera de piedra que lleva al amplio porche trasero; Jurgen la sigue, mirando descaradamente sus cimbreantes caderas.

Kingman deja los perros con el cuidador, y entra en la casa por la puerta de la cocina; él y Bill entregan sus víctimas a la señora McGrath, quien las recibe sin demasiado entusiasmo —tener que limpiar todas esas aves—, y luego se separan.

Bill sube lentamente la ancha escalinata para ir a sus habitaciones. Consulta su reloj. La reunión de trabajo está fijada para las seis de la tarde; una cuestión exploratoria esta primera tarde, aplazando hasta mañana las elecciones difíciles. La cena tiene que ser a las ocho. A pesar de sus defectos como estratega, reflexiona Bill, Kingman sabe hacer las cosas de una manera civilizada.

Antes que nada está la ceremonia, por supuesto. Hay pocos lugares mejores para ello; el santuario de Kingman, aunque pequeño, es uno de los más antiguos sobrevivientes de la Sociedad Atanasia. Los anteriores, del Continente, fueron destruidos en los Terrores. El techo abovedado muestra la Cruz Estrellada, en lámina de oro sobre azul; y es una ejecución notablemente exacta, dado que los europeos no estaban familiarizados con los firmamentos del Sur cuando se construyó esta cripta.

Jurgen lee la dedicatoria. Los extraños se sorprenderían al ver cómo brilla la inteligencia del hombre a través de su torpeza, cuando se encuentra en manos del Conocimiento. Finalmente, todos pronunciaron las Palabras de Afirmación —«Todo estará bien»— y bebieron del cáliz, en este caso, una vasija de hierro, una pieza hitita que es la joya de la colección de Kingman.

Se cambiaron de ropa para ponerse un atuendo corriente y se reunieron en la biblioteca, bajo estantes de roble llenos de libros impresos auténticos, encuadernados en cuero repujado. Además de los cuatro cazadores —Kingman y Bill vestidos de tweed, Jurgen con algo que parecía un traje de vaquero americano, y Holly de nuevo vestida de blanco, esta vez con un prístino sari de algodón, como una *maharani*—, los otros miembros del comité ejecutivo presentes son Jack y Martita.

Jack, que tiene aspecto de luchador que está envejeciendo, va vestido como un banquero de Manhattan. Martita es pálida por naturaleza, igual que Holly es morena, y, como ella, busca producir el máximo efecto por contraste. En esta ocasión viste un atuendo de lana áspera que resalta su fino cabello rubio.

Aunque el traje de Martita es paramilitar, su combatividad es auténtica.

Hemos avanzado un poco desde los desastres de los dos últimos años, pero no lo suficiente —anuncia, mientras el mayordomo trae bebidas—. Nuestro programa, en gran parte tu programa, Bill, pero corrígeme si me equivoco —le lanza una mirada llena de malicia—, fracasó patéticamente en su ejecución, por muy sensato que pareciera en su momento.

—No me parece necesario enumerar viejas desgracias. Todos las conocemos bien —replica Bill, demasiado tenso. ¿Hay algo menos digno que la dignidad ofendida?

Martita no abandona.

—Creo que una revisión a fondo de nuestra situación podría beneficiarnos a todos...

—Por amor del Conocimiento, ¿por qué crees que estamos aquí? —gruñe Bill.

—... para evaluar cualquier nuevo plan con objetividad esencial —termina ella.

—Quítatelo de la cabeza, querida —dice Jurgen, mirando abiertamente sus espléndidos pechos.

Martita no le hace caso.

—Fracasamos en nuestro primer intento de crear un intermediario...

—Bueno, eso es historia muy vieja —murmura Bill.

—... y los últimos esfuerzos no han sido probados.

—Lo serán pronto —replica Bill—. Con tiempo suficiente.

—Hemos fracasado en ocultar la identidad de la estrella hogar —prosigue ella—, y hemos fracasado en mantener la confidencialidad de los textos sagrados.

—En cuanto a la identidad de la estrella hogar, nuestros temores no tenían

fundamento, pero no se puede acusar a nadie —dice Jack, directo como de costumbre —. Nadie sabe exactamente dónde está y nadie lo sabrá, al menos hasta que se produzca una señal.

—Ésa no es la cuestión a la que se refiere —interviene Holly.

Su serenidad autosatisfecha puede llegar a molestar; y en algunas ocasiones, reflexiona Bill, lo ha llevado a él al borde de la violencia. De todas maneras, es una persona lógica.

—La cuestión es nuestro fracaso, un costoso fracaso que ha llamado la atención hacia lo que esperábamos ocultar.

—Estoy de acuerdo con Jack —dice Jurgen—. La estrella hogar se las está arreglando bastante bien para mantenerse oculta por sí misma.

—E inmediatamente después, la debacle de los textos... —prosigue Martita; pero deja la frase sin terminar.

Nadie llena el silencio.

Un ángel elige ese momento para pasar. El ángel de la muerte, sin duda.

Algunos les llaman el Espíritu Libre. Otros les llaman Atanasios. Su intento de destruir todas las copias existentes de lo que el público ha llegado a conocer como los escritos de la Cultura X —y de eliminar a todo el que pudiera ser capaz de reconstruirlos de memoria—, era un esfuerzo atrevido y necesario, y no era un completo fracaso. En el intento, Bill y sus compañeros aprendieron gran parte de lo que era necesario y que de otro modo quizá no hubiera salido a la luz.

Aprendieron de los textos mismos. Parte de lo que aprendieron se encontraba en el Conocimiento, pero parte no. Parte de lo que estaba en el Conocimiento había sido interpretado erróneamente.

A pesar de estos beneficios, reflexiona Bill, lo que perdieron por su aventura mal concebida era innegablemente mayor.

Kingman, que hasta ahora no ha aportado nada a la conversación salvo para dirigir el mayordomo con pequeños gestos de su leonina cabeza, habla de repente:

—Ha sido una experiencia extraña, muy extraña en verdad. Aquella maldita rata de árbol de esta tarde..., ¿te acuerdas, Bill? Me ha traído a la memoria...

Jurgen lo ve venir, como Bill anteriormente, e intenta impedirlo.

—Lord Kingman, los detalles particulares de su experiencia son muy aclaratorios, pero el orden del día imposibilita...

—Por supuesto, si prefieren que no... —Kingman se muestra claramente irritado.

—No, por favor —dice Bill de prisa, viendo una oportunidad donde antes sólo había visto turbación. Que Kingman contara su historia una vez más. Que todos ellos contemplaran de nuevo su debacle—. Martita ya ha rehecho el orden del día, me parece. O sea que, según tu sugerencia, querida —Bill le obsequia con la sonrisa más venenosa de que era capaz—, esforcémonos por aprender del pasado. —Se vuelve hacia Kingman—. Por favor, adelante. Cuéntenos qué relación hay entre una ardilla gris y el destino del más sagrado de los textos.

Kingman se ha suavizado un poco. Se acomoda en su sillón de cuero y, después de refrescarse con un sorbo de whisky, comienza a hablar con aire pensativo:

—No estoy seguro de tener todos los nombres, pero los momentos y lugares están suficientemente claros en mi memoria. La historia comienza en la Estación de Marte...

Los minutos transcurren con rapidez, y son ya casi las ocho. Los criados han aparecido en los umbrales sombríos de las puertas, callados pero esperando ansiosos recordar al grupo reunido que la cena está a punto de servirse.

Pero Kingman ha calculado bien el tiempo, y ahora está terminando su discurso.

—... y por tanto, nos vimos obligados a retirarnos. No teníamos elección. Era el único camino que nos quedaba, y el mejor.

Se produce un momento de silencio antes de que Bill hable.

—Una historia muy interesante, Rupert —dice—, y ahora entiendo cómo enlaza con esa ardilla. Allí estaba, con todo aquel arsenal, con una de las naves más potentes del sistema solar a sus órdenes, y una mujer desarmada en la superficie de una pequeña roca...

—Bill, realmente...

A veces, cuando la ira se apodera de Bill, éste no puede detenerse y yo..., él, quiero decir..., añade insultos innecesarios al daño merecido.

—¿Lo habrías hecho tan bien en su lugar? ¿Crees que habrías sido capaz de eludir..., no sólo eludir, sino hacer que se marchara... la mejor maquinaria y la mejor gente que el Espíritu Libre pudo reunir? ¿Cómo lo habrías hecho si tú hubieras sido la ardilla y ella el cazador?

Las arrogantes facciones de Kingman se aflojaron; el hombre palidece.

—Ella no es humana, Bill —Se pone de pie, tenso—. A ti tenemos que agradecértelo.

Esto me pone en mi lugar. O eso yo... Bill, es decir... acepta.

Nuestro anfitrión —quiero decir, el anfitrión de Bill, de Bill y de los otros—, sale de la habitación con paso majestuoso, haciendo todo lo posible por mantener los hombros cuadrados a la manera militar apropiada.

Los demás que se encuentran en la biblioteca me miran con grados diversos de desaprobación. Sólo Jurgen es lo bastante vulgar como para reírse.

La mañana siguiente trae uno de esos días frescos de octubre en que, a pesar del sol perezoso, la neblina del ambiente da al paisaje la perspectiva plana de un cuadro oriental a tinta. Estoy disfrutando de la vista que se ve desde la terraza, cuando Kingman sale del edificio. Parece que verme le molesta.

—Rupert —digo—. Realmente no tenía intención de...

—Si me disculpas —dice, interrumpiendo mis excusas—, creo que volveré a intentarlo con esa rata de árbol. Quizás esta vez la cace.

Le contemplo largo rato, mientras él cruza a grandes pasos el húmedo césped y se introduce en el rojizo bosque. Finalmente desaparece al otro lado del valle poco profundo.

Unos minutos más tarde oigo el disparo. No el rugido de la escopeta de Kingman, sino el chasquido de una pistola.

Me quedo junto a la baranda de piedra, observando la brillante mancha de una hoja amarilla que cae al suelo, revoloteando, en el límite del distante bosque. Los

otros salen de la casa uno tras otro.

—Pobre Kingman —dice Jurgen, ahogando una risita.

—Más le habría valido correr. Cuando supo que era.... ella —dice Martita.

—La ficha que tenía de ella no era completa —digo yo—. Pero eso no era una excusa. Si hubiera actuado más de prisa, habría podido derrotarla.

—Supongo que quieres decir que no habríamos perdido el *Doradus*. Que la mitad de su tripulación no estaría muerta, y la otra mitad fugitiva.

Maldita Martita. Me niego a responder.

—Está claro que ella recuerda lo que le enseñaron —observa Jack—. El Conocimiento no se le ha borrado.

—No importa. Ahora somos impenetrables —digo, con toda la firmeza posible—. El Nuevo Hombre es indestructible.

Jurgen suelta un bufido.

—Eso ya lo habías dicho antes. Y estabas tan equivocado como Kingman. —Cuando está de muy buen humor, su risa misteriosamente se parece al rebuzno de un burro—. Realmente, Bill, si Kingman debe morir por un error tan insignificante, ¿por qué deberíamos dejarte vivir a ti?

—¿Dejarme vivir? —Doy la espalda a los campos y el bosque para mirarles a ellos—. Creo que podéis responder vosotros mismos a esa pregunta.

Hasta ahora, ellos no sabían cómo había planeado ocuparme de Kingman, o a quién había elegido para realizar el trabajo. Pero yo acababa de ver al hombre salir del bosque, motivo por el cual elegí ese momento para volverme hacia ellos. Sobre el fondo de hojas de otoño multicolores, el rizado cabello rojo del hombre y sus guantes de piel de cerdo, constituían una mancha inconfundible en el paisaje.

Me he vuelto porque quiero ver el semblante de todos ellos. Se encogen satisfechos, todos excepto Jack Noble, que ahora es mi hombre, ahora que se ha visto obligado a vivir en la clandestinidad como yo. El hombre naranja también es mi hombre, y todos lo saben.

Holly es la primera en recuperar su aplomo.

—Bueno, Bill, hacia Júpiter —Tiene la audacia de sonreírme—. Pero, ¿cómo sabremos que Linda no se nos adelantará, igual que hizo en Fobos?

Se me ocurren varias respuestas. La menos obscena encuentra voz antes que las otras.

—En realidad, querida, cuento con ello.

EPÍLOGO, POR ARTHUR C. CLARKE

El escritor de ciencia ficción sensato prefiere operar en las galaxias muy lejanas, y remontándose mucho en el tiempo, para estar a salvo de las críticas, como el chiquillo que en una ocasión le dijo a Ray Bradbury que tenía un satélite moviéndose en la dirección contraria. («Así es que le pegué.»)

Sin embargo, por una mala medición del tiempo, esta novela se desarrolla prácticamente en la puerta de al lado y mañana por la tarde. Los desesperados intentos de persuadir al editor Byron Preiss para detener la cuenta atrás durante un año más o menos, no han servido de nada. Para cuando estas palabras aparezcan impresas, Paul y yo quizá nos hayamos tenido que comer algunas.

¿Cómo podía yo soñar cuando escribí *El juego del escondite*, en 1948, que cuarenta y un años más tarde un robot ruso iría dando saltos por la superficie de Fobos, igual que el personaje de mi historia? (Como en el caso de todo pronóstico de misión espacial, esta frase debe ir acompañada de «Si todo va bien.») A principios de 1989 —probablemente cuando yo esté leyendo las pruebas de este libro, maldita sea— dos sondas espaciales llegarán a Fobos, y una de ellas habrá dejado caer un pequeño «Rover» que explorará el pequeño mundo dando saltos de veinte metros, efectuando una serie de mediciones científicas en cada aterrizaje. (Me sentiré muy turbado si, en el curso de sus paseos, encuentra un gran monolito negro.)

Cuando fue descubierto Fobos, en 1877, no sólo quedó anticuada la teoría de Tennyson de «los polos nevados de Marte, que carece de lunas», sino que se presentó a los astrónomos un fenómeno que nunca habian visto. La mayoría de satélites orbitan a su planeta primario a una distancia considerable, de una manera bastante pausada; nuestra propia Luna tarda casi treinta veces más tiempo en dar la vuelta a la Tierra, de lo que la Tierra tarda en darla sobre su propio eje. Pero aquí se trataba de un mundo en que el «mes» era más corto que el «día». Marte gira alrededor de su propio eje en veinticuatro horas y media (para gran comodidad de los futuros colonizadores, que necesitarán efectuar ajustes menores en sus relojes y ritmos circadianos), sin embargo, Fobos gira a su alrededor en sólo siete y media.

En la actualidad, estamos acostumbrados a los satélites artificiales que realizan tales hazañas, como salir por el Oeste y ponerse en el Este, pero el comportamiento de

Fobos resultó sorprendente para los astrónomos de finales del siglo XIX. También fue un premio para los escritores como Edgar Rice Burroughs; ¿quién puede olvidar la veloz luna interior que iluminaba los antiguos lechos marinos de Basroom?

Fobos no se mueve muy velozmente, y habría que observarlo durante algún tiempo para comprobar que se mueve. Y es una pobre fuente de iluminación; no sólo su tamaño aparente es una fracción de nuestra Luna, sino que es uno de los objetos más oscuros del sistema solar, que refleja tanta luz como un pedazo de carbón. En verdad, puede que esté hecho en gran parte de carbono, y en conjunto guarda un gran parecido con el núcleo del cometa Halley, tal como reveló una flotilla de sondas espaciales en 1987. No sirve de gran cosa, por tanto, durante las frías noches marcianas, avisar a los viajeros de que se acercan «thoats», buscando a quién devorar.*

Aunque pequeño —un elipsoide maltrecho cuya dimensión más larga es inferior a treinta kilómetros—, Fobos puede estar destinado a desempeñar un papel importante en el futuro de la exploración espacial. Después de la Luna, puede ser el siguiente cuerpo celestial en conocer visitantes humanos, pues es una base ideal para el reconocimiento de Marte.

Tal vez el primer escritor que sugirió esto fue Laurence Manning, uno de los primeros miembros de la «American Rocket Society». En *The Wreck of the Asteroid (Wonder Stories*, 1932), sus exploradores aterrizaron primero en Fobos y se lo pasaron muy bien dando saltos en su gravedad de aproximadamente una milésima la de la Tierra. Hasta que uno de ellos saltó demasiado, alcanzó la velocidad de escape, y comenzó a caer, sin poder evitarlo, hacia la superficie de Marte...

Es una bonita situación dramática, que el autor explotó todo lo que pudo. La tripulación tuvo que efectuar un despegue de emergencia y correr tras su descuidado colega, con la esperanza de atraparle antes de que produjera otro cráter en Marte.

No me gusta estropear la diversión, pero eso sencillamente no podría ocurrir. Por muy pequeña que sea (unos veinte metros por segundo, en comparación con la de la Tierra de once mil doscientos), ni siquiera un saltador olímpico podría alcanzar la velocidad de escape de Fobos, en especial con el estorbo que representa el traje espacial. Y aun en el caso de que lo hiciera, no correría el peligro de caer en Marte, porque seguiría teniendo la velocidad orbital de Fobos de ocho mil metros por segundo. Su insignificante aportación muscular no tendría prácticamente ninguna importancia en el asunto, por lo que seguiría moviéndose en la misma órbita que Fobos, pero desplazado unos kilómetros. Y después de una revolución, volvería a estar en el mismo punto de partida...

Si el lector desea más detalles, le remito a *Júpiter V (en Reach for Tomorrow),* que tiene lugar en lo que fue, en los días anteriores al *Voyager*, el satélite más interior de Júpiter, llamado ahora Amaltea. Caer en Júpiter sería un destino mucho más espectacular que caer en Marte; pero es aún más difícil. («Si todo va bien», la tan aplazada Misión Galileo demostrará este hecho en 1995.)

El juego del escondite no es el único relato mío que trata de Fobos; en *Las arenas de Marte* (1954), lo convertí brutalmente en un minisol (mediante una tecnología

---

* El erudito Sprague de Camp señaló una vez un rasgo muy peculiar de la ecología barsoomiana: al parecer, la fauna consistía casi enteramente en carnívoros. Las pobres bestias debían de sufrir una aguda desnutrición.

cuidadosamente no especificada), para mejorar el clima de Marte. Ahora se me ocurre que fue una prueba para hacer estallar Júpiter en *2010: Odisea dos*.

Poco después de la aparición de *El juego del escondite*, otro escritor de ciencia ficción, británico, me preguntó con recelo: «¿Has leído el relato de C. S. Forester titulado *«Brown on Resolution»*?

«No —le respondí, con sinceridad—. Me temo que nunca he leído los libros de Homblower. ¿De qué trata?

Bueno, al parecer, ese tal Brown era un marino británico en la Primera Guerra Mundial, armado sólo con un fusil, que consiguió mantener a raya a un crucero alemán desde sus diversos escondrijos en una pequeña isla rocosa. (Una historia bastante similar, una guerra más tarde, fue llevada a la pantalla con Peter O'Toole como protagonista. En *La guerra de Murphy*, el héroe se enfrentaba con los alemanes; pero como era irlandés, habría sido más feliz peleando contra los británicos.)

Lamento decir que todavía no he leído la historia de Forester, y me perdí la oportunidad de discutir con él acerca de «Brown» cuando, en una ocasión, cenamos juntos en el magnífico Comedor Pintado del «Royal Navy College» de Greenwich. Fue una lástima, ya que me habría dado la oportunidad de citar una de mis frases favoritas: «El talento pide prestado; pero el genio, roba.»

Décadas antes de que la nave espacial *Viking* nos ofreciera las primeras vistas tomadas de Fobos de cerca, era evidente que un pedazo grande de roca sólo unas cuantas veces más grande que Manhattan, no podía poseer ni traza de atmósfera, y mucho menos albergar vida alguna. No obstante, a menos que mi memoria me haya traicionado por completo, me parece recordar que, en una ocasión, Burroughs hizo invadir Marte por habitantes de Fobos. La imaginación es incapaz de representar la economía —por no mencionar la ecología— de semejante microcivilización. Una vez más, me temo que ERB no se había documentado [*]. No obstante, Fobos fue definido bastante espectacularmente en la agenda del SETI (*Search for Extra-Terrestrial Inteligence*, Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre). En los años sesenta, el astrofísico ruso, Iosef Shkovski —más conocido por el público general debido a su colaboración con Carl Sagan en el libro del SETI *Inteligencia en el Universo* (1966)— hizo una sugerencia extraordinaria acerca del pequeño mundo, basada en la observación de que cae lentamente hacia Marte.

Jamás he decidido cuán en serio se tomaba Iosef su teoría; era un hombre con bastante sentido del humor —el cual necesitaba para sobrevivir como científico judío en tiempos de Stalin (y mucho después)—, pero su argumento era el siguiente:

El lento descenso de Fobos se debe al mismo efecto que finalmente hace bajar los satélites artificiales hacia la Tierra, el efecto de frenado de la atmósfera. Un satélite compuesto de material denso sobrevivirá mucho tiempo; uno con poca masa por volumen descenderá mucho más de prisa, como demostró el globo ECHO, y más tarde el SKYLAB, que, esencialmente, era un tanque de combustible vacío.

---

[*] Aún estoy dispuesto a repetir una declaración que hice hace muchos años: ERB es un escritor muy subestimado. Para quien ha creado los más famosos personajes de los «Westerns» (y tal vez del mundo), la ficción no es una proeza insignificante. De todas formas, la novela de Marte debe ser leída antes de los dieciséis años: Yo espero volver a Barsoom en mi segunda infancia, la cual se aproxima con rapidez.

Partiendo de las cifras de resistencia al arrastre, Iosef calculó que la densidad de Fobos tenía que ser muy inferior a la del agua.

Eso sólo podía significar que estaba vacío...

Bueno, parecía poco probable que la Naturaleza pudiera crear un mundo vacío de varias decenas de kilómetros. Fobos debe de ser una estación espacial, construida, presumiblemente, por marcianos. Por esto, añadió otro científico, no queda ninguno. Se arruinaron construyéndola.

Las fotos del *Viking* mostraron que Fobos es, sin lugar a dudas, un objeto natural, pero la superficie presenta algunas peculiaridades desconcertantes. Una gran parte está cubierta de surcos paralelos de varios metros de ancho, de modo que tiene el aspecto de un campo labrado a escala gigantesca.

No puedo evitar recordar que, cuando el astrónomo italiano Schiaparelli dio a conocer, en 1877, que había «surcos» en Marte, eligió la desafortunada palabra «canales» para describirlos. Qué cantidad de problemas causó la mala traducción; y cuánto habría disgustado a Percival Lowell saber que sus queridos canales ahora resulta que no están en Marte, sino en el pequeño Fobos.

ARTHUR C. CLARKE
Colombo, junio de 1988

P.D.: Lamentablemente, *Fobos 1* se ha perdido, a medio camino de su misión; se le envió una instrucción incorrecta que hizo que se cerrara completamente la emisión, sin esperanzas de recuperarla. Me duele mucho por el programador causante de ello, que tiene que hacer frente a la ira de sus colegas, que han perdido años de trabajo.

Diré, de paso, que algo similar ocurrió con el *Mariner 1*, la primera de la serie de sondas espaciales americanas que al fin exploraron Venus, Mercurio y Marte. Se perdió poco después de despegar, porque se había omitido una coma de una línea de programación.

Cruzo los dedos al pensar en *Fobos 2*. Cuánto me alegro de tener solamente que escribir acerca de estas máquinas, no hacerlas funcionar...

Colombo,
10 de octubre de 1988

PROYECTOS TÉCNICOS

En las páginas siguientes aparecen diagramas generados por ordenador que representan algunas de las estructuras y la ingeniería que aparecen en Venus Prime:

Páginas 2-5: Camión marciano. — Tractor de transporte pesado de terreno abierto: visión de conjuntos; perspectiva en corte; visión de conjunto de la cabina/tractor; visión de conjunto en corte del armazón; componentes del tren de aterrizaje; turbinas.

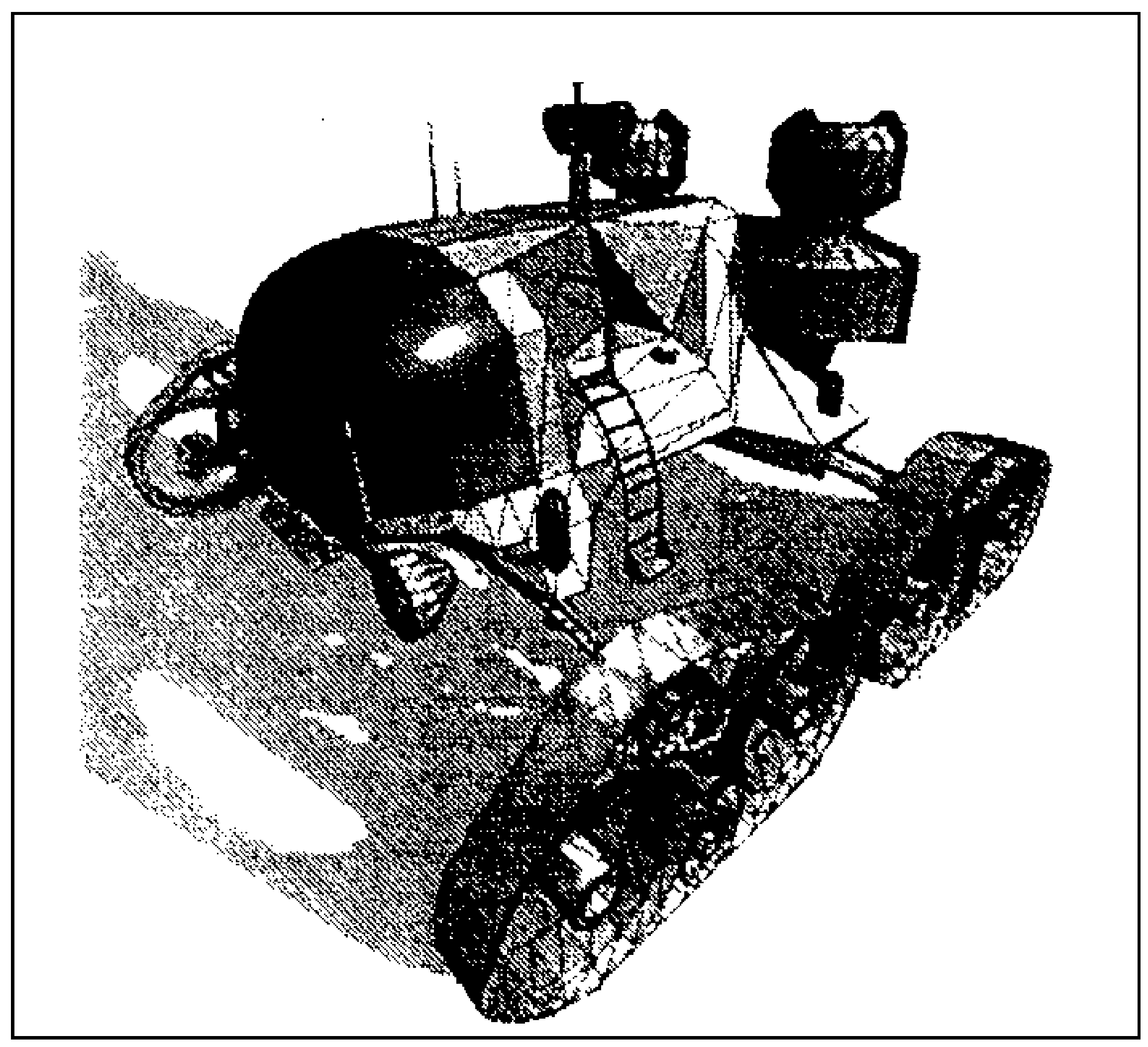
Páginas 6-8: Ayuntamiento, Labyrinth City. — Arquitectura: estructura de vidrio; visión de conjunto del armazón; vista de planta; componentes: vidrio colado, filamento de carbono, cerámica.

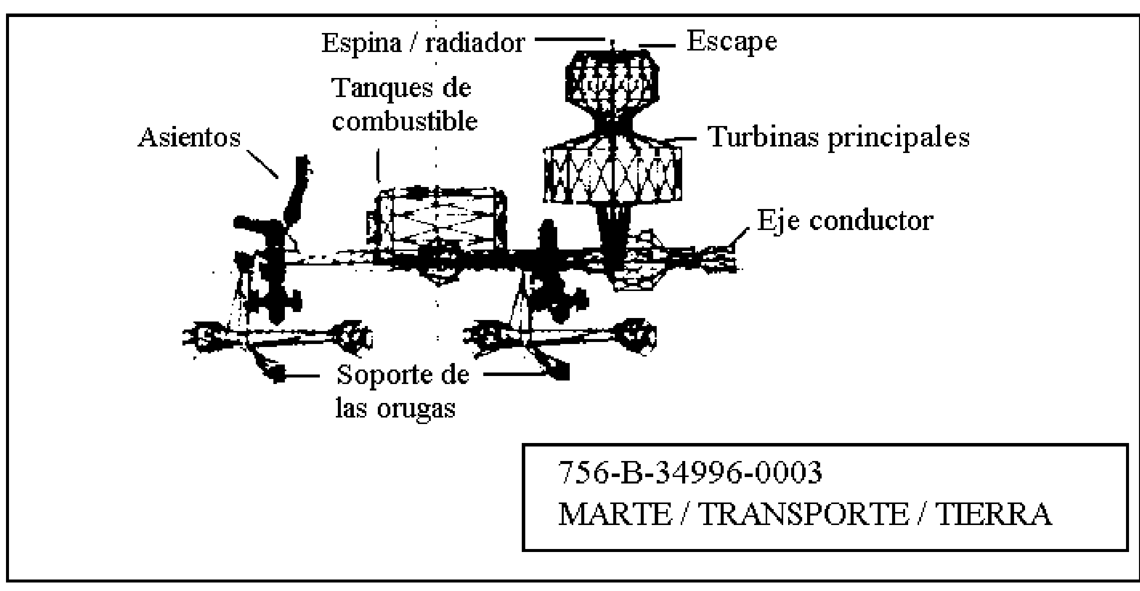
Páginas 9-12: Avión marciano. — Velero de largo alcance, de control por geometría variable, impulsado por el clima: campana de atmósfera en falso color; módulo de la cabina del piloto; perspectiva de la cabina del piloto; esquema de los cohetes para el despegue asistido, soporte de los cohetes para el despegue asistido, control geo-flex; exposición de la campana, visión de conjunto de la cabina del piloto, sección de cola.

Página 16: Sección topográfica de Marte.—Aproximación a la superficie.

CAMIÓN MARCIANO

Tractor de transporte pesado de terreno abierto — Motores de turbina H202

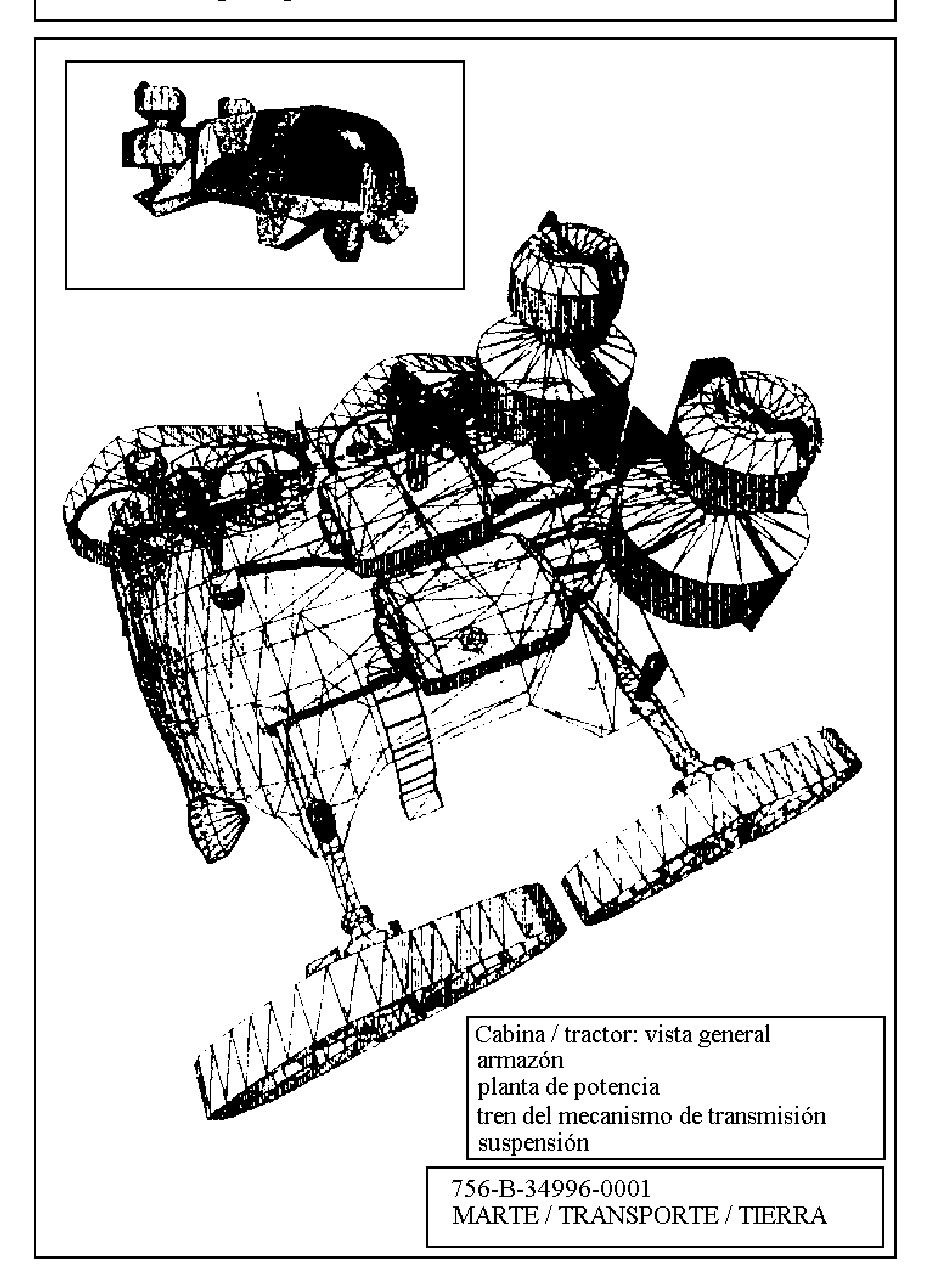




756-B-34996-0003
MARTE / TRANSPORTE / TIERRA

CAMIÓN MARCIANO

Tractor de transporte pesado de terreno abierto — Motores de turbina H202



CAMIÓN MARCIANO

Tractor de transporte pesado de terreno abierto — Motores de turbina H202

Eje conductor de los remolques

Soporte de la oruga posterior

Turbinas

Caja de velocidades principal

Eje conductor de la suspensión

Caja de velocidades secundaria

Tanques de combustible

Caja de herramientas

Escalera

Escalera

Puerta de la cabina

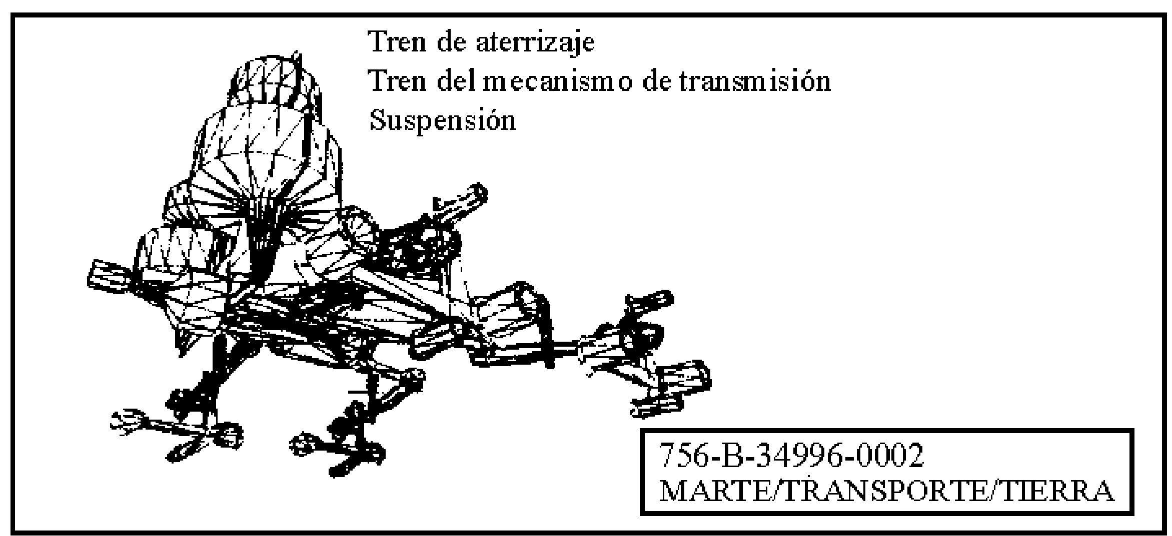
Puerta de la cabina

Asientos

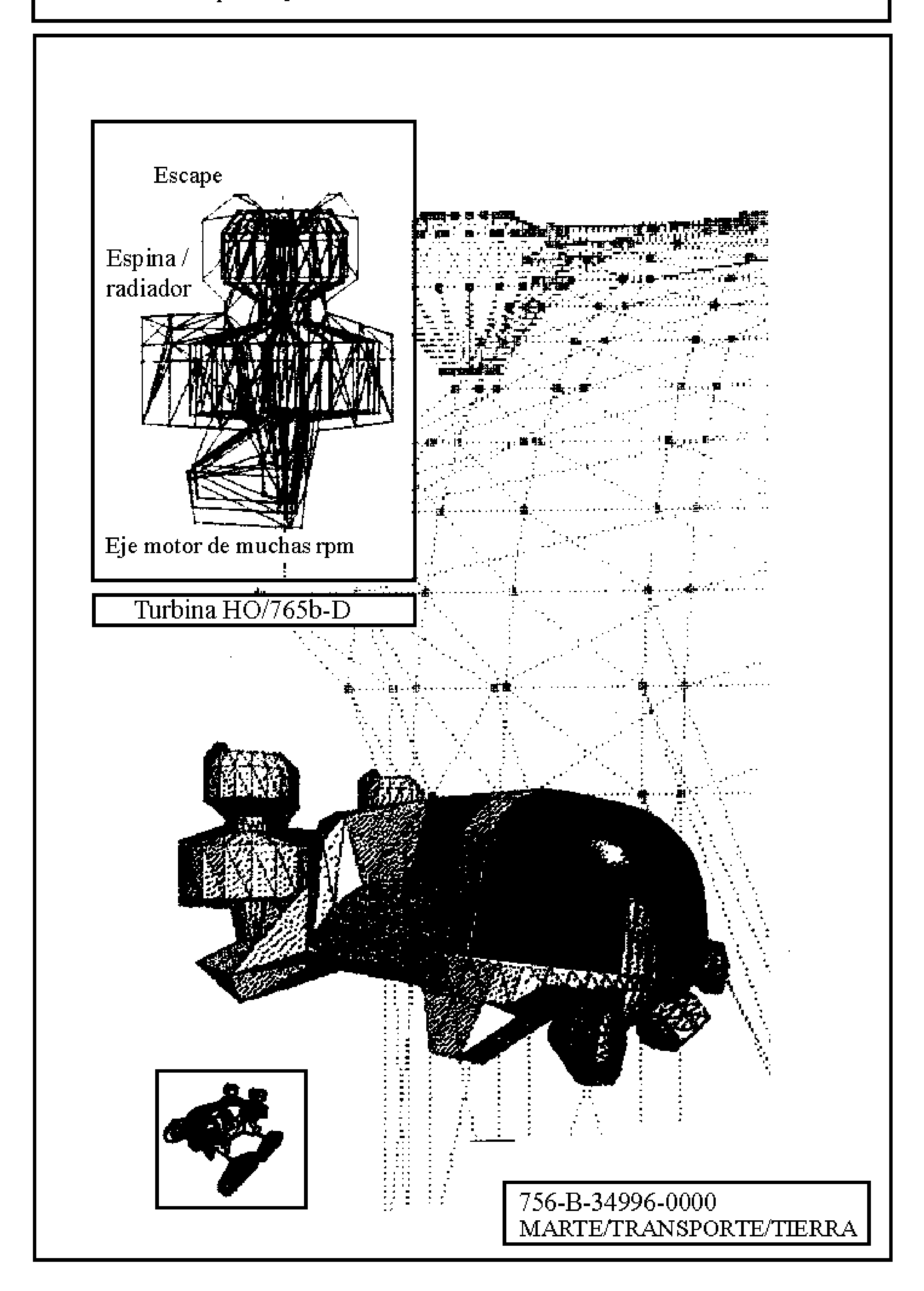
Torno

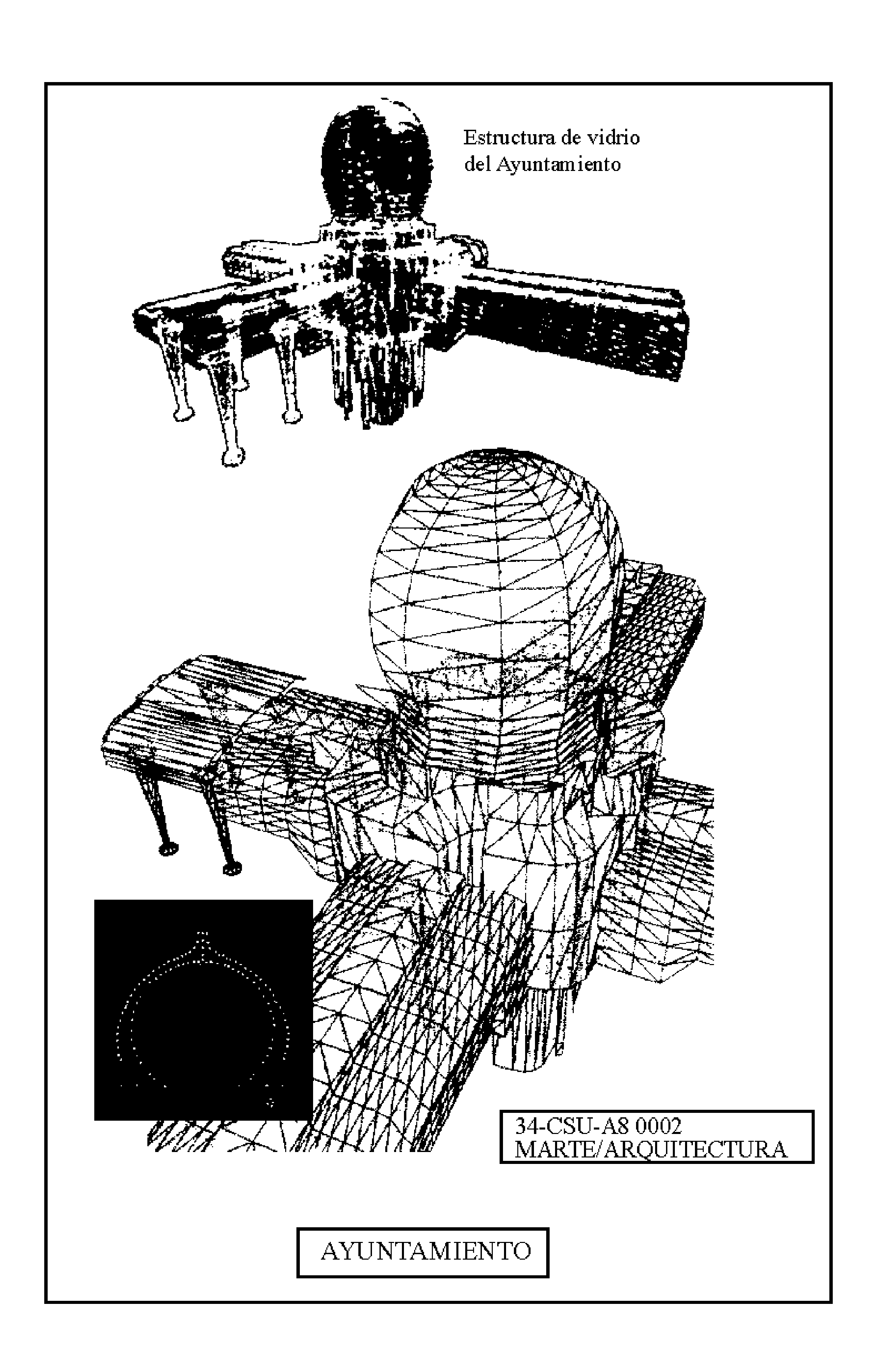
Faros

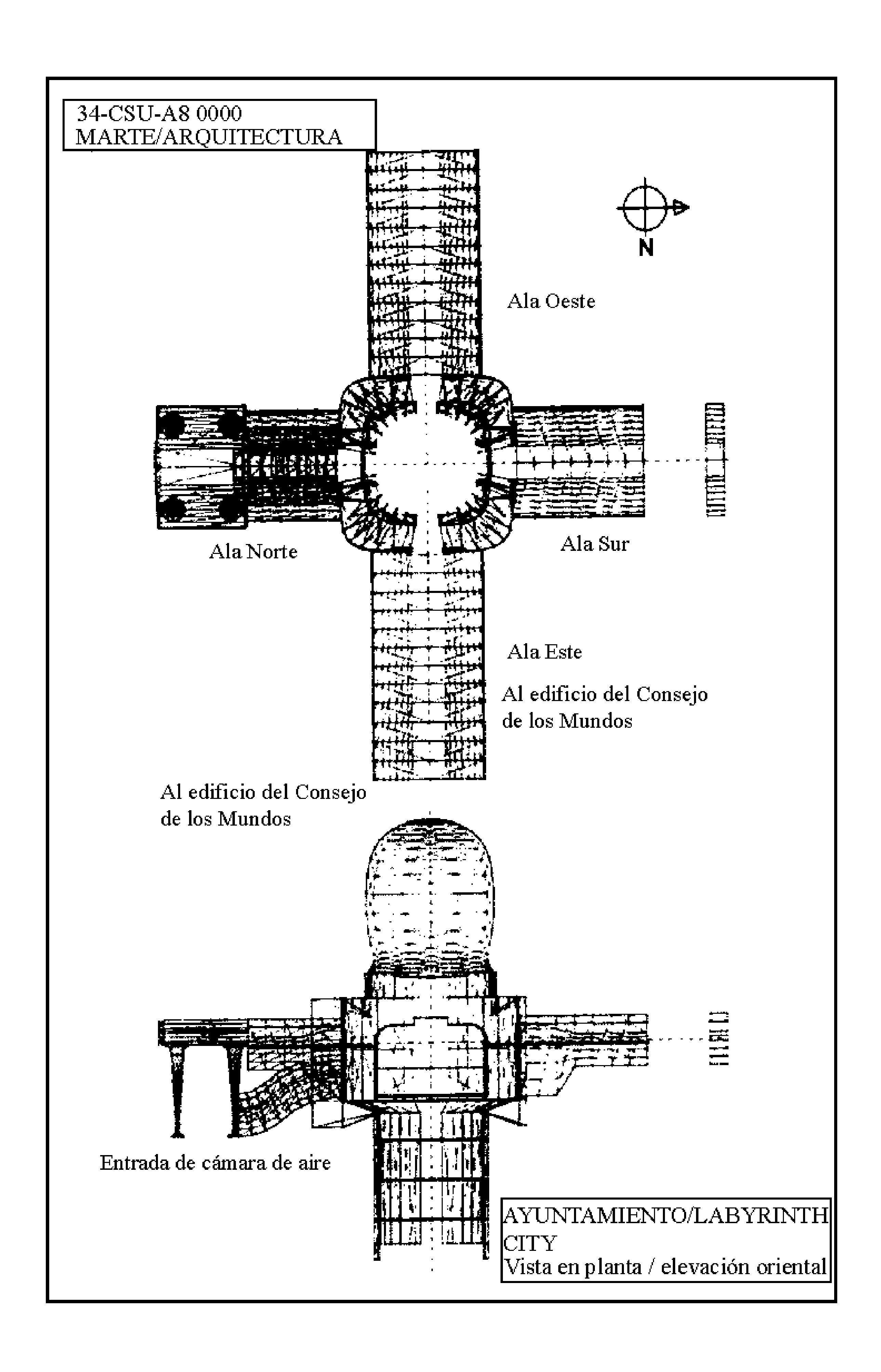
Soporte de la oruga anterior



CAMIÓN MARCIANO
Tractor de transporte pesado de terreno abierto — Motores de turbina H202

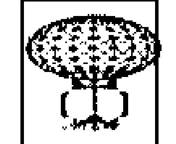



Estructura de vidrio
del Ayuntamiento
34-CSU-A8 0002
MARTE/ARQUITECTURA
AYUNTAMIENTO


34-CSU-A8 0000
MARTE/ARQUITECTURA
N
Ala Oeste
Ala Norte
Ala Sur
Ala Este
Al edificio del Consejo
de los Mundos
Al edificio del Consejo
de los Mundos
Entrada de cámara de aire
AYUNTAMIENTO/LABYRINTH
CITY
Vista en planta / elevación oriental

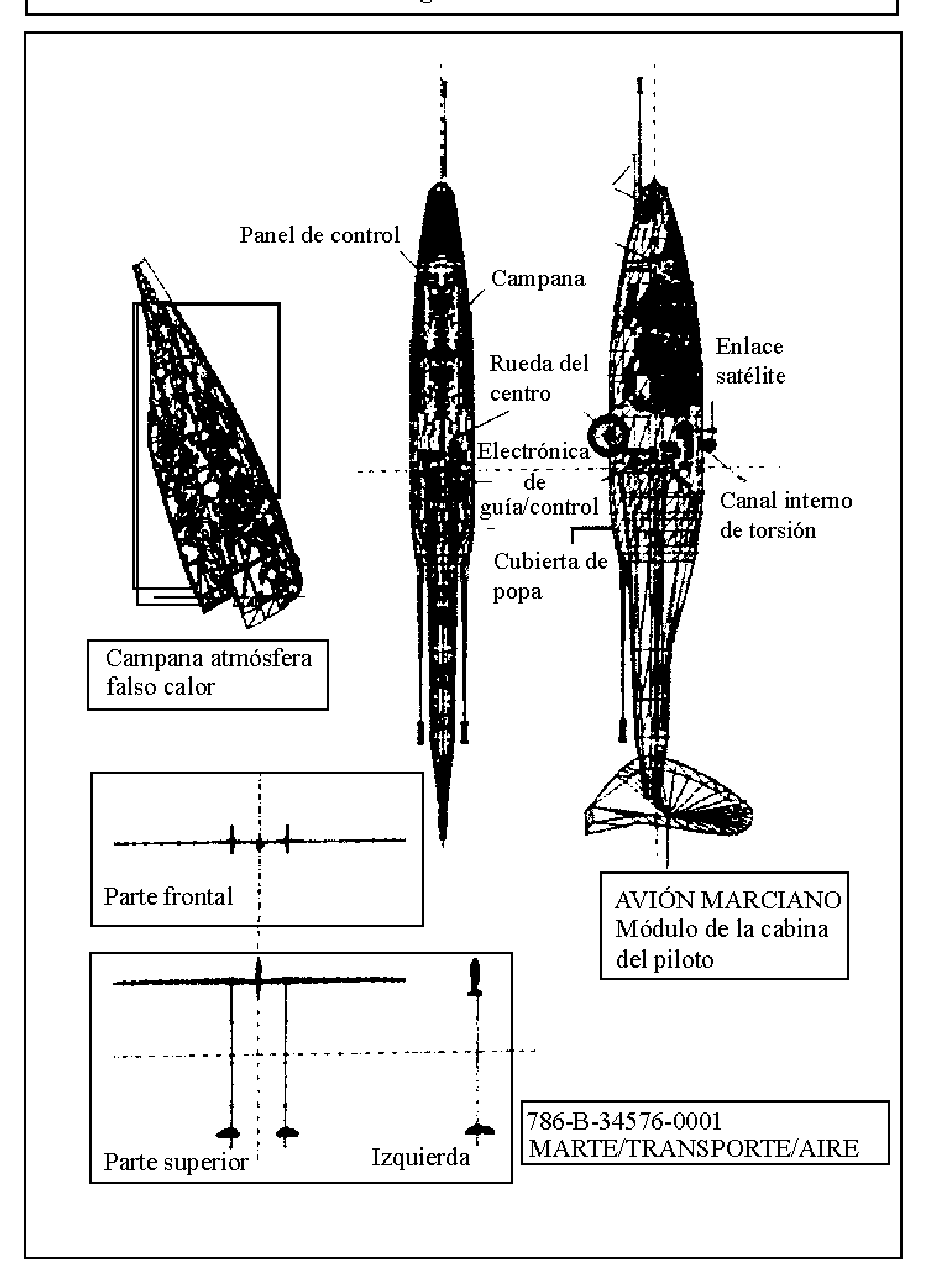
AYUNTAMIENTO /
LABYRINTH CITY

Vidrio colado
Filamento de carbono
Cerámica



34-CSU-A8 0001
MARTE/ARQUITECTURA

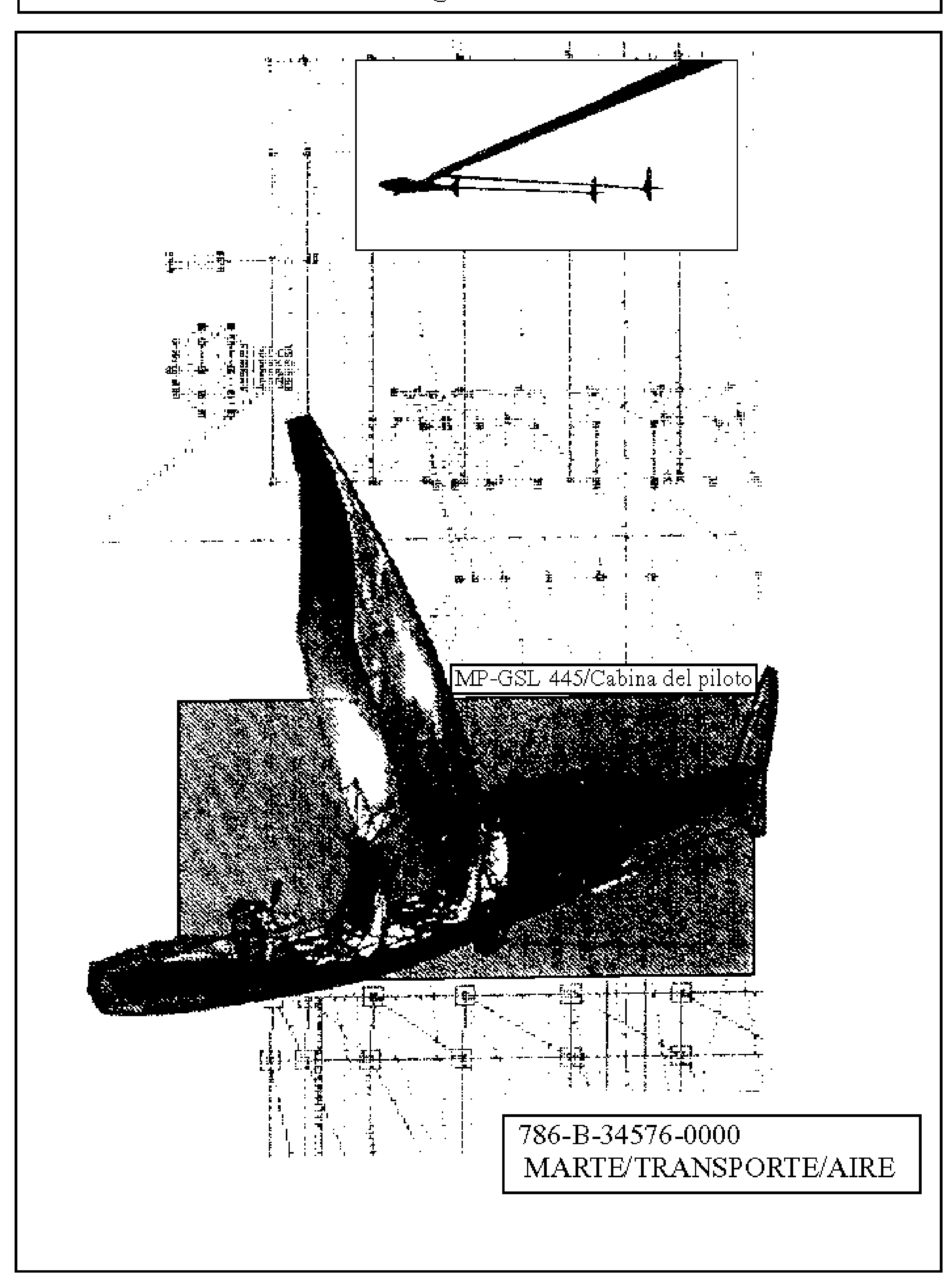
AVIÓN MARCIANO
Velero impulsado por el clima — Controlado por geometría variable
Largo alcance



AVIÓN MARCIANO

Velero impulsado por el clima — Controlado por geometría variable

Largo alcance



AVIÓN MARCIANO
Velero impulsado por el clima — Controlado por geometría variable
Largo alcance

Soporte cohetes para despegue asistido

Esquema cohetes para despegue asistido

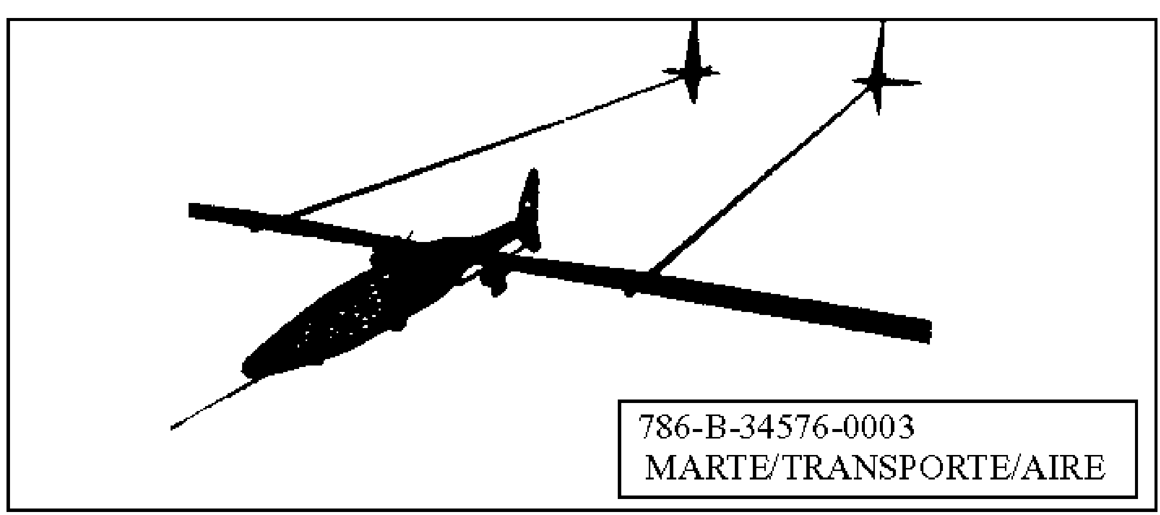
Cohetes para despegue asistido

Cohetes para despegue asistido

Cohetes para despegue asistido/armazón

Control geo-flex CPU

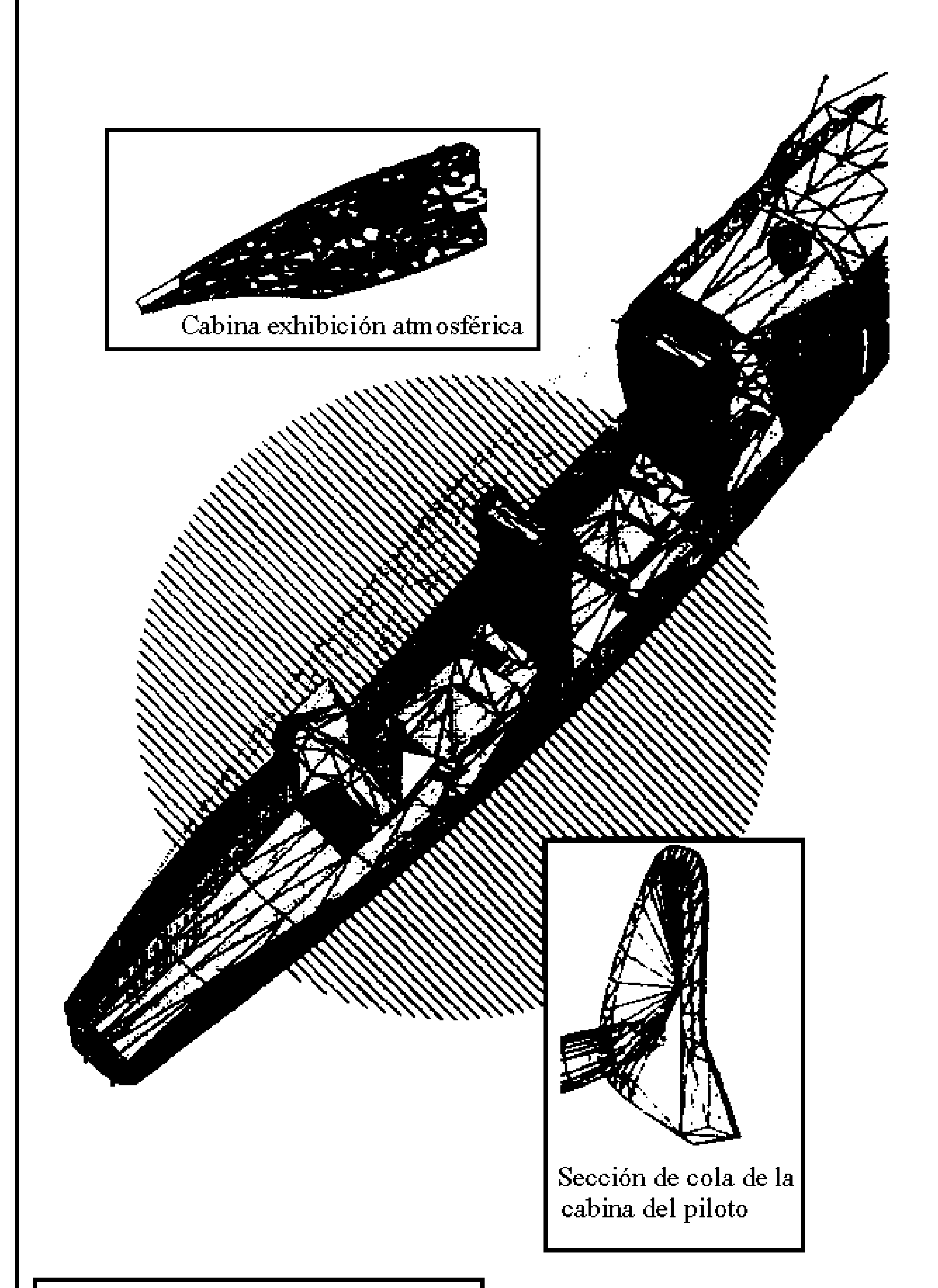
Avión marciano
Control de geometría variable
Despegue asistido por cohete



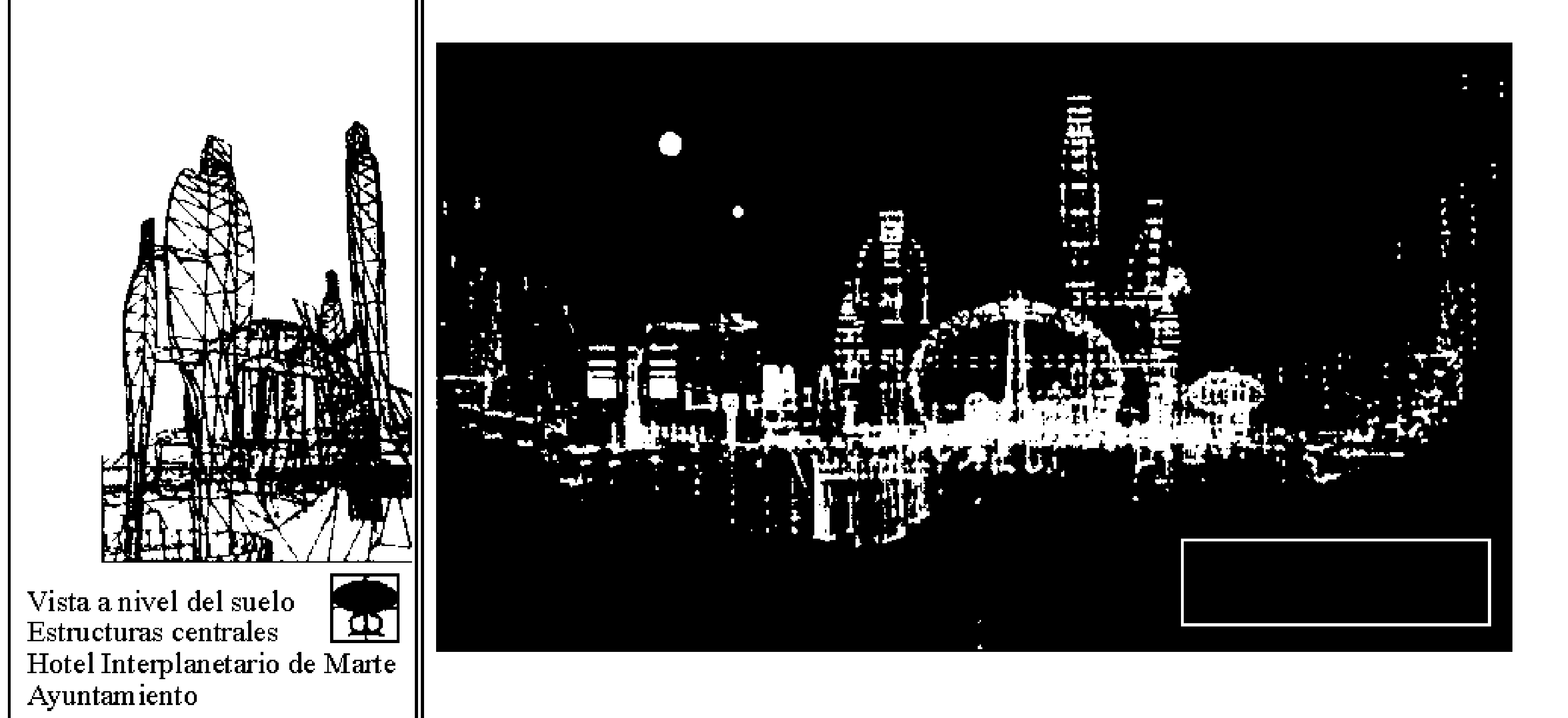
AVIÓN MARCIANO

Velero impulsado por el clima — Controlado por geometría variable

Largo alcance



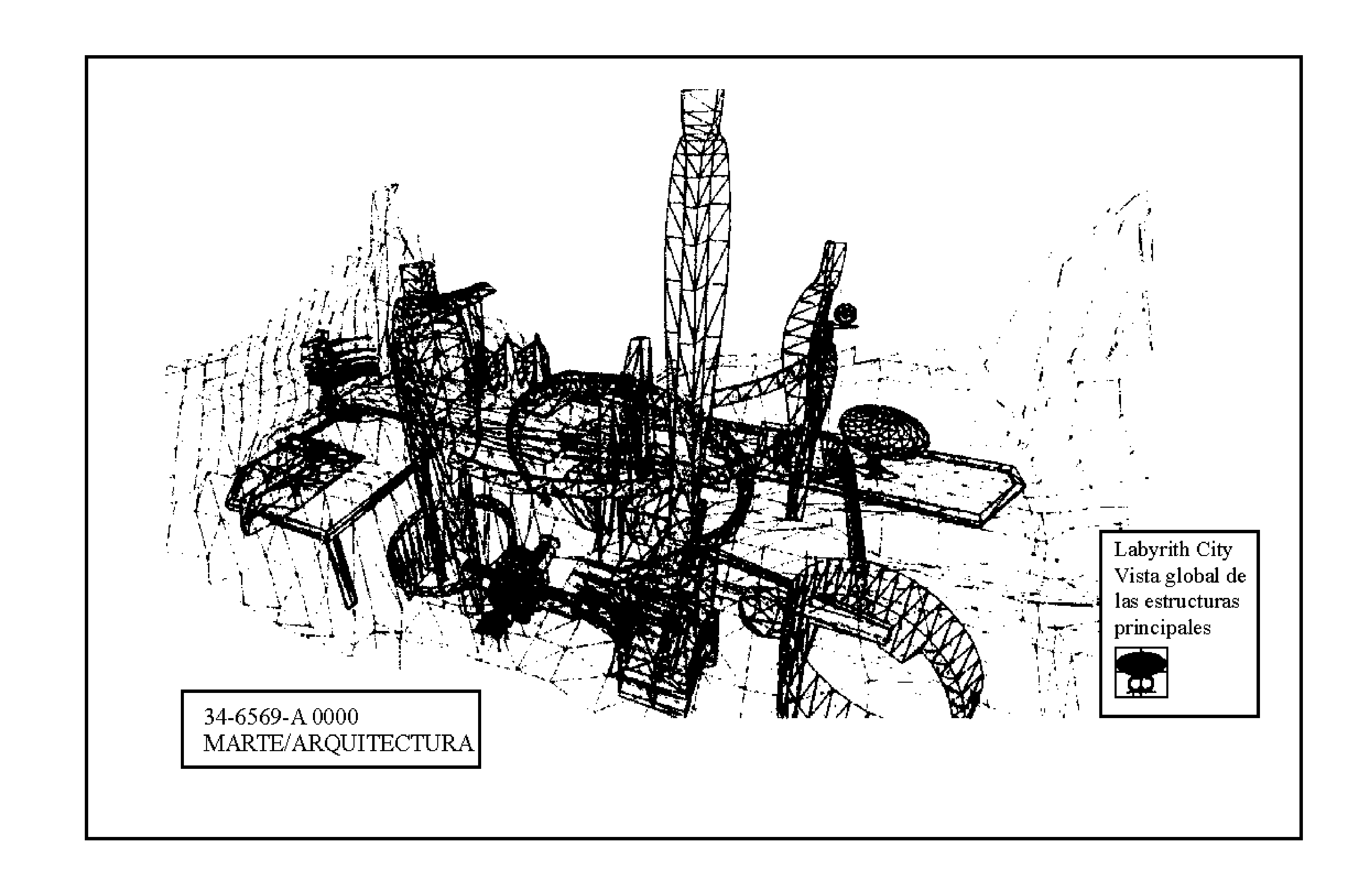
786-B-34576-0002
MARTE/TRANSPORTE/AIRE

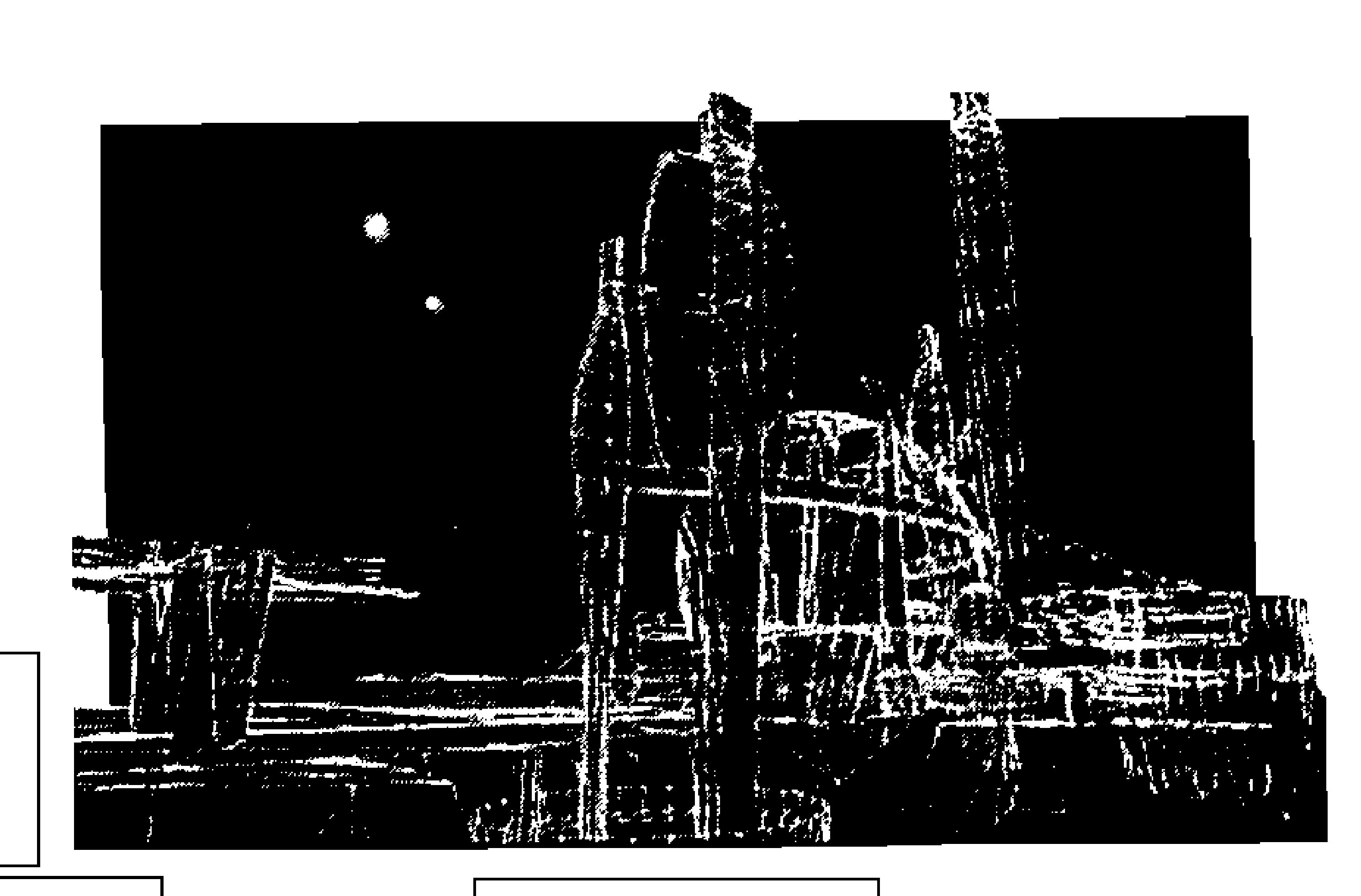


Vista a nivel del suelo
Estructuras centrales
Hotel Interplanetario de Marte
Ayuntamiento

LABYRINTH CITY

34-6569-A 0003
MARTE/ARQUITECTURA


Labyrith City
Vista global de
las estructuras
principales
34-6569-A 0000
MARTE/ARQUITECTURA



34-6569-A 0001
MARTE/ARQUITECTURA

LABYRINTH CITY

Sección topográfica 098/77
Aproximación a la superficie
Cuadrícula McKibben

34-6569-A 0002
MARTE/ARQUITECTURA

